

Eslabones

NURUDDIN FARAH



Lectulandia

«Es fácil entender por qué Nuruddin Farah es un nombre que aparece a menudo como probable Premio Nobel de Literatura» (*Newsweek*).

Jeebleh, un somalí de mediana edad, deja a su familia en Nueva York para regresar, después de veinte años, a su ciudad natal, Mogadiscio, desgarrada por la guerra civil. Al haber sido preso político antes de abandonar el país, Jeebleh no desea volver, pero se siente responsable de su familia y de su antiguo amigo, Bile, cuya sobrina Raasta y una amiga de la infancia han sido secuestradas. El hermanastro de Bile, Caloosha, que tuvo preso a Jeebleh dos décadas antes, es ahora uno de los más destacados señores de la guerra que campan por sus respetos en la ciudad, y es probable que esté implicado en el secuestro. A Jeebleh le horroriza ver una ciudad cambiada por completo. Sin embargo, cumple sus deberes y revive sus conexiones con su clan sólo cuando deja a un lado sus ideales y se interna por los laberintos políticos y sociales del país.

**Lectulandia**

Nuruddin Farah

# **Eslabones**

**Trilogía de Regreso a Somalia - 1**

ePub r1.3

turolero 08.09.15

Título original: *Links*  
Nuruddin Farah, 2004  
Traducción: Miguel Martínez-Lage & Eugenia Vázquez Nacarino

Editor digital: tuolero  
Aporte original: Spleen  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Miguel Martínez-Lage, in memoriam*

*Para Abyan, Kaahiye y Mina,  
con todo mi cariño*

Si no quiere uno convertirse en un monstruo, habrá de semejarse a sus congéneres, de acuerdo con la especie, y ser la viva imagen de sus parientes. O, de lo contrario, engendrar una progenie que a uno lo convierta en el primer eslabón en la cadena de una especie nueva. Y es que los monstruos no se reproducen.

Michel Tournier

El individuo lleva en realidad una doble vida: una en la que es un fin en sí mismo y otra, en la que es un eslabón en una cadena al servicio de la cual se encuentra en contra de su voluntad o, al menos, independientemente de su voluntad.

Sigmund Freud

Un perro famélico a la puerta de su amo  
predice la ruina de la hacienda y el cotarro.

William Blake

# Primera parte

Por mí pasa el camino hacia la ciudad que sufre,  
por mí pasa el camino hacia el dolor eterno,  
por mí pasa el camino que va entre los extraviados.

...

Pues hemos llegado al lugar...  
en el que se ve a los desdichados,  
a los que han perdido el bien del intelecto.

(Canto III)

Porque tu acento demuestra que eres  
natural de la noble ciudad a la que fui,

...

Y las valientes manos de mi guía  
me empujaron a él entre las tumbas,  
diciendo: «Sé comedido en tus palabras».

Como al pie de su tumba yo estuviese,  
me miró un poco y, como con desdén,  
me preguntó: «¿Quiénes fueron tus mayores?».

(Canto X)

... que es mentiroso y padre del embuste.

(Canto XXIII)

**Dante, *Infierno***



—¡Las armas no tienen el cuerpo de las verdades de los hombres!

Apenas había puesto pie en Mogadiscio, poco después de aterrizar en una pista de tierra al norte de la ciudad, a bordo de un bimotor procedente de Nairobi, Jeebleh oyó a un hombre hacer este curioso pronunciamiento. Se sintió más bien torpe y desaliñado en su manera de alejarse de aquel hombre, que lo siguió. Jeebleh observó a los pasajeros empujarse unos a otros para recoger sus equipajes, las maletas alineadas sobre el polvo del terreno, bajo las alas del aparato. Fue tal el caos que estallaron fieras discusiones entre los pasajeros y varios de los hombres que ofrecían sus servicios como mozos de cuerda, hombres de los que Jeebleh prefirió no fiarse. ¿Quiénes eran aquellos merodeadores? Él sabía que los somalíes tenían por costumbre organizar fiestas de despedida cuando se marchaba uno de sus seres queridos, así como darles ruidosas y alegres bienvenidas acudiendo en masa a los aeropuertos y a las estaciones de autobús cuando alguien volvía de un viaje. Sin embargo, aquellos haraganes que merodeaban parecían estar sin empleo y haber salido a sacar la tajada que pudieran, por medios limpios o engañosos. No descartó que los que iban armados organizaran un atraco o dispararan con tal de conseguir lo que ansiaban. Le inquietó, y no poco, que el Antonov no hubiese tomado tierra en el aeropuerto principal de la ciudad —del que se había apropiado uno de los señores de la guerra tras la precipitada retirada de los soldados estadounidenses— sino en un desolado aeródromo, recientemente recuperado de la tierra de nadie que había alrededor, entre las dunas de arena y los matojos del desierto y, por el otro lado, el mar.

Jeebleh observó que, tras recoger sus equipajes, los pasajeros se congregaban en torno a la entrada de un hangar, empujándose, afanosos, enzarzados en agrias disputas. Momentos después dedujo que el hangar era la sala de «Inmigración», al ver a algunos de los pasajeros entregando sus pasaportes y a los hombres que había en el interior recibirlos y desaparecer. Si el hangar era el sitio donde tendrían que sellarle el pasaporte, ¿quiénes, en tal caso, eran aquellos hombres que no vestían uniformes? ¿Qué autoridad representaban, teniendo en cuenta que Somalia carecía de gobierno central desde hacía varios años, desde el desplome del régimen militar que había conducido al país a la ruina absoluta?

Al volverse porque el hombre había vuelto a decir algo, repitiendo su comentario sobre las armas, Jeebleh vio al desconocido con la barba incipiente de última hora de la tarde y llegó a la conclusión de que ese hombre y él jamás se habían visto. De haberse visto antes, sin duda lo recordaría, porque el hombre ostentaba una boca que apenas era boca, con unos labios que parecían escondidos en el interior,

prácticamente invisibles. Era muy alto y su escualidez se le antojó antinatural. Jeebleh no pudo por menos que preguntarse si ese hombre no se había cuidado como en otros tiempos solía o si es que siempre había sido tan flaco, pero al ver su porte digno y el modo en que se comportaba, Jeebleh no acertó a imaginar cómo era posible que nadie sobreviviese y además prosperase en las condiciones reinantes en Mogadiscio, que a Jeebleh habían descrito algunos somalíes que estaban al tanto como mera política de sálvese quien pueda, de intrigas y misterios, en la que cualquiera devoraba a cualquiera. El hombre probablemente tenía cierta educación y acaso había ocupado algún puesto relevante en los tiempos del antiguo y brutal régimen dictatorial, cuyo derrocamiento popular había desencadenado un conflicto todavía no resuelto. O tal vez fuese un profesor bien considerado en la Universidad Nacional, ahora extinta a todos los efectos.

—¿Qué es lo que no tienen las armas? —repitió el hombre—. ¡No tienen el cuerpo de las verdades de los hombres!

Jeebleh se paró a pensar: ¡ahí está! No era mero accidente que la primera frase que le dirigía un desconocido empezara con «las armas». Le pareció emblemático del vocabulario de la guerra civil y, estando los tiempos como estaban, tuvo la certeza de que iban a ser numerosas las oportunidades en que oyese a cualquiera hablar de las armas y de cuestiones análogas.

Miró a otra parte y se encontró con dos jóvenes tullidos que pedían a los pasajeros y a los mirones por igual que los llevasen a un cobertizo algo más alejado, donde podrían llamar por teléfono, o los llevasen hasta un garaje no muy lejano tampoco, donde podrían encontrar transporte para ir a la ciudad. Rápidamente hurtó su mirada a la de los jóvenes, concentrándose del todo en el hombre. Jeebleh se sintió débil y percibió de un modo difuso que algo no estaba del todo como debiera.

—Todo el mundo me llama Af-Laawe —dijo el hombre.

A Jeebleh le avergonzaron sus malos modales al no estrechar la mano que le tendía el hombre y al no haber tenido la amabilidad de presentarse.

—No te tomes la molestia —siguió diciendo Af-Laawe—, pues tu reputación te precede. Por eso, ¡permíteme que te dé la bienvenida, Jeebleh!

El sol arrojó un resplandor deslumbrante. Y, como si estuviera aturdido, Jeebleh miró en derredor, seguro de que a un nivel consciente no estaba suficientemente preparado para los sobresaltos que le esperaban a lo largo de su visita, la primera que hacía a Mogadiscio en más de dos décadas. Tendría que adaptarse a la nueva situación. Se acordó de que había sentido el extraño impulso de hacer ese viaje tras un alarmante roce con la muerte. A punto estuvo de ser atropellado por un somalí, recién llegado a Nueva York, que conducía un taxi ilegalmente, sin licencia. Había tenido la esperanza de que viajando a Mogadiscio, la ciudad del horror, tal vez pudiese despistar a la muerte. Entretanto, estaba deseoso de hallar un eslabón que le uniese a Bile y tenía la esperanza, también, de encontrar a la sobrina de su muy querido amigo, Raasta, quien recientemente había sido secuestrada.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Soy amigo de Bile —respondió el hombre.

—¿Cómo le van a Bile las cosas?

—Eso depende de quién lo diga.

—¿Qué quieres decir?

—Bile tiene muchos detractores, gente que relaciona su nombre con fechorías terribles.

—¿Y tú eres uno de sus detractores?

La pregunta pareció desconcertar a Af-Laawe, que guardó silencio. Entretanto, Jeebleh se aseguró de que tenía bien apresados entre los pies el bolso de viaje y el bolso de mano, donde llevaba sus documentos. Desconfiando de los motivos que pudiera tener el hombre delgado, ideó una táctica distinta para tratar de afrontar la incomodidad que le producía todo desde el momento mismo en que llegó.

—¿Sabía Bile que iba a llegar yo en este vuelo? —preguntó.

—Es posible que llamase Nairobi para avisarme.

—Lo dices como si «Nairobi» fuese el nombre de una persona —dijo, y aguardó a que Af-Laawe dijera algo, pues demostraba ser un tipo escurridizo.

Af-Laawe claramente se alegró de que la conversación dejara de abundar en Bile.

—Algunos de nosotros pensamos en las ciudades que conocemos muy bien, en las que hemos vivido, como si se tratase de nuestros amigos íntimos.

Jeebleh entendió a qué se refería: sabía que en momentos de gran angustia uno puede confundir el yo con el mundo. Sin embargo, extremó explícitamente sus medidas de precaución, colocándose el bolso del equipaje y el bolso de mano sobre uno y otro hombro. Había viajado con poca ropa. Siguiendo el consejo de unos amigos de Kenia, donde había pasado un par de días, dejó una maleta más grande en Nairobi, en la consigna de su hotel. Se había llevado más libros que ropa a Mogadiscio, suponiendo que el material de lectura sería difícil de encontrar en una ciudad gobernada y arruinada por los traficantes de armas.

Se masajeó el hombro derecho, que le estaba causando molestias, porque uno de los bolsos contenía muchos libros de tapa dura, regalos para Bile, que sin duda apreciaría, estaba seguro. Jeebleh llevaba casi todo el dinero, unos cuantos miles de dólares estadounidenses en billetes grandes, guardado en la cartera. Tuvo que viajar con dinero en metálico, puesto que allí no había bancos en funcionamiento.

—Explícame eso de los detractores que tiene Bile.

—Sigue al frente de El Refugio.

—¿Y qué hay de criticable en quien lleva un refugio?

—En nuestro país abundan los detractores, decididos a difamar el nombre de cualquiera que esté dispuesto a hacer buenas obras —respondió Af-Laawe—. Bile lleva a cuestras a gran cantidad de detractores porque está teniendo éxito en lo que hace. Nuestro pueblo tiene gran afición a envidiar a los triunfadores, a los que consiguen lo que se proponen, a quienes nos empeñamos en rebajar a la altura en que

estamos los demás, es decir, hasta el fondo del pozo.

—Pero explícame bien eso de Bile. ¿Por qué tantos detractores?

—La gente pone en duda cuáles son las fuentes del dinero con el que creó El Refugio.

—¿Y de dónde salió ese dinero?

—Sus detractores hablan de asesinatos y de robos.

—¿Bile se ha dedicado al asesinato y al robo?

—Las guerras civiles tienen la capacidad de lograr que las personas se comporten de manera contraria a su propia naturaleza —dijo Af-Laawe—. Te sorprendería saber lo que se cuece o hasta dónde llegan algunos. A veces es bastante difícil distinguir entre el bien y el mal.

—No en el caso de Bile.

—¿Estás enterado de lo de su sobrina? —dijo Af-Laawe—. ¿Sabes que ha sido secuestrada, según los rumores por hombres relacionados con la gente a la que presuntamente Bile asesinó y robó? Al parecer, los secuestradores han dicho que no soltarán a su sobrina y a su amiga hasta que les haya devuelto el dinero que les robó, hasta que no confiese que cometió los asesinatos.

Af-Laawe observó en silencio cómo lo miraba fijamente Jeebleh, cuyas facciones reflejaban la desconfianza que sentía hacia él.

—Gran parte de lo que me dices es novedad para mí —dijo Jeebleh y, tras una breve pausa, añadió—: Por lo que yo sé, los secuestros tienen un motivo político. De hecho, recuerdo haber leído en alguna parte que el Cacique del Sur, el señor de la guerra, está implicado en ello.

—¿Y dónde has leído eso?

—En la prensa estadounidense.

—¿Qué sabrán los estadounidenses de las cosas que pasan aquí?

En eso al hombre no le faltaba razón y Jeebleh prefirió no disputárselo, al menos hasta no conocer mejor el caso. Guardó silencio, meditando sobre la manera de continuar esta conversación.

—¿Raasta y su amiga fueron secuestradas a la vez o por separado? —preguntó al fin.

—Raasta y su compañera de juegos, Makka, que tiene el síndrome de Down, compartían una misma habitación —repuso Af-Laawe—. Eran inseparables. Veías a una y veías a la otra o pensabas en la una y pensabas en la otra.

—¿Y cómo se lo ha tomado Bile?

—Está desolado.

Jeebleh sacudió la cabeza entristecido, pues recordó haber leído un artículo sobre el secuestro en *The New York Times*. En el artículo se describía a Raasta como un símbolo de la paz en una Somalia desgarrada por la guerra, un símbolo a la altura de un mito, considerada por los habitantes de la ciudad un salvoconducto hacia una coexistencia en armonía. Jeebleh recordaba pasajes del texto palabra por palabra: «La

gente cree que nada malo le puede suceder cuando está junto a ella y se siente a salvo de los asesinatos arbitrarios, de las balas perdidas, de la insensatez de la muerte que sobreviene en un robo. Por eso la gente corriente se guarece en El Refugio, que es donde reside ella».

—Si Bile devuelve el dinero, ¿las pondrán en libertad?

—No hay garantías —dijo Af-Laawe.

—¿Sabe alguien quiénes son los secuestradores?

Pero cuando Jeebleh se volvió para oír su respuesta, Af-Laawe ya no estaba y se encontró cara a cara con tres jóvenes armados. Aterrorizado, se preguntó si no habría imaginado a aquel hombre, con la ayuda de un *djinn* amigo, por la pura necesidad de un guía que le orientase en aquella anárquica ciudad.

¿Qué espantoso motivo podían tener esos jóvenes armados para tomar posiciones tan cerca de donde se encontraba él? Perplejo ante sus poses, despreocupadas del todo, y ante sus andrajosas vestimentas, Jeebleh dedujo que no actuaban con la autoridad de la policía, que habría llevado uniformes e insignias. Estuvo seguro de que ni siquiera si hubiesen lucido uniformes habrían resultado convincentes en su papel. En cualquier caso, los somalíes no se pliegan ante nadie sólo porque ostente un uniforme: seguiría siendo un malhechor armado que tratase de mantener la autoridad.

Jeebleh recordó haber visto una obra de teatro alemana cuando era estudiante en Italia, una obra que se desarrollaba en Prusia, al final de la Primera Guerra Mundial, en la que un expresidiario que no tiene papeles se viste con un uniforme de oficial. Se le saluda marcialmente y se le rinde pleitesía allí donde vaya y mide cada una de sus palabras para que parezcan la voz de la autoridad misma, con lo que en todas partes es bien recibido. Se le otorga una credibilidad ilimitada. Los somalíes nunca rinden pleitesía a la autoridad de un uniforme del modo en que lo hacen los alemanes, pensó Jeebleh. Nosotros nos plegamos sólo a la fuerza bruta de las armas. Es posible que la razón se encuentre en la historia de la nación desde la época del colonialismo y, después, en los tiempos del dictador y, más recientemente, durante los años en que estuvieron presentes las tropas estadounidenses: estos tiempos traicioneros nos han desengañado, nos han privado de nuestra fe en las autoridades uniformadas, que han demostrado ser redundantes, corruptas, partidarias de los clanes y, por añadidura, injustas.

Oyó entonces la palabra «pasaporte» y, al darse la vuelta, se encontró ante un hombre que no llevaba uniforme, ni tampoco pistola, que parecía haberse arrogado el atributo de la autoridad. Jeebleh lo miró despacio, de arriba abajo, poniendo en duda que fuese un acierto entregar su pasaporte sólo porque así se lo ordenase un completo desconocido. Y no se atrevió sin embargo a pedir que el hombre le mostrase alguna prueba de su autoridad para hacerle semejante petición. De pronto regresó Af-Laawe y, en cuanto Jeebleh abrió la boca para decir algo, lo interrumpió con voz baja y

firme:

—Haz lo que diga ese hombre —le aconsejó—. Dale tu pasaporte y veinte dólares. Te sellará el pasaporte y te lo devolverá con un recibo.

¿Era aquello una encerrona, una estafa? De ser así, ¿qué debía hacer? Af-Laawe parecía ejercer cierto poder en aquel paraje, aunque... ¿era de confianza? ¿Quiénes eran los hombres armados? Al haber llegado de Nueva York, la Metrópolis de la Desconfianza, Jeebleh decidió no desprenderse de su pasaporte estadounidense. Buscó en el bolso de mano y sacó el documento somalí, que recientemente se le había expedido en la embajada de Roma, junto con un terso billete de veinte dólares. Dejó su pasaporte estadounidense donde estaba, junto con el dinero, en la cartera. El hombre pasó las hojas.

—¿Por qué me entrega un pasaporte somalí que no se ha utilizado jamás, que no tiene visados?

Jeebleh se volvió hacia Af-Laawe.

—¿Cuándo ha sido necesario —dijo con un toque de sarcasmo, dirigiéndose a los dos hombres— que un somalí precise de un visado para entrar en Mogadiscio?

—¿Es que nos toma por idiotas? —protestó el hombre.

—Por favor, acepten los veinte dólares —dijo Af-Laawe—, acepten su pasaporte somalí y devuélvanlo sellado, con un recibo. ¡Ahora mismo!

El hombre se detuvo un momento y pareció no estar dispuesto a cumplir lo que se le pedía. Af-Laawe se lo llevó aparte, a fin de que Jeebleh no los pudiera oír.

Los pensamientos de Jeebleh lo llevaron más de veinte años atrás, al momento en que por última vez hizo uso de un pasaporte somalí. Había sido en el aeropuerto internacional de Mogadiscio, a unos cuarenta kilómetros al sur de donde estaba, y recordó que un hombre sin uniforme y sin pistola tomó su pasaporte y desapareció durante una eternidad. Jeebleh iba de camino a Europa y le preocupó que le impidieran salir del país, entonces sometido a la tiranía del dictador. Bile y algunos más que se habían iniciado en la política con Jeebleh habían sido detenidos por las fuerzas de la Seguridad Nacional la noche anterior, de manera que era probable, por ser su mentor, que también a él lo detuvieran. Y así fue.

Lo llevaron directamente del aeropuerto a la cárcel. Fue condenado a muerte tras una pantomima de juicio. Varios años después, lo sacaron misteriosamente de la cárcel en un vehículo de la Seguridad Nacional y lo condujeron a la sala VIP del mismo aeropuerto, donde se cambió los andrajos carcelarios por un traje. Se le entregó un pasaporte con un visado válido para entrar en Kenia durante un año y lo metieron en un avión con rumbo a Nairobi, con todos los gastos pagados. Alguien cuyo nombre ya no recordaba le sugirió que se presentase en la embajada estadounidense. Allí se le hizo entrega de un visado para múltiples entradas en Estados Unidos. Aún seguía preguntándose quién había hecho todo aquello por él y, también, por qué.

En ese momento, mientras aguardaba a que volviera Af-Laawe, tenía en mente dos

imágenes contradictorias. En una, aparecía vestido con un traje, bruscamente esposado y trasladado en un vehículo de seguridad, la sirena a todo volumen, directo a la cárcel; en la otra, se encontraba vestido con harapos y trasladado de nuevo al aeropuerto, para tomar un avión a Nairobi. En una, los oficiales que lo escoltaban a la cárcel eran toscos y brutales; en la otra, los oficiales eran la cortesía en persona. Eso sí que es la dictadura. Eso sí que es la guerra civil.

Con todas las células de su cuerpo alerta ante tanta inquietud y cautela, se dijo que ojalá supiera dónde rondaba el peligro, quién era amigo y quién era enemigo. En su día se había acostumbrado a la arbitrariedad de un régimen dictatorial, en el que cualquiera puede ser detenido por un mero rumor. Eso allí había cambiado por una arbitrariedad aún más cruda, una anarquía civil en la que cualquiera podía morir a manos de un joven armado sólo por pertenecer a un clan familiar distinto del suyo, si es que ésa llegaba a ser la razón.

Regresó Af-Laawe, diciéndole que el pasaporte se lo devolverían en breve y debidamente sellado. Mucho encanto puso en su ceceo cuando elogió a Jeebleh por haber entregado el documento somalí en vez del estadounidense. Jeebleh no supo precisar si su guía, aparecido por sí solo, era un regalo del cielo o no. Tampoco supo concluir si el hombre tendría algunos motivos de momento ocultos.

—¿Alguna posibilidad de encontrar un medio de transporte, un taxi? —preguntó Jeebleh.

—Eso ya lo tengo arreglado.

—No veo taxis por ninguna parte.

—No te preocupes, que ya te llevarán —le aseguró Af-Laawe.

—Mientras, háblame un poco de ti.

—Poca cosa hay que contar.

—Pues cuéntamela, aunque sea poca cosa.

—Soy amigo de Bile —dijo Af-Laawe.

—¿Ha sido él quien te ha enviado para recogerme al llegar?

—El placer de venir ha sido enteramente mío.

Impresionado por las evasivas y la claridad con que hablaba el hombre, al mismo tiempo que un tanto asustado, Jeebleh quiso saber cómo había logrado sobrevivir Af-Laawe en una ciudad devastada, con su ingenio y su dignidad, o al menos su compostura, intactos. Y es que sentía que, pese a todo, algo no terminaba de encajar. Af-Laawe le recordaba a Jeebleh a un actor en un papel improvisado para el que le faltaran dotes de interpretación.

—Si no me vas a decir nada acerca de ti —dijo Jeebleh—, al menos podrías decirme algo más sobre Bile, al cual no he visto en más de dos décadas.

—Cada cosa a su tiempo, si no te importa —respondió el hombre.

Jeebleh se preguntó si debía atribuir las evasivas de Af-Laawe a la discreción o acaso al hecho de que estaba al corriente de la mala sangre existente entre Bile y Jeebleh, tanto en lo personal como en lo político, desde mucho tiempo atrás. La mala

sangre era debida en gran parte al hecho de que Bile fuese retenido en la cárcel, mientras que Jeebleh fue puesto en libertad y misteriosamente embarcado a bordo de aquel avión. No era de extrañar que la gente creyese que Jeebleh había traicionado el amor y la confianza de su amigo.

—¿Dónde vive Bile? —preguntó Jeebleh.

—En el sur de la ciudad.

No sorprendió ni mucho menos a Jeebleh que Bile hubiera escogido radicarse en el sur de la metrópolis dividida. Su amigo estaba emparentado con el Cacique del Sur, el señor de la guerra que mandaba en ese territorio, con el respaldo de los milicianos del clan. Jeebleh pertenecía al clan del Cacique del Norte, pero no sentía ninguna lealtad basada en la pertenencia al clan: de hecho, toda esa idea le repugnaba y lo encolerizaba.

Jeebleh volvió a lo elemental.

—¿Me ayudarás a encontrar un hotel?

Af-Laawe pareció desconcertado. Miraba alrededor con nerviosismo, como si de pronto hubiese perdido el aplomo, como si de pronto fuese una niñera a la que se le pedía que asumiera la responsabilidad de un padre ausente. Al intuir que Af-Laawe sabía bastante más de lo que estaba dispuesto a revelar, Jeebleh tuvo la extravagante sensación de que quien lo hubiese enviado a recogerlo le había encargado que se ocupase del transporte, pero no de buscarle un hotel. ¿Obedecía Af-Laawe las instrucciones de alguien? Y en caso de que así fuera, ¿de quién?

Af-Laawe había vuelto a adoptar la certidumbre que suele tener un guía veterano, capaz de conducir a su protegido con absoluta seguridad.

—Te alojaremos en un hotel situado en el norte, donde pensamos que te sentirás más seguro. En estos tiempos tan inciertos, muchas personas permanecen en los territorios sobre los que sus clanes familiares tienen derechos ancestrales, porque es ahí donde se sienten cómodos y donde se pueden mover sin estorbos ni temores. De todos modos, si lo deseas, podemos trasladarte a su debido tiempo al sur, para estar más cerca de Bile. Es posible que el propio Bile te invite a compartir su vivienda, quién sabe.

Jeebleh tomó buena nota del uso del «nosotros» que había hecho Af-Laawe, aunque fue incapaz de determinar si se trataba de un gesto de amistad o si había otra u otras personas involucradas en todas las disposiciones que se habían tomado para él. ¿Era ese «nosotros» incluyente, en el sentido de que Af-Laawe tal vez diese a entender que los dos pertenecían al mismo clan? ¿O acaso el «nosotros» de Af-Laawe tomaba en consideración a otras personas, personas que fuesen de la misma sangre o de la misma comunidad que Jeebleh?

—¿Y qué hay de Calooshii-Cune? —preguntó.

Aunque Calooshii-Cune, o Caloosha a secas, era medio hermano de Bile y mayor que él, pertenecía al mismo clan que Jeebleh. Qué curioso el funcionamiento del sistema de clanes: dos medio hermanos que compartían una misma madre, como



Caloosha y Bile, no se consideraban miembros del mismo clan familiar porque tenían distintos padres, pero Jeebleh, el amigo íntimo de Bile, estaba más emparentado, en términos de los lazos de sangre, con Caloosha porque ambos descendían de un mismo ancestro mítico. Durante gran parte del tiempo que estuvo en el gobierno el antiguo dictador, Caloosha había sido subdirector del Servicio de Seguridad Nacional. Eran muchos los que creían que había sido responsable del encarcelamiento tanto de Bile como de Jeebleh, de la condena a muerte que se impuso a Jeebleh y también de su final y misteriosa puesta en libertad. Bile había permanecido en la cárcel hasta que el Estado se hundió, momento en que las puertas de la cárcel se abrieron por fin.

—Caloosha vive en la parte norte de la ciudad —dijo AfLaawe—, cerca del hotel en el que te alojarás. Tú avisa y estaremos encantados de llevarte ante él, cualquier día, a cualquier hora.

A Jeebleh le inquietó esa intimidación existente entre AfLaawe y Caloosha, aunque prefirió esperar hasta saber algo más.

—¿Está en buen estado? Caloosha, quiero decir.

—Es un político fuerte en el norte —respondió Af-Laawey, además, actúa como consejero de seguridad para el Cacique del Norte.

Los rumores aumentan, pensó Jeebleh, cuando rondan a políticos que tienen un turbio pasado. Había deducido, tras hablar con la gente e interesarse por la situación del país, que muchos políticos que mantenían conexiones dudosas con el dictador habían encontrado un sitio seguro en los territorios en los que sus clanes eran mayoritarios. Tal como estaban las cosas, Jeebleh tendría que haber contado con que Caloosha se llevase a partir un piñón con el Cacique del Norte, quien le garantizaría la inmunidad frente a cualquier acusación por sus delitos políticos. Naturalmente, Jeebleh no tenía ninguna intención de ver a Caloosha y, de hecho, le preocupaba alojarse en un hotel del norte de la ciudad, próximo a la residencia de ese hombre espantoso, pero ¿quién era él para poner objeciones a tales cosas en esos momentos?

—Pero alojarme en un hotel de la sección norte de la ciudad no me impedirá moverme libremente, ¿verdad? —preguntó.

—Cruzar las líneas verdes no supone ningún peligro para la gente normal y corriente —respondió Af-Laawe—. Los civiles que no van armados y los no combatientes rara vez sufren complicaciones cuando cruzan la línea verde. De todos modos, los señores de la guerra y sus asociados no cruzan la línea a menos que vayan escoltados por sus guardias armados.

—¿Tú dónde vives?

—Yo vivo en el sur.

—¿En tu propiedad?

—No, ocupo una casa.

—¿Ocupas una casa? —Jeebleh había leído y oído algo sobre cuestionables tratos en la práctica de la ocupación de inmuebles.

—Tengo un trato con una familia que es dueña de un chalé y que se ha ido a vivir

a Canadá después del hundimiento del régimen —explicó Af-Laawe—. Un chalé vacío en plena guerra civil, en Mogadiscio, es una responsabilidad, además de una tentación. Vivo en el chalé sin pagar nada y me ocupo de tenerlo cuidado.

En la jerga local «ocupar una casa» significaba tomar posesión de casas que pertenecían a miembros de las familias del clan que habían huido del país y la ocupación corría a cargo de miembros de las familias que se habían quedado. No todos los ocupantes de las casas eran ilegales. Algunos vivían sin pagar alquiler. A otros se les pagaba para que cuidasen de las propiedades inmobiliarias de gente que vivía en el extranjero y que albergaban la esperanza de hallarlas en buenas condiciones para hacer lo que quisieran con ellas una vez se restableciera la paz y un gobierno central ejerciera sus funciones. Sin embargo, de un tiempo a esta parte hubo unos cuantos casos en los que quienes afirmaban ser dueños de las propiedades a cuyo cuidado estaban las habían vendido.

Cuando Jeebleh estaba a punto de preguntar qué clase de ocupación era la que tenía Af-Laawe, éste había desaparecido de nuevo, para volver acompañado por el hombre de inmigración. Af-Laawe se volvió hacia aquel hombre y tomó el documento de sus manos. Habló con plena satisfacción.

—Veamos —dijo.

El hombre que llevaba su pasaporte ostentaba la lastimera expresión de un hijo que se queda fuera del testamento de un padre adinerado. Tal vez tenía la esperanza de recibir algo de *baksheesh* y se sintió un desdichado al ver que no iba a sacar ningún beneficio adicional. O tal vez hubiese otra razón, indescifrable para Jeebleh. Af-Laawe examinó a fondo el pasaporte en nombre de Jeebleh y se lo devolvió; éste lo guardó en el bolsillo sin tomarse la molestia de abrirlo.

—¿Qué hay del transporte? —preguntó Jeebleh.

—Dame unos minutos —dijo Af-Laawe.

Mientras esperaba, Jeebleh contempló la ciudad a lo lejos y vio un espléndido mar de arena que se henchía tras un minarete. Recordó su juventud y lo mucho que había disfrutado al vivir cerca del mar, adonde iba a nadar con frecuencia. Hubo un tiempo en que la ciudad era tan apacible que se podía dar un paseo a cualquier hora del día o de la noche sin ser víctima de un asalto, sin sufrir acosos de ninguna clase. De joven, antes de irse a Padua a cursar sus estudios universitarios —Somalia carecía de universidades—, iba con Bile a un *night-club*, el Gezira, y volvía a casa a pie a las tres de la madrugada sin el menor contratiempo. En aquellos años ya pretéritos, la gente de este país estaba en paz consigo misma, a gusto dentro de su propia piel, feliz de ser quien era.

Siendo una de las ciudades más antiguas del África subsahariana, Mogadiscio había conocido siglos de guerras de desgaste: un ejército dejaba la muerte y la destrucción a su paso y venía a sustituirlo otro y otro y aún otro más, todos

destruictivos por igual: llegaron los árabes y en gran medida se adueñaron de la península y, tras sacar adelante el comercio junto con la fe islámica, dejaron su lugar a los italianos y luego vinieron los rusos y, más recientemente, los estadounidenses, nerviosos, de gatillo fácil, encantados de disparar antes de ser objeto de un disparo. La ciudad se llenó de armas y la presencia de los estadounidenses, enloquecidos con las armas, supuso una escalada del conflicto a cotas más elevadas. ¿Llegaría Mogadiscio a conocer la paz algún día? ¿Disfrutarían los habitantes de la ciudad alguna vez de esepreciado bien?

Desde donde se encontraba, los árboles estaban tan raquíticos que parecían retrasados y los cactus elevaban sus brazos y espinas en señal de rendición, mientras los arbustos daban escasa sombra. Las nubes de polvo levantadas por los sucesivos ejércitos de la destrucción al final se posaban en tierra, más finas que cuando ascendieron.

Jeebleh no tenía ningún deseo de presenciar la desolación sobre la que había leído, sobre la que tanto había oído contar. Le abrumaba el corazón visitar su amada ciudad en un momento en que la tristeza se había adueñado de ella más que nunca. Mogadiscio se extendía delante de él como si se hallara al alcance de su trémula mano, un lugar donde la gente habitaba en una desolación terrible. Un poeta bien podría haber descrito Somalia como si fuera un barco atrapado en medio de una tempestad sin que lo guiase la mano experta de un sabio capitán. Otro podría haber descrito la tierra diciendo que estaba echada a perder del todo, abandonada, viudas las mujeres, huérfanos los niños, los enfermos sin atender. Un tercero podría haberlo descrito como un país trágico, saqueado por locos empujados por el hambre insaciable de aumentar su riqueza y de lograr un poder ilimitado. Cuántas vidas desbaratadas, truncadas, acabadas sin sentido, cuánta y cuán fútil la violencia.

—¿Cómo ha sido la vida en la ciudad en todo este tiempo? —preguntó Jeebleh.

Af-Laawe contestó con lo que a Jeebleh le pareció una incongruencia.

—El peligro tiene cierto olor, sólo que poca cosa se puede hacer para rehuirlo entre el momento en que se huele y el instante en que la muerte te visita.

—¿De qué estás hablando?

—Me huele a peligro, eso es todo —dijo Af-Laawe.

—No entiendo. ¿Hueles a peligro ahora? —preguntó Jeebleh.

No esperó respuesta. Por el contrario, siguió la dirección en que miraba Af-Laawe y vio a los tres jóvenes armados que antes lo habían vigilado y que en ese momento estaban apiñados, susurrando maliciosamente entre ellos. Y también miraban la escalerilla de un avión en el que embarcaban los pasajeros.

—¿En qué andan esos tres? —dijo Jeebleh.

—Antes, al pasar a su lado, oí de qué hablaban. Estaban cruzando apuestas.

—¿Y sobre qué apostaban?

—A los jóvenes armados de nuestra ciudad les divierte el elegir una diana al azar, contra la cual tira uno primero y luego van tirando los demás. Para ellos es un

deporte, un juego que practican cuando se aburren. El que acierte al disparar contra la víctima es el que gana lo que se jueguen.

—¿Y eso es lo que están haciendo ahora?

—Eso me temo.

—¿No podemos impedirlo?

—Lo dudo mucho.

—¿Y si hablo con ellos?

—¿Por qué asumir riesgos innecesarios?

—Porque alguien tendrá que hacerlo.

—Yo que tú no lo haría.

Antes de que Jeebleh tuviera tiempo de dar un paso, sonó un disparo. Oyeron gritar a una mujer y luego se armó un pandemónium. Desde donde Jeebleh se encontraba habría sido difícil hilar la secuencia de los acontecimientos en el orden correcto, pero no hizo falta que pasara mucho tiempo hasta que alguien explicase lo ocurrido: el piloto del Antonov, un tipo de Texas, se había ofrecido a ayudar a la mujer, una pasajera, a llevar sus contenedores de plástico al avión y ella lo siguió al subir la escalerilla. Es posible que el tirador apuntase al piloto, quien, por fortuna para él, dejó de estar a tiro un segundo antes de que dispararan. O tal vez la mujer y sus hijos subieran la escalerilla demasiado despacio y por eso se convirtieron en el blanco. Fuera como fuese, la primera bala dio en el hijo mayor de la mujer. La gente que había al pie de la escalerilla fue presa del pánico. Dos de los jóvenes apuntaron sus armas contra todo el que se atreviese a acercarse o a amenazar con desarmarlos. La gente se acobardó, en silencio, asustada.

Los tres jóvenes estaban exultantes, chocando las manos en alto, dos de ellos felicitando al tirador que había dado en el blanco. Entretanto, la mujer y el hijo que habían sobrevivido gritaban con tal violencia que se podría haber caído el cielo con sus gritos. Los jóvenes se movieron despacio y de cara a la muchedumbre, como si temiesen que alguien les disparase por la espalda, hasta subir en una furgoneta, que arrancó y se fue en medio de una polvareda. La gente se movió al unísono hacia el arranque de la escalerilla, donde el cadáver de la víctima, un niño de diez años, yacía en medio de un charco de sangre.

¿Era cierto, según se decía, que en ese agujero infernal que era la ciudad nadie hacía nada por nadie estando vivo, aunque una vez muerto todo el mundo se apresuraba a enterrarlo cuanto antes? Por la conversación que Jeebleh oyó de lejos era evidente que todos se sentían aliviados de que el piloto estadounidense no hubiera sido alcanzado. A Jeebleh le sorprendió que nadie, entre el gentío que aún se apiñaba, hubiera sido capaz de dar la cara ante los francotiradores, de que nadie hubiese intentado impedir que siguieran con sus mortíferos juegucitos. ¿Y dónde estaba Af-Laawe? Había vuelto a desaparecer. Sí, allí estaba, subiendo por la escalerilla, supuestamente para echar una mano. La mujer y el hijo seguían llorando a voz en cuello y Af-Laawe se les acercó para intentar consolarlos.

Quizá hubiese en Af-Laawe algo más de lo que saltaba a la vista. Era astuto, desde luego, y tenía recursos, además era valiente. Sin embargo, ¿era de veras digno de confianza? ¿Actuaba por cuenta propia o era vasallo de alguno de los caciques, de los hombres fuertes? Sería insólito, pensó Jeebleh, encontrar en Mogadiscio a un hombre que no se dedicase en exclusiva a prestar servicios a su comunidad consanguínea y trabajase en pos de sus propios ideales.

Instantes después, Jeebleh alzó los ojos y vio a los primeros carroñeros, duros de mollera y de vista afilada, con mortíferas garras capaces de desgarrar y separar en dos mitades el cosmos que los rodeaba.

—¡Nada de bolsas para cadáveres, por lo que más quieras!

Ésas fueron las palabras de despedida de la hija mayor de Jeebleh cuando le imploró que anduviera con mucho cuidado. El consejo de su mujer fue sencillamente que no se fiase de nadie. En circunstancias distintas, Jeebleh y Af-Laawe podrían haber iniciado una amistad en el acto, dándose los números de teléfono, prometiéndose estar pendientes el uno del otro. Allí, en cambio, las cosas eran mucho más complejas. Y de pronto, eso: ¡un chaval de diez años asesinado sólo por diversión!

Jeebleh se dio cuenta de que sería imprudente hablar de todo eso con su mujer y con sus hijas, que le pedirían que regresara a casa cuanto antes. Y si pretendiese comentar su asombro ante la pasividad de la multitud, su esposa se remitiría reflexivamente a «la falta de valor moral de los somalíes», aun cuando en el fondo de su corazón ni de lejos querría que él adoptase una actitud moral que le pusiera en riesgo. Su hija mayor, que estudiaba su último año en la Universidad de Nueva York, le diría que sería impropio de él, de un hombre con un pasado tan venerable, cuya vida estaba repleta de incontables muestras de valor moral, morir en vano. Su hija menor había especulado con que, en caso de resultar asesinado, era improbable que lo repatriaran a Nueva York. «Te enterrarían a los cinco minutos de haber muerto, en cualquier parte. Nosotras ni siquiera llegaríamos a ver tu cadáver. Una de nosotras tendría que viajar a ese país dejado de la mano de Dios para traerte de vuelta y darte un entierro decente». Se habían opuesto las tres a su viaje a Mogadiscio.

Todo eso ya lo había oído antes, los argumentos a favor y en contra de su implicación en cualquier clase de actividad política o moral que pudiera llevarlo a la muerte. Se acordó de su madre con cariño, sobre todo porque, a pesar de ser su único hijo, nunca le había dado a entender que no debía arriesgar la vida comprometiéndose en actividades políticas peligrosas, cuando eran muchos los padres que en los tiempos de la dictadura disuadían a sus hijos de que tomasen posiciones. Su madre fue una excepción. «Sólo se vive una vez y a mí me gustaría que vivieras la vida que te corresponda con integridad», solía decir. Pero dudó de que ni siquiera ella hubiese querido que arriesgase la vida sin necesidad en ese caso, si, como dijo Af-Laawe,

poca cosa podría hacerse.

La aparición de más cuervos, marabúes y otras aves carroñeras lo liberaron de sus recuerdos. ¿Habían aprendido esas aves a acudir en cuanto oyesen un disparo a sabiendas de que habría cadáveres? Se posaron inquietos en los cables del telégrafo, a la espera. La gente seguía allí mismo, desvalida. Af-Laawe condujo a varios hombres, que se llevaron al chiquillo muerto a un vehículo en cuyo lateral se leía la inscripción *Noolaadaa dhinta!* y, debajo, la traducción al inglés, «Quien vive, muere». Cuando por fin volvió Af-Laawe a su lado, Jeebleh le preguntó si la furgoneta a la que había llevado el cadáver era de su propiedad.

—Pertenece a una organización de caridad que da un entierro islámico en condiciones a todos los cadáveres que nadie reclama y que atestan las calles de la ciudad cada vez que hay un tiroteo —dijo—. La fundé en los comienzos de la guerra civil, cuando había cadáveres por todas partes, en cada esquina, a la vera de cualquier camino, en los edificios. Hay un gran porcentaje de muertos que no tienen parientes que los entierren. Pertenecen a clanes familiares que han sido expulsados de la ciudad.

Guardó silencio y miró hacia un 4 x 4 que llegaba en ese momento, tal vez con alguien importante dentro, tal vez el jefe de un clan o un señor de la guerra que iba de viaje a Nairobi. Varios jóvenes armados bajaron del techo del vehículo y otros salieron de su interior antes de que un anciano, al que Jeebleh reconoció, saliera cojeando. Se hizo el silencio; incluso la desolada mujer, que se encontraba en la furgoneta de Af-Laawe, dejó de gemir. Jeebleh, transformado, parecía más amedrentado que cuando había tomado tierra. Deseó ser capaz de reunir el valor necesario para hablar con el venerable político que iba caminando hacia el avión.

—Pues ya ves cómo son aquí las cosas —le decía en ese momento Af-Laawe—. Mi propósito era llevarte en mi furgoneta. Aún puedes venir conmigo si quieres, sólo que debo avisarte de que habrá otros pasajeros, incluido un cadáver, una madre desolada, que no dejará de gemir, y varios enterradores. Voy directo al cementerio. Si no, puedo organizarte un viaje en ese coche tan elegante.

—¿Qué posibilidades hay de que así sea?

—Hablaré con el conductor. Lo conozco bien.

—¿Y sabrá adónde tiene que llevarme?

—Yo se lo digo.

Todo se hizo de prisa, porque Af-Laawe quería enterrar al niño antes de que se hiciera de noche. Antes de marcharse, dejó a Jeebleh su tarjeta de visita, en una de cuyas caras se leía «Funerales distintos» y, en la otra, «*Noolaadaa dhinta!*». Jeebleh pensó sin querer que tal vez alguien con un siniestro sentido del humor se lo estaba pasando en grande al enviarle una furgoneta de pompas fúnebres para recogerlo a su llegada. Sólo a Caloosha se le habría ocurrido enviar un mensaje velado como ése, con una amenaza de muerte cosida en el dobladillo. Por desgracia, Jeebleh no supo si debía tomárselo a la ligera o con la debida seriedad de alguien a quien se le hace una

advertencia.

—Buena suerte —dijo Af-Laawe, y se fue.

Jeebleh se encontró incómodamente embutido en el asiento delantero del vehículo, comprimido entre el conductor y un hombre que respondía al título de comandante. En el asiento trasero iban tres jóvenes armados con fusiles de asalto. Encaramados en el techo del vehículo iban otros con lanzagranadas y ametralladoras de las que colgaban cintas de munición. Era evidente su incomodidad al ir sentado tan cerca de tantas armas en manos de adolescentes: él permaneció en guardia, atento al detalle, pendiente de cualquier señal de peligro inminente.

Según avanzaban, en cuanto se acostumbró a su inquietud, localizó con la mirada a un joven tumbado en la parte de atrás. El apuesto joven disponía de todo el asiento para él solo y llevaba la pierna derecha enyesada, estirada con esa dignidad de quien muestra todo un premio del que se siente orgulloso.

Tal vez de un modo un tanto banal, tal vez revelador de que se había americanizado más de lo que estaba dispuesto a reconocer, Jeebleh tuvo ganas de que el conductor, el comandante y los jóvenes de atrás se abstuvieran de convertir el coche en un ahumadero. No dijo nada al respecto, dudando de que le hicieran caso y sintiéndose un poco bobo por pensar en invertir más energía en protestar por su hábito de fumar que en hacerlo por ir armados hasta los dientes. En cambio, preguntó al comandante dónde se encontraba cuando el Estado se hundió y en la ciudad estalló la anarquía.

—Pues de aquí para allá —repuso el comandante—, en todas partes.

—Pero usted formaba parte del Ejército Nacional, ¿no es así?

—¿Y cómo lo ha deducido?

—Lo supongo por su cargo de comandante.

Sin decir nada, el comandante expulsó varios aros de humo directamente hacia los ojos de Jeebleh, irritándolo sobremanera. El conductor percibió que aumentaba la tensión e intervino. Se dirigió a Jeebleh.

—Todos estamos en estado de *shock* por lo que hemos tenido que pasar, al menos los que nos quedamos en el país. Espero que los que son como ustedes nos perdonen por nuestros fallos y rezamos a Dios para que nos perdone por nuestros pecados también.

El comandante soltó una maldición.

—¡Vaya majadería!

Pasaron varios minutos en los que sólo se oyó el ruido del motor. Los jóvenes se pusieron a conversar en agitados murmullos, en un dialecto difícil de comprender que tan sólo se solía hablar en la región sur del país, de donde procedían los milicianos.

—¿Y de qué conoce usted a Marabú? —preguntó el comandante.



Jeebleh miró del comandante al conductor y vuelta, pues no tenía ni idea de qué le estaba diciendo. Se le enganchó el labio inferior en los dientes. Se lo mordió antes de musitar:

—¿Marabú?

El conductor le echó una mano.

—«Marabú» es el apodo del tío que lleva eso de los «Funerales distintos», así se le conoce en algunos círculos de nuestra ciudad.

—Se presentó diciendo que se llamaba Af-Laawe —dijo Jeebleh.

—¿Y hoy ha sido la primera vez que lo ha visto?

Cuando Jeebleh asintió y el conductor dio la cara por él, el comandante se mostró enojado. Se volvió hacia el conductor.

—¿Por qué hablas tú por él?

—Porque soy yo el que se ha ofrecido a llevarlo, nada más —dijo el conductor.

Y cuando el comandante siguió mirándolo con furia, primero a él, y luego a Jeebleh, durante bastante más tiempo, enfureciéndose aún más, el conductor se vio obligado a añadir una aclaración.

—Conozco la reputación que tiene este caballero y estoy al tanto del respeto que merece su nombre en muchos sitios. Y es más: sé que se trata de su primer encuentro porque así me lo ha dicho Marabú.

Se hizo el silencio.

—Esto me recuerda una historia en la que Voltaire —dijo el conductor pocos minutos después—, que está en su lecho de muerte, recibe una visita de Satán. Ansioso por contar con el filósofo francés entre sus fieles, Satán le ofrece placeres ilimitados, que harán mucho más cómoda su vida en el más allá en todos los sentidos. Pero Voltaire rechaza la oferta y le endilga una severa reprimenda a Satán, diciéndole que no es momento de granjearse enemigos, y que muchas gracias.

Picado, tal vez porque no supo qué pensar de la parábola ni de por qué la había referido el conductor, el comandante ladró una orden.

—¡Para el coche! —gritó.

Tan pronto se detuvo bruscamente el vehículo, los jóvenes armados saltaron del techo y se desplegaron con las armas listas para disparar. En cambio, los jóvenes que iban dentro no movieron un dedo. Nervioso, el comandante saltó del coche.

—¿A qué viene esta parada no prevista? —preguntó el conductor.

—¡Vuelvo enseguida! —dijo molesto el comandante. Se acercó al lado del conductor—. Tú eres un voluntario y yo estoy al mando de esta operación, así que tú obedeces mis órdenes. Ten en cuenta que estamos en guerra y que te pondré ante una comisión disciplinaria del movimiento si me desobedeces.

Se fue andando por un camino polvoriento con dos de los jóvenes que se destacaron para escoltarlo, con las armas en posición amenazadora.

—¿Y a ése qué le pasa? —preguntó uno de los jóvenes en el vehículo.

El joven apuesto de la pierna enyesada comentó que el comandante debía

emprender una misión peligrosa y que vivía en un estado de tensión permanente. Todos aceptaron el silencio impuesto, algo avergonzados. Jeebleh permaneció inmóvil, como una vela recién apagada, humeante y oscura en sus últimos momentos.

Fuera se había formado un tenue torbellino de arena. Y la vida era como podría haberla imaginado Jeebleh en su renacer continuo, polvo a la tierra, tierra al polvo, de modo que la muerte quedaba así vengada.

Con el vehículo aparcado en el arcén y el comandante y sus jóvenes milicianos implicados en alguna misión misteriosa, Jeebleh se sintió cada vez más como una diana inmóvil. Con el corazón desbocado por el miedo, se le ocurrió que todos ellos podrían estar muertos si un dedo apretase un simple gatillo. Se lloraría a los muertos, se los enterraría —Marabú ya se encargaría de ello—, pero los milicianos lamentarían más la pérdida del vehículo. A mediados de los ochenta, antes del hundimiento, cuando la corrupción alcanzó niveles sin precedentes, circulaban unos poemas en casete sobre el dinero mal recabado con el que se compraron muchos de los Land Cruisers que entraron en el país. Jeebleh se dijo que ojalá recordase aquellos versos. Hoy, muchos de esos vehículos 4 x 4 habían terminado en manos de los milicianos combatientes, que habían montado sus armas en ellos, convirtiéndolos en los carros de combate que se habían hecho habituales en las tomas sobre la guerra civil que aparecían en las emisiones de la CNN y la BBC. Estuvo pendiente de lo que sucedía fuera, en los polvorientos callejones. Dos de los jóvenes armados que saltaron del techo del vehículo estaban de espaldas el uno del otro, imitando lo que debían haber visto en las películas estadounidenses. Llevaban un bulto enorme en la mejilla, grandes masas de *qaat* mascado, un estimulante bastante suave. Podrían haber sido reses rumiando.

—Una vez más —dijo el conductor—, siento que debo pedir disculpas por el comportamiento de nuestros paisanos, que no saben qué es lo mejor para ellos ni cómo dar las gracias a quienes tienen buenas intenciones para con ellos. Nuestro estado de ánimo oscila de un extremo a otro, pero no tenemos el valor de reconocer que nos hemos desviado de nuestro comportamiento moral. Supongo que por eso sigue adelante la guerra civil y no termina, por esa carencia que tenemos, por nuestra incapacidad de apreciar qué ha intentado hacer la comunidad internacional por nosotros: dar de comer al hambriento y traer la paz a nuestra patria.

Jeebleh quiso saber algo más sobre Af-Laawe.

—¿Cuál es la historia de Marabú? —preguntó.

Nubes tormentosas de preocupación se concentraron en la frente del conductor; listo para hablar, hizo antes una serie de ruidos de intensidad similar al trueno anterior a que un rayo desgarre el cielo.

—Marabú, para empezar —dijo al fin—, tiene muchos seudónimos y se los cambia con la misma frecuencia con que uno se cambia de camisa.

Jeebleh se preguntó si Af-Laawe, que significa «el que no tiene boca», era asimismo un seudónimo, que a un estudioso de Dante seguramente le habría parecido una alusión al *Infierno*.

—¿Y usted lo conoce verdaderamente bien? —preguntó.

El conductor respondió con un discurso que estalló apasionado.

—¿Cómo se puede conocer a alguien en una tierra en la que todo el mundo se reinventa continuamente? ¿Cómo se puede conocer a un Af-Laawe, que hace todo lo posible para que nadie lo conozca?

—Tengo la impresión de que lo conoce desde hace mucho tiempo.

—Cierto, lo conozco desde hace tiempo, desde que era estudiante, desde que hacía su doctorado en Roma. En aquel entonces yo estaba al frente de la cancillería, en la embajada somalí. Recuerdo que vino a verme cuando se enteró de que la Seguridad Nacional lo tenía en una lista negra y emitió una orden en la que se nos indicaba que pusiéramos fin a la beca dotada por el gobierno, de la que él gozaba. A sabiendas de que no podría ayudarlo, pedí a un oficial de menor rango que se ocupase de su caso. Se marchó de la legación somalí en Italia enojado y lanzando improperios. Pocos días después vino a visitarme a casa. En esa ocasión me solicitó que le extendiera su pasaporte. Le dije que no tenía sentido extenderle el pasaporte si ya no gozaba de una beca que le permitiera vivir en Italia, pero mi hijo me garantizó que Af-Laawe, que era su amigo, había recibido otra ayuda que le permitiría continuar sus estudios y que todo lo que necesitaba era un pasaporte válido, con una residencia válida. Le renové el pasaporte, aun a riesgo de correr yo ciertas complicaciones, debo decirlo, y no volví a saber nada de él hasta que me lo encontré varios años después en Francia, con una mujer italiana que era su prometida. Para entonces ya se había instalado en Alsacia, en una localidad llamada Colmar, y al final se casó con aquella mujer.

—¿Y cuándo vino aquí?

—Poco después de que las tropas de Estados Unidos entrasen en Mogadiscio. Tengo entendido que ahora tiene papeles legales franceses y que habla varias lenguas. Se dice que estuvo contratado por la Unión Europea y que gozó de un salario muy elevado, con un trabajo más bien indefinido, «facilitador» de toda clase de cosas europeas. Se le envió en una misión para localizar y resolver problemas, y contó con un conductor, un cocinero, un guardaespaldas. Vivía él solo en una casa inmensa, de tres plantas, por todo lo alto.

—¿Y qué pasó?

—Se rumorea que junto con otros dos europeos, un francés y un noruego, fue el responsable de la desaparición de unos cuatro millones de dólares de las arcas de Naciones Unidas. Nadie sabe cómo lo hizo.

—¿Cuatro millones de dólares?

—¿No ha leído nada sobre eso en la prensa estadounidense?

—Pues no recuerdo nada al respecto.

—Según se rumorea —siguió diciendo el conductor—, perdió su trabajo con la UE porque sospechan de él, aunque no puedan demostrar nada. Y no se atreve a volver a Colmar, donde viven su mujer y sus dos hijos adolescentes, porque el francés y el noruego le exigirán que entregue su parte del botín. Quienes están al tanto de estas cosas creen que él fue el cerebro de la operación y muchos ciudadanos de Mogadiscio asumen que el dinero está enterrado en algún lugar de Somalia y que él es la única persona que sabe dónde.

—Si el dinero está aquí, ¿cómo es posible que los dos Caciques, o sus esbirros, no lo hayan obligado a mostrarles dónde lo tiene escondido? Parece un disparate, algo increíble, ¿no?

—Es posible que los dos Caciques sepan cosas que nosotros no sabemos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jeebleh.

—A lo mejor saben que el dinero ya está en Europa, depositado en un banco suizo, a la espera de que alguien lo saque, después de dar el número secreto que corresponda —especuló el conductor—. O a lo mejor están a la espera de que nuestro hombre se reúna con el francés y el noruego que le prestaron ayuda a la hora de despistar los fondos de la ONU y sólo entonces recogerá Marabú su parte del botín. A lo mejor un asociado de los Caciques es el principal protector de Marabú.

—¿Por ejemplo, quién?

—¿Conoce usted a Caloosha? Su nombre sale a relucir a menudo —dijo el conductor—. Tengo entendido que Af-Laawe es bastante amigo de un cuñado suyo, que es el lugarteniente del Cacique del Sur. La nuestra es una comunidad incestuosa y el hombre cuenta con protectores por todas partes.

—¿Cuáles son los lazos o eslabones que le unen a Caloosha?

—Eso no lo sé, con toda sinceridad.

Los jóvenes del interior del vehículo empezaban a estar inquietos y miraban con ansiedad hacia el punto por donde esperaban que apareciera el comandante. El de la pierna enyesada señaló que, al ser un oficial de alto rango al que se le encomendaban con frecuencia misiones peligrosas, el comandante debía saber que no era seguro que se quedasen estacionados en un sitio durante tanto tiempo.

—Le daremos un minuto más de margen —respondió el conductor.

—Y luego nos vamos —insistió el joven.

Tan pronto como el conductor encendió el contacto, vieron al comandante con su escolta, que apareció llevando algo en una bolsa de plástico. Hablaba entre dientes y parecía aún crispado al subir al vehículo. El motor se puso en marcha y el vehículo siguió su camino.

---

—¿Cómo has tardado tanto? —preguntó el conductor, quien daba ansiosas, coléricas caladas al cigarrillo que había encendido durante los minutos de silencio inquietante.

—Hemos tenido que reventar la caja fuerte —explicó el comandante—, porque la mujer no conseguía encontrar la llave. Al parecer, su viejo se la había llevado.

—El movimiento está sin blanca, así que tenemos que conseguir fondos de las fuentes habituales, de los miembros de nuestro clan que residen en Estados Unidos, ¿estoy en lo cierto?

El comandante estuvo a punto de acusar al conductor de divulgar un secreto a un hombre que no pertenecía al clan, pero entonces adoptó la expresión de quien, en aras de la paz, decide dejar a un lado las diferencias que tiene con otro. De manera sorprendente, optó por un trato más amistoso, incluso sonriente, aunque un tanto inquieto. Tal vez se hubiese acordado de la admonición de Voltaire cuando reventaba la caja fuerte y tal vez hubiese dado con la idea de que no era sabio granjearse enemigos de manera innecesaria. Se volvió hacia Jeebleh.

—¿Ha conocido usted al Cacique del Sur? —le preguntó.

—No.

El comandante habló con una rara mezcla de temor y de orgullo.

—Yo conozco muy bien al Cacique del Sur.

—¿Y cómo es? —preguntó Jeebleh.

—Ese hombre está completamente loco.

Jeebleh permaneció en silencio, huraño. No tenía ni idea de lo que cabía esperar de la conversación, ni sabía adónde podría llevarles.

—¿Y sabe una cosa? —siguió diciendo el comandante.

—¿Qué?

—Para desayunar se come una pastilla de jabón.

Jeebleh quiso guardar silencio, pero no pudo contenerse.

—¿Y por qué hace eso, en nombre de Dios?

—¡Para demostrar que es un tipo fuerte!

Jeebleh notó que la ira del comandante iba en aumento y le pareció que podría explotar en cualquier momento; miró al conductor, con la esperanza de que dijera algo para apaciguar las cosas, y pareció que iba a hacerlo, pero por lo visto cambió de idea y también él guardó silencio.

El comandante se puso a largar por los codos.

—Conozco desde hace años al Cacique del Sur y sé quién es realmente: un chalado que tiene una enloquecida idea de lo que puede conseguir. Presté servicio a

sus órdenes durante la guerra de Ogaden. Sé que es pan comido, no le tengo miedo. De hecho, no es ninguna complicación. Poco importa el mito que ha construido sobre su nombre, gracias a los de su clan, a sus partidarios —arrojó el cigarrillo terminado por la ventana y se volvió hacia Jeebleh como si esperase que éste aplaudiera—: Invadió nuestro territorio, lo conquistó. Sus andrajosos milicianos violan a nuestras mujeres, los de su clan se han apoderado de nuestras granjas. Ha convertido nuestra tierra ancestral en una ampliación de sus juegos de poder y ahora somos parte de su estrategia de negociación cuando otros grupos de interés distinto se plantan en las mesas de reconciliación nacional para crear un gobierno que incluya a todas las partes. Yo insisto en decir a mis hombres que nadie puede gobernar de ese modo a un pueblo siempre que el pueblo esté listo para la lucha. Estamos preparados para matar, estamos preparados para morir hasta el día en que nuestros territorios ancestrales vuelvan a estar en nuestras manos.

Cuando el comandante guardó silencio, el alivio no fue sólo de Jeebleh: todos lo sintieron y se lo tomaron con una dosis exacta de la polvareda que entraba por las ventanillas, abiertas en parte por el calor.

—Para alguien como usted —el comandante volvió a la carga—, estamos todos locos, estamos como las cabras. Usted seguramente pensará que luchamos todos por algo que no tiene mayor importancia. Usted dirá: mire, el país está en ruinas y ustedes siguen luchando por nada. Los que nos hemos quedado y hemos participado en las guerras contra los invasores de nuestros territorios nos sentimos maltratados. Nos sentimos despreciados por ustedes, los que se fueron y tienen un cómodo trabajo y una casa confortable, con agua corriente y electricidad, en un lugar donde reina la paz y se atreven a hablar de esa manera. ¿Se le ha pasado por la cabeza que algunos de nosotros llevamos las armas, tal como los buenos en todas partes han de llevar armas, para combatir y morir si es preciso por la justicia?

—¿Y qué le hace pensar que yo crea que ustedes luchan por algo que no tiene mayor importancia? Yo no he dicho tal cosa.

—¡He conocido a muchos como usted!

Jeebleh prefirió no contestar y miró a otro lado.

—Luchamos por una causa que vale la pena —siguió diciendo el comandante—, la recuperación de nuestro territorio. Luchamos contra los que nos oprimen, que son moralmente perversos, reprensibles, culpables todos ellos. Considero perverso al Cacique del Sur por su empeño en imponer su perversa voluntad sobre nuestro pueblo.

Jeebleh sabía bastante más de lo que estaba dispuesto a desvelar: sabía que el movimiento armado del comandante estaba involucrado en actos no menos reprensibles que los cometidos por la milicia de Cacique del Sur y también sabía que, en tanto parte de su política, aspirante al control total de la región, había «limpiado» su ancestral territorio de los llegados de otras regiones. Por lo que había leído Jeebleh, los líderes del movimiento al que pertenecían el comandante y el conductor

habían consentido la matanza de inocentes que perteneciesen a otros clanes familiares con recuerdos ancestrales distintos de los suyos. Jeebleh consideraba inmorales los actos de todos esos movimientos armados. Con todo y con eso, dudó que tuviera ningún sentido entablar un debate con los llamados líderes.

—De todos modos, ¿por qué está usted aquí? —preguntó el comandante.

—Sólo de visita —respondió Jeebleh.

—¿Y a quién viene a visitar?

Jeebleh se tomó su tiempo antes de responder, porque no le agradaba el tono agresivo del comandante. Para tranquilizarse, contempló los primeros indicios del crepúsculo, que llegaban en oleadas, y disfrutó con ese anuncio de que descendía la primera de las noches que iba a pasar en Somalia. Su silencio impacientó al comandante, quien insistió en su pregunta.

—¿Viene a visitar a alguien en particular?

—Vengo a visitar la tumba de mi madre —dijo Jeebleh al punto.

Pero se sintió ridículo incluso en su fuero interno nada más decir tal cosa. De acuerdo, nada iba a ganar diciendo que su intención era visitar la tumba de su madre, pero había pensado en lograr otras cosas durante esa visita, incluida una sesión con Bile que le permitiera despejar los malos humos de sus asuntos sin concluir. Vio que el comandante y el conductor intercambiaban una mirada; ambos miraron a Jeebleh y volvieron a mirarse el uno al otro.

—¿Su madre ha muerto hace poco? —preguntó el conductor.

—Hace cerca de nueve años.

—¿Murió después de no verla usted durante años?

Jeebleh asintió.

—¿Alguna idea de dónde está enterrada?

—De eso no sé absolutamente nada.

—Durante estos últimos años —dijo el conductor—, se han hecho muchas cosas terribles en la memoria de los vivos y en el espíritu de los muertos. Me alegra que venga de visita para ennoblecer su memoria, para honrarla. Aun cuando, si me permito un momento de cinismo, su madre tuviera suerte de morir cuando murió: así se ha ahorrado los horrores de la guerra civil.

—¿Y cómo piensa encontrar su tumba? —preguntó el comandante.

—Pongo mis esperanzas en la asistenta y cuidadora de mi madre, que con toda probabilidad sabrá dónde está enterrada —dijo Jeebleh.

Sin embargo, desveló que no tenía ni idea de cómo encontrar a la asistenta, a la que de hecho tenía él empleada, por pagarle un salario mensual con una transferencia hecha desde Estados Unidos a su cuenta en Mogadiscio. Jeebleh estaba seguro de que la asistenta era la clave de muchos secretos y estaba ansioso por hablar con ella.

—¿No tiene ningún pariente en la ciudad que pueda saberlo? —preguntó el comandante.

A pesar de la tentación, Jeebleh prefirió no decir nada sobre el motivo de su

visita, ni reconocer que tenía la esperanza de ubicar la historia de su madre en el contexto de la narración nacional, de mayor alcance. Por eso lo dejó en lo elemental.

—No hay parientes que hayan sobrevivido, al menos que yo tenga constancia, o con los que guarde relación. Pero sí tengo un par de amigos a los que planeo buscar y tengo bastante certeza de que me ayudarán a encontrar dónde está enterrada mi madre.

—¡Qué extraño! —el comandante parecía perplejo.

—¿El qué?

—No puedo creer que tenga amigos en la ciudad y que no tenga parientes vivos —repitió la palabra «amigos» pronunciándola con desagrado burlón—. Eso es lo que les pasa a los que viven en Estados Unidos.

—¿Qué me pasa a mí por vivir en Estados Unidos?

—Le ha hecho olvidar quién es.

—No, ni mucho menos.

—Ya lo verá por sí solo cuando lleve por aquí un par de días, ya verá que no hay «amigos» en los que pueda confiar en ninguna parte de este país —afirmó el comandante—. Aquí ya nadie piensa en «amigos». Nos fiamos de los que son de nuestro clan, de los que comparten con nosotros la sangre ancestral.

—Me cuesta trabajo creer que no tenga usted amigos —dijo Jeebleh.

—Sólo un idiota que no esté al tanto de las realidades de este país y de nuestra historia reciente insistiría en poner a los «amigos» por encima del lugar que ocupan los parientes consanguíneos.

El conductor meneó la cabeza.

—Querido primo, no estoy de acuerdo contigo —dijo—. Tú y yo sabemos que incluso en los peores momentos de la guerra civil a muchos de nosotros nos han salvado, nos han dado refugio, nos han ayudado nuestros amigos.

—Las cosas ya no son así, ¡y tú lo sabes! —protestó el comandante—. No nos vayamos a engañar con esas mentiras ni con otras. Y tampoco es que este tipo no tenga parientes, seguro que los tiene en abundancia. Sólo que ha preferido no mantener ninguna relación con ellos, creyendo que le van a quitar sus dólares americanos, que no quiere compartir con ellos. Cree que nuestra dependencia en los lazos de sangre es anticuada y primitiva. Lo que dice es que tiene dinero, que su familia está sana y salva, que pertenece al siglo xx, mientras nosotros vivimos en el siglo xiii. ¿O es que no te das cuenta de lo que está diciendo?

—Pues no, no lo veo así —dijo el conductor.

—Lo que dice es que somos unos imbéciles y unos atrasados, sólo porque pensamos en nuestra parentela. Escucha lo que dice. No ha venido al país para visitarlo, ni para ver a algún pariente, sino para ver la tumba de su madre. Y de camino a esa tumba, aprovechará el tiempo para ver a dos de sus viejos amigos. Es un hombre moderno. Nosotros somos primitivos, tenemos la cabeza metida en la arena.

—Yo creo —dijo el miliciano de la pierna enyesada— que debería ir al sur de la



ciudad, donde están todos locos, a buscar la tumba de su madre. Estoy de acuerdo con el comandante, ¡a ese hombre le falta un tornillo!

El conductor volvió a torcer el gesto, como un padre en cuya presencia su hijo ha sido descortés con un invitado.

El comandante se lanzó a una nueva perorata sobre el modo en que la gente como Jeebleh hacía visitas de puro relumbrón, «tan falsas como sus dientes postizos». Dedicó algunos coléricos comentarios a sus modismos, su manera de vestir, su bolso en bandolera, las Samsonite con ruedas en las que incluso llevaban una plancha portátil para planchar los vaqueros desgastados.

—El hombre ha venido a que lo miren boquiabiertos —dijo—. Seguro que se fue de Estados Unidos después de hacer una visita al dentista, que le examinó la boca en busca de posibles reparaciones, y después de ver a su médico, que le recetó unas pastillas contra la malaria. Pura fachada, eso es lo que es.

Hizo una pausa, pero no había terminado aún con Jeebleh. Se volvió hacia el conductor.

—Pregúntale quiénes son sus amigos, si no tiene parientes de sangre en esta tierra. Pregúntaselo.

Jeebleh guardó silencio, pero el conductor respondió al comandante.

—Más vale dejarlo en paz.

A mitad de la última parrafada, Jeebleh había decidido no morder el cebo de las provocaciones del comandante, pues le causaba aprehensión. Le preocupaba estar pensando en el comandante con descrédito, considerarlo un desquiciado que imponía la autocensura sobre sus propios fracasos mientras echaba toda la culpa sobre los hombros de los demás. Jeebleh sabía que en el fondo esa percepción no era correcta y no le agradaba que lo hubiera asaltado esa idea. Así pues, prefirió escuchar la conversación que le llegaba por la espalda y le asombró cuantísimo odio vertían los milicianos contra el Cacique del Sur y su andrajoso ejército, que había causado la desolación en la región. Jeebleh miró un buen rato al joven herido, con toda la empatía que fue capaz de reunir. El conductor aprovechó la oportunidad que le dio el silencio para cambiar de tema.

—Nuestro joven combatiente, el de atrás —dijo a Jeebleh—, pisó una mina antipersonas colocada por los milicianos del Cacique del Sur en un corredor del territorio que controlamos nosotros. Según el cirujano de Nairobi, tuvo suerte de escapar tan sólo con heridas en la pierna. Podría haber salido volando hecho trizas.

Apenó a Jeebleh darse cuenta de que muchos de los milicianos que ponían la vida al servicio de la locura que se había desatado por todas partes eran poco más que niños. También le dolió que los que iban en el vehículo con él estuvieran rebosantes de un veneno de inspiración adulta, aludiendo cada dos por tres a la venganza, a la muerte, al derramamiento de más sangre enemiga. Se habían extraviado al pasar de la infancia a la edad adulta. A juzgar por sus conversaciones, muchos preferían morir en plena gloria y en la compañía de los suyos antes que seguir vivos y solos en la

desdicha. Jeebleh recordó lo que dijo Oscar Wilde: que el mero hecho de que alguien desee morir por una causa no significa que esa causa sea justa.

—¿Y qué es lo que piensan de nosotros en Estados Unidos? —dijo el comandante.

A Jeebleh le pareció que había algo perruno en el comandante: la lengua la llevaba en una boca siempre entreabierta, palpitante de mortíferas amenazas, pero tras estudiarla durante unos momentos llegó a la conclusión de que la lengua no le colgaba como la de un perro sino como la colada tendida a secar.

—Es muy difícil de juzgar desde allí. Yo he venido a escuchar, a aprender —dijo Jeebleh.

—¡Entonces aún nos queda esperanza!

—En algunos sentidos debo reconocer que las cosas estaban mucho más claras la última vez que estuve aquí, en los tiempos de la dictadura. Pero a pesar de todo, y a pesar de la ofuscación dominante, he venido a valorar hasta qué punto soy culpable en mi condición de somalí.

E imaginó que veía cadáveres enterrados a toda prisa por los congéneres de su clan, las palmas de las manos de las víctimas agitándose como si suplicaran. Imágenes similares lo habían asaltado en varias ocasiones, en la comodidad de su casa, en Nueva York, y en otro momento, en Central Park, le habían llegado a trastornar tanto que confundió el tocón de un árbol con un hombre enterrado vivo, la mitad del cuerpo en tierra, la otra mitad fuera. Sucedió poco después de ver por televisión el cadáver de un *ranger* del ejército estadounidense arrastrado por las polvorientas calles de Mogadiscio. Esas imágenes le produjeron sudores fríos durante meses. En ese momento tuvo la extraña sensación de una invasión múltiple, como si sus peores pesadillas reviviesen en toda su crudeza. Le dolía la garganta como si se avecinase una gripe repentina.

Bruscamente, el comandante dio de nuevo la orden de detener el coche. Al igual que antes, los jóvenes armados saltaron del techo del vehículo, tomaron posiciones de cara a las chabolas que había a la vera del camino y se desplegaron deprisa, cubriendo todos los ángulos posibles. El comandante salió y dio a algunos una serie de instrucciones, dándose importancia. Se despidió de Jeebleh.

—¡Ojalá encuentre la tumba de su madre! —le dijo, y desapareció en la aldea, con un joven armado por delante, otro detrás y otros dos a cada lado, un personaje importante con su propio destacamento de seguridad, probablemente camino de algún lugar donde cambiar el dinero.

—Así que el comandante y usted no se han entendido muy bien, ¿eh? —dijo el conductor.

Quedaba media docena de personas en el vehículo, incluido el joven herido de la parte de atrás. El conductor no arrancó de inmediato sino que esperó a que regresaran

los escoltas del comandante. Mantuvo el motor en marcha: todos estaban más relajados.

—¿Va a una misión peligrosa?

Jeebleh interpretó que el conductor conocía al comandante mejor de lo que aparentaba y dedujo por el lenguaje corporal del hombre que se encontraba cómodo en presencia de Jeebleh. ¿Llegaría a obsequiarle con su confianza, a contarle cosas?

El conductor habló casi en un susurro.

—Cuando estaba en el Ejército Nacional aprendió mucho sobre la recopilación de informaciones útiles, sobre los sabotajes. Ahora está encargado de infiltrarse en una zona que controla el Cacique del Sur, donde hará un par de trabajitos. No tengo ni idea de qué se trata en concreto, porque no tengo autorización para decirle más.

Jeebleh recordó haber leído algo sobre la región de la que procedían el conductor, el comandante y los jóvenes: su territorio ancestral se había convertido en un campo de batalla debido a la sed de sangre de los señores de la guerra. Mucha gente había huido de los pueblos y las aldeas, temerosa de verse enzarzada en los combates o de ser masacrada por los milicianos enloquecidos por las drogas, con las instrucciones de causar todo el mal que fuera posible. La zona se conocía ya con el nombre del «Triángulo de la Muerte».

Cuando volvieron los jóvenes tras haber escoltado al comandante, el conductor anunció que estaba listo para arrancar, pero en cuanto lo dijo estalló una discusión entre los milicianos, pues los que estaban en el techo del vehículo insistieron en cambiar de sitio con los que estaban dentro: levantaron la voz, tocaron los gatillos, se cruzaron amenazas de muerte. Jeebleh se encomendó a Dios para que no se les ocurriera disparar. Temió, por segunda vez desde su llegada, morir en medio de un tiroteo enloquecido desencadenado por jóvenes infortunados.

En contra de lo que le aconsejó el conductor, salió del vehículo, incurriendo en el disparate de prestarse voluntario a viajar en el techo con los jóvenes que estaban de guardia. Con gran alivio comprobó que su estratagema funcionaba, porque los del techo accedieron a quedarse donde estaban, como dijo uno de ellos. «Al menos de momento, en honor de nuestro invitado».

Apenas cerró Jeebleh la puerta del coche cuando oyó que los jóvenes del techo zaherían a los del interior por ser los favoritos del comandante, con el cual tenían cierto grado de parentesco. Al conocer los intrincados entresijos del parentesco, Jeebleh se enteró de que el comandante de hecho favorecía a sus primos, a los que siempre tenía al lado, en el interior del vehículo, alejados del peligro, mientras que asignaba la posición en el techo a los menos emparentados con él. Para Jeebleh fue buena prueba de que el tejido familiar tramado a partir de las leyendas en torno a un mítico ancestro unía a la sociedad en un todo inconsútil. Dedujo que el conductor y el muchacho herido permanecieron al margen de la disputa porque el subclán al que pertenecían era leal a una serie de líneas de sangre completamente distinta.

Una vez restablecida la paz al menos por el momento entre los jóvenes, el

vehículo se puso en marcha, aunque no por mucho tiempo. El conductor, tan cortés como siempre, se disculpó por lo mucho que tardaba en llegar al hotel de Jeebleh.

—Ya no queda demasiado —añadió.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jeebleh.

—Estamos en el norte de la ciudad, donde se han acomodado los de nuestro clan, que huyeron debido a la política de tierra quemada que impone el Cacique del Sur —dijo el conductor.

El vehículo se detuvo y Jeebleh reparó en un cambio de comportamiento entre los milicianos. Se mostraron como un frente unido ante las hordas de hombres, mujeres y niños de las chabolas de la zona. Hubo mucho intercambio de frases, mucha alegría elemental. Mientras observaba los destartalados esfuerzos por dar muestras de camaradería, Jeebleh pensó con nerviosismo en la desconfianza que se había instalado entre los jóvenes, pertenecientes a distintos subclanes, y en la violencia a duras penas contenida que se notaba en todos los habitantes de aquellas tierras: amigos y primos en un momento, enemigos acérrimos al siguiente.

Desde dentro, Jeebleh vio a una mujer con una especie de uniforme de enfermera que daba instrucciones a un grupo de adolescentes sobre el modo en que debían recoger al combatiente herido para sacarlo del vehículo. Los adolescentes eran toscos de palabra y de modales y a Jeebleh le parecieron descuidados, al verlos llevarse al joven herido como si fuese un saco de trigo a pesar de las advertencias de la enfermera: «¡Con cuidado, con cuidado!». Jeebleh pensó en unos empleados de una empresa de mudanzas carentes de experiencia cargando con una mesa de ocho patas de una pequeña habitación para pasar por una puerta estrecha.

El conductor, a la espera, mantuvo el motor en marcha.

A Jeebleh le entristeció que cayera tan deprisa la noche, como suele ocurrir con la noche en el Trópico. Le entristeció no advertir siquiera, cuando había querido estar alerta a partir del instante en que se dio cuenta de que la noche llegaba por oleadas sucesivas. Ojalá, se dijo, fuese capaz de apreciar el significado de las agitaciones de la negrura en el exterior, una negrura imbuida, le pareció, del silencio temperamental de Mogadiscio. Jeebleh oyó rebuznar a un burro, oyó la risa sobrecogedora que llegaba de las tristes casuchas. Deseoso de presenciar el crepúsculo, se había sentido preparado para darle la bienvenida, para abrazarlo, pero cuando llegó, no pudo percatarse.

Según arrancaron, Jeebleh, sin nada mejor que hacer, se cambió de postura los testículos para aligerarlos de peso. Por lo poco que había visto hasta el momento, el lugar le resultaba feo de un modo irreal, como el paisaje de una pesadilla, siempre y cuando diera cierta dignidad a lo visto hasta el momento con una descripción apropiada. La mayor parte de los edificios por delante de los cuales pasaron —conocía bien la zona: la madre de Bile había tenido una casa en los alrededores—

parecía destruida. Las ventanas estaban hechas añicos, como un boxeador que se acabara de llevar una paliza; parecía que hubieran arrancado los paneles de cristal, y los tejados también. En resumidas cuentas, la ciudad había sido pasto del vandalismo, propiedad de los malhechores resueltos a robar todo lo que pudieran, que dejaban la mera destrucción a su paso. El Mogadiscio de Jeebleh había sido una ciudad ordenada, apacible, con integridad y vida propias, una maravillosa metrópolis con sus playas, cafés, restaurantes, cines a altas horas de la noche. Seguramente había sido pobre, aunque al menos revestía de dignidad su pobreza, y nadie tenía ninguna prisa por saquear ni destruir lo que no estuviera a su alcance. Dudó que existiera espacio suficiente en la mentalidad de los habitantes para los placeres de los que disfrutó él cuando vivía en Mogadiscio.

—Me avergüenza que mi colega fuera tan descortés en mi presencia —dijo el conductor—. No sabe cuánto lo lamento. ¡Tenga la bondad de perdonarnos!

—Supongo que yo tendría que haber dicho al comandante que he vuelto para afianzar mis raíces somalíes, que necesito en el fondo reforzar mi identidad —dijo Jeebleh por probar algo.

—¿Y cree que eso habría tenido algún sentido para él?

—Lo dudo mucho. Si he de decirle la verdad, me ha molestado que los estadounidenses me preguntasen si pertenezco a tal o cual clan —siguió diciendo Jeebleh—, muchos de ellos asumiendo que era un refugiado recién llegado, recién huido de la llamada guerra de clanes que se disputa en nuestro país. Es irritante que la gente pregunte incluso en el supermercado a qué clan pertenezco yo. Hasta algunos colegas a los que conozco desde hace años se han tomado la molestia de hacer sus propias conjeturas y presuponer qué sentimientos tengo yo sobre la identidad de mi clan y sobre mis lealtades al respecto. Tenga en cuenta que los somalíes que vivimos en Estados Unidos nos preguntamos unos a otros qué lugar ocupamos una vez adquirimos una nueva identidad al echar raíces en ese país. He venido porque quiero encontrar la respuesta a todo eso. También he venido porque quería visitar estas tierras aplastadas por el calor, estos paisajes calcinados por el sol, y ver estas aldeas, estos arrabales, y ser testigo de lo que se ha hecho de nuestra ciudad.

Cuando terminó de hablar, Jeebleh disfrutó del trayecto sosegado, del silencio de la hora, del hecho de que no hubiese combates, ni disparos, ni tráfico por la carretera. Oyó voces, pero no amenazantes ni amedrentadoras. La noche en la que se adentraban les tendía una mano de bienvenida. Ojalá pudiera desafiar a sus demonios de la desesperanza, siempre y cuando se pusieran en contacto con él. En ese trayecto, fue como si su vida se hallase en una entreplanta, entre el piso llamado «Tedio» y el piso llamado «Esperanza». Aun cuando sabía que podía pasar cualquier cosa, estaba resuelto a hacer todo lo posible por no terminar en una bolsa para cadáveres o en un ataúd carísimo y enviado a su esposa y a sus hijas mediante una agencia funeraria, con el código postal de Queens, Nueva York.

—Le daré mi número de teléfono —dijo el conductor— para que me llame si me

necesita. Y no dude en ponerse en contacto conmigo si hay algo en lo que le pueda ayudar.

—Es muy amable por su parte.

El vehículo se detuvo delante de la cancela de un hotel. El conductor puso el freno de mano y se volvió hacia Jeebleh.

—Ya hemos llegado —le anunció.

Jeebleh tomó buena nota de que el recinto del hotel estaba cercado por un gran rótulo escrito a mano en somalí, árabe, inglés e italiano, avisando de que no estaba permitida la entrada a nadie que portase armas de fuego.

Al sonar el claxon, la cancela se abrió despacio y Jeebleh posó la mirada en dos hombres, ninguno de los cuales llevaba evidentemente arma alguna. Uno de ellos parecía ser manco, mientras el otro se distinguía por tener unos incisivos enormes, luminosos y blancos en medio del semblante oscurecido.

Por encima de la cancela, en lo más alto, el cielo estaba encharcado en la sangre del sacrificio. Recordó a Jeebleh el mito somalí según el cual el sol se alimenta a diario, cuando cae el día, con un animal sacrificado. Se acordó de que de niño le contaron que esa rutina de alimentarse a diario era lo que animaba al sol a volver al día siguiente, exactamente igual, a por su alimento. Ahora ya era adulto y había vuelto a esa tierra fragmentada y lamentaba la trágica ausencia de un héroe merecedor de ser elevado a la eminencia solar. Podría haber estado a las puertas mismas de la prehistoria, porque la premura con que oscurecía tiñó el mundo visible con el apagado color de otras incertidumbres. ¿Estaría seguro en ese hotel? ¿Tendría agua corriente? ¿Se cortaba a menudo la electricidad?

De los dos hombres de la cancela, el manco avanzó con la cautela de un camaleón en cuanto los milicianos bajaron del techo del vehículo. Era tan oscuro de piel que podría estar hecho de la misma tela que la noche. Se desplazó en torno al vehículo con el estilizado paso de ganso de un centinela de guardia.

—Nada de armas, por favor —dijo al conductor, quien le aseguró que ni él ni Jeebleh iban armados.

El de los dientes saltones se quedó más atrás, atento como un reptil a todo posible movimiento, la mano derecha en el bolsillo, tal vez por llevar oculta un arma de fuego. Sujetando la cancela con firmeza, mantenía la mitad del cuerpo fuera de todo peligro inmediato en caso de que hubiese un tiroteo.

Con las manos en el regazo, Jeebleh era la viva imagen de la concentración. Estaba completamente fascinado por el hombre de los dientes saltones, que parecía resuelto a vencer con su mirada la suya, pendiente a la vez del conductor, hasta que éstos se dieran por derrotados y mostrasen las manos con las palmas en alto. De hecho, Jeebleh seguramente se habría sentido molesto y ofendido en caso de que cualquier otro le hubiese tratado de otra manera.

Al abrirse por completo la cancela para permitir la entrada del vehículo, Jeebleh tuvo un instante de remordimiento cuando las manecillas de su destino coincidieron en ese instante con su emoción. Estaba deseoso de llamar a su mujer y a sus hijas a

Nueva York, de decirles que todo iba bien hasta el momento: lo vivió por anticipado con una descarga de alegría de ese instante.

El conductor aparcó bajo el resplandor de un fluorescente alborotado de polillas. Jeebleh bajó del coche y dio dos pasos antes de pararse de golpe: se le habían encogido los dedos de los pies por un calambre. Mientras estiraba las piernas y procuraba que los pies le respondiesen al andar, dos jóvenes, seguramente botones del hotel, no uniformados sino ataviados con un *sarong*, se hicieron cargo de su equipaje y entraron en el establecimiento.

Se despidió del conductor y, aunque no creyó que llegase a llamarlo en otra ocasión, anotó su número de teléfono y le dio las gracias con sentimiento. Luego siguió a los jóvenes a una zona cerrada en la que había mesas y sillas. No pudo tener certeza absoluta, pero le pareció posible haber perdido el sentido durante unos segundos de agotamiento, durante los cuales acaso no supo dónde estaba, ni quién era y menos aún qué demonios estaba haciendo allí donde se encontraba.

Al volver en sí, buscó un anclaje sólido y en el acto descubrió a un hombre entrado en carnes, con aire de persona entrañable, que se levantaba trabajosamente de un sillón desvencijado. Estuvo tentado de ofrecer al hombre una mano, pero se lo pensó mejor al verlo desembarazarse del sillón en que estaba sentado y enderezarse y salir a su encuentro con la mano derecha extendida. No era precisamente apuesto: le sobresalía la boca, tenía unos dientes que podrían ser de piedra pómez y el labio inferior se le curvaba en la forma improbable de un entramado de nubes que cubriese la mitad sur de una luna llena. El hombre se presentó diciendo que era el gerente. Jeebleh se sintió más tranquilo tras estrechar la carnosa mano del hombre.

—Bienvenido —dijo el gerente—. Espero que todo haya ido bien desde que llegó y que esté cómodo.

Los horrores acumulados de la escena en el aeropuerto, el estrés causado por haber conocido a tantas personas nuevas en una ciudad que le era prácticamente ajena y ahora la necesidad de hospedarse en un hotel empezaban a pasar factura a Jeebleh, fatigándolo y llevándolo a perder el equilibrio. A menos que le diese por hablar impulsivamente y decir lo primero que se le ocurriese, prefirió guardar silencio.

—¡Bienvenido al hogar, a nuestro amargo hogar! —dijo el hombre al interpretar el silencio de Jeebleh.

Se metió las manos en los bolsillos y oyó el tintineo de las monedas. (Jeebleh se preguntó qué clase de monedas podían ser y dedujo que no eran somalíes, teniendo en cuenta las tasas de inflación: un dólar se cambiaba en ese momento por miles de chelines; cuando él se fue a Estados Unidos, el dólar valía seis).

—Me llamo Ali —le ofreció una sonrisa tardía, como si de pronto se acabase de acordar de que se había educado para complacer a sus clientes—. En una vida anterior, en la Somalia en paz de hace tanto tiempo, era habitual entre los columnistas



de sociedad y era la envidia de otros gerentes de hostelería —dijo a Jeebleh—. Mi habilidad superaba con mucho la de cualquier otro gerente de hotel a la hora de conseguir los mejores empleos. En mis buenos tiempos fui anfitrión de varios reyes del petrodólar, por no hablar de un puñado de presidentes africanos en sus visitas a Mogadiscio y los secretarios generales de la ONU, la Organización por la Unidad Africana y también la Liga Árabe. E incluso estoy cualificado para llevar cualquier hotel en cualquier parte del mundo, no en vano tengo un título en gestión de hostelería obtenido en Inglaterra, si bien he preferido quedarme aquí. Somos hijos de la tierra a la cual pertenecemos, tanto usted como yo. Y no lo lamento, de ninguna manera lo lamento.

Jeebleh creyó entender lo que quiso decir Ali cuando dijo «somos hijos de la tierra». Dedujo que el gerente lo incluía a él en su observación: Jeebleh, Ali y muchos otros pertenecientes al mismo clan, conocidos, aunque sin nombre, unidos por la sangre. Pero se preguntó si acertaba al interpretarlo de ese modo.

—¿Y por qué ha preferido quedarse? —preguntó.

—Tengo una madre impedida de la que he de cuidar.

Y allí estaba Jeebleh, que había viajado para apaciguar al espíritu desasosegado de su madre. Sin embargo, no podría él decir, y no diría, «no lo lamento, de ninguna manera lo lamento».

—De todos modos —siguió diciendo el gerente—, estábamos avisados de su llegada y nos tiene a su servicio, para ofrecerle lo mejor que podamos ofrecer.

—¿Quién les avisó de mi llegada?

—Un buen amigo suyo.

—¿Un buen amigo mío?

—Af-Laawe.

Jeebleh dejó pasar el comentario sin decir nada e incluso reflejó adrede una falsa sensación de confianza, aunque sólo fuese para demostrar al gerente que estaba al tanto de las cosas. Levantó el mentón.

—¿Dónde está mi equipaje?

Por un instante, por no tener ni idea de dónde estaban los bolsos, el gerente adoptó un aire poco digno, aunque se dio buena prisa en poner las cosas en su sitio. Llamó al más alto de los dos botones y le preguntó qué se había hecho del equipaje del caballero. Otro botones vestido con *sarong* les informó de que habían llevado el equipaje del caballero a «la suite».

—Ahora cumplamos las formalidades, si no le molesta.

Era la cortesía en persona. Ali colocó un bolígrafo sobre unos impresos y se los acercó a Jeebleh.

—¿Quiere ver mi pasaporte? —preguntó Jeebleh.

—No es necesario.

Jeebleh rellenó los formularios deprisa. Las casillas que indicaban fecha y lugar de nacimiento, sexo, estado civil y dirección permanente estaban en italiano y escritas

de manera incorrecta; el papel estaba tan seco que a Jeebleh le pareció que se rompería si lo doblase; algunas de las casillas que tenía que rellenar ya estaban marcadas. Cuando terminó, se dispuso a subir a la *suite*.

—Por favor —oyó decir a Ali—, no sea muy severo al juzgarnos.

—Por supuesto que no —dijo Jeebleh.

—Hubo un tiempo... —Ali hizo un gesto hacia la cancela, hacia el manco y el de los dientes saltones—. Hubo un tiempo en que se sabía quién era bueno y quién era malo. Esas distinciones ahora están diluidas. En el mejor de los casos, somos buenos hombres malos o malos hombres malos.

Por deseo de crear una mayor confianza, Jeebleh farfulló sin pensarlo.

—¿Conoce usted a Bile? —dijo.

—Es un hombre bueno.

—¿Cuáles son las últimas noticias sobre Raasta?

—De momento, yo no he oído nada.

Al despedirse Jeebleh con la debida cortesía, asintiendo, el gerente le hizo una pregunta.

—¿Le gustaría ponerse en contacto con Bile?

—Cada cosa a su tiempo —respondió Jeebleh.

Uno de los botones lo acompañó a su *suite*.

«*Suite*» era en realidad una denominación inadecuada, teniendo en cuenta el tamaño de la habitación y los lujos disponibles. Y una vez se quedó solo, los demonios de Jeebleh volvieron de golpe. Su agitación se debía en parte a la falta de claridad mental, a cómo definir su papel allí. Su dificultad radicaba en otra parte, en su capacidad para escoger con quién iba a asociarse. En cierto modo estaba seguro de que Ali sabía que Bile era su amigo de la infancia, aun sin ser miembro de su mismo clan. Y Jeebleh repasó sus conversaciones con el comandante, un perro encerrado en una perrera con otros como él, condenado sin remedio. Una cosa había sido hablar con el comandante, quien lo consideraba foráneo, y otra muy distinta fue estar en compañía del gerente, que había empleado un «nosotros» que lo incluía a él. ¿Qué iba a hacer? ¿Desdeñar a Ali, deseoso de entablar una relación con él, o acoger de buena gana su invitación a formar parte del «nosotros», aunque fuese manteniendo una discreta distancia, puesto que su vida al final podría depender de ello?

Pensó que era característico de las guerras civiles producir una gran multiplicidad de afiliaciones pronominales, de primeras personas del singular escondidas en el plural, de terceras personas del plural indicadas para distinguir a un grupo de otro. La confusión apuntaba a la debilidad de las reivindicaciones excluyentes en primera persona del plural, comprendidas implícitamente en el singular. Se acordó de haber dicho: «Nunca te fíes de quien se defina a sí mismo, porque un “yo” empleado por quien se define a sí mismo es menos digno de confianza que una cabra acostumbrada

a mamar de sus propias ubres». Y le pareció que tenía todo el sentido cuando pensó en cómo lo volvían loco los somalíes con su abuso de los pronombres, unas veces incluyentes, otras veces excluyentes.

Dejando a un lado los pronombres, se sentía enajenado, como si se hubiese convertido en otra persona, desde el momento en que poco antes había presenciado el brutal asesinato de un niño de diez años. Gracias al cielo, esa sensación de enajenamiento duró sólo unos instantes, llevándolo a preguntarse si no era él quien había viajado antes desde Nairobi, ese mismo día. ¿Por qué lo llevaban los demonios a enzarzarse en el discurso de los locos, un discurso jalonado por desvíos pronominales?

Estaba a disgusto con esa clase de discurso tomado de la obsesión por los pronombres. Tomemos ese «nosotros» incluyente, se dijo. Supongamos, se dijo, que Ali, que al parecer pertenecía a su mismo clan, mata a alguien. ¿No se tomaría la venganza la familia del asesinado, asesinando a su vez, por ejemplo, al propio Jeebleh? En tanto miembro de un clan familiar, ¿no era él responsable de los asesinatos cometidos en nombre de un «nosotros» compartido? ¿Y qué pensar de la afirmación de que la violencia es catártica, capaz de lograr que las personas se conozcan unas a las otras de manera más profunda, tal como una persona logra conocer mejor a otra en una situación de desastre?

Estaba seguro de que no amaba Somalia del mismo modo en que la había amado hacía muchos años, porque había cambiado. Tal vez el amor no tuviera nada que ver en la relación que cada cual entablara con su país, se dijo. Tal vez el patriotismo nostálgico exigiera sus propias muestras de adhesión. ¿Habría vuelto al país para renovar sus emociones sobre Somalia y refrescar afectos? ¿Es posible seguir amando una tierra que uno ya no reconoce? Nunca se había preguntado si amaba o no Estados Unidos. Amaba a su esposa y a sus hijas y, por medio de ellas, estaba en contacto con Estados Unidos.

Echó un vistazo a fondo en derredor de la habitación, en busca de un sitio seguro en el que esconder lo más valioso, convencido, aun sin haberlo preguntado, de que en el hotel no existía una caja fuerte. La habitación contenía lo mínimo y esencial: una cama individual, hecha evidentemente con prisas; un cobertor de un discreto color índigo; una mesilla con lámpara; un lavabo con una jarra al pie, y, asimismo, una toalla deshinchada, un bidé a la derecha del lavabo y, junto a él, un aguamanil de plástico. El aguamanil le recordó que se encontraba en un país islámico, donde uno llevaba a cabo el rito de la ablución varias veces al día.

Se adelantó a lo que sucedería en caso de que un empleado del hotel le robase sus pertenencias más valiosas. Atrapado y dictaminada su culpabilidad, el ladrón perdería ambas manos. A Jeebleh le intranquilizó esa idea, porque no deseaba afrontar las duras realidades de la Somalia del momento, donde las extremidades de los peces chicos se amputan gratuitamente, mientras que a los señores de la guerra se los trata con toda deferencia. Sacó la cartera en la que llevaba el dinero en metálico y palpó la

frescura de los dólares en billetes con los dedos. Se le estremeció todo el cuerpo al pensar en recibir una mano amputada como compensación. Volvió a dejar el dinero en la cartera y sacó la bolsa de aseo.

Como no contaba con hallar en Mogadiscio un hotel que tuviera caja fuerte recurrió a una propia, en la tranquilidad de su hotel en Nairobi. Era un hombre dado a la aguja y el hilo, rara vez viajaba sin un pequeño kit de costura. Había adquirido la costumbre de zurcir durante sus años en la cárcel. De hecho, su estudio en su casa de Nueva York estaba repleto de toda clase de hilos, de algodón, de seda, de nailon y otros compuestos sintéticos, y estaba provisto de una máquina de coser, una Singer antigua, regalo de Navidad de su suegra. Con un carrete de hilo de nailon, unas tijeras y una aguja, había hecho un falso fondo en la bolsa de aseo, cubriendo la parte visible con un tejido impermeable. Así dispondría de espacio suficiente para esconder algunas cosas cuando llegase a Mogadiscio.

Descargó sobre la cama sus útiles de aseo y se aseguró de que la solapa interior de la bolsa hubiera quedado resistente. Estaba contento con lo que había hecho en Nairobi. Separó una parte del dinero en metálico que le pareció suficiente para cubrir sus necesidades inmediatas y dejó el resto, junto con su pasaporte estadounidense, en el sobre que metió dentro del falso fondo de la bolsa. Volvió a guardar los útiles de aseo y dejó la bolsa sin cerrar, a la vista de cualquiera, en el lavabo, con la esperanza de que ningún ladrón sospechase que esa bolsa contuviera nada de valor. Para dar más veracidad a su engañosa estrategia, cerró con doble vuelta los armarios, donde no guardó más que la ropa. Así confiaba despistar a cualquier intruso.

Se dio una ducha rápida y metódica. Y salió a buscar algo de comer.

En el vestíbulo encontró a varios jóvenes ataviados con *sarongs*. Tras el mostrador de recepción se encontraba un hombre mayor, vestido de manera más formal: parecía ser quien estaba al cargo. A Jeebleh no le pareció que el hombre estuviese familiarizado con la etiqueta del negocio hostelero. Era tosco de modales, se hurgaba la nariz y hablaba demasiado alto a los jóvenes. Cuando no hizo el menor gesto para ofrecerse a ayudarlo, Jeebleh dedujo que era un pariente del dueño del hotel, seguramente recién llegado de alguna de las zonas rurales. A la sazón, un joven que dijo ser recadero se adelantó a ofrecerle su ayuda.

—Hacemos los encargos que deseen los huéspedes. ¿Puedo hacer alguna cosa por usted?

—Me gustaría comer algo —dijo Jeebleh.

—¿Qué le apetece? —preguntó el joven—. Hay un restaurante cercano.

—¿Qué se puede pedir?

—Solomillo, otros tipos de carne, pasta.

—¿Unos espaguetis y una ensalada? —Jeebleh dudaba mucho de que fuese capaz de comer más de uno o dos bocados: le preocupaba que su estómago reaccionase a la

contra, algo a lo que era propenso. Como no quiso confiar al mensajero un billete de banco de gran cuantía, y en dólares, le mintió—: Pero no tengo metálico.

—No hay ningún problema. Puede pagar después.

Y sin esperar más instrucciones ni a que Jeebleh confirmase el encargo, el joven salió corriendo.

A solas en el patio, a Jeebleh le asombró la belleza de la noche y se concedió un rato para admirar las estrellas. Posó la mirada en un árbol lejano, cuya silueta se recortaba a la luz de la luna, y le sobrecogió detectar a un ser humano, envuelto en un gris inapreciable, sentado al pie del árbol. La forma parecía alejada tanto en el tiempo como en el espacio y le recordó un suelo muchas veces hollado, un retablo viviente. Supuso que se trataba de una mujer de edad indeterminada. De algún modo, la figura de la mujer evocó en él una tristeza fúnebre. Al acercarse, descubrió que en realidad eran dos mujeres, sentadas tan cerca la una de la otra que sus velos se fundían como si fueran uno solo. Estuvieron quietas tanto tiempo sin decir nada que pensó en dos vacas que compartiesen un mismo poste donde rascarse el lomo. Nunca había visto de cerca esos velos. Eran menos elaborados que los que solían vestir las mujeres yemeníes en la época en que vivía en Mogadiscio.

Oyó entonces una voz masculina. Al darse la vuelta, se encontró al gerente delante de él.

—Una imagen sobrecogedora, ¿verdad? —dijo Ali—. Fíjese en lo bella que puede ser la noche en un lugar por lo demás tan pavoroso.

Y Jeebleh volvió a mirar al cielo, solemne en la placidez de su propia compostura, esparcidas las estrellas como los granos de maíz que hubieran desparramado dos gallinas enzarzadas en una pelea. Estuvo de acuerdo.

—¡El cielo está divino!

—No me extrañaría nada que algún día el Cacique del Sur se empeñase en que ya iba siendo hora de adueñarse también del cielo —dijo el gerente—. Así se complicarían aún más las cosas para todos nosotros.

En la pausa que siguió, Jeebleh fue incapaz de decir gran cosa, todavía estremecido por la imagen de las dos mujeres fundidas en una. Ali y él volvieron a una mesa rodeada de sillas.

—¿Qué clase de velos —preguntó Jeebleh— llevan las mujeres somalíes en estos tiempos?

—Todo ha cambiado mucho desde la última vez que estuvo usted aquí.

—Ésos no los recuerdo.

El gerente le explicó que esa influencia procedía del corazón del fundamentalismo islámico, de sociedades como las de Pakistán y Afganistán, donde el conocimiento y la práctica de la fe eran de corte esencialista, o de Arabia Saudí, donde la población era tradicionalista. Describió el modo en que los «ropajes» se hacían a partir de dos telas de distinto ancho, cosidas para formar una especie de saco, con mangas de la misma anchura que la longitud de la túnica. Llevaban un velo

que les cubría la cara, una larga franja de popelín que les tapaba el rostro a excepción de los ojos. El ropaje cubría a la mujer desde la frente hasta los tobillos.

—¡Qué cosas! —dijo Jeebleh.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera del país? —preguntó el gerente.

—Demasiados años.

El gerente apartó la mirada, se miró las manos y no dijo nada. La paz era un lujo expresado en la belleza de la noche, pensó Jeebleh, en la calma en la que se oye un grillo, en la que ulula el búho.

—¿Ha habido muchos combates últimamente? —preguntó.

—De vez en cuando —dijo Ali—. Cuando hay combates, las noches se ponen muy feas. No se oye nada, ni siquiera el corazón de nuestro miedo.

—¿Y qué sentido tienen esos combates?

—Yo no les veo ningún sentido.

—Pero toda la nación está secuestrada, a la espera de que se pague el rescate —dijo Jeebleh, más que nada para sí mismo, para la quietud de la noche.

Oyó entonces una escabechina detrás de los dos: dos salamanquesas se disputaban la supremacía; o acaso fueran ratas, no sabría decir. Miró a la pared que tenía detrás, al espacio que se abría delante de él. Por desgracia, no acertó a precisar qué era lo que podía haber hecho el ruido de aquella refriega, por más que se empeñase. A un hombre asustado, pensó, todo se le hace extraño y todos los ruidos suponen una amenaza.

Llegó el joven con dos platos de aluminio, uno encima del otro, con una cena más bien escasa. Jeebleh no entendió por qué el joven le había traído un solomillo, ni por qué estaba encharcado en la misma salsa en que se había cocinado. Confió en que estuviera recién hecho, no recalentado varias veces. Las patatas fritas estaban empapadas, incomibles, y la carne estaba más dura que la pezuña de la res sacrificada para producirla. El gerente se adelantó en el asiento y dio muestras de que iba a extenderse en una larga explicación. Jeebleh aguardó con el tenedor en alto, una mueca en la boca. Dio un bocado a una de las patatas empapadas y mordió la carne durísima. Tal vez su mueca de desagrado frustrara las intenciones del gerente.

—¿Conoce al conductor con el que he venido del aeropuerto? —preguntó Jeebleh.

—No es un conductor en el sentido habitual de la palabra —dijo el gerente.

—¿Qué me está diciendo?

—No se llame usted luego a engaño.

Jeebleh se sintió completamente confuso. Dio un bocado a las patatas y se llevó a la boca un trozo de solomillo gomoso que al final pudo tragar.

—¿Y entonces qué es, si no es un conductor?

—Fue uno de los principales asesores civiles del dictador —dijo el gerente—. Ahora es el lugarteniente de una milicia armada que disfruta del apoyo de Etiopía. Si quiere que le dé un consejo, no se engañe usted.

Jeebleh no estuvo muy seguro de cómo debía reaccionar ante tal información. Se quedó mirando a Ali con la esperanza de que siguiera dándole esa clase de consejos. A nadie le gusta que lo engañen. ¿Le estaban administrando falsedades? ¿Un conductor que no era conductor? Había sido diplomático en la cancillería somalí en Roma; luego, ayudante del dictador; ahora, conductor. ¿Y qué era cierto de todo eso? Por otra parte estaba Af-Laawe, conocido como Marabú, que se había presentado como si fuera amigo de Bile, aunque al mismo tiempo había hablado mal de él. Alguien lo había enviado a recogerlo en el aeropuerto, pero Jeebleh no tenía ni la más remota idea de quién podía ser.

—¿Cómo ha conocido a su «conductor»? —preguntó Ali.

—Af-Laawe dispuso que fuera él quien me trajera.

—La noche siempre tiene dos caras —comentó el gerente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sencillamente, que la noche tiene una cara visible a la luz —dijo el gerente— y una cara oculta en el misterio de lo inexplorado.

Jeebleh se percató de que el gerente estaba disfrutando, repitiendo seguramente algo que había ensayado antes ante otros clientes como él. En reposo, el tenso rostro del gerente le recordó a un árbol talado antes de tiempo. Aunque no fue capaz de eliminar la agitación de su semblante, Jeebleh guardó silencio: tendría que averiguar poco a poco si existía una intención provechosa en todas las mentiras.

El gerente estaba sentado con desaliño, los brazos cruzados sobre el pecho agitado.

—¡No se engañe usted! —repitió.

Jeebleh apartó la cena incomible y se limpió la boca con un pañuelo antes de preguntar si existía alguna manera de hacer una llamada de teléfono a Estados Unidos. El gerente le informó, con gran sorpresa por su parte, de que en efecto era posible. Jeebleh señaló que no había visto un teléfono en su habitación.

—Hay una compañía de teléfono, un solo hombre, a la que puedo pedir que venga —dijo el gerente.

—¿El qué?

—¡Una compañía de teléfono de un solo hombre!

Jeebleh recordó que hasta finales de los años ochenta era imposible llamar a Somalia desde ninguna parte del mundo, porque el país tenía la peor red telefónica de todo el continente. Era imposible ponerse en contacto con nadie que viviera allí. ¿Cómo era posible que en el Mogadiscio de la guerra civil se pudiera contar con una compañía telefónica de un solo hombre que le permitiera hablar con su esposa?

—Le costará cuatro dólares por minuto. ¿Mando que lo llamen? —preguntó el gerente.

—¡Sí, por favor!

Media hora más tarde apareció en la habitación de Jeebleh un hombre con un maletín lleno de aparatos, entre ellos un teléfono conectado por vía satélite con un servidor a larga distancia. Jeebleh llamó a su esposa al trabajo y le dio una aseada versión de todo lo sucedido hasta el momento. Para que no le pidiese que regresara de inmediato, omitió cualquier mención a la muerte o a las tensiones. Por lo que alcanzaba a recordar, aquélla era la primera vez que ocultó adrede algunas cosas a su esposa.

Y se dio cuenta, cuando volvió a quedarse solo en su habitación, de que no dudaría en mentir si creyese que de ese modo podía ponerse al servicio de un propósito más elevado: el de la justicia.



Bile se incorporó, sobresaltado, llamando a Jeebleh por su nombre con la voz ronca y la mente nublada. Temblaba de la cabeza a los pies, estremeciéndose con violencia y sudando de forma copiosa.

En el sueño, una mujer joven que iba en busca de un médico había acudido a él, a decirle que el caballo de un vecino se había soltado y, al salir de estampida, había pisoteado a su anciano esposo, dejándolo malherido. Histérica, la mujer apeló a Bile para que la ayudase. Y repetía su súplica sin cesar: «¡Impide que me convierta en viuda! Ten piedad de mí y del hijo que espero. ¡Evita que sea un huérfano!». Repetía las mismas frases una y otra vez, hasta fundirse las palabras unas con otras y no poder él separarlas.

Bile se incorporó en la oscuridad de su pesadilla, alterado por no saber si conocía realmente a la mujer joven, si acaso la había tratado. Descompuesto, no supo resolver si el sueño se le había aparecido por alguna razón que aún no estuviera clara, si tenía algo que ver con su vida o con las vidas de las personas que más le importaban.

La noche se ablandó en el alba y, aún intranquilo, Bile se levantó para preparar un café como a él le gustaba: solo, fuerte, sin azúcar. En pijama, con la bata por encima, aún un tanto estremecido, se movió por la vivienda en la que residía él solo desde hacía una semana, atento al silbido de la tetera cuando hirviese el agua. Sintió el temblor de los nervios en los huesos y un miedo de origen más profundo. Jeebleh, su amigo, que ahora se encontraba en Mogadiscio, y Seamus, un irlandés buen amigo suyo que estaba en Europa, tendían a pensar que era propenso a entrar en fases depresivas, silenciosas, durante las que evitaba toda confrontación e incluso aplazaba las cosas. Nunca había llorado lo suficiente, nunca había resuelto la ira que sentía contra Caloosha por todo el daño que su medio hermano le había causado. Bile a esto replicaba que si no había actuado a raíz de aquel dolor que sentía en lo más hondo es porque él era un hombre de paz.

Volvió a la cocina hecho un manojo de nervios, las manos temblorosas cuando quitó del fuego la tetera, que ya silbaba. Sirvió el agua hirviendo en la cafetera, aunque se le derramó buena parte del agua sobre la llama y el fuego se apagó. Se sintió más agitado incluso al pensar en lo que podría pedirle Jeebleh cuando se viesen. Era probable que preguntase a Bile si había hecho algo con respecto a Caloosha y, en caso afirmativo, exactamente el qué. Si la respuesta de Bile fuese negativa, su amigo podría decirle: «¿Pero a ti qué te pasa?».

Envuelto en unos temblores febriles, Bile se llevó la bandeja del café al estudio y

se sentó en una silla giratoria junto a la ventana, cuyas cortinas estaban abiertas. Colocó la bandeja en precario equilibrio sobre una esquina del escritorio atestado de cosas, porque tenía demasiados libros en la mesa del café. Había libros por todas partes, en el escritorio, en el suelo, junto a su mecedora preferida, en el alféizar de la ventana, muchos de ellos abiertos, algunos con puntos de libro y otros boca abajo. Un libro estaba de canto, como si acabara de caerse. Bile conocía al hombre que lo había escrito, un médico más famoso por su absurdo enamoramiento de una congénere de su mismo clan, el del Cacique del Sur, que por su profesionalidad. Bile miró a un punto lejano, en el cielo, a la manera de alguien bruscamente despojado de recuerdos, y se echó atrás ante la reacción que le había causado la inesperada llegada de Jeebleh.

Cuando oyó que el muecín llamaba a todos los musulmanes a hacer sus plegarias al alba, dejó a un lado sus enrabiadas emociones y se levantó con la intención de localizar una alfombra para hacer los rezos, súplicas que dirigiría por primera vez en muchos años. No supo por qué, pero minutos más tarde estaba de pie ante la pizarra de la pared, con una tiza en la mano, añadiendo «toallas limpias, sábanas para cama de Jeebleh, etcétera», a la lista de tareas pendientes para ese día. Tan pronto dejó la tiza en su sitio y se quitó el polvo de las manos, le abrumó no haber hecho sus oraciones y, además, le abrumó lo que acababa de anotar, pues había adjudicado la habitación de Raasta a Jeebleh sin sopesar seriamente la cuestión. Se apoyó de espaldas contra la pared, preocupado por poder entrar en un estado de delirio. Con los primeros rayos del sol en la cara, podría haber sido como un conejo deslumbrado por un coche, todas sus vías de huida de pronto cortadas. Cuando entró en el cuarto de baño se sintió de nuevo tan acorralado como un conejo al ver su expresión de pánico reflejada en el espejo. Estudiando su propia imagen le pareció mirar a otro, recordar y revivir la historia de otro, escuchar los procesos mentales de una persona ajena a él.

Bile tenía cincuenta y ocho años, era alto, con la espalda tan recta como una vara. No le sobraba ni un gramo de grasa en todo el cuerpo. Sus ojos, castaños como el barro, eran inquietos; los labios siempre los tenía estirados, con la actividad de un místico que recitase sin cesar sus oraciones. Llevaba el pelo muy corto, al estilo de un hombre que va de un lado a otro y no tiene tiempo de peinarse. Llevaba siempre vaqueros o pantalones que no necesitasen de plancha.

Se cortó al afeitarse y se llevó el dedo índice al hilillo de sangre. Se aplicó papel higiénico y poco a poco se calmó, hasta recordar quién era y dónde estaba. Volvió a apretarse el corte, para ver si seguía saliendo sangre.

En esos tiempos tan alterados, el destino de cualquiera, así como sus actos, sueños, odios y aspiraciones, se consideraban y se interpretaban a la luz de crudos contextos políticos; la desconfianza estaba al orden del día, todo el mundo recelaba de todo el mundo. Si Jeebleh expresara su insatisfacción con la manera de hacer las cosas que había demostrado Bile, éste podría contrastarla con la *lex talionis* de su amigo, afirmando que él, Bile, no se sentía obligado a nada por ninguna ley de represalias dictada por el Antiguo Testamento. No tenía la menor duda de que al lado

oscuro del mal no se le debía permitir que se alzase con el triunfo. Y ahora... Raasta secuestrada; su padre, Faahiye, desaparecido. Según los rumores, a Faahiye se le había visto por última vez camino de un campo de refugiados en Mombasa.

Los temores de Bile y la desesperación que sentía rondaban el punto de la depresión, momento en el cual pensó en una película del Oeste que había visto una vez, en la que los buenos andaban enzarzados en terribles disputas, mientras los malos, que presuponían una amenaza mayor para el tejido de la sociedad, se llevaban la baza ganadora hasta bien avanzada la historia. Sabía por experiencia personal cuántas veces la gente como Faahiye y su esposa, Shanta, ansiosa por cambiar los inveterados hábitos de la sociedad somalí, luchaban con fiereza entre sí hasta quedarse sin la energía necesaria para arremeter contra los reaccionarios que dirigían de verdad el espectáculo. En una guerra civil no había ni progresistas ni reaccionarios: todos eran víctimas, rara vez culpables.

Se le quedaron rígidas las rodillas y otras articulaciones al recordar en ese momento cómo se abrieron las puertas de la cárcel después de que el tirano huyera de la ciudad, cuando dio el primer paso en lo que supuso que había de ser la libertad. Durante casi una hora había contemplado con desapego, casi divertido, cómo salían de sus celdas otros prisioneros, a toda la velocidad que les permitieron los pies. Algunos de los presos políticos que eran sus compañeros, a los que no había visto en años por estar sometido a régimen de aislamiento, llegaron a su celda cuando ya se marchaban. Se acordó de haberle dicho a uno de ellos: «¿Y a qué vienen tantas prisas?». Sin embargo, ¿por qué, por qué él no huyó?

La verdad era atrozmente mundana. Lisa y llanamente tuvo dificultades para ponerse en pie, padeciendo como padecía una ataxia locomotriz, con la que las extremidades inferiores quedan entumecidas. Por más que lo intentase, al ponerse de pie, se caía, y así le sucedió una y otra vez, con un dolor intenso en los talones, en los ojos al abrirlos y cerrarlos, mareado. Como preso político, en régimen de aislamiento durante siete años, a Bile se le había negado su derecho a salir al aire libre, a pasear por el patio de la cárcel, a tener contacto siquiera indirecto con el resto del mundo. No había recibido correo y no había visto un solo libro llegado de fuera.

Encerrado en un pequeño cubículo, en el que era imposible que un hombre de su estatura estuviera de pie, hizo lo que pudo para no perder la forma física, ejercitándose a duras penas en un espacio tan reducido. Pero las cosas aún fueron menos tolerables, física y mentalmente, cuando un mes antes de que se hundiese el Estado se implantaron nuevas medidas de seguridad más draconianas, concebidas para confundir a los presos. Se le tuvo en un cuarto oscuro, no le permitieron mantener contacto con nadie, ni siquiera con los carceleros. Luego se le sacó de la celda de aislamiento y se le obligó a compartir un cubículo diminuto con ladrones de poca monta y otra canalla. Bile no sabría decir si prefería el régimen de aislamiento total en un cubículo oscuro o el confinamiento en el mismo espacio con aquellos delincuentes degenerados que no lo dejaban en paz.

Se acordó de que al fin pudo ponerse en pie por la tarde, el día de la liberación, para descubrir que tenía las rodillas rígidas y las articulaciones de la cadera tensas, como en el *rigor mortis*. No obstante, dio un paso enérgico impulsándose con la pierna más fuerte, logró arrastrar el resto de su desgastado cuerpo tras ella y al final salió de la cárcel. Fue aquel primer paso, a fuerza de pura voluntad, el que lo llevó al cabo hasta Raasta, su sobrina.

¡Y Raasta no era una niña cualquiera!

Duchado, afeitado e inquieto, Bile fue a la habitación de Raasta, donde se encontró reviviendo sin querer un recuerdo sumamente agradable: el día en que nació la niña. La imagen que sobresalía en su memoria era la de una cosita mojada que tuvo en brazos, los puños cerrados, comprimida, como si la niña aferrase el cosmos entero en sus manos. Dormida, podría haber sido un cachorro de gato arrullado por sus propios ronroneos. Era excepcionalmente bella, los ojos almendrados, los labios del color de las moras y siempre entreabiertos.

Cuando nació estaban cuatro personas en la habitación: Shanta, su madre, medio muerta de agotamiento; Faahiye, su padre; la comadrona, y él. Faahiye, propenso a tener episodios de siniestra rabia, recordó a Bile un ave con las alas pegadas al barrizal en que se había posado, intentando levantar el vuelo con torpeza.

La niña tenía sólo unos días cuando se descubrió que ejercía atracción sobre las personas. Llegaban a centenares cada vez que había un combate, es decir, casi a todas horas. La gente que huía se presentaba en la casa, en el gran recinto donde pasaron los primeros meses de la guerra civil. Se sentían a salvo estando cerca de ella. Se corrió la voz de que estaba «protegida» y de que también lo estarían quienes estuvieran a su lado. A resultas de los rumores llegaron muchos más huyendo de los combates en busca de seguridad y acamparon en el recinto. En aquel entonces era imposible saber si Faahiye exageraba al afirmar que «la paz de espíritu descenderá como un halo sobre todo el que tenga a la niña en brazos». Bile fue testigo de que Raasta, cuyo nombre de cuna fue Rajo, que significaba «esperanza», siempre estaba tranquila. Rara era la vez que se echaba a llorar, ni siquiera al orinarse encima, cuando otros bebés de su edad lo hacían en todo momento. Tampoco lloraba cuando tenía hambre. Era una niña milagrosa, se ganaba la confianza de todos, era un salvoconducto hacia la paz, permitía que dos personas que estuvieran reñidas hablaran e hicieran las paces. No se alteraba por nada más que por las palabras irrespetuosas que se lanzasen unos a otros delante de ella. En su presencia, sus padres, justo es decirlo, se toleraban el uno al otro, en marcado contraste con las trifulcas que tenían cuando ella no estaba delante.

Era popular por igual entre los niños y los adultos y tenía una forma curiosa de atraer a los prácticamente desconocidos, que de buena gana comían de la mano de su encanto. A veces desplegaba una sensación de inquietud entre los miembros más próximos de su familia, que desconocían la contención y tenían la costumbre de perder la compostura.

Raasta compartía con Bile esa intimidad espiritual y lo trataba como a un padre adoptivo.

Nunca se aburría, rara vez parecía sentir la soledad, ni siquiera cuando estaba sola. Balbuceaba, improvisaba cuentos con los que se entretenía. Estaba claro que los demás la necesitaban, ella no necesitaba a los demás. Y siempre llevaba a un montón de niños a remolque. Algunos procedían de un entorno de máxima pobreza y andaban con andrajos, los más pequeños con la nariz mojada y los ojos llenos de moscas famélicas; otros venían desnutridos, con la barriga hinchada por el Kwashiorkor, con los pies paráliticos, raquíuticos o con otras afecciones. A los tres años, Raasta iba por El Refugio con los bolsillos llenos de vitaminas que repartía entre otros niños, ganándose de ese modo el sobrenombre de «Doctora Trenzas» que le puso el director de la Unicef en África cuando visitó la zona en una misión destinada a conocer la situación tras la retirada de las tropas de Estados Unidos. Y aún más pequeña se advertía que su inteligencia era ilimitada. Bile se acordó de cómo había aprendido la niña lenguas extranjeras nada más oír la primera consonante fricativa de otra lengua o de cómo se le pedía que repitiese la gutural en vez de un sonido vocálico en un derivado monosilábico. Cuando tenía tres años era capaz de hablar, leer y escribir en tres lenguas. A los cinco y medio, su dominio de unas cuantas lenguas más era ejemplar.

Bile se había creído capaz de acostumbrarse a todo, porque había sobrevivido a años de encarcelamiento y a muchas humillaciones a manos de su cruel hermanastro. Acostumbrarse a la ausencia de Raasta, sin embargo, era imposible. Había sido la niña la única constante de su vida desde que recobró la libertad. Podría haber logrado todo lo logrado sin ella, sin su ayuda, o podría haber hecho todo lo que había hecho sin su aportación, pero casi con toda seguridad no habría disfrutado de la vida tanto como había disfrutado, con tanta dulzura, de no haber sido por ella. Ella le había enseñado cuál era el sentido de la felicidad.

En algunos momentos, pensaba que su ser más querido había desaparecido tan sólo por estar harta de las riñas de sus padres; en otras ocasiones, creía que había sido secuestrada.

Lágrimas de tristeza empaparon el rostro de Bile al revivir la última tarde que había pasado con su sobrina. Aún no era de noche cuando, ya en la cama, dispuesta la niña a dormir, le contó un cuento popular a Raasta y a su compañera de juegos, Makka. Según era su costumbre, él se tendió entre las dos, cada una de las niñas con la cabeza apoyada en uno de sus hombros, resueltas a escuchar su cuento sobre los dos gigantes.

Había una vez dos gigantes. Uno era un tirano cruel y otro era un rey sabio. Los dos

gigantes no conocían la existencia el uno del otro, jamás se habían visto, aunque sus reinos estaban contiguos. El gigante cruel se llamaba UurkuBaalle, «el que tiene alas en el vientre», un nombre con el que se daba a entender que lo sabía todo sobre cualquiera con sólo mirarlo a la cara. Sabía cuándo alguien le mentía, cuándo le decían la verdad. El gigante bueno era Shimbiriile y vivía en una cueva. A él lo apodaban Dirir y al gigante malo lo apodaban Xabbad.

El rey cruel, Xabbad, disfrutaba haciendo llorar a la gente, disfrutaba al ver el pavor en la cara de sus víctimas y se alegraba con la tristeza de los demás. Se deleitaba al satisfacer cada uno de sus deseos y nunca vacilaba a la hora de tomar cosas que no eran suyas. Se apropiaba de todo, afirmaba que todo le pertenecía a él. Casi cada casa, cada granja y todo el dinero estaban a su nombre o al de su familia inmediata o al nombre de los que eran más leales a sus fechorías. Conocía con todo detalle los movimientos de sus súbditos. Para apaciguar sus ánimos, sus súbditos pagaban enormes impuestos. Cuanto más le daban, más codicioso se volvía. Muchos de sus súbditos huyeron, porque se hartaron de él. Se fueron del reino a otros reinos en los que se sintieron más seguros, en los que se les permitió conservar aquellas cosas que les pertenecían.

Un día, un pariente lejano del buen rey Dirir, con lazos por parte de la familia de su mujer, acogió a una familia que buscaba refugio del reino de Xabbad, y Dirir se enteró así de las cosas terribles que les habían hecho. Oyó más historias, porque más personas huían del territorio de gigante malo e iban a vivir a su apacible reino. Cuanto más espantosos eran sus cuentos, más empeño puso él en ayudar a los débiles y a los inocentes. Reunió a sus asesores y a una selección de los recién llegados y hablaron durante todo el día. Y el buen rey dijo entonces: «Hemos de ayudar a esta gente, debemos poner fin a tantas crueldades».

Su pueblo le dio todo su apoyo, sus hombres más capaces se prestaron voluntarios, los ricos se ofrecieron a ayudar a dar de comer a los soldados del ejército mientras estuviesen en guerra. Dirir se preparó para la guerra. Se puso los brazaletes de acero hechos a medida, que usaba como adornos pero también podían ser armas poderosas. Los brazaletes eran pesados y tan fuertes que podían destrozar hasta el escudo de hierro más fuerte. Cuando Xabbad se enteró de que Dirir y sus hombres estaban a punto de atacar, muchos de sus súbditos cambiaron de bando y huyeron de su territorio. Les agradó lo que estaba haciendo Dirir.

Al final, Dirir y Xabbad se vieron las caras. Y Dirir lanzó un guante de *daandaansi* hacia el perverso regidor, insistiendo en que retirase los cantos rodados que él y sus hombres habían puesto en el camino de los nómadas deseosos de dar de beber a sus animales en los pozos.

—Y si me niego, ¿qué piensas hacer? —dijo desafiante el gigante malo.

—Entonces no me dejarás otra opción que destruirte —respondió el gigante bueno—. No puedo quedarme cruzado de brazos y enterarme de que saqueas los camellos pertenecientes a otros, matando a muchos inocentes.

Bile se había vestido, pero aún no estaba listo para afrontar el día. Se sentó a su mesa, que tenía encajada en un rincón. Tenía al alcance de la mano tres teléfonos, cada uno conectado a una de las redes de la ciudad. Tenía además un aparato de fax y dos teléfonos móviles.

Volvió a pensar en una conversación que había mantenido hacía años con Seamus y Jeebleh. Durante unos cuantos años habían vivido juntos en un apartamento en Padua, en Italia. No acertaba a recordar cuál de ellos describió su relación de amistad como «un país: espaciosa, entregada y generosa». No se guardaban secretos y vivían los tres del bolsillo ajeno, compartiéndolo todo.

En aquella época, Jeebleh preparaba su tesis sobre el *Infierno* de Dante, dando al poema una forma poética comprensible para un somalí, Bile estudiaba medicina y Seamus preparaba una tesis para lograr el doctorado en italiano. ¿Quién habría pensado que los tres habían discutido ya entonces cómo sería Somalia si el país se volcase en la anarquía? Reflexionar sobre el *Infierno* llevó a Bile a pensar en el pasado reciente y en una conversación de la semana anterior, cuando había llevado a Seamus al aeropuerto. Tal vez no fuera de extrañar que ambos hablasen entonces del infierno. Seamus sostenía que el infierno era un estado del alma, no un lugar provisto de su propia territorialidad, en el que los perpetradores del mal estaban condenados a cumplir un castigo en el más allá. Bile recordó a su amigo irlandés que en el Corán la palabra que designaba «infierno» estaba extraída de la palabra que significaba «fuego». Y citó al Profeta, quien, al pedírsele que definiera la relación entre «infierno» y «fuego», explicó que el primero era «sesenta y nueve veces más intenso que los fuegos del mundo, cada una de las cuales sería semejante a todos los fuegos del mundo». Un pecador que viviera en el infierno se sentiría como si llevase zapatos de clavos hechos de fuego, como si se le fundiera el cerebro. «¡Es como verse arrojado a un horno de cobre!», dijo Bile. Sin estar seguro de lo que decía, Seamus se preguntó si la palabra que en árabe designa el «infierno», el *jahanam*, no se basaba en el concepto judío de la Gehena. A esto, Bile respondió que, de acuerdo con el Corán, la Gehena «es el infierno purificador cuyas puertas atraviesan todos los musulmanes».

Seamus contraatacó con una fábula irlandesa. Un herrero muy endeudado vende su alma a Satán a cambio de riqueza. Hay una condición: perderá todo y morirá si no devuelve el préstamo en siete años. Cuando se agota el tiempo previsto, Satán se presenta ante el herrero para recordarle el contrato. El herrero suplica una prórroga y Satán se la concede, pero cuando suplica la tercera prórroga, Satán no está de acuerdo. Se apodera del alma del hombre. Y el herrero muere.

El herrero muerto llega a las puertas del cielo, donde se encuentra a san Pedro, quien le recuerda que como ha vendido el alma al Diablo a cambio de riqueza allí no es bien recibido. Sin otra elección posible, el herrero acude a las puertas del infierno. Allí, el demonio informa con regocijo al desdichado individuo que tampoco es bien

recibido. Cuando se da cuenta de que por más que suplique no le valdrá de nada, hace una pregunta a Satán.

—Y, entonces, ¿adónde he de ir? ¿Adónde puede ir alguien como yo, un hombre sin alma, sin riqueza, sin poder y sin amigos que intercedan en su nombre?

—¡Fabrícate tu propio infierno! —le dice Satán.

Así, concluyó Seamus, «el infierno es un señor de la guerra» que ha vendido el alma a Satán a cambio de un poder que se le escapa. Y luego subió a un avión con destino a Dublín, dejando a Bile solo en Mogadiscio.

Tres de los teléfonos que tenía Bile encima de la mesa empezaron a sonar al mismo tiempo, aunque no de forma coordinada, porque las compañías de telefonía eran propiedades subsidiarias de empresas radicadas en Estados Unidos, Noruega y Malasia y los tonos que empleaban eran distintos. No le gustaba coger una llamada de teléfono al azar. Entonces los tres teléfonos dejaron de sonar y uno de ellos volvió a sonar tras una breve pausa. Bile cogió la llamada, porque por el código sabía que Dajaal, su fiel lugarteniente, estaría al otro lado de la línea.

—¿Hay alguna cosa que quieras encargarme antes de que vaya a verte dentro de media hora? —preguntó Dajaal.

—Sí —dijo Bile—. Me gustaría que recogieras a mi amigo Jeebleh en su hotel y que lo trajeras aquí. De hecho, prefiero que pases primero por aquí para que te dé una nota para él, por si acaso no lo encuentras. Quiero que sepa que mi deseo es verlo cuanto antes.

—¿Voy armado o desarmado? —preguntó Dajaal.

Bile no respondió de inmediato, porque uno de los teléfonos había vuelto a sonar. Se dio cuenta entonces de que era la primera vez que Dajaal le formulaba semejante pregunta, aunque se había ofrecido él a ser el sicario de Bile cuando corrió el rumor de que hombres aliados en un grupo ilegal con eslabones que lo unían a los bajos fondos de Mogadiscio habían secuestrado a Raasta. Dajaal conocía bien el terreno que pisaba, pero Bile era un hombre de paz: no estaba dispuesto a contemplar una idea tan aborrecible. Llevar armas era algo contrario a todo lo que atesoraba Bile, era anatema para su ética profesional de médico.

—Preferiría que fueras desarmado. En cualquier caso, querría que trajeras a mi amigo Jeebleh sin que sufra daños.

Colgó y dejó que el otro teléfono sonase sin parar. Disfrutó de su sosiego interior a la vez que pensaba en acoger a Jeebleh con un abrazo y darle una calurosa bienvenida.



Jeebleh no durmió nada bien.

Soñó que tomaba parte en una feroz lucha de clanes. Prestaba servicio como ayudante de Caloosha, quien, en su condición de comandante, había preparado una mortífera operación. Caloosha iba al volante del carro de combate. Adiestrado como un animal de presa, Jeebleh disfrutó de la matanza: fue feliz de formar parte de una misión tan salvaje, en la que no se tomaron prisioneros, en la que las mujeres fueron destripadas para robarles a los hijos que llevaban en el vientre y después violadas.

Un cohete lanzado con una bazuca pasó por encima de sus cabezas sin dar a nadie; las ametralladoras enloquecieron acto seguido. Un misil sí acertó en el carro de combate, partiéndolo en dos mitades. Caloosha y Jeebleh permanecieron en la parte delantera y se alejaron, separados de los demás combatientes.

Los dos estaban jubilosos, cantaban alabanzas en honor de su común ancestro. Jeebleh llevaba un cinturón cargado de municiones y sostenía junto al pecho un fusil de asalto que acaba de disparar, abrazándolo como si fuese un niño. Rozó con los dedos la bayoneta ensangrentada como si probase el filo. Le pareció tan roma como un diente desvitalizado.

Al despertar, Jeebleh fue consciente de una suerte de roce, un andar rastrero, de origen desconocido. Le molestó no llegar a saber si seguía en el territorio fáustico de su pesadilla, donde era un recluta que combatía con todo su salvajismo para demostrar su valía al clan familiar, o si estaba despierto y había oído ruidos reales, de los cuales aún le quedaba sacar algo en claro.

Le llevó un buen rato identificar la fuente del ruido: era un camaleón que avanzaba por el suelo de su cuarto. ¿Qué se le habría perdido a un camaleón allí, en su habitación de la segunda planta? Los camaleones le habían aterrado de niño. ¿Acaso alguien que lo sabía lo había llevado para dejarlo en su balcón mientras estaba durmiendo? Jeebleh dudó que el reptil pudiese haber recorrido semejante distancia por sus propios medios. En tal caso, ¿quién le estaba gastando una broma de mal gusto y por qué motivo?

En un instante de absoluta demencia que tomó cuerpo con una extraña mezcla de miedo y superstición, se puso en pie y, apoyado en el codo, vio con claridad al saurio visitante. Observó los débiles esfuerzos del reptil que se dirigía hacia él, embrujándolo con su andar de un paso adelante y medio paso atrás. Percibió un temblor interior al recordar los temores atávicos que los africanos sentían ante los camaleones, de los cuales se cree que portan un mensaje de muerte traído desde los

cielos. Unos cuantos mitos africanos centraban la muerte en dos mensajes transmitidos oralmente, uno dado a una liebre que garantizaba la vida ininterrumpida, el otro a un camaleón que presagiaba la mortalidad. En los mitos, el camaleón hacía entrega del mensaje en cumplimiento de un oscuro temor. La liebre en cambio se distraía al ser tan juguetona y no lograba transmitir el mensaje de la vida.

Jeebleh tomó buena nota de su propia fobia al mover el reptil los ojos en un giro constante, primero en sentido de las agujas del reloj, luego a la inversa. Probablemente pretendía que se hiciera notar su presencia, como un elefante que hace uso de toda su teatralidad para instilar el miedo en sus adversarios. Los ojos no parecían una parte normal de su cuerpo, pues le colgaban de la cara como dos monóculos y giraban como dos dados teñidos en colores de Benetton. Con la cola enroscada y la lengua fuera, a Jeebleh le pareció aún más grande, extremadamente hinchado e intimidante.

Pero tan pronto dejó de sudar a mares, Jeebleh se fue armando de valor a partir de la suposición de que la muerte es más bien una dirección, no el final en el proceso de una vida, y pensó que el reptil es una representación mítica de una abstracción. A fin de cuentas, así como la liebre cambia de dirección continuamente, el camaleón iba recto.

Por la razón que fuese, en ese momento era el reptil el que cambiaba de rumbo, avanzando hacia el balcón con el movimiento dolorido de un amputado que caminase con muletas y tuviera que dar un giro de ciento ochenta grados. Al marcharse, el camaleón pasó a ser un simple reptil sin propiedades mágicas de ninguna clase.

Y entonces llamaron a la puerta.

Apareció un joven con expresión turbia, como una rana que llevase una mancha de barro en la frente. Deseoso de no permitir que entrase, no fuera a ver al camaleón marchándose, Jeebleh sostuvo el pomo de la puerta con fuerza.

—¿Sí?

—¿Qué desea desayunar?

Jeebleh no se imaginó desayunando nada que hubiese manipulado semejante joven.

—Nada, sólo un café —dijo—, por favor.

—¿No quiere nada de comer?

—Sólo café.

—¿De qué tipo?

—¿Qué se puede elegir?

—Al estilo yemení o instantáneo.

Con picores en la piel y temeroso de ponerse a sudar sólo de pensar en pasar más tiempo con aquel joven, contestó:

—Al estilo yemení, por favor.

—¿Sin huevos, ni pan, ni nada? —le apremió el joven.

—No, nada más.

Pero el muchacho no parecía dispuesto a marcharse. Se quedó donde estaba, mirando de hito en hito a Jeebleh, el cual no se sentía con ánimo de cerrarle la puerta en las narices. La suave luz del sol matinal lo enmarcaba donde estaba, con los pelos de punta, separándolo del joven. Estudió al adolescente de cerca y concluyó que su rostro estaba más envejecido que el resto de su cuerpo, debido a las grietas del desierto que se le notaban en la piel reseca, descuidada. A la fuerza pensó en la degradación en que se encontraba la franja del Sahel por su proximidad al Sáhara. Los ojos del joven eran del tamaño de unas hormigas negras, los dientes los tenía más podridos a la plácida luz del sol, tenían un tono como el del jengibre que se saca de una cazuela de *curry*. El hambre también le había roído las mejillas. Años de dictadura, el hábito de masticar *qaat* y la guerra civil habían dejado el potencial del muchacho y su maltrecha salud en un estado de considerable atraso.

—¿Y quiere tomar el café antes de marcharse?

A Jeebleh le resultó una novedad que fuese a marcharse. Al menos, no recordó haber dispuesto que fuera a irse a ninguna parte, a no ser que se hubiese olvidado del todo.

—¿Adónde se supone que voy?

—Me han dicho que se marcha usted.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—No lo sé.

A Jeebleh se le entrecortó la respiración. Temía que las cosas fueran de ese modo, que alguien tomase disposiciones en su nombre, sin tener él ni idea del dónde, del con quién. ¿Le quedaba otra elección que honrar la petición de ir a alguna parte, por puro capricho de alguien? ¿Acaso no tenía poder de decisión en lo que hiciera, en los sitios a los que fuera, en el momento de ir? A punto estaba de insistirle al joven para que le facilitase la fuente de su información cuando llegó otro joven con dos cubos de agua, seguramente caliente y fría. Los dos chicos se saludaron amistosamente y el del desayuno retrocedió unos pasos para ayudarle con uno de los cubos. Cuando llegaron a medio metro de él, Jeebleh se fijó en algo muy extraño en los rasgos faciales del chico del agua. Había perdido una de las aletas nasales. Tal vez una herida de bala que se le había gangrenado, deteriorando su rostro. Jeebleh les indicó que le dieran a él los cubos, que ya se encargaba él. Así lo hicieron y se marcharon cogidos de la mano y riendo por lo bajo.

Aseado y vestido, Jeebleh sacó los dos cubos con la intención de dejarlos en el pasillo; cuando ya se disponía a abrir la puerta y bajar jovialmente al vestíbulo, oyó que llamaban a la puerta. Esta vez era uno de los botones, que fue a decirle que tenía visita.

Jeebleh bajó despacio las escaleras, abrumado por los malos presagios. Contrariado, a punto estuvo de chocar con una mujer joven que subía con un cubo y una fregona. Recuperó el equilibrio casi en el acto y siguió bajando hasta pasar por delante de la recepción, donde varios jóvenes haraganeaban, camino del patio, iluminado por la intensa luz del sol.

Le sorprendió encontrarse con Af-Laawe, que lo saludó al estilo de los árabes, llevándose la mano izquierda al corazón con la cabeza levemente inclinada y tocándose los labios con la derecha, con una salva de bendiciones. Af-Laawe remató su teatral saludo con un amplio gesto de la mano derecha, a punto de prosternarse.

Habló de manera elíptica:

—¡Qué pesadilla de lealtades!

Jeebleh se negó a dejarse engañar por las excentricidades de nadie y menos aún en el caso de Af-Laawe. Le respondió sin mover un músculo de la cara.

—¿Quieres tomarte un café conmigo?

—Sí, desde luego.

Se sentaron fuera, en una mesa de plástico con tres sillas. El chico del desayuno llevó a Jeebleh su café al estilo yemení en una cafetera de aluminio, difícil de sujetar para servirlo, aunque al final se las apañó, y luego desplazó el azucarero hacia Af-Laawe, que se sirvió generosamente.

—¿Qué tal tu primera noche de vuelta a casa? —preguntó Af-Laawe.

—Gracias por el transporte y el hotel.

—Espero que el gerente te haya tratado bien.

—Desde luego, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿La habitación está bien?

—No se puede pedir más —dijo Jeebleh.

Y de pronto todo lo que el conductor había dicho sobre Af-Laawe regresó a la memoria de Jeebleh en un destello. En los labios le asomó una mueca de conocimiento, anticipándose al momento de saber algo más sobre los eslabones que unían a Af-Laawe con el engañoso mundo de Caloosha, sobre sus conspiraciones y asesinatos. Jeebleh cambió los rasgos faciales del conductor por un esquema que podría haber sido un cruce entre Af-Laawe y Caloosha, lo superpuso en el rostro de un criminal endurecido, al que se buscara por sus latrocinios, por millones de dólares hurtados.

—Me alegro de que estés disfrutando —dijo Af-Laawe.

Por todo el patio Jeebleh reparó en que se congregaban los buitres. Llegaban sin hacer ruido y de acuerdo con un horario muy preciso, uno cada medio minuto, como si fuesen aviones tomando tierra. No eran menos de una docena, el mayor del tamaño de un Fiat Cinquecento, cabizbajos, con las alas plegadas, los picos adelantados de forma teatral. Un ave en concreto desaparecía a cada tanto para reaparecer minutos

después, al unirse más aves a la reunión. A Jeebleh le pareció extraño que los buitres se posaran en el patio de un hotel de cuatro estrellas. ¿Dónde estaba la carroña?

Quedó embrujado por el espectáculo. No fue capaz de apartar los ojos de los buitres, que se dividían en dos grupos, aunque no acertó a precisar las razones. El buitre de mayor tamaño iba y venía entre los dos grupos y al final levantó el vuelo en silencio y se marchó un buen rato. Regresó con un compañero de tamaño similar y de enjundia comparable, aunque tenía el pico de otro color. Las dos aves fueron de uno a otro de los grupos como si transmitieran mensajes urgentes.

—Los buitres, los cuervos y los marabúes nos han acompañado constantemente en estos últimos años —dijo Af-Laawe—. Hay muchos cadáveres abandonados, sin enterrar. Verás que los cuervos ya no tienen miedo cuando uno intenta espantarlos. En el momento culminante de los cuatro meses de guerra entre los milicianos del Cacique del Sur y del Cacique del Norte, los cuervos y los buitres estaban tan acostumbrados a andar por tierra, picoteando, que eran como las palomas en una *piazza* de Florencia. Esos carroñeros se han puesto las botas en la guerra civil.

—¿De dónde viene el apodo, «Marabú»? —preguntó Jeebleh.

—Ya veo que te han contado algunas cosas.

—¿Y por qué eso de «Funerales distintos»?

—Empecé con los funerales —dijo Af-Laawe— cuando la pena comenzó a ser casi algo que desprendía un mal olor omnipresente, como si me hubiesen untado la nariz con ese olor. Tras el saqueo de las mezquitas, cuando las mujeres buscaron refugio en la casa de Dios y las sacaron a golpes y las violaron, organicé una ONG para hacernos cargo de los muertos.

—¿Y de dónde han salido los fondos de dicha organización?

—Los he ido reuniendo yo mismo —dijo.

¿Era Af-Laawe, según él mismo contaba, un bienhechor solitario al estilo de los héroes del folclore sobre los que él había leído de niño? Jeebleh se preguntó qué bien podía hacer una sola persona en un sitio donde los malos eran muchos más que los virtuosos. Tal vez cada cual habría de hacer lo que pudiera, lo mejor que pudiera.

—Al menos —siguió diciendo Af-Laawe— me encuentro en la situación privilegiada de quien puede escoger lo que quiere hacer y el modo en que lo hace. No todo el mundo goza de la misma situación.

¿Quién era en verdad? ¿Un mediador con un buen salario a cargo de la Unión Europea, un estafador de envergadura con un botín bien guardado en un banco suizo, un bienhechor al frente de una ONG dedicada a enterrar los cadáveres de los que nadie quería saber nada, un ocupante de una casa, que cuidaba, propiedad de una familia que se había marchado del país?

—Hablando de escoger —dijo Jeebleh tras un largo silencio—, ¿escogieron marcharse los miembros de los clanes que se fueron de la ciudad o se vieron obligados a abandonar sus propiedades en una ciudad que adoraban?

—¡Estos tiempos que corren son anormales!

—Eso bien se ve —dijo Jeebleh, y miró a los buitres que se habían reunido a pocos metros de donde estaban sentados.

En los labios hendidos de Af-Laawe se formó una media sonrisa maliciosa. Reparó en la mirada de Jeebleh.

—Un cínico al que conozco bien dice que gracias a los buitres, a los marabúes y a los cuervos no hemos de temer que se extiendan las enfermedades —dijo—. Suelen ser los encargados de la limpieza, ¿no? Mi amigo el cínico da a entender que cuando el país se reconstruya como Estado deberíamos adoptar a un buitre como símbolo nacional.

—¿Y ese cínico no serás tú? —preguntó Jeebleh.

Af-Laawe volvió a soltar la frase lapidaria de antes:

—¡Estos tiempos que corren son anormales!

—Estoy de acuerdo en que no es muy normal ver aves carroñeras en un hotel de cuatro estrellas, con toda la pinta de que pueden escoger lo que quieran comer y adónde ir. Se las ve mejor alimentadas que a los seres humanos.

A Jeebleh le desconcertó que Af-Laawe pareciera molesto. ¿Había dicho algo que lo ofendiese? Movió los labios como un pez enano que estuviese comiendo.

—Hubo muchos más buitres y marabúes justo después de la debacle del 3 de octubre, cuando más de mil partidarios del Cacique del Sur fueron masacrados y dieciocho soldados del ejército de Estados Unidos perdieron la vida. Yo fui testigo de la llegada de los carroñeros, congregados en torno a la zona de los combates, encaramados por todo el vecindario.

Dijo estas palabras como si lo atacase. ¿Pensaba tal vez Af-Laawe que, siendo estadounidense, Jeebleh se molestaría si mencionase a los estadounidenses muertos en Mogadiscio al mismo tiempo que hablaba de las aves carroñeras en la zona de los combates? Como Jeebleh dio por supuesto que empezaba a asomar la maldad de Af-Laawe, se preparó para un ataque y quedó a la espera. Por fin empezaba a conocer un poco mejor a Af-Laawe.

Af-Laawe siguió a la carga.

—El 4 de octubre hubo tantas aves carroñeras como seres humanos acudieron a testificar la masacre, pero las aves no tuvieron ocasión de devorar los cadáveres de los somalíes, puesto que sus familiares se los llevaron a enterrar. Cualquiera que sepa distinguir, como mi amigo, el cínico, habría visto a dos marabúes, de veinte kilogramos cada uno, siguiendo discretamente el avance de la muchedumbre enrabiada que arrastró el cadáver de un zapador del ejército estadounidense por los polvorientos callejones de la ciudad. Los marabúes siguieron al gentío y mi amigo me ha contado que estaban a la vista las cabezas, los cuellos desnudos de las aves. Tal vez esperaban que el gentío abandonase el cadáver del estadounidense en algún punto, de modo que pudieran arrojarse a por él. Los halcones acechaban a cierta distancia. No querían entrar en conflicto directo con los marabúes.

Escuchando a Af-Laawe, Jeebleh se dio cuenta de que él mismo estaba infestado

de un veneno mayor, pensando en Caloosha y en todo el que tuviera relación con él, de lo que había creído posible a pesar de sus años en el exilio.

—¿Quieres saber cómo se llamaba el cínico con el que estaba? —dijo Af-Laawe. Jeebleh asintió.

—¿Tú has visto alguna vez a Faahiye?

—Sé que es el padre de Raasta —dijo Jeebleh.

—Pues resulta que es el cínico con quien yo estaba el 4 de octubre.

A Jeebleh le alivió que cambiasen de tema en ese momento, aunque dudó mucho que Faahiye hubiera dicho ninguna de las cosas terribles que se le habían atribuido.

—¿Dónde está Faahiye? —preguntó.

—Es un cínico, vive enojado con el mundo —dijo Af-Laawe.

—Basta de lapidaciones. ¿Dónde está?

—Faahiye detesta ser un mero apéndice.

—¿Un apéndice de quién?

—Faahiye está deseoso de que llegue el día en que pueda ser su propio jefe, no un mero apéndice —aclaró Af-Laawe—, el día en que no se le considere tan sólo el padre de Raasta o el cuñado de Bile.

—¿Dónde está?

—La última vez que supe algo de él iba camino a un campo de refugiados situado en las afueras de Mombasa —dijo Af-Laawe—. Me han dicho que estaba delgado, como todos nosotros, y hecho una pena, como todos nosotros —hizo una pausa—. Estaba tan inquieto como un perro abandonado, sin saber qué hacer, adónde recurrir, porque está terriblemente alterado.

Af-Laawe debió de verle la gracia a su propio comentario, pues se esbozó una extraña sonrisa en sus labios inexistentes. Jeebleh quedó a la espera, contando con que Af-Laawe se disculpase o al menos defendiese su comportamiento tras haber sido acusado de tal falta de sensibilidad, pero Af-Laawe no hizo semejante cosa.

¿Por qué había alterado tanto a Jeebleh la historia del modo en que los marabúes siguieron el desplazamiento del zapador estadounidense? Sin darle tiempo a responder, uno de los botones le indicó que tenía una llamada de teléfono. Preguntó quién era el que llamaba, suponiendo que sería Bile.

—El nombre es Baaja, algo así. No lo sé.

Af-Laawe echó una mano.

—Quiere decir Dajaal.

—¿Quién es Dajaal?

—El lugarteniente de Bile.

Jeebleh se puso en pie, dolorido y torpe, poco faltó para que derribase la mesa de plástico.

—Lo siento —dijo, con culpa en la cara, y se apresuró a pasar por delante de las aves carroñeras, sin que su presencia lo alterase en modo alguno.

Por teléfono, Dajaal dijo que iría pronto a recogerlo para llevarlo en presencia de

Bile.



Se movían las carreteras ora deprisa, ora despacio.

Desde la trasera del coche en que iba sentado, Jeebleh veía buitres por todas partes: en el cielo y entre las nubes, en los árboles, que eran abundantes, apostados en el techo de los edificios. Había todo un ejército de otras aves carroñeras, marabúes y un puñado de cuervos. La muerte no se le iba de la cabeza, sutil y peligrosamente cautivando su interés, tentándole.

Recordó con un nuevo sobresalto el desencuentro que había tenido antes con Af-Laawe. Tal vez no estuviera tan exento del contagio como había creído, ni era tan inmune a las guerras civiles como pensaba; tal vez empezase a entrarle la locura por lo que había comido, por lo que había bebido, por los contactos que había mantenido. Dudó que a sabiendas pudiese ser parte activa en la comisión de un crimen, aun estando convencido de que la sociedad se beneficiase por el hecho de librarse de las alimañas. Sabía que era muy capaz de apretar un gatillo llegado el momento en que no le quedase más remedio. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa, donde llevaba el dinero en metálico y su pasaporte estadounidense. Su intención era dejar ambas cosas en la vivienda de Bile, donde estarían más seguras que en su bolsa de aseo.

Dajaal iba delante, al lado del conductor, y Jeebleh disponía de toda la trasera para él solo. El camino era bacheado debido a las hondas roderas. En realidad, apenas podría decirse que fuese una carretera y el coche frenaba de vez en cuando, llegando en ocasiones a detenerse del todo, cuando el conductor evitaba baches hondos como trincheras.

Al ver al lugarteniente de Bile, a su hombre para todo, Jeebleh pensó que Dajaal debía de haber sido un oficial de algo rango en el Ejército Nacional. Lo dedujo por su postura militar, por el esmero con que hablaba, por su porte en general. Sospechó que Dajaal iba armado: mantenía una de las manos fuera de la vista, oculta, y la otra la llevaba pegada a la guantera, como si pretendiese abrirla velozmente en caso de necesidad. Al montar en el vehículo, Jeebleh había visto una ametralladora como si tal cosa, en el suelo, tan inocua en apariencia como un arma de juguete, de un niño. La culata del arma iba apoyada contra el pie derecho de Dajaal, que iba descalzo, como si así le fuese más fácil levantarla de una patada y empuñarla con ambas manos para disparar. ¡Estás muerto, miliciano!

Por el momento, lo que Jeebleh había visto de la ciudad la destacaba por ser un lugar donde reinaba la tristeza. Muchas de las casas carecían de tejado y había huellas de balazos en casi todas las paredes. En contraste con el aire desastrado de un gueto en una ciudad estadounidense, donde las ventanas podrían estar tapadas por tablones, allí los marcos de las ventanas sencillamente no enmarcaban nada. Las calles estaban

sobrecogedoras, siniestramente silenciosas. No vieron peatones por los caminos, no se cruzaron con otros vehículos. Jeebleh notó un cierto temblor al imaginar que los residentes habían sido asesinados «los unos por la sangre de los otros», que diría Virgilio. Le gustaría saber si en esa guerra civil tanto los violados como los violadores habían sufrido una enorme deficiencia, la incapacidad de seguir en contacto con su yo interior y recordar quiénes habían sido antes de que comenzase la matanza. ¿Sería ése el mismo caso en Ruanda o en Liberia? Desde luego, era poco probable entender nada de una guerra así a un nivel puramente intelectual: acaso lo que se entendía era sólo a niveles emocionales. Allí, la preservación de uno mismo ayudaba a entender algo.

—¿Por qué somos los únicos que vamos por la carretera? —preguntó Jeebleh.

—Seguramente porque vamos hacia el sur —contestó Dajaal.

—¿Las carreteras estaban más llenas cuando fuisteis al norte?

—Hemos tomado una ruta distinta de la de la ida.

—¿Por qué?

—Es lo que hacen casi todos los conductores —Dajaal aguardó a que el conductor confirmase con un gesto lo que había dicho—. Creen —siguió diciendo— que al tomar una ruta distinta a la vuelta se minimiza el riesgo de caer en una emboscada.

—Pero este camino es mucho más largo, ¿verdad?

—Lo es.

El conductor, en un aparte, susurrando, comentó a Dajaal que tenía la impresión de que Jeebleh había llegado el día anterior. Jeebleh miró un edificio de tres plantas lleno de balazos, de proyectiles de mortero, ametrallado de arriba abajo, inclinado a un lado, como si fuese un homenaje a la torre de Pisa. Le sorprendió que no cediera al pasar de largo y sintió alivio, pues había gente en la planta superior, dedicándose a sus cosas.

—¿Has participado en alguno de los combates? —preguntó a Dajaal.

—He sido miembro de una de las milicias de mi clan.

—¿Y en qué combates tomaste parte?

—Digamos que me vi arrastrado a uno cuando el estadounidense al mando de la operación de Naciones Unidas ordenó a las fuerzas que atacasen una casa en la que estaba yo reunido.

«El estadounidense al mando». Jeebleh hiló las palabras al principio separándolas mentalmente, para captar el enunciado de Dajaal, y luego abreviándola: EAM. Jeebleh tenía entendido que de ese modo se le conocía en determinados círculos.

—Fue el primer ataque de los estadounidenses contra el Cacique del Sur, en julio de 1993 —siguió diciendo Dajaal—. Yo estaba reunido con los intelectuales, los líderes militares, los ancianos de la tribu y otros creadores de opinión pertenecientes a mi clan. Nuestro objetivo era hallar una forma pacífica para salir del entuerto creado entre el estadounidense al mando de los Cascos Azules de la ONU y el Cacique del

Sur y sus milicianos. La reunión del mes de julio desde entonces es famosa por haber dado lugar, en su momento, a la matanza del 3 de octubre. Fue la maldad de lo acontecido en el mes de julio, cuando los helicópteros atacaron nuestra reunión, lo que me convenció para que desenterrara mis armas de donde las tenía escondidas después de que el dictador huyera de la ciudad.

—Supongo que conoces al Cacique del Sur...

—Estuve a sus órdenes —dijo Dajaal—. Fue mi comandante inmediato durante la guerra de Ogaden. No nos llevamos bien, razón por la cual no quise ser su delegado cuando creó la milicia del clan. Lo conozco bien, lo conozco de sobra y no tengo ganas de estar cerca de él si puedo evitarlo. El hombre está decidido a ser el presidente y empleará todos los medios, morales o inmorales, para conseguirlo.

El conductor dobló a la izquierda y a Jeebleh le pareció que regresaba por donde habían ido. Redujo la velocidad como si así diera tiempo a Dajaal para ordenar sus pensamientos.

—Recuerdo los helicópteros, los Cobra y los Black Hawk, que nos atacaron en la casa en la que tuvimos la reunión —siguió diciendo Dajaal—. En cuanto comenzó el ataque, fue tan feroz que me pareció que nos visitaba el infierno. El cielo cayó sobre nuestras cabezas, la tierra se estremeció hasta el último grano de arena.

Jeebleh lo escuchaba atento, inmóvil.

—Noté cada explosión de los misiles —siguió diciendo Dajaal—, seguida de un infierno de humo tan negro que creí que un eclipse total había caído en mi cabeza. Y la metralla, la sangre que vi manar, los hombres tan quietos entre el momento en que estaban vivos y el instante en que habían muerto, los gemidos... No estaba yo preparado para tanto. Recuerdo haber pensado «Esto es un apocalipsis desconocido». Es un espanto ver a un hombre con el que estás hablando hecho pedazos, destrozado por una muerte guiada por láser, engañosa por su sigilo. Todos perdimos el sentido de la orientación, como las hormigas que huyen de cabeza hacia las llamas sin saber qué las ha matado.

Jeebleh no se atrevió a decir nada.

En la voz de Dajaal se apreciaba una buena mezcla de crudeza y rabia.

—Al salir por la puerta de la casa tropecé con una pila de zapatos, pero seguí mi camino, descalzo, temblando de furia, hasta encontrarme en otro recinto, los ojos aún doloridos por el humo negro. Se podría decir que sólo volví en mí cuando se fueron los helicópteros. Entonces supe que estaba vivo. Pero no entendía lo que había ocurrido, ni siquiera al congregarse la gente delante de la casa que había sido bombardeada. Me enteré de que muchos de mis amigos habían muerto, de que unos cuantos habían sido hechos prisioneros, esposados y tratados como delincuentes comunes. Fue un día infernal —Dajaal estaba a punto de llorar al revivir la escena y estaba colérico a la vez, si bien Jeebleh no entendía a quién dirigía su ira—. El ganado —siguió diciendo Dajaal—, aterrado, se dio a la fuga, los asnos rebuznaban sin parar, las gallinas no pusieron huevos en varias semanas. Nuestras mujeres

notaron el cambio en sus ciclos mensuales, sus almas quedaron dañadas de forma irreparable. No hubo ni tiempo para el dolor, nuestros muertos fueron enterrados ese mismo día.

—La provocación, en julio —dijo Jeebleh—. ¿Desenterraste el arma y te preparaste para la confrontación en octubre, resuelto a vengarte?

La expresión de Dajaal, o al menos lo que pudo ver Jeebleh, era un punto más triste cuando asintió. La pena impregnaba su voz. Por lo que había oído, Jeebleh entendió que la maldad tenía cara y nombre: los del Cacique del Sur y los del estadounidense al mando. Y los de Caloosha y el dictador, claro.

—¿Tú te opusiste de entrada a que vinieran los estadounidenses?

—Les dimos la bienvenida, ya lo creo —dijo Dajaal.

—¿Y qué sucedió?

—Se comportaron como auténticos groseros, eso fue lo que sucedió.

—Explícamelo mejor.

—Mi nieto, Qasiir —dijo Dajaal— se encontraba entre media docena de muchachos desarmados en el aeropuerto internacional, entonces cerrado, haciendo lo que hacen los jóvenes de su edad. Unos andaban haciendo el bobo, otros fumaban, otros perdían el tiempo o dormían en los vehículos abandonados. Llegaron entonces los marines a la playa. ¿Y qué fue lo primero que hicieron? Maniataron a mi nieto y a otros muchachos con cinturones, cables, con lo primero que encontraron. Los humillaron sin que hubiera motivo, los intimidaron y los detuvieron. Los chicos no estaban haciendo ningún mal a nadie. Luego pasó lo del mes de julio y allí estuve yo, más cerca de la muerte que nunca, muchos de mis congéneres de clan asesinados, heridos o enviados a una cárcel isleña en la costa. Y luego en octubre, mi nieta, la menor de las hijas de mi hijo, salió volando por los aires tras las maniobras desastrosas y confusas de un helicóptero.

Jeebleh habló en un susurro, con la cautela de alguien que pretende no pisar una mina.

—¿Y nunca has sido partidario del Cacique del Sur?

—Demonios, claro que no.

Jeebleh volvió a hablar poniendo cuidado.

—Alguien tiene que haber sido su partidario, pues siempre había multitudes allá por donde iba, mujeres que le aclamaban lanzándole vítores de apoyo, utilizadas como escudos humanos...

—Podría dar el nombre de algunos miembros de mi clan que querían la paz —dijo Dajaal—, que fue de hecho la razón por la que nos reunimos aquella vez. No nos gustaba a donde iban a llevarnos el estadounidense al mando y el Cacique del Sur y no nos gustaba su manera de confrontarse. Pensamos que una parte y otra eran muy parecidas y deseamos que fuesen ellos quienes librasen su propio combate, en un duelo, ¡bang, bang!, y que muriese uno de los dos.

—¿Cómo se encuentra tu nieta, la que fue arrastrada por las ráfagas del

helicóptero aquel día? —preguntó Jeebleh.

—No ha vuelto a decir palabra desde entonces.

—¿Qué edad tiene?

—Empezó a vegetar siendo tan niña —dijo Dajaal— que ya no pensamos en su edad. Se sobresalta fácilmente, el menor ruido le provoca el llanto, no hay nada que la calme. No le pasa nada en los mecanismos motores. El doctor Bile ha sido de una tremenda ayuda, gracias a Dios, pero dudo mucho que alguna vez llegue a ser normal.

—¿Y la madre?

—¿Qué mal pudo hacerles la madre? —dijo Dajaal con rabia.

Mentalmente, Jeebleh vio a un jinete a caballo, espada en mano resuelto a cobrarse venganza y a morir al servicio de la justicia.

—¿Y la madre? —repitió.

—Para tranquilizarla, la esposaron. ¿Por qué?

Bile era afortunado de tener a Dajaal por lugarteniente, pensó Jeebleh. El hombre le pareció recto, directo, honesto y valeroso. Sin embargo, no supo hasta qué extremo podría extenderse a él la lealtad de Dajaal. Contempló la carretera que le quedaba por delante sin decir palabra, con intensidad, preocupado, como un insecto que pusiera todos sus sentidos en evitar cualquier daño.

El coche se detuvo de pronto y Dajaal le dedicó un gesto. El miedo puede hacer que un hombre parezca desequilibrado, como si fuese duro de oído y atendiese a un ruido amenazador, encorvados los hombros, erizadas las orejas. A Jeebleh se le puso rígido todo el cuerpo al contemplar la solitaria botella de Coca-Cola que se encontraba majestuosamente en medio de la carretera. No supo qué pensar. De manera coordinada, el conductor se movió hacia la guantera al mismo tiempo que Dajaal levantaba la ametralladora del suelo con un pie, cazándola en vilo tal como Jeebleh había imaginado antes. Dajaal tenía pies ágiles y los empleó con más precisión que otros las manos. Transcurrió un minuto. No pasó nada. Dajaal y el conductor hablaron en susurros. Jeebleh rompió el sigilo:

—¿Estamos en la línea verde?

Tanto Dajaal como el conductor asintieron con un gesto sin decir nada, permitiéndose el extraño lujo de una sonrisa, tal como dos adultos cruzan una sonrisa cargada de sentido cuando un niño hace una pregunta inapropiada. Vigilantes, pero ya no pendientes de la botella de Coca-Cola, el conductor y Dajaal se comunicaron mediante gestos, tras lo cual el conductor tocó la bocina tres veces, una vez suave, dos con más fuerza, antes de detenerse a esperar.

Un viejo y dos chicos jóvenes, armados los tres, salieron de detrás de un edificio abandonado, el hombre leproso, uno de los chicos con elefantiasis en el pie derecho, el otro con perlesía en las muñecas. Los chicos bajaron las armas, en los labios de ambos sonrisas de alivio. El viejo, que Jeebleh supuso el padre y cabecilla de la banda, apuntó el arma contra el vehículo. Como si fuera un desafío, el coche avanzó hasta la botella de Coca-Cola, que cayó a un lado. Jeebleh lo vio con una mezcla de

compasión y sorna. Dajaal bajó la ventanilla y arrojó un fajo de dinero sujeto con una goma a los pies del anciano.

El más pequeño de los chicos se agachó a recoger el dinero. Sólo cuando el vehículo llegó a su altura —tanto que se percibió de pronto el olor de sus cuerpos desaseados— Jeebleh cayó en la cuenta de que los tres llevaban armas de imitación, de madera basta de caoba, pintadas de negro.

—¿Y éstos qué son? —preguntó.

Es posible que Dajaal captase su inquietud, es posible que no, pero Jeebleh lo lamentó en el acto, deseoso de haber dicho «quiénes» en vez de «qué». El conductor habló por primera vez, con un claro acento de Mudugh.

—Abajo, en el sur —dijo—, los llamamos «los idiotas del norte».

—¿Porque son inofensivos?

Dajaal se había hartado.

—¡Vámonos!

Y al arrancar el vehículo Dajaal explicó que aquella milicia de tres hombres armados tenía su puesto de control en tierra de nadie, con la creencia de que sacarían tajada de sus asaltos.

—Personalmente me impresiona su astucia, porque exponen una debilidad grave en la idea misma del clan. A fin de cuentas, también dicen representar los intereses de un clan familiar, aunque sea la unidad más pequeña y perteneciente a un clan mayor, al que pertenecen también los dos grandes rivales, el Cacique del Sur y el Cacique del Norte. Es muy inteligente que actúen en tierra de nadie, reclamando la parte que se puedan llevar.

El coche redujo la velocidad, el conductor cambió de marcha mirando a un lado y a otro. Indicó a derecha y a izquierda y —qué raro— metió marcha atrás esquivando un montón de tierra suelta. Estaban en un cruce. Apareció un grupo de niños. Se quedaron atentos, mirando.

—Ahora sí entramos en ese territorio que es tierra de nadie, donde está la llamada línea verde —dijo el conductor, señalando un punto en la carretera a su derecha.

Fue como si señalase un recodo de un río y dijera que allí se habían ahogado sus padres hacía años. Para Jeebleh, la línea verde de Mogadiscio y la tierra de nadie expresaban no tanto la inadecuada demarcación de los territorios cuanto, más bien, la ausencia de un compromiso entre las realidades y el celo político de los señores de la guerra. Semejante línea y la tierra de nadie seguirían existiendo mientras los incompetentes se negasen a alcanzar un compromiso.

No había indicadores en las carreteras. No había banderas que ondeasen cerca de donde el coche estaba aparcado y no había edificaciones de ninguna clase, ni siquiera cobertizos, que señalasen el lugar. Por primera vez en todo el trayecto sí había mucha gente, ajetreada como quien va de compras; los autobuses descargaban a más viajeros; había algún puesto donde se podía tomar un té o tenderetes donde las mujeres vendían ropa y artículos de mercería.

—¿Puedo bajar? —preguntó Jeebleh.

—¿Para qué? —dijo el conductor.

—Me gustaría percibir el olor del lugar, si es posible.

—No es aconsejable —le dijo el conductor.

Jeebleh a pesar de todo bajó del vehículo dejando la puerta entreabierta y se acuclilló en postura suplicante, como si estuviera ante una deidad. Los transeúntes, hombres y mujeres que iban con prisa a tomar el autobús que se los llevaría a donde fuese, se quedaron mirándolo, unos con curiosidad, otros sin entender nada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se humillaba ante el dios del lugar, ante la mismísima Madre Tierra? El conductor le dio una voz para que volviese al coche.

Pasado un cuarto de kilómetro se detuvieron de forma tan inesperada que el coche se deslizó con el frenazo del conductor. Varios jóvenes armados, vestidos de militares, aparecieron como salidos de la nada y les dieron el alto. El mayor tendría veintitantos y ninguno llevaba un calzado a la altura de la respetabilidad de los uniformes. A Jeebleh le parecieron más bien vándalos, todos ellos con pintura en las mejillas, como era habitual entre los jóvenes armados, moviendo la mandíbula al masticar el *qaat*. Tenían los ojos inyectados en sangre e irritados de cansancio.

Uno de los jóvenes reconoció a Dajaal.

—¿Y si no te hubiese reconocido? —le dijo—. Podríamos haber disparado contra vosotros. La próxima vez id con más cuidado. Y ahora en marcha, ¡deprisa!

—¿Qué hacen con las personas a las que no conocen? —preguntó Jeebleh en cuanto el coche se puso en marcha.

—Son peores que la peste —dijo Dajaal—. Abren los maleteros fingiendo buscar armas que confiscar o bienes de contrabando sobre los que el Cacique del Sur carga un tremendo impuesto. A menudo, se quedan con lo que encuentran como si fuese su parte en el trato, puesto que son miembros de la milicia del Cacique del Sur. Yo diría que todos los señores de la guerra, grandes y pequeños por igual, se encargan de que el territorio bajo su control dé buenos rendimientos.

—¿Les proporciona los uniformes el Cacique del Sur?

—No.

—Entonces, ¿quién se los da?

—Gadafi ha enviado un avión cargado de uniformes militares —dijo el conductor— y los AK-47 se pueden comprar abiertamente, cuestan sólo seis dólares cada uno. El Cacique del Sur les permite que de vez en cuando recorran a sus anchas la zona y luego les da su ración diaria de *qaat* o al menos el dinero suficiente, en mano, para que se compren más.

Pasado otro kilómetro y al cabo de otros tres controles, el vehículo se detuvo. Informado de que habían llegado a destino, Jeebleh suspiró con alivio. Allí reinaba la paz. Se encontraban ante un edificio enorme, que recordaba por haber sido la Secretaría de Estado. En los años sesenta, poco después de la independencia, el primer ministro y otros ministros de importancia habían tenido allí sus despachos. El

edificio estaba a punto de derrumbarse y las chabolas de adobe y paja habían ocupado lo que fueron en tiempos aparcamientos. Jeebleh se relajó al ver que la gente se comportaba con normalidad, que los niños jugaban, que las mujeres se ajetreaban ante los braseros, cocinaban o lavaban.

—¿Esto es El Refugio? —preguntó.

Dajaal negó con un gesto.

—Entonces, ¿qué es?

Dajaal llamó a voces a un hombre, que salió corriendo por una puerta lateral. Le fue presentado, era el vigilante diurno, y Jeebleh se enteró de que lo acompañaría a la vivienda en la que Bile lo esperaba.



Jeebleh dio un par de pasos tras el vigilante diurno que lo acompañó a la vivienda de Bile, sereno al ver la luz del sol en la calva del anciano. Iba casi a la par del hombre, tratando de estar atento a todos sus movimientos, pues contaba con que tendría que volver sin guía.

Se encontraban en un pasillo estrecho, con una puerta cerrada a la izquierda y otra entreabierta a la derecha. El vigilante diurno lo condujo hasta pasar una cancela de metal y bajar por una escalera destartada. Pasaron por delante de un hueco enorme que tal vez en otro tiempo albergase un ascensor: quién sabe, pensó Jeebleh con un estremecimiento, acaso los cadáveres fueron arrojados por el hueco. Se preguntó dónde estaban, qué clase de sótano era aquél, próximo a un edificio que había sido un anexo de un ministerio. Le descorazonó ver agua filtrándose por todas partes. Apenas llegó a la conclusión de que el edificio no podía estar habitado cuando le llegaron las voces lejanas de unos niños y el olor de unas cebollas al freírse. Aliviado en parte, siguió al guardia, que dio otra docena de pasos agotadores hasta salir los dos del edificio. Subieron entonces por una escalera repleta de salamanquesas, pasaron por delante de una tapia medio demolida, infestada de cucarachas, por delante de una puerta tapiada, por delante de una ventana que sólo tenía medio cristal, y atravesaron salas cavernosas, sin puertas. A Jeebleh lo deprimió presenciar tamaña destrucción, así como el hecho de que todo lo que los saqueadores no quisieron destruir terminase destruido por sí mismo.

Pronto volvieron a salir y pasaron bajo un arco y entraron en un patio espacioso, con una cocina común en la que cocinaban las mujeres, junto a la cual los retretes, de puertas desvencijadas, rotas las bisagras, despedían un olor hediondo. El lugar estaba lleno de niños que jugaban como cachorros después de haber comido. La furtiva mirada que lanzó Jeebleh se detuvo en el guardia, que se comportaba con la deferencia de un hombre del pueblo llano ante la realeza, con las rodillas ligeramente dobladas, como en una reverencia, y con una sonrisa infalible, radiante. Por eso dedujo Jeebleh que se encontraban en el piso de Bile.

El patio abierto, immaculado, ostentaba una pared pintada recientemente y las ventanas parecían en buen estado: había una X en alguno de los vidrios, prueba de que eran nuevos. Continuaron hacia una puerta de metal y el guardia tocó un timbre. Mientras esperaban respuesta, Jeebleh leyó un verso escrito en caracteres celtas sobre una placa, colgada del dintel de la puerta: «¡Líbrame de homicidios, oh, Dios, Dios de mi salvación!». Estaba sopesando su significado, si estaba tomado de la Biblia o de alguna otra escritura, y se preguntaba quién podría haberla puesto ahí, cuando la puerta se abrió.

Bile se encontraba en el umbral, ataviado con una sonrisa de bienvenida, los brazos abiertos y en alto, adelantándose al momento de rodear a Jeebleh con ellos. Los dos amigos se abrazaron con gran calidez.

Con su más de metro ochenta de estatura, Bile le sacaba una cabeza a Jeebleh, si bien Jeebleh era mucho más robusto. Reprimidas las lágrimas del alborozo, la emoción de su reencuentro pareció pasajera y controlada cuando cada uno de los dos recordó cómo había visto al otro en muchos de sus sueños. En los sueños de Jeebleh, la llegada de Bile muchas veces venía precedida por el calmo zumbido de una abeja afanosa, que sin duda construía un cosmos de armonía, una abeja que no habría conocido un solo instante de pereza, generosa, amorosa, amable con todos. La llegada de Jeebleh, en los sueños de Bile, venía anunciada por el relinchar de un potrillo al soltarse y, cuando Jeebleh acudía a despedirse, el caballo dejaba su lugar a un águila que volase hacia las márgenes más distantes de los cielos.

—Qué maravilla verte de nuevo —dijo Jeebleh.

Bile tenía la fortuna de lucir una piel lozana, de un matiz rojizo, que a su amigo recordó una madera clara, pero tratada de manera que asumiese el tinte más oscuro de la caoba. Llevaba vaqueros, una camiseta y unas sandalias de estilo indio, estaba más flaco de lo que Jeebleh recordaba e iba ligeramente encorvado, a resultas tal vez de haber envejecido en el confinamiento de una celda, en la cárcel. Por lo demás parecía en buena forma, luminosa la mirada, con la más afable de las sonrisas. Cuando volvieron a abrazarse, aún con más afecto, la calva de Jeebleh rozó ásperamente la barba de Bile, barba de un día o dos.

Aunque visiblemente feliz de reunirse con su amigo, Bile tenía la expresión de un hombre que acabara de salir de una larga noche de pena negra: un instante fruncía el ceño, otro sonreía, podría haber padecido un trastorno estomacal. Sus pensamientos aportaban su propio subtexto, provocando en Jeebleh un estremecimiento cuando Bile quebró el silencio recitando el verso del dintel de la puerta en voz atronadora:

—¡Líbrame de homicidios, oh, Dios, Dios de mi salvación!

Tomaron conciencia del vigilante, que aún seguía en la puerta abierta, acaso avergonzado, esperando quizá su *baksheesh* y unas palabras de agradecimiento antes de marchar. Bile sacó un fajo de billetes y se lo dio al hombre. Cuando se fue, Bile cerró de un portazo y se volvió hacia Jeebleh, listo a dar a su ociosidad una finalidad de provecho.

—¿Te apetece un café? —preguntó.

—¡Sí, por favor!

Jeebleh estaba junto a una ventana con las cortinas medio echadas y Bile se había alejado de ella, con la actitud cautelosa de alguien que espiera lo que sucedía fuera sin que se le llegara a ver. Era tanta la alegría de ambos que de vez en cuando seguían

hablando del placer de estar juntos de nuevo.

—¡Cuánto me alegro de verte! —dijo Bile por enésima vez.

Mientras Jeebleh estudiaba el panorama exterior mirando por la ventana, la devastación y las feas chabolas, recordó su infancia y la de Bile: cómo cada cual tenía sus puntos fuertes donde el otro los tenía flacos. Jeebleh tendía a ser obsesivo en la consecución de sus objetivos. Bile era más ágil y más listo, se le daba bien cualquier cosa que decidiera emprender. Era un atleta excelente, que además ganó premios y medallas en ciencias y arte. No se le daba bien, en cambio, la toma de decisiones. Y le faltaban arrestos para decir a las claras lo que pensaba, aplazando siempre el día en que pudiera hacer frente al acoso diario que le había impuesto Caloosha. Aunque Bile y Jeebleh no eran parientes, ni consanguíneos ni políticos, se criaron en el mismo hogar y pusieron los cimientos de su intimidad en lo que ambos llamaban «una tierra que sea sólo nuestra». Según la visión de las cosas que tenía Jeebleh, no había lugar para los torturadores. Según los planteamientos de Bile, la vida guardaba feos sorpresas para quienes fuesen feos de corazón y de ánimo cruel. Desesperado por lograr que pasara a la acción, a Jeebleh le habría gustado que Bile se defendiera de palabra y obra. Una y otra vez, no sólo rehusaba Bile la sugerencia de plantar cara a su medio hermano sino que también disuadía a su amigo de enfrentarse con Caloosha, aun cuando hubieran resuelto en privado vengarse por medio de la violencia. De ese modo jamás hubo opción a una tregua y muchos predijeron que su conflicto con Caloosha habría de prolongarse hasta la muerte.

Por la ventana, Jeebleh reparó en un montón de tierra, en lo alto del cual había unas piedras.

—¿Qué es eso de ahí abajo? —preguntó.

—La tumba de un niño.

—¿Una tumba en medio de la ciudad?

—A veces, a la gente le da tanto miedo ir a los cementerios que recurren a enterrar a sus hijos ahí mismo, en tumbas que improvisan en sus propios barrios.

—¿Quiénes son las personas que se resguardan en el edificio?

—Son algunos de los desplazados —dijo Bile— que han venido aquí debido a los combates que hay en las regiones del país en que habitan. Llegan en abundancia siempre que hay confrontaciones entre las milicias armadas.

—Entonces, ¿esto es El Refugio?

—No —dijo—. El Refugio está cerca, a pocos minutos a pie desde aquí. Tiene su propio recinto, su propio personal. Los desplazados que viven aquí son una ampliación de El Refugio, en el sentido de que les proporcionamos alimentos, hemos montado una escuela para ellos y nos ocupamos de su salud cuando surge la necesidad, pero los llamamos «los turistas», porque sus visitas suelen ser breves. Cuando remite el conflicto, la mayoría regresa a sus lugares de origen, a sus casas, a sus propiedades.

Al sentarse, Jeebleh se preguntó si podría acostumbrarse a la vida esquizoide en

que se había convertido para Bile la existencia: vivía con un relativo desahogo físico, aunque tratando continuamente con la pobreza más penosa, con una pena descorazonadora. Él no estaría en paz con su propia conciencia si viviera con toda comodidad y tan cerca de tanta miseria cotidiana.

La mirada inquieta de Jeebleh se posó en otra cita enmarcada, colgada en la pared, una inscripción rúnica que decía: «El sol se tornará tinieblas y la luna se hará de sangre».

—Entonces, ¿de quién es esta vivienda?

—Todo lo que aquí ves lo ha hecho Seamus —contestó Bile—. Es Seamus quien ha clavado cada clavo y quien ha copiado la inscripción de la entrada y el versículo que hay en la pared.

—No tenía ni idea de que estuviera aquí —exclamó Jeebleh con verdadera felicidad—. ¿Dónde está?

—Se ha marchado, pero volverá dentro de unos días.

—Entonces, ¿podré verlo?

—Eso espero.

—¡Qué maravilla! —Jeebleh miró alrededor con ojos más críticos—. ¿Y es Seamus quien ha construido todo esto? No sabía que fuera un artista tan consumado.

—Decidimos Seamus y yo crear aquí un oasis de comodidad. Técnicamente la vivienda es suya, pero la compartimos ocasionalmente, y Raasta y Makka tienen una habitación en la que jugar y en la que se quedan a dormir a veces.

Al mencionar los nombres de las niñas, Jeebleh vio que una sombra de pena cubría el semblante de Bile. Y además habló de ellas en presente.

—¿Está con una ONG irlandesa o algo así?

—Está aquí para ayudarme.

—Es muy abnegado por su parte.

—Dirigir El Refugio y el hospital son mis principales ocupaciones —dijo Bile— y Seamus se encarga de que ambos funcionen a pedir de boca. Es muy puntilloso, muy capaz de asegurar cuánto hemos gastado en tal o cual partida, cuánto dinero nos queda en caja, cuánto vamos a tener que conseguir. Viaja mucho entre Mogadiscio y Dublín, donde tiene a una madre impedida, obligada a guardar cama. Pero cuando está aquí, y aquí pasa mucho tiempo, se ocupa de los asuntos diarios y de la exigente correspondencia de El Refugio. Yo me ocupo de las ideas principales, pero él atiende muy bien las necesidades básicas. Es nuestro carpintero, cuando lo necesitamos, nuestro decorador de interiores, nuestro masajista, nuestro enfermero y nuestro asesor en general en asuntos misteriosos. Es muy servicial, lo recordarás de nuestros tiempos en Padua. Cuando se estropea algo mecánico es él quien lo arregla. A mí las cosas técnicas no se me dan bien. Ni siquiera sé cambiar un fusible. Él es el hombre al que recurrimos cuando se estropea una bisagra, no tenemos una gotera en el techo del hospital. Está allí a todas horas y jamás se queja. En resumidas cuentas, es un regalo de la providencia. Cuando regrese, comprará piezas de recambio para el

generador del hospital, que se nos ha estropeado. El joven vigilante nocturno lo encendió sin comprobar si tenía combustible suficiente.

Mientras Bile hablaba, Jeebleh reparó en que tenía una dentadura espantosa. Desde su llegada, a Jeebleh le obsesionaban los dientes. Se sorprendió por pensar en las dentaduras muy a menudo y en lo deteriorada que la tenían muchos de los jóvenes que había conocido. Verle a Bile la dentadura le destrozó el corazón, sobre todo porque parecía gozar por lo demás de buena salud.

Al darse cuenta Jeebleh de que Bile se había callado, se sintió avergonzado, culpable.

—Espero que Seamus llegue antes de irme yo —dijo.

—¡Si acabas de llegar! —dijo Bile—. No me dirás que ya estás pensando en marcharte... ¿Qué pasa —añadió en broma con la gente de Europa y Norteamérica? Siempre de un lado a otro, siempre a toda velocidad.

—Tal vez tenga que marcharme con prisa —dijo Jeebleh.

—¿Y eso a qué se debe?

Jeebleh no quiso andarse con secretos, pero tampoco quiso hablar de lo que se proponía hacer. Necesitaba tiempo para averiguar algo más sobre Raasta y considerar cómo podía ayudar él para rescatarla y pensar asimismo qué hacer con Caloosha y a quién recurrir para ocuparse de él, en caso de que finalmente fuera eso lo acordado entre Bile y él. Entendió que Bile pareciera ofenderse o quedar desconcertado.

—Ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido —aclaró.

Bile miró de reojo el reloj. Jeebleh se sintió tan incómodo que engulló el aire seco, atragantándose por poco.

Bile se preguntó si los años de separación entre ellos y la mala sangre que pudo haberles llevado a distanciarse el uno del otro no los habrían dotado de una memoria alternativa, con lo que tal vez tuvieran dificultades en seguir siendo tan buenos amigos como habían sido. Tal vez fuese más aconsejable no hablar del pasado o de lo que había hecho cada uno desde entonces. Para eso no había tiempo, y menos ese día, porque Bile tenía que atender en el hospital.

—¿Qué tal ha ido de momento tu visita? —le preguntó.

Jeebleh se sintió inquieto como un potrillo. Se apartó de la ventana y posó la mano sin darse cuenta sobre el bolsillo de la camisa, donde llevaba su pasaporte y dinero en metálico. Parecía ansioso por arrancarse del pecho algo que lo había trastornado desde hacía décadas, desde que se marchó del país. En vez de responder a Bile, prefirió sorprender a su amigo:

—¿Qué relación tienes con Caloosha? ¿Lo ves a menudo? Cuéntame cómo es el trato.

Bile no dijo nada. Tal vez quisiera, a su manera, recalcar que tenían los dos a Caloosha en consideración muy distinta, lo cual explicaría por qué hasta ese momento no había hecho nada relacionado con él.

—¿Lo ves alguna vez? —insistió Jeebleh.

—Ésta es una ciudad dividida y lo descubrirás cuando lleves aquí unos días. Verás que rara vez te encuentras con nadie —contestó Bile—. Permanecemos confinados en la parte de la ciudad en que vivimos y, en la medida de lo posible, tratamos de evitar el contacto con otros.

—¿A qué se dedica?

—Es asesor del Cacique del Norte en materia de seguridad.

—¿Tiene sus propios guardaespaldas?

—Desde luego.

Bile comprobó que Jeebleh estaba al parecer resuelto a ocuparse de Caloosha, al margen de lo que eso quisiera decir. Sólo que Bile no estaba preparado para lanzarse a mares inexplorados. Entendió entonces por qué había dicho Jeebleh que tal vez tuviera que marcharse de prisa. ¿Tal vez cuando completase su misión?

—Tendremos que hablar más de todo esto —dijo Bile, y de nuevo consultó el reloj al parecer para indicar a Jeebleh que en esos momentos no disponían de tiempo. Y repitió la misma pregunta—: ¿Qué tal ha ido de momento tu visita? Tengo curiosidad.

—Nadie hace un comentario favorable sobre nadie.

—Las guerras civiles sacan lo peor que llevamos dentro —dijo Bile—. Es terrible la amargura que se palpa por todas partes, todo el mundo anda ajetreado calumniando a todo el mundo, todos tienen su letanía de quejas. Te dirán que ése es un ladrón, que el otro es un asesino y el de más allá un saqueador. Es triste, pero nadie se toma la molestia de aportar ni siquiera una prueba que respalde tantas acusaciones, por endeble que sea.

El comentario sobre los robos y los saqueos recordó a Jeebleh su pasaporte y todo el dinero en metálico que llevaba encima.

—¿Tienes una caja fuerte? —preguntó.

—Sí, desde luego. ¿Por qué?

—Me gustaría guardar lo que llevo de valor encima.

Bile señaló vagamente una alfombra y explicó que debajo estaba la caja fuerte, construida por Seamus con acero reforzado, con un cierre digital.

Jeebleh sacó la cartera con el pasaporte y el dinero. Bile se puso en pie en el acto y entre los dos cambiaron de sitio las sillas y enrollaron la alfombra y levantaron uno de los tablones de la tarima.

—Una genialidad de nuestro buen Seamus —dijo Jeebleh emocionado—. Gran parte de mi vida —dijo cuando hubo guardado sus pertenencias—, cuando la repaso, me parece un sueño a medias recordado. Pero recuerdo algunos episodios con claridad. Me acuerdo de nuestras madres, de Caloosha y de lo que nos hizo, me acuerdo de Seamus, por descontado, y de nosotros tres en Italia —la sonrisa de Jeebleh era apacible como la superficie del agua en la estela de una cría de cisne—. ¿Te sigues acordando de Plotino? —recitó en voz grave—: «Nunca llega el ojo a ver el sol si antes no se torna como el sol mismo».

—Dicho de otro modo —Bile interpretó la sabiduría del filósofo en voz alta, como si lo hiciera para su propia edificación—, un artista que represente una imagen no podrá presumir de ser artista a menos que antes sea capaz de convertirse en la figura misma que va a representar. Del mismo modo, un hombre de imagen radical, que ha pasado años en la cárcel por razones políticas, ha de actuar de frente y sin temer las consecuencias.

La mirada Jeebleh se sumió en la oscuridad ensombrecida de un búho que al ulular difundiera un mensaje nefasto. ¿Fue porque Bile había desencadenado como si tal cosa la nostalgia italiana de Jeebleh, de pronto en Mogadiscio?

—¿Qué novedades recientes hay de Raasta? —preguntó.

Bile se incorporó tan deprisa que se le cayó la taza, derramando los posos del café. Los dos se pusieron a limpiar con torpes movimientos, Jeebleh de rodillas, secando la mesa baja y después el suelo con un paño.

—Poco más que lo aparecido en la prensa —dijo Bile, y se detuvo a pensar—. Estamos siguiendo algunas pistas.

—¿Por el momento no se les ha hecho daño a ninguna de las niñas?

—Eso no tenemos forma de saberlo.

—¿Cómo se lo está tomando Shanta?

—Siempre es mucho más duro para una madre —dijo Bile—. Shanta suele irse de excursión a la tierra de los dementes —volvió a callar antes de seguir—: Para ella ha sido durísimo.

—¿No se sabe nada del paradero de Faahiye?

—Tengo entendido que se ha ido a Mombasa.

—Me gustaría ver a Shanta.

—Y la verás —dijo Bile con un hilillo de voz.

Fue como si un corazón sanado se acabase de partir. Con los labios cerrados, Bile contuvo la respiración a fin de sofocar sus emociones.

Sonó un teléfono y fue a coger la llamada al estudio.

Esperando en la vivienda a que regresara Bile, Jeebleh se entretuvo con recuerdos que databan de antes de que su amigo y él se separasen. Bile en aquellos tiempos se consideraba un espíritu afín a Plotino, el filósofo de la Antigüedad, nacido en lo que hoy es Asiut en torno al año 205 después de Cristo. Hombre de principios, trabajador, austero en su forma de vivir y en el manejo de sus asuntos personales, se dice que siempre estuvo en contacto tanto con la espiritualidad como con el lado material de la vida. Hombre de paz, arbitró en las disputas de las comunidades en guerra y logró el acercamiento sin alienar a ninguno de los dos bandos. También dirigió una casa de caridad, parte de la cual estaba llena de huérfanos de corta edad, mientras la otra parte la reservaba a las viudas desoladas. Jeebleh recordó que, después de que un libro, *Vida de Plotino*, llegara de contrabando a la celda de Bile, en la cárcel, y lo

sorprendieran leyéndolo, se le impuso un duro castigo. Bile volvió del estudio. Parecía hallarse bien tras la llamada de teléfono, aunque Jeebleh percibió que el mundo en que se hallaban estaba renqueante, enfermo.

—¿Hasta qué punto conoces a Af-Laawe? —preguntó Jeebleh.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Cuál es su historia?

—Ya conoces el proverbio: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Caloosha es su vínculo más próximo —Bile cerró el puño con fuerza, introduciendo el pulgar entre el índice y el corazón, a la manera vulgar en que los italianos manifiestan desprecio ante algo.

—¿Es un farsante? —preguntó Jeebleh.

—Se dice que falta dinero de las arcas de la ONU.

—¿Y ese sobrenombre, «Marabú»? ¿Sólo por su negocio de la funeraria?

—Nadie diría que llegaste ayer mismo —Bile sonrió como un hombre que no conociera la tristeza. Siguió tras una pausa—: Muchos dicen que es un tipo frío y un artista del fraude. ¡Así que ve con cuidado, amigo!

—¿Alguna idea de lo que se hecho del dinero robado?

—No, ni idea.

—¿Y esa ONG que tiene, «Funerales distintos»?

—Dice que se dedica a enterrar gratis los cadáveres que nadie reclama, dedicando oraciones por el alma del difunto —dijo Bile—, pero hay facetas más siniestras en sus actividades. Shanta te podrá contar más que yo.

Volvió a sonar el teléfono, pero esa vez Bile prefirió no contestar.

Sin hacer caso del teléfono —quien llamase no había utilizado el código—, Bile sirvió más café. La memoria de la tristeza encharcó sus cuerdas vocales al hablar.

—Por favor, acepta mi tardía condolencia por la muerte de tu madre. Para mí era como una madre, la echo de menos.

—Tal vez la muerte fuese amable con ella, al llegar cuando llegó.

—Por desgracia, dependía completamente de Caloosha y de su asistenta —dijo Bile— y, según tengo entendido, se portaron horriblemente con ella. Caloosha la había engañado, la llevó a creer su versión de los acontecimientos.

—Las cartas que yo le escribía me las devolvían sin abrir.

—No me extrañaría nada que Caloosha...

—¿Tú sabrías localizar a la asistenta de mi madre?

—Podemos preguntar por ahí —dijo Bile—. Es posible que Shanta...

—¿Y sabrá ella dónde está su tumba?

—Lo dudo, pero ya preguntaremos —dijo Bile—. Shanta no se encuentra en condiciones de pensar en nada ni en nadie desde la desaparición de Raasta, pero seguro que con su ayuda y la de Dajaal podremos localizar a la asistenta de tu madre



y luego su tumba.

—Lo agradecería.

Jeebleh reparó en unas plantas de interior entre las que una mantis, cómoda con su camuflaje, se disponía a tender una emboscada a otro insecto: se balanceaba con la cabeza bien alta, extendidas las patas delanteras, de aspecto frágil, el cuerpo delicado y elegante en su equilibrio. A pesar de su postura devota, la mantis era un depredador, siempre al ataque. Jeebleh la observó en silencio, fascinado, acordándose de la visita del camaleón a su habitación del hotel. La mantis se tomó su tiempo al acecho, lenta como un sádico en su intención de atormentar a su víctima. Jeebleh no pudo evitar la comparación del ritual de una mantis a la espera, preparada para atacar, con el *modus operandi* de un hombre enemigo bajo la apariencia de ser un amigo atento y preocupado. Actuaría como la mantis, a la espera, sigiloso, hasta ser capaz de librar a la sociedad de una alimaña como Caloosha, un cáncer en el alma de sus años de cárcel y exilio.

Una mosca se posó en la frente de Bile: cuando la espantó se dirigió volando a Jeebleh, titubeando ante sus ojos y su nariz durante unos segundos, antes de posársele en la mejilla. Al desagradarle el ruido de la mosca, la mantis desapareció hasta esconderse.

Sonaron a la vez los tres teléfonos y siguieron sonando, pero Bile no parecía dispuesto a contestar, no de inmediato.

—Me gustaría que te instalaras aquí con nosotros —dijo—. Hay sitio para ti. Ya he preparado la habitación de Raasta.

—¿La de Raasta?

Bile se puso tan pálido que cualquiera diría que acababa de oír pasos sobre su propia tumba. La tristeza de su expresión fue como un imán con la luz del sol y Jeebleh observó las motas de polvo que flotaban, recién agitadas por la mosca incansable.

Bile fue a contestar un teléfono que seguía sonando y, cuando volvió, parecía agitado. Habló con Dajaal por el móvil, sugiriendo que fuese a recoger a Jeebleh para llevarlo al hotel.

—Tenemos una emergencia —dijo a Jeebleh.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Ahora debo ir al hospital sin pérdida de tiempo. Por favor, arregla las cosas con Dajaal para que pase a recogerte cuando quieras —dijo Bile—. Hoy mismo, más tarde, mañana o, como mucho, pasado mañana.

En menos de diez minutos Dajaal se encontraba en la puerta de la vivienda, listo para llevar a Jeebleh al hotel. Tanto Jeebleh como Bile eran conscientes de que quedaba mucho por decirse y también sabían que el tiempo estaba de su parte.

Se dieron un caluroso abrazo antes de despedirse.

En un sueño, la noche anterior, Jeebleh sabía dónde retenían los secuestradores a Raasta y a su amiguita: en una choza de barro con vistas a la tierra de nadie, entre los territorios de ambos caciques. Se encontraba en inferioridad de condiciones al no tener un medio de transporte propio, sin nadie que lo llevase de vuelta a donde se alojaba, una cabaña en la playa. Tampoco tenía un guardaespaldas que lo protegiera de un posible ataque. El desplazamiento era realmente difícil.

Se encontraba en la antesala de la cabaña de la playa, donde una mujer de nombre desconocido, a la que no había visto la cara, yacía en una esterilla gritando como una loca y a veces murmurando el nombre del hombre a quien dirigía sus súplicas. A Jeebleh le sonó a «Caloosha». Otra mujer, con uniforme de enfermera, sujetaba a la mujer desquiciada y le hablaba en el tono de superioridad que a veces emplea el personal médico cuando ha de contener los desatinos de un paciente escandaloso. En el sueño no estaba claro si la mujer que gritaba había intentado suicidarse. Cuando quiso averiguar cuál era la historia de la mujer y por qué llevaba las muñecas vendadas, un hombre armado, vestido con andrajos, le cerró a él la boca, amordazándolo y casi asfixiándolo. Después, tras librarse de la mordaza, trató de zafarse de su atacante, de dientes enormes, afilados. Se llevó una patada en la entrepierna por intentar darse a la fuga y cayó vencido de espaldas, desmadejado, gimoteando. Fue tanto el dolor que no pudo ponerse en pie y se orinó encima.

Despierto, Jeebleh entendió que, pese a ser descabalado y carente de claridad, en el sueño había vivido momentos muy detallados. Se acordó de la mujer que suplicaba algo a «Caloosha» aun cuando no hubiera ni rastro del hombre en el sueño. Basándose en lo soñado pensó que debía ir en busca de Caloosha y solicitarle ayuda. Tal vez pudiera interceder con los secuestradores.

Sin embargo, unas cuantas cosas en el sueño despertaron señales de alarma que lo preocuparon y lo asustaron. Había aparecido un hombre con el cometido de ser su guía. De los ojos le salían hilachas de humo y tenía entre los dedos varios cigarrillos encendidos. El hombre, un enano, necesitaba resolver las dificultades diarias y caminaba con unos zancos. Se dedicaba a cantar alabanzas y afirmó que se le había encargado la composición de un panegírico para el jefe de los bajos fondos de Mogadiscio, «el fuego de cuyo genio era incomparable y no tenía equivalente en ninguna parte». Por desgracia, Jeebleh no recordaba ninguno de los versos, porque el hombre cuya voz le recordó a la de Af-Laawe tenía un extraño acento, hablaba con sintaxis embarullada, su dicción carecía de finura y sus metáforas eran un

batiburrillo.

También había pistoleros en el sueño, que se complacían en demostrar su excelente puntería: acertaban letalmente en las dianas sin sudar ni una sola gota. Uno de ellos tenía una boca de bebé de la que salían pompas. En el centro del cuadro se hallaba una niña pequeña a la que una amiga le hacía trenzas en el pelo.

A pesar de sus aprensiones, el sueño dejó en Jeebleh una sensación de optimismo y se levantó de la cama convencido de que Caloosha poseía la clave de la desaparición de las niñas y que o él o uno de sus socios, seguramente Af-Laawe, sabían dónde estaban retenidas Raasta y Makka. Era muy probable que Caloosha hubiera prestado gran ayuda a los secuestradores. En un momento de euforia, Jeebleh llegó a creer que lograría rescatar a las dos niñas de las garras de sus captores. Pero antes tenía que conseguir audiencia con Caloosha. Actuaría con humildad, reconocería abiertamente el poder que Caloosha ejercía sobre él. Para armarse de valor, Jeebleh recitó un par de versos de un poema en somalí, en el que un hombre débil, que urde una conjura para matar a otro mucho más fuerte, se prosterna ante su víctima, fingiendo ser amigo, no una amenaza, pero cuando se presenta la posibilidad de abatirlo, lo hace. Jeebleh iba a hacer lo sugerido por el poeta y aguardaría emboscado hasta que las niñas fuesen libertadas.

Afeitado y duchado, tomó la hoja de papel pautado en la que le había dibujado Dajaal un mapa con las indicaciones para llegar a la residencia de Caloosha. Alisando la hoja arrugada, trazó la ruta con el dedo índice, memorizando la secuencia de desvíos que debía tomar. Estuvo seguro de que la encontraría con facilidad, sin problema. Bajó y pasó por la recepción, insólitamente silenciosa, a tomarse un café. Avanzó tan despacio como un camaleón cuesta arriba.

Mientras Jeebleh esperaba su café, el día parecía tener los ojos tan ensombrecidos como un elefante joven que llorase la muerte de su familia. El sol brillaba con toda competencia, atravesando los rayos una gruesa capa de polvo. Se sentó de cara a la zona abierta en la que el día anterior se habían congregado los buitres. Ese día no había ni uno solo. Había una perra alsaciana que parecía preñada y un cuervo de aire solitario, meditabundo y quieto durante gran parte del tiempo. Buscar a su torturador era en realidad lo último que Jeebleh deseaba. La decisión de visitar a Caloosha no era un acto de valentía, más bien iba en contra de todo lo que Jeebleh creía y defendía, pero el sueño había reforzado su confianza en que era la decisión correcta. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a que Raasta y Makka recobrasen la libertad, incluso a costa de sentirse humillado por un bufón. Luego ya pensaría en la manera de tomarse la venganza con Caloosha, tal vez con ayuda de Dajaal, con el que tenía la intención de hablar.

Hijo único, Jeebleh se había criado con una mujer fuerte dotada de una determinación de hierro. Su padre se dio a la mala vida: vendió la casa de la familia y

las tierras heredadas de su propia familia para saldar deudas de juego. Tras el divorcio, la madre de Jeebleh asumió que su misión en la vida consistía en garantizar que su hijo creciese y madurase para ser muy distinto de su padre. Le grabó en la memoria que era una persona única, diciéndole repetidas veces que podía lograr todo lo que se propusiera.

No era dueña más que de una choza de ladrillo y barro de una sola estancia, un establo con dos vacas y un ternero amarrados a los postes clavados en tierra, una letrina en el exterior y la esperanza inquebrantable de que su hijo alcanzaría el éxito en el futuro. Y aunque lo quería con locura, siempre fue firme con él. A los seis meses del divorcio tomó prestados unos cientos de chelines de una amiga y puso en marcha un puesto en el que vendía tomates, cebollas y cerillas, todo ello sobre una caja de cartón. Día tras día se sentaba en la misma esterilla sobre la que de noche dormía con su hijo.

Una mañana, a los dos años de montar el puesto de *warato*, conoció a una comadrona que vivía en el mismo barrio. Las dos se pusieron a hablar y cerraron un contrato del que ambas podrían beneficiarse. La comadrona llevaba horarios irregulares debido a su vocación y pasaba fuera de casa a veces varios días seguidos, con sus noches. Luego disponía de unos cuantos días libres. La madre de Jeebleh accedió a cuidar de los dos hijos de la comadrona, Caloosha y Bile, a cambio de un salario mensual. El mayor de los dos estaba en el colegio hasta primera hora de la tarde, mientras el pequeño, más o menos de la edad de Jeebleh, aún no había empezado los estudios.

Con los ojos luminosos, activo, Bile era un niño tan adorable como detestable era Caloosha, su hermano mayor. Caloosha había venido al mundo de nalgas y poco faltó para que matase a su madre en el parto. Los dos pequeños se llevaban sumamente bien y a la comadrona le agradó que su hijo tuviera un aliado en Jeebleh, quien ayudó a disuadir a Caloosha de que abusara de su hermano menor. Jeebleh se educó de manera que pudiera defenderse por sí solo e intentó enseñarle los trucos a Bile, pero no lo logró.

La comadrona pagaba la comida y los gastos de la casa y la madre de Jeebleh impedía en la medida de lo posible que Caloosha cometiese maldades y tropelías, al tiempo que protegía a su hijo y a Bile de los abusos. Criados como hermanos en la casa que llevaba con eficacia la madre de Jeebleh y con el dinero de la madre de Bile, los dos chicos se hicieron muy amigos.

El mundo en el que Jeebleh y Caloosha iban a encontrarse ese día, caso de que llegaran a verse las caras, era completamente distinto del mundo en el que se encontraron de niños y también era distinto del mundo en el que Jeebleh fue preso político y Caloosha su carcelero.

El joven que llegó con el café que había pedido Jeebleh también le llevó un mensaje: al parecer, algunos miembros del mismo clan que Jeebleh estaban a la entrada del hotel, esperando que se les permitiera entrar. El hombre que estaba de

vigilante en la puerta, explicó el joven, deseaba saber si Jeebleh estaba dispuesto o no a recibirles. Al preguntar cuántos eran, Jeebleh se enteró de que eran media docena, todos deseosos de hablar con él de «cosas de familia».

Jeebleh dijo al joven que deseaba tomarse el café en paz. De hecho, tenía otras cosas en la cabeza y no tenía ganas de charlar con un grupo de ancianos que con toda probabilidad sólo iban a causar en su vida nuevas complicaciones por asuntos de clanes. Se terminó el café y salió por la puerta de atrás.

Con el tosco mapa para llegar a la residencia de Caloosha en la mano, Jeebleh caminó a buen paso, con los andares ligeros de quien sabe a dónde va. Podría haber sido un ladrón que huyese de un gentío irritado que llegaba para apresarlos. Quería alejarse de lo relacionado con su clan, eso era todo.

Recordó que su madre había hecho todo lo posible para asegurarse de que ni ella ni su único hijo tuvieran nada que ver con todo lo relacionado con el clan.

Cuando era una mujer aún joven, fue dada en matrimonio a un jugador que no tenía honor ninguno, sólo porque pagó con una docena de vacas y un burro a su familia. Su esperanza era criar a su hijo de forma progresista, darle una buena educación y hacerle creer en su propia valía. Poco después de firmar su contrato con la comadrona, se compró una máquina de coser, una Singer, y de entrada se dedicó a fabricar ella la ropa de los dos, de su hijo y suya, de los otros dos chicos y de su madre también. A su hijo le pusieron por apodo «Jeebleh», «el de los bolsillos», porque en sus camisas y pantalones siempre llevaba unos bolsillos enormes.

Fue en un día como ése, cuando personas que dijeron ser miembros de su clan fueron a verlos para que se les recibiera por ser parientes de sangre, cuando apreció lo que los dos inveterados solitarios habían creado.

Los del clan, sin duda, fueron a recordarle sus responsabilidades consanguíneas. Se acordó de las muchas veces en que su madre le había advertido de tales oportunistas que se presentarían ante su puerta para pedir limosna en cuanto a él le fuesen bien las cosas: los mismos hombres y mujeres que desaparecerían cuando estuviera él necesitado. También le avisó de que tuviera cuidado con Caloosha, cuyo comportamiento cruel era una amenaza que pesaba sobre la existencia de la familia que ella y la comadrona habían sostenido con tanto esmero. «Es mejor que vayas por tu cuenta —le decía—, no por cuenta de otros. Y ten cuidado con los de tu clan. Con el tiempo serán tus peores enemigos y es probable que quieran apuñalarte a plena luz del día si decides no tener relaciones con ellos».

Caminó con paso firme, acelerándosele el corazón a medida que avanzaba. No tenían autoridad los sueños si los sucesos del día no transcurrían a la par, decidió. Se dijo que estaba medio enfermo y se deseó el éxito en lo que trataba de lograr, fuera lo que fuese.

Un momento de distracción le permitió reparar en una telaraña muy densa que

colgaba entre la espaciosa luz del sol de la mañana y un árbol, un mango cargado con la fruta de la estación. Mientras admiraba aquel espectáculo embrujador vio a un anciano con andrajos de colores, que devoraba con hambre un mango, con el deleite y la fruición de un niño. El viejo debía de tener en los dedos el dulzor de una colmena y un enjambre de avispas ansiosas descendió sobre él, posándose y revoloteando, pendientes de los movimientos de sus manos. Mirándolo más a fondo, el hombre reveló un espectáculo más perturbador: la mirada un tanto desenfocada. El hombre se lavó las manos con agua de una jarra, se las secó y se puso a hablar como hablan los dementes, con sabiduría.

Fue fascinante escuchar al anciano y contemplar cada uno de sus gestos teatrales, oír su voz de memorable barítono. Muy pronto se formó un grupo delante de él y los alrededores del árbol se llenaron de curiosos espectadores, entre ellos Jeebleh. El hombre hablaba sin parar, con un lenguaje tan descabalado que no todo lo que dijo tuvo mucho sentido para Jeebleh, pero no fue capaz de alejarse y siguió fascinado. El hombre se comportaba como los hipnotizadores, con plena confianza en lo que estaba haciendo, como si supiera bien cuáles eran sus puntos fuertes. Parecía estar diciendo que lo malo de las comunidades que se aíslan por sí solas es que eran «tan malsanas como una uña encarnada en el pie de un niño chico». Alrededor del mango, el gentío escuchaba con atención. De pronto, el hombre calló y miró con intensidad a Jeebleh, vencéndolo en el cruce de miradas. Una mujer que estaba cerca de Jeebleh alzó en brazos a su hijo desnudo para que pudiera ver lo que ella llamó «el espectáculo».

El viejo decía que un mendigo dado a los cambios espurios de humor tiene su peligro.

—Así que tened cuidado, mis hermanos y hermanas, con tales mendigos. Cuidado también con nuestros políticos, que piensan y se conducen como mendigos: un día actúan con normalidad y piden donativos a la comunidad internacional y al día siguiente matan a los extranjeros que vienen a ayudar. ¿Es que estáis locos? —preguntó a la gente, y nadie respondió—. ¿Estoy loco yo? —nadie dijo nada—. ¿Estáis locos o estáis cuerdos? Quiero que os dividáis en dos grupos, los locos a un lado, al otro los cuerdos.

Pero nadie dio ni un paso. El hombre repitió las instrucciones y nadie se movió. La gente parecía contrariada con su indiscreción, a pesar de lo cual nadie parecía dispuesto a cumplir su petición ni tampoco a desafiarle. Los murmullos de desaprobación empezaron a oírse, los rumores fueron en aumento, menudearon las conversaciones. Con todo, nadie se destacó, no se marchó nadie, nadie dijo estar cuerdo o loco: todos parecían hallarse mejor con la multitud.

El viejo cambió de táctica.

—¿Y si os pidiera que os dividiérais entre los que han asesinado y los que no? ¿Quieren ponerse a mi izquierda, por favor, los que hayan asesinado y a mi derecha, los que no han matado a nadie, no han violado a una mujer, no han saqueado propiedades ajenas?

Nadie le hizo caso, aunque la mirada de Jeebleh, curioso, se posó en un tipo con aire militar que había empezado a sudar copiosamente. El viejo ejecutó un bailecillo con una expresión de sorna en el semblante y movió las manos como si imitase a un buen bailarín que interpretase una pieza de Kathakali, el baile del teatro tradicional de India, con todo su dramatismo o al menos así se lo pareció a Jeebleh. El hombre tenía una figura impresionante, con los gestos estilizados, en movimientos enérgicos, de pronto amables, moviendo todo el cuerpo con obligada dedicación a un ritual, el dedo índice pegado a la nariz, la mirada endurecida, la bizquera desarmante. Aumentó el gentío. Llegaron más espectadores. En el último grupo en llegar había un percusionista que tocó el tambor para acompañar los cánticos del hombre.

Tras ver y oír lo suficiente, Jeebleh abandonó la zona. Lo siguió un hombre. Cuando redujo la marcha, Jeebleh se percató de que el hombre seguía sus pasos. Se volvió para hacer frente al hombre que lo seguía y lo miró fijamente, con una sonrisa ladina.

—¿Estás cuerdo o estás loco? ¿Eres un asesino? ¿Eres inocente de todos los crímenes?

—Hazme una pregunta seria y responderé —contestó el hombre con una mirada de hierro.

—¿No te parece que ésas son preguntas serias con los tiempos que corren?

Algo feroz tenía el hombre, algo zafio, como uno de esos tipos que salen en las películas. Se presentó por sí solo.

—Me llamo Kaahin —y tendió la mano a Jeebleh, que recordó su encuentro con Af-Laawe en el aeropuerto y resolvió no estrechársela.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Jeebleh.

—Quiero saber a qué grupo te habrías unido.

—Nunca he matado a nadie, ni he hecho daño a nadie —dijo Jeebleh.

—¡Eso lo dices tú!

—¿Y qué hay de ti? ¿A cuál te unirías?

—Al de los asesinos, claro —dijo Kaahin, y resopló.

Jeebleh vio que el hombre apartaba los ojos hacia dos hombres que estaban distanciados, fumando. Al igual que él, parecían militares, aunque ya mayores para formar parte de una fuerza de combate. Si ya no estaban en servicio activo, dedujo Jeebleh, serían asesores de las empresas de seguridad, acaso ayudantes de un señor de la guerra o guardaespaldas bien pagados por alguien importante o se dedicarían a proteger a los dignatarios extranjeros de visita en el país. Su actitud los delataba a todos.

—¿Dónde estás tú cuando se trata de los hermanos y la sangre? —dijo el hombre llamado Kaahin.

—¿Has oído hablar de Hesíodo? —contestó Jeebleh.

—¿Y ése quién es?

—Un poeta que vivió en el siglo VIII antes de Cristo —a Jeebleh no le agradó el

aire de desprecio que adoptó Kaahin, pero continuó como si no pudiera molestarle menos—. Hesíodo aconseja que uno se lleve a un testigo cuando se enzarce en una disputa con su hermano o con una de sus amistades íntimas por un asunto de la máxima importancia.

—A lo mejor podría ayudarte en algo, claro.

—¿De qué manera?

—Llevándote ante alguien a quien quieras ver.

—No te sigo.

—Me ofrezco a ponerme a tu servicio —dijo Kaahin.

—¿Qué harías por mí?

—Puedo acompañarte, ser tu testigo.

—¿Y a quién crees que voy a ver y para qué necesito un testigo? —Jeebleh echó a caminar, fingiendo no tener ni idea de lo que estaba diciendo el hombre.

—Te llevaré ante Caloosha —dijo Kaahin.

Uno de los militares abrió la marcha, el otro caminó detrás. Jeebleh tuvo la certeza de que varios más lo seguían desde lejos, aun cuando fuesen invisibles para él. Avanzaron hacia lo que, esperó, fuese la residencia de Caloosha.



Jeebleh entró en un cuarto de estar abarrotado de muebles y de inmediato percibió el movimiento siniestro de varias figuras y oyó que alguien corría o recorría las cortinas. Asimismo, no pudo precisar si los pasos que oyó en la escalera subían o bajaban con cautela.

En una esquina de la habitación un gato jugaba con una madeja de lana empujándola con tanta coquetería que a Jeebleh le embelesó lo acrobático de la actuación. En ese instante hizo Caloosha su entrada en escena. Para el momento en que Jeebleh reparó en su presencia, Caloosha ya se encontraba sentado en una silla singularmente colocada en alto. Reducido a un mero entremés, el gato aún estuvo jugando con la madeja unos momentos y perdió todo deleite. Al final salió de la habitación. Kaahin y sus hombres se diseminaron por la estancia, uno de ellos acercándose a donde estaba Jeebleh.

—¡Así que por fin estás aquí, mi perdido hermano menor! —dijo Caloosha.

Jeebleh a punto estuvo de aplaudir con sarcasmo, sabedor de que Caloosha había trabajado a fondo ese saludo ensayado: había enunciado la expresión «mi perdido hermano menor» para darle un tono cortante. Igual podría haber dicho: «A ver, ¿tú qué tienes que decir?». Saltaba a la vista que Caloosha estaba molesto, pero no así el porqué.

Jeebleh se tomó su tiempo, comparando el recuerdo que tenía de Caloosha cuando lo vio por última vez con el que tenía delante, en la silla elevada. Estaba ante un hombre de nariz más prominente que en su memoria, un hombre mucho más grueso, con una barriga tan abombada que se le derramaba por encima del cinto, sobre el regazo. Tenía el rostro abotargado, le escaseaba el cabello y lo tenía entrecano en las sienes. Fácilmente podría haber hecho una parodia de un Buda, sólo que carecía de sabiduría que impartir. Por desgracia, los años no habían dado una lección de humildad al fanfarrón.

—Me parece muy feo por tu parte venir a mi ciudad y alojarte en un hotel —dijo Caloosha con un temblor en la papada, como si le costase respirar—. Podrías haberte alojado aquí. Te lo digo a la cara, es un gesto muy feo, muy feo. Sí, así lo entiendo yo, no me queda más remedio, por eso te lo cuento.

Ya desde la infancia habían estado enfrentados y el recuerdo del modo en que Caloosha una y otra vez lo había herido volvió con saña, llevando a Jeebleh a dar muestras de su ira y, además, con violencia. Lo que más le preocupaba en esos momentos era no perder la flema.

—¿Y ésta es forma de dar la bienvenida a un perdido hermano menor? —dijo.

—¡Reconócelo, es un gesto muy feo!

—A lo mejor, para variar, podrías tratarme bien.

—¿Y eso cómo lo hago?

—Consiénteme, pero no me grites.

—Basta de sandeces —dijo Caloosha— y explícame por qué decidiste alojarte en un hotel encontrándote como te encuentras en mi parte de la ciudad. Dispongo de esta gran residencia para mí solo.

—Af-Laawe sugirió que me alojase allí.

—¡Porque tú se lo pediste!

—Hablemos de otra cosa.

—Estoy al tanto de todo lo que has hecho desde tu llegada —dijo Caloosha esgrimando un dedo amenazante.

Así provocó a Jeebleh un temblor de culpabilidad incurable. ¿Podría Caloosha tener idea de los pensamientos asesinos que de hecho se estaban formando en su espíritu?

—No me agrada que nos peleemos en nuestro primer encuentro después de tantos años —dijo—. ¿No podemos permitir que reine la paz, al menos por el momento? Ya ves que he venido a presentarte mis respetos. He venido a hacer las paces, no quiero disputas.

Se miraron uno al otro con la fiereza del conflicto no resuelto. Tras un largo silencio, fue Jeebleh quien balbució.

—Por desgracia, no tenía manera de ponerme en contacto contigo.

—¡Mentiroso!

Jeebleh se quedó sin saber qué decir y miró en derredor, como si en algún punto de la estancia pudiera encontrar las expresiones que en ese momento se le escapaban. Vio a Kaahin y a sus dos compinches y pensó que si bien no le agradaba lo que se le estaba haciendo, él no era tonto y no iba a dejarse llevar con engaños creyendo que podría ganar algo reaccionando de manera violenta. En los dos días que llevaba allí no había visto más que destrucción, porque ninguno de los hombres que se lanzaban a degüello a por otros estaba dispuesto a alcanzar una solución de compromiso y ni uno solo daba muestras de humildad. ¿Adónde le llevaría la arrogancia? Sólo generaría nuevas disensiones, causaría más muertes, más derramamientos de mala sangre. Sopesó la posibilidad de que Caloosha estuviera actuando de cara a la galería, exhibiéndose ante sus amistades.

—No soy un mentiroso —dijo— y tú lo sabes.

—Mira que ir con mentiras a tu edad... ¡Qué vergüenza!

Jeebleh dio un paso a la derecha y por el rabillo del ojo vio que Kaahin se desplazaba acercándosele en actitud vigilante. Aquello era una pieza de pésimo teatro.

—Esto no nos va a llevar a ninguna parte —dijo.

Se dispuso a marcharse. No quería irse, consciente de que su marcha no le acercaría a su deseo de saber qué sabía Caloosha sobre el paradero de Raasta y de su

amiguita, dónde estaban secuestradas, quiénes eran los captores, y sospechó que Caloosha no le permitiría marcharse de ese modo.

—Ha venido a verme Af-Laawe —barbotó Caloosha— y me habló del mensaje que has enviado a Bile, que querías verlo. ¿Por qué no me mandaste a mí un mensaje? Y no me vengas con mentiras.

—¿Y si él se hubiera olvidado de dártelo?

—¡Eso ni se le ocurre! Fui yo quien le alertó de tu llegada, fui yo quien lo envió a recogerte en el aeropuerto.

«Decir la verdad no les sienta bien a los malvados», pensó Jeebleh. El vientre distendido de Caloosha estaba repleto de sentimientos de guerra, de perversidad, y por eso se le veía tan feo y tan malsano. Los abusos le entorpecían el cerebro, el mal le apagaba la imaginación, no le daba más mordiente.

—¿Cómo sabías en qué vuelo iba a llegar? —preguntó Jeebleh.

—Porque resulta que yo sé todo lo que sucede por estos parajes.

Al recordar la intención de su visita, Jeebleh sonrió y prefirió pasar por alto la provocación. Quizá llegasen a algo de provecho, siempre y cuando no deshinchase él el inflado ego de Caloosha en presencia de sus amigos.

—He ordenado que te sigan —afirmó Caloosha— y sé dónde has estado, con quién has hablado, qué comentarios has hecho desde el momento en que aterrizó el avión y hasta este instante. Dime una cosa: ¿eres o no eres un mentiroso?

Jeebleh se sintió como un niño travieso al que llaman al despacho del director del colegio para dar cuenta de su pésima conducta. No supo si, en caso de pedir disculpas, algo ganaría; no supo si aún daría más juego a un bruto, aficionado a explotar cualquier debilidad de su carácter.

—¿Dónde está la familia? —preguntó esquivando el choque.

—¿Qué familia?

—Tu mujer y tus hijos.

Un alborozo elemental descendió sobre el semblante de Caloosha y le tembló la papada. Fue conmovedor asistir al repentino cambio obrado en el hombre, cuya expresión fue tan contagiosa que Kaahin y sus hombres sonrieron también de oreja a oreja. Jeebleh pareció un niño al que le gustan los dulces y se le da a probar la sal.

Caloosha indicó con un gesto de la mano derecha que Kaahin y sus compañeros debían marcharse. Se puso en pie trabajosamente y se acercó despacio hacia Jeebleh, con todas las gorduras de su cuerpo en movimiento. Jeebleh se dejó abrazar en aras de la paz. Caloosha lo apretó con un abrazo carnal, con el que todo lo abarcó. Jeebleh pensó en las mujeres que se sometían a hombres a los que aborrecían en aras del amor y de la seguridad de sus hijos. Una parte de él prefirió no saber cómo iba a ser su vida después de ese abrazo.

La mano entera de Jeebleh se perdió en el apretón de manos que le dio Caloosha. Aun así, le pareció mejor no retirarla, no fuese a provocar una reacción hostil en su anfitrión. Una vez se hallaron el uno junto al otro, vio que el hombre era realmente

feo, bajo, entrado en carnes, sin resuello.

—¿Y cómo está la familia?

—Están todos bien —Caloosha daba círculos al hablar—. ¿Tú sabes cuántas esposas e hijos tengo? Al contrario que tú, tengo veintidós hijos, el número perfecto para dos equipos de fútbol, conmigo de árbitro. Me he casado cinco veces y en la actualidad tengo tres esposas. He sido abuelo siete veces, siete varones.

—¿Estás casado con tres mujeres?

—Así es.

—¿Y dónde están tus familias?

—Casi todos los hijos de mis primeras cinco esposas están en Holanda, Suecia y Dinamarca, donde han pedido asilo, o en Canadá y Estados Unidos, de donde ya son ciudadanos. Una de mis mujeres vive en Canadá con sus cinco hijos, otra en Estados Unidos con siete y así sucesivamente. En Canadá y en Estados Unidos mis hijos se cambiaron de apellido para tomar el de sus madres por temor a que se los vinculase conmigo, debido a mi anterior trabajo. ¡Qué asco! Pero a todos les van bien las cosas, ganan lo suficiente y viven con desahogo. De hecho, las dos chicas mayores me mandan una pensión mensual, mientras que los chicos piensan más en ellos mismos, en la última moda, en el coche que tienen, y rara vez se acuerdan de su viejo. De todos modos, gracias sean dadas a Dios por su misericordia.

—Seguramente sea un alivio para ti —dijo Jeebleh— que hayan salido todos del país y no corran peligro, con la violencia de los combates y todo eso.

—Una de mis actuales esposas está aquí —dijo, y se acercó a Jeebleh para hablarle en susurros—. Se encuentra en esta residencia, la última adquisición de un hombre ya viejo, próximo a jubilarse —con grosería, se llevó la mano izquierda a la entrepierna e hizo como si se tocase los genitales.

—¿Cómo la has adquirido? —preguntó Jeebleh.

—Tropezamos el uno con el otro —contestó.

—¿Tropezasteis el uno con el otro?

—Es una manera de decirlo. Tropezamos uno con el otro por miedo, por la soledad de la vejez en mi caso, por la soledad de una joven en el suyo.

No encerraba ningún misterio el bruto y Jeebleh podría haberlo matado sólo por eso. Si no actuó dejándose llevar por su odio visceral fue por la tan inmensa y repugnante fealdad de Caloosha y porque naturalmente carecía de los medios necesarios. El muy fanfarrón no tenía sentido de la vergüenza. ¡La última adquisición de un viejo, nada menos!

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Jeebleh.

—La encontré sola, después de que los saqueadores se llevaran todo lo que hallaron en el hogar de su familia y matasen a sus padres. Tenía quince años entonces y estaba escondida en el desván, aterrorizada.

—¡Si podrá ser tu nieta!

—Es muy hermosa, de ascendencia xamari —dijo Caloosha con una sonrisa,

guiñando un ojo—. Ya lo he dicho antes, gracias sean dadas a Dios por su misericordia, en lo pequeño y en lo grande. Ella ha sido una bendición para mí, con la vejez. Mi jovencita.

Jeebleh se preguntó qué estaba haciendo Caloosha en la casa de la familia de la chica después de que los saqueadores matasen a sus padres y se llevasen todo lo que les había parecido de utilidad. Pero por dudar que le diera una respuesta veraz prefirió abstenerse de preguntarlo. Además, semejante pregunta podría haberlos llevado lejos de lo que a él le interesaba. Se demoró en mirar el rostro de Caloosha y se concentró en los ojos recargados por la grasa y el vello, pensando que podía interpretar los motivos en su mirada. Como una estrategia para humillarse, Jeebleh se sentó en una silla baja, un taburete en realidad, en diagonal a donde se encontraba Caloosha. Recorrió con la mirada las butacas, las otomanas, los sillones colocados en un espectacular desorden. Caloosha dejó de andar dando vueltas y fue con paso de tortuga a un sillón en el que tomó asiento. El mobiliario de la estancia era más bien desparejo. ¿Había adquirido los muebles a lo largo de sus sucesivos matrimonios o mediante el saqueo en las casas vacías de las familias que habían huido de la ciudad quedando así a merced de quien las quisiera en los primeros compases de la guerra civil? Jeebleh estaba tan molesto que se sentía como el comandante de unos milicianos que es incapaz de conservar una cabeza de puente tomada en territorio enemigo.

—¿De quién es esta casa? —preguntó.

—Mía.

Jeebleh creyó que Caloosha mentía, que la casa no era suya. Había algo llamativamente aséptico en la residencia. Podría ser el domicilio de un señor de la guerra de poca monta, donde había acumulado el fruto de sus saqueos. Estaba demasiado limpia, como la casa de un ladronzuelo que habitualmente se lleva el producto de sus robos al espacio en que habita. ¿Y si el pesado mobiliario hubiese llegado a la vez que la joven esposa?

—¿Dónde está?

—¿Mi esposa?

—La jovencita para pasar tu vejez.

—Ten piedad de un hombre tan entrado en años como yo, Jeebleh —Caloosha hizo gala de un sentido del humor del que Jeebleh no lo habría creído capaz.

Tal vez fueran suyos los pasos livianos que oyó en la escalera al llegar, pensó Jeebleh. ¿Era también posible que el diálogo de una serie, en árabe, que se oía a lo lejos, llegase de su televisor? Estaba tenso, con la lengua tan pesada como una hamaca empapada. Casado cinco veces sucesivamente, en esos momentos marido de tres, con veintidós hijos, siete nietos, todos ellos varones: quizá el hombre tuviera algún derecho sobre todo el mobiliario en desorden que se exhibía en el cuarto de estar. ¿Quién habría supuesto que el fénix de los tiempos de Caloosha resurgiría de las cenizas de todas las fechorías por él cometidas tras el hundimiento de un régimen

a cuyo servicio estuvo con toda perversidad? Sin embargo, allí estaba, vivo y tan campante, dueño y señor de la ciudad de su clan familiar.

—¿Y qué hay de tu familia? —preguntó Caloosha a Jeebleh.

—He hablado con ellas dos veces desde que llegué.

—¿Tus hijas ya están en edad de estudiar en la universidad?

Jeebleh asintió.

—¿La pequeña era la zurda?

—No, zurda es la mayor.

—Una de ellas —dijo Caloosha tras titubear, como si no estuviera muy seguro de las cosas— tenía un gato siamés y la otra un perro, ¿verdad?

A Jeebleh le pilló desprevenido, pues era consciente de no haber comentado esos detalles con nadie en Mogadiscio, salvo acaso con su madre, en las cartas que le enviaba. ¿Había compartido la asistenta algunos secretos con Caloosha?

—Si te estás preguntando cómo es que sé tanto acerca de tu esposa y de tus hijas —dijo Caloosha—, es porque me corresponde a mí saber cómo les van las cosas a las personas a las que me siento cercano.

Las palabras iracundas que no debía liberar se quedaron pegadas sin forma a la lengua de Jeebleh. Lo alivió no llegar a decirlas, pues habrían cambiado el curso de la conversación.

—¿Puedes hacerme un favor? —dijo.

—Si está en mi mano...

—¿Puedes ayudarme a localizar a la asistenta de mi madre?

—Veré qué se puede hacer.

—Te lo agradecería mucho —dijo completamente en serio.

Caloosha extendió la mano derecha y tocó un timbre que sonó en el piso de arriba. Una mujer joven, evidentemente la criada, bajó las escaleras y se acercó a una mesa medio oculta desde donde estaba Jeebleh. Alargó el cuello y la vio de pie ante dos recipientes, preparando el café, con agua primero y luego con café instantáneo, imbebible, y Caloosha explicó que su hermano menor, llegado de Estados Unidos, tomaba el café solo, sin azúcar. La mujer cumplió su cometido con la misma profesionalidad que los jóvenes del hotel. Tras haber visto a la criada, que era del Pueblo de los Ríos, dedujo que la mujer de Caloosha seguramente llevaría velo, en cuyo caso tal vez ni siquiera le estuviera permitido conocerla. Tal vez la razón de que no bajara era más sencilla. Caloosha pasaba gran parte de su tiempo en la planta baja, con los militares, y su joven esposa y la criada se debían quedar arriba, viendo series en la televisión por satélite, igual que las esposas aburridas de todo el mundo.

Detestó el sabor del café instantáneo y a punto estuvo de pedir azúcar y leche, pero no le agradó la idea de llamar al timbre y que bajara la criada a servirles. Estaba pensando ya otra pregunta, «¿Dónde te encontrabas cuando se hundió el régimen?»,

pero para no resultar ofensivo prefirió abstenerse.

—¿Dónde estabas —dijo en cambio— cuando el dictador huyó de la ciudad?

—Yo estaba aquí.

Jeebleh advirtió en sus ojos el destello de una mentira, pero prefirió no permitir que lo cegara y lo distrajera del propósito que en definitiva lo animaba.

—¿Y en qué bando estuviste? —dijo—. ¿Con tu jefe, el dictador, y en contra de los milicianos que combatieron para derrocarlo, o contra él y con la milicia reclutada entre las filas del clan?

El semblante de Caloosha recordó una casa tapiada que no hubiera disfrutado del aire o de la luz del sol en bastante tiempo: una casa sin vida, sin luz.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo tras una larga pausa cuando me encontré en medio de una tormenta imparable: me organicé y descubrí que sólo podía pensar en un plan a corto plazo para sobrevivir. Me puse a pensar cuando vi que todo el mundo se servía lo que le daba la gana en las propiedades que dejaron vacías las familias «expulsadas».

—¿Y cuál fue ese plan a corto plazo?

—Cuando se trabaja en un plan a corto plazo, uno piensa en sí mismo, no en el pasado, donde empezó el problema, ni tampoco en el futuro, donde habrá otros problemas apostados, emboscados. Me preparé para la paz.

Sin tiempo para darse cuenta, Jeebleh prorrumpió en un grito:

—¿Era la paz lo que tenías en mente cuando nos encerraste?

—Ya sabes cuál es la respuesta a tu pregunta.

—Pese a todo, me gustaría oírla de tus propios labios.

Caloosha estaba a la sombra al haberse desplazado la luz del sol que entraba en la habitación, como si lo esquivase. Se quedó paralizado, entornó los ojos, le falló la vista y tuvo un sudor frío, la frente perlada por la transpiración.

—Me adiestré en la Unión Soviética, donde se me inculcó la obediencia, la obediencia ante todo a mis superiores —dijo—. Así se decía en el manual con que nos adiestraron. Se me enseñó a actuar como si estuviera detenido estando en movimiento. A uno de los instructores soviéticos le gustaba comparar a los alumnos que se preparaban para entrar en esto de la seguridad nacional, cada uno en su país, con los cazadores que se desplazan en sigilo, preparados para matar y morir. Yo no soy un intelectual como Bile y tú. Soy un militar. Obedezco las órdenes que me dan mis superiores.

—¿Por qué se me puso en libertad? —Jeebleh notó que la intensidad de la conversación se acercaba al borde de un desastre, pero no pudo contenerse.

—Ésas fueron las instrucciones que me dieron.

—¿Por qué siguió Bile en la cárcel?

—Estás haciendo esas preguntas a quien no debes y me estás poniendo nervioso sin necesidad. No soy yo el hombre a quien debes hacérselas —Caloosha hizo una pausa, sudando copiosamente—. No tienes necesidad de decirme que un dictador

toma decisiones sin recibir consejo de sus subalternos. No hace falta que te diga que las caprichosas decisiones de un tirano son la ley. ¿Por qué me haces a mí estas preguntas?

Jeebleh se puso en pie, tembloroso. Oyó un timbre que sonaba muy tenue, en alguna parte, y vio movimientos sospechosos en la calle entre los árboles. ¿Eran imaginaciones tuyas? ¿Podía haber francotiradores preparados, esperándolo, hombres como Kaahin tumbados en tierra, listos para disparar? La charla sobre los instructores soviéticos que inculcaron la obediencia a sus alumnos le recordó a su profesora de inglés, Miss Bradley, a la que gustaba repetir: «¡La memoria es lo más trabajoso!». Oteó el jardín imaginando que estaba repleto de hombres de lealtad dudosa armados, militares que trabajarían a comisión para rematar sus mortíferos encargos. Podían matarlo y no se enteraría nadie, pues a nadie había dicho nada de aquel viaje.

—¿Qué es lo que te ha traído aquí? —preguntó Caloosha.

—Las muertes, las mentiras.

—Yo no he matado a nadie —dijo Caloosha.

Jeebleh recordó el encuentro anterior con el bailarín de Kathakali que pidió a los asesinos entre la multitud que se separasen de los inocentes.

—¿Te he acusado yo de ser un asesino? —dijo.

—¡A mí no me puedes achacar la muerte de nadie!

Y sin embargo a Caloosha se le había acusado de serlo cuando era mucho más joven. Su propia madre sospechaba que había matado a su marido, a su padrastro, pero nunca pudo probarlo. Asimismo, otros asesinatos se le podrían atribuir cuando el Tribunal Internacional acusara a los señores de la guerra de Somalia y a sus socios de crímenes contra la humanidad.

Caloosha se había levantado de la silla.

—¡Anda con cuidado! —lo amenazó.

—Tus lealtades son despreciables.

—¡Te lo estoy advirtiendo!

Jeebleh se concentró en las lúnulas de sus propias uñas, apreciando la homogeneidad de la forma y el tamaño. ¿Eran síntomas de desnutrición? La paz y el compromiso acababan de salir por la ventana y los dos habían emprendido camino a una guerra. Así fuese.

—¿Qué estabas haciendo tú en la casa de la familia en que vivía la muchacha que es ahora la mujer a la que mantienes? —preguntó.

—¡Yo nunca robé cadáveres, como sí hizo alguien a quien conozco!

—¿De qué estás hablando?

—¡Seguro que Bile no te ha dicho nada!

—Af-Laawe me habló del presunto crimen.

—¿Y reconoció Bile su crimen cuando estuviste con él?

—No llegamos a hablar de presuntos crímenes Bile y yo.

—Pregúntale por qué pasó tres días desmayado —Caloosha había recuperado en



parte la compostura. Los dos volvieron a sentarse—. Pregúntale si no mató y luego pasó tres días en el limbo, si no despertó y se dedicó a robar. O si primero fue el robo y luego el asesinato. Tenemos tres días de los que no se sabe nada, tres días enteros. Sabemos cuándo escapó, ya en libertad, y sabemos cuándo lo recogió Dajaal, cuando estaba perdido. ¡Mi medio hermano menor mató, robó y luego se hartó de dormir!

—Bile jamás se rebajaría a tales vilezas.

Caloosha aplaudió con sarcasmo, sólo que no con las palmas de las manos sino golpeándose las uñas de una mano con las de la otra, en burla.

—¿Sigues bebiéndote la sangre de tus enemigos? —preguntó Jeebleh.

Caloosha tenía un excelente sentido del humor.

—A lo mejor por eso ando enfermo últimamente —dijo—, con una grave inflamación de las articulaciones y exceso de ácido úrico en la sangre. Me pones malo —añadió.

Jeebleh no supo qué pensar del comportamiento de Caloosha y se puso en pie, sin saber qué hacer ni qué decir. Fue de un lado a otro, hasta apoyar el pie en un taburete. Los dos habían ido demasiado lejos y era su turno para alcanzar un compromiso, caso de ser necesario, a fin de hacer las paces, así que actuó como un profesional:

—En la olla a presión que es una guerra civil, en la que los bandos enfrentados han sido amigos íntimos, todo el mundo exagera, ¿de acuerdo? Y cuando una sociedad ha perdido su sentido de la orientación y al mismo tiempo el respeto que a sí misma se debe, todos los individuos quedan a expensas de su propia iniciativa, lamentablemente solos. Como hormigas que no tuvieran jerarquía ni orden, ¿de acuerdo? Te sugiero que olvidemos todo lo que ambos hemos dicho llevados por la ira, ¿de acuerdo?

—¡Entiendo por dónde vas! —dijo Caloosha.

Callaron un buen rato y en apariencia retornó la calma. Caloosha se encontraba donde Jeebleh quería tenerlo, con un ánimo afable.

—Estoy aquí para hacer las paces —dijo Jeebleh—, ¿de acuerdo? El pasado no está aquí, el presente es la guerra, hemos de pensar en el futuro y maridarlo con la paz. ¿Me sigues?

—Te sigo.

Jeebleh albergó la esperanza de que no fuese demasiado tarde para comentar el asunto por el cual había ido a ver a Caloosha. Lo pensó con cautela y elaboró mentalmente la pregunta. Enderezó la espalda, se la masajeó y bostezó.

—¿Has visto últimamente a Faahiye? —dijo.

Jeebleh habló de Faahiye cuando en realidad deseaba hablar de Raasta, de su desaparición. Por ser el padre de la niña un nombre nada comprometedor, se le ocurrió sacarlo a colación de forma improvisada.

—Vino a verme el otro día, a saludar.

—¿Solo?

—Lo trajo Af-Laawe.

—¿Y cuándo fue? —preguntó Jeebleh.

—No lo recuerdo.

—¿Qué hay de la asistente de mi madre?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Podrías decirme dónde la puedo encontrar? Siempre y cuando no sea mucha molestia...

—Es posible —dijo Caloosha— que, al igual que Faahiye, la asistente de tu madre fuese a un campo de refugiados en Mombasa. Veré lo que se puede hacer, te llamaré cuando tenga noticias.

Qué oportuno: ¡un campo de refugiados en Mombasa!

—¿Y qué hay de Raasta y Makka?

Caloosha sopesó a fondo la pregunta antes de responder.

—Faahiye me aseguró, cuando se lo pregunté, que no sabía nada del paradero de su hija. ¿Sabes que los padres de la niña se habían separado antes de que desapareciera?

—Me gustaría ver a Faahiye.

—Si está en el país, lo verás —le prometió Caloosha.

—¿Y la asistente de mi difunta madre?

—Si no se ha ido a Mombasa, la verás.

Intercambiaron algunos cumplidos y Jeebleh se puso otra taza de café antes de preguntar si Kaahin podía llevarlo de vuelta a su hotel, a pie. Y, por supuesto, pensaría en el ofrecimiento de Caloosha para irse a vivir a su residencia, gracias por la amabilidad.

De vuelta a su hotel, Jeebleh se las ingenió para llamar por teléfono a Bile. Concertaron una cita y Bile le prometió que mandaría a Dajaal a recogerlo. Jeebleh estaba ansioso de hablar, porque las insinuaciones de Af-Laawe y de Caloosha empezaban a irritarlo.

Mientras esperaba a Dajaal, Jeebleh recordó los dos encuentros, el primer día con Af-Laawe, ese día con Caloosha, y se le nubló el semblante a la vez que contemplaba, apenado, lo difícil que sería desacreditar las acusaciones. Aun cuando no pensara que sus insinuaciones contuvieran ninguna verdad, no quiso descartarlas de antemano. Era posible que intentasen desviarlo de la dirección en la que debía avanzar. ¿Y qué mejor modo de alcanzar sus engañosas finalidades que esgrimir acusaciones difíciles de refutar, que ponían en entredicho la integridad de Bile? Jeebleh no quiso fiarse sólo del instinto: quiso oír de labios de su amigo su propia versión de la historia.

Quedaba mucho terreno por cubrir. Sin embargo, antes de llegar a lo que le importaba, antes de pedir a Bile que refutase las alegaciones o que las admitiese, Jeebleh resolvió que le informaría de sus actividades hasta el momento. Le diría que lo habían seguido y lo habían abordado los dos militares que lo escoltaron a la residencia de Caloosha y le diría que allí fueron muchos los movimientos sospechosos y que le pareció notar que los hombres armados estaban decididos a intimidarlo y a impedir que hiciera preguntas sobre Raasta.

En cuanto estuvieron juntos, tanto Jeebleh como Bile se sintieron ansiosos por hablar antes de que Bile tuviera que salir por otra emergencia. Hablaron deprisa, y sus palabras ora se fundían y encajaban a la perfección, ora desentonaban y carecían de sentido.

Correspondió a Jeebleh preparar café para él, té para Bile y servir a los dos. Le correspondió asimismo hacer las preguntas adecuadas, para que su amigo construyese un puente entre su elusivo pasado y el enfangado presente en que se hallaban.

—¿Cómo fue tu primer día de libertad?

—Fue una experiencia angustiada —respondió Bile al punto, preparado como estaba para esa pregunta—, porque los combates enmarcaron entonces mi vida de una manera que nunca podré expresar bien a quienes no tengan familiaridad con las circunstancias —el estrés era evidente en su rostro—. Mi primer día en libertad resultó ser el más aterrador de toda mi vida.

—¿Por qué?

—Al estar encarcelados no teníamos ningún contacto con nada. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando fuera de las celdas. No sabíamos que el tirano había

huido de la ciudad. Alguien, sabe Dios quién, abrió las puertas de la cárcel, alguien abrió las puertas de los manicomios de la ciudad y otro las puertas del zoo. Los seres humanos, unos locos y otros no, también los animales de todas las formas y tamaños, se dieron al mismo tiempo a la fuga. Y corriendo junto a ellos, o en dirección contraria, aparecieron los saqueadores y las familias aterradas que huían en desbandada. Eran millares los presos políticos y los delincuentes comunes eran decenas de millares. Los leones, las cebras, las hienas, el camello del zoo con sus dos jorobas... Todos íbamos en fuga. Era imposible saber quién huía de quién y quién perseguía a quién. De haber sido por mí, me habría quedado en la celda de la cárcel, donde seguramente me habría sentido más seguro.

—¿Cómo supiste que se abrieron las puertas?

—Varias horas después de abrirse, unos cuantos guardias entraron en una de las alas de la cárcel —explicó Bile— y fueron de celda en celda, jurando que matarían a todos los políticos destacados que fueran adversarios de su clan. Los vigilantes tenían un acento polvoriento, seguramente reclutados en algunas de las aldeas nómadas del norte de la localidad de Balcad. Me amenazaron de muerte porque traté de intervenir, usando la retórica nacionalista de los años sesenta y setenta. Me indicaron que me fuese, pero no pude, porque tuve dificultades para ponerme en pie. Aun así no me hicieron pedazos con un machete. Al final me fui de la celda, mi hogar durante muchos de mis años de cárcel, cuando me pareció que corría menos peligro.

Jeebleh sirvió más té en la taza de Bile. Miró fuera y vio el cielo del azul más claro que nunca y vio que el sol ostentaba una sonrisa luminosa.

—Las calles —prosiguió Bile— estaban llenas de locos, de presos políticos recién liberados, de delincuentes con historiales que daban pánico, además de los animales del zoo. Los militares encallecidos andaban ocupados saqueando los bancos y las arcas de la ciudad. Las milicias del clan, reclutadas entre los campamentos de nómadas, buscaban mujeres a las que violar, propiedades que saquear, objetos valiosos que llevarse en los camiones de los que se habían adueñado. La ciudad, todo el país, era un puro caos. La mañana se fundió en un mediodía sin darme tiempo a nada. Me hablaron de hienas hambrientas que rondaban por el centro de la ciudad, de leones que acechaban en los colegios, de elefantes encabritados en los supermercados. Un eclipse sin anunciar y en pleno amanecer: así fue aquella primera mañana de libertad para mí.

Un ruido sobrecogedor se oyó fuera. Los dos levantaron la vista. Bile explicó que los buitres armaban un estrépito tremendo en el tejado de un edificio cercano, disputándose unos despojos. Ninguno dijo nada hasta pasado un rato.

—Lo que más me indignó fue que no supe distinguir a los buenos de los malos —siguió diciendo Bile—. A fin de cuentas, tampoco es que tuviera mucha confianza en los de uniforme, ya estuvieran en nómina del Ejército Nacional o ya fueran de la policía, pues todos andaban también muy ocupados con sus saqueos. Me pareció que en poco tiempo el ejército y la policía se fragmentarían en grupos astillados de

acuerdo con las líneas de los clanes. Así que anduve sumido en una total confusión.

»Tenía hambre, tenía miedo, no sabía adónde me dirigía. No quise ir a ver a Caloosha. Me dio lo mismo que estuviera vivo o muerto. Pero sí quise ponerme en contacto con Shanta. No tenía ni idea de dónde estaba, si estaba siquiera en peligro o si había huido de la ciudad. Aquello fue una pesadilla de la que, de haber tenido elección, tal vez hubiese preferido no despertar.

»En una ocasión, mientras andaba por ahí, recuerdo haberme encontrado con un loco que me miró y se quitó de mi camino, pensando tal vez que yo estaba aún más loco que él. A mi juicio yo no estaba loco, pues me causaba vergüenza el aspecto que debía de tener, cosa que los locos rara vez sienten. Y es que no iba con uniforme de presidiario. Iba con unos andrajos tan sucios que ni siquiera un mendigo se los habría puesto. Una parte de mí ansiaba el roce, que alguien me viera y me ayudase, mientras la otra parte ansiaba ocultar mis ojos como un avestruz en la arena de mis imaginaciones. En dos palabras, me embargaba un ánimo suicida.

—¿Y entonces qué hiciste?

—Si los veinte años pasados en la cárcel me enseñaron algo —dijo—, fue que nunca volvería a confiar en la suerte. En cualquier caso, me encontré con problemas en la calle Lazareto, donde desemboca en la carretera del Estadio, cuando me abordó un grupo de hombres, delincuentes comunes por la pinta y la manera de hablar. Me persiguieron. Eché a correr, fui más rápido que ellos y acababa de doblar una esquina cuando vi a un grupo de malhechores que rondaban por la zona, más allá. Por suerte encontré un callejón sin salida, donde se abrió una puerta. Salió un adolescente joven, con calzado deportivo, pantalones cortos y sombrero de safari, como si estuviera listo para irse de *picnic*, y miró a un lado y a otro y se resguardó presuroso en la casa. Aguardé. Salió entonces un 4 x 4 de los grandes, con una docena de pasajeros de todas las edades, de abuelos a nietos, mientras el chico sostenía la puerta abierta. Cuando el vehículo salió marcha atrás, cerró la cancela y se metió dentro del coche, que se marchó a toda velocidad. Forcé la cancela, me bastó con un buen empujón, y entré, cerrándola lo mejor que pude.

»En cuanto di el segundo paso, vi un perro muy fiero que me esperaba. Era de tamaño mediano, pelaje corto, seguramente un dóberman. Gruñía y ladraba. Actué como si fuera amigo, pero nada más moverme el perro me enseñó los dientes y siguió ladrando con más fiereza que antes. Chasquéé los dedos, hice lo que pude para amistarme con el perro, pero seguía ladrando cada vez que me movía. De todos modos, no se atrevió a atacarme y al final llegué a una puerta y entré en una cocina. Me encerré dentro.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Dejé pasar el tiempo.

—¿Cómo?

—Me hice un café —dijo Bile—. Recorrí la casa delimitando mi territorio, tras asegurarme de que no había nadie más. Me aventuré hasta los dormitorios y

desconecté la alarma. Al llevar a cabo esas difícilísimas hazañas dominé mejor mis temores. Me duché, encontré un armario donde había mucha ropa para elegir. Me sentí como un niño que se viste para ir a una fiesta de cumpleaños. Al final opté por unos vaqueros y una camisa planchada. Para entonces había dejado de considerarme un intruso y me sentía como si fuese el dueño de la casa o al menos me movía como si lo fuera. Era una de esas casas que podría haber sido mía, en la que habría vivido caso de haber tenido la oportunidad de hacerlo.

—¿Y entonces?

—Pensé en ganarme la confianza del perro. Abrí la puerta y vino hacia mí gruñendo, pero ya no tan fiero como antes, tal vez por llevar yo puesta la ropa de su dueño. El perro y yo nos miramos inquietos, midiéndonos uno al otro. Entonces jugué con el animal, le lancé una pelota para que la recogiese. Al cabo de una hora y media nos habíamos hecho bastante amigos. Y empezó a seguirme a todas partes y saltó al interior del Volkswagen Escarabajo que había en la cochera cuando lo inspeccioné por ver si arrancaba.

»Entré en la casa cuando me agoté de jugar con el perro. Y cuando el silencio me resultó molesto, encendí la radio para escuchar las noticias de la BBC, mientras comía un poco de parmesano excelente. Tomé más café y más parmesano. El cielo fue un café con parmesano. Paladeé el gozo de vivir en el café y en el queso.

Bile se divirtió de lo lindo dándose la gran vida. No tenía en el mundo nada de lo que preocuparse, como si fuese alguien viviendo un tiempo de prestado y disfrutando cada instante. Se comió el queso y lo que encontró de fruta, porque no se animó a preparar una comida. Y como no había un solo libro en toda la casa, exceptuando manuales escolares en italiano y en somalí, escuchó la radio y ejercitó la pierna, que seguía dándole problemas. Con tiempo en abundancia, decidió sacarle un buen partido: aprendió por sí solo a leer y escribir en somalí, pues la lengua contó con una ortografía oficial sólo a partir de 1972, estando él en la cárcel. Y cuando se cansó de aprender a leer y a escribir, de escuchar la radio o de jugar con el perro, acudió al teléfono y apretó el botón de rellamada con la esperanza de oír una voz humana. La línea estaba ocupada o no funcionaba el teléfono, no sabría decirlo.

Deseó entonces hallarse en medio de la muchedumbre, donde pudiera entrar en contacto con los demás y los demás con él.

—Eso era lo que de verdad quería —dijo—. Había vivido años en total aislamiento, sin tocar a nadie, sin que nadie me tocara. Envidié a los locos, que piensan con ingenuidad que nunca están solos, por tener la cabeza llena de cháchara y de recuerdos ajenos. Envidié al loco capaz de creerse en medio del gentío y comportarse como le venga en gana.

—¿Y entonces?

—Me sentí deprimido, sumido en la tristeza, solo. Dormí a saber cuánto tiempo y desperté como si fuera un hombre nuevo. Mi memoria, de la que ya pensaba que me había dado la espalda, entró de pronto en acción y recordé selectivamente algunas de

las cosas que había visto y había hecho. No recuerdo qué hice entre el momento en que vi al perro y me puse varias tazas de café y hablé solo por la casa, marcando el territorio como si me perteneciera, y el momento en que decidí considerarme un hombre libre. Entonces caí en la cuenta de que no tenía que esconderme en uno de los rincones oscuros de la ciudad, ni reinventarme cambiando la historia de mis lealtades. Fue entonces cuando decidí celebrar mi libertad.

—¿Cómo lo hiciste?

—Decidí salir.

Si Jeebleh no hizo preguntas deliberadas para que Bile dedicase unos minutos a responder a las acusaciones por parte de Af-Laawe y Caloosha de robo y asesinato, fue porque no quiso interrumpir el hilo de su relato. Estaba seguro de que tendrían oportunidad de hablar de ésa y de otras cuestiones.

—¿Y bien?

—Cuando estaba buscando algo de ropa para ponerme, tropecé con una bolsa de lona llena de dinero, en billetes grandes, listo para que me lo llevase. Se trataba de una suma pasmosa, cerca de un millón de dólares estadounidenses. Y allí había estado en todo momento, pero yo no lo había visto aún.

Jeebleh miró la cicatriz que Bile tenía en la frente. De tres centímetros de longitud, pálida, poco mayor que una oruga que fuese a mutar en mariposa. La miró con atención porque le pareció que se movía.

—¿Qué hiciste? —le dijo.

—Me fui a dormir —dijo Bile.

—Caramba, ¿y eso por qué?

—Para no convertirme en ladrón y no tentar al destino —explicó Bile—, resolví que ya no tenía motivos para ir con prisas. Resolví tomarme mi tiempo y decidir qué hacer con el dinero, si apropiármelo o dejarlo donde lo había encontrado, pero me dieron miedo los saqueadores, pues sabía que eran más fuertes que yo y sabía que llegarían en un momento u otro. Si una cosa tenía bien clara es que mi deber era entregar el dinero al gobierno, pero qué hacer en ausencia de un gobierno nacional reconstituido.

Hizo una pausa, se sirvió más té y continuó:

—No soy una persona religiosa, pero por primera vez en muchos años pensé en Dios y el fin que reservaba para mí. También pensé que el dinero me vendría bien para un par de cosas. Y entonces me acordé de Plotino. Y pensé en la paz, en la desdicha y en la pobreza de nuestro pueblo, en el modo en que, de ser mío el dinero y si lo emplease juiciosamente, hasta una pequeña cantidad podría ser una gran ayuda para muchas personas.

—¿No pensaste que los dueños iban a regresar?

—Me quedé en la casa con el dinero —dijo—. No tenía ninguna prisa, recuerda, no era un ladrón. Y cuando dormí, y dormí mucho tiempo, yo diría que casi tres días enteros, en un momento soñé que enderezaba muchas, muchas cosas. Y recobré la

conciencia cuando oí un ruido tremendo.

—¿Qué era?

—El perro ladraba sin cesar.

—¿Y eso cuándo ocurrió? —preguntó Jeebleh.

—Al alba, no recuerdo con certeza el día, pero fue mi primera impresión de peligro, más o menos a la misma hora en que el muecín llamaba a los fieles. Los ladridos, intercalados con el silencio inquietante de la hora, me llenaron el corazón de miedo. Pensé en huir y, desde luego, era lo más sensato, pero decidí quedarme. Esperé y esperé. No vino nadie, el perro dejó de ladrar. Resolví llevarme el dinero y utilizarlo para ayudar a otros.

—¿Y te fuiste?

—En busca de Shanta.

—¿Tenías alguna idea de dónde podía estar?

—No.

—¿Se habían tranquilizado las cosas para entonces?

—No mucho —dijo Bile—, pero me pareció razonable disponer del coche que vi en la cochera, a pesar de la cuestión moral, por más que me fastidiara. ¿Es robar apropiarse de un millón de dólares en una bolsa de lona, lista para llevársela, tomándola de la casa de unas personas que habían saqueado las arcas del Estado antes del hundimiento final? ¿Sería buena o mala cosa dedicar los fondos malversados a construir un refugio de caridad? Podemos discutir estas cuestiones morales largo y tendido. Al final, siendo o no un ladrón, mandé todo al cuerno, me llevé el coche y me fui de la casa.

—¿Y el perro?

—¿Adónde me lo iba a llevar?

—Tienes razón —dijo Jeebleh—. Así que te fuiste. Solo.

—En Somalia, la guerra civil era entonces un lenguaje —dijo Bile—, sólo que yo no sabía hablar esa nueva lengua. Me echaron el alto dos hombres armados. «*Yaad tahay?*», me preguntó uno de ellos. No me había dado cuenta de que la antigua forma de responder a la pregunta «¿Quién eres?» ya no tenía validez. La respuesta universal a ese «¿Quién eres?» consistía en remitirse a la identidad de tu clan familiar, a tu identidad consanguínea. Hallé las respuestas correctas sirviéndome de ciertos matices de la lengua, las hallé en el nuevo idioma, el nuevo argot. Seguía estando en lo cierto. Fui un buen imitador y aprendí a hablar con el acento somalí correcto, asintiendo cuando quien me interrogase diera con el acrónimo indicado. Los hombres que me echaron el alto tenían en los ojos el brillo de los perros guardianes bien alimentados. Además, su 4 x 4 iba cargado, porque acababan de robar en el Banco Central.

—Así que te dejaron seguir...

—Con una advertencia, después de que citase yo el acrónimo de la época —dijo Bile cabizbajo, como si le diese vergüenza haberlo hecho.

—¿Y cuál era el acrónimo de la época?



—Las iniciales del movimiento de la milicia de clanes que echó al tirano fuera de la ciudad.

—¿Te dejaron seguir sin más?

—Me aconsejaron que anduviera con ojo. Deduje que no sería aconsejable preguntarles si sabían dónde podía encontrar a Caloosha. Me pareció poco probable que supieran dónde podía encontrar a Shanta.

Las manos de Bile empezaban a recordar las de un niño chico con los puños apretados. Tal vez deseaba haber hecho algo caballeresco desafiando a los saqueadores.

—Apenas había recorrido un kilómetro —siguió diciendo— cuando me echó el alto una banda de pilluelos armados con cuchillos. Intenté apaciguarlos cuando mi plegaria fue atendida: apareció en un coche un hombre de uniforme que iba armado pero no participaba en los saqueos. Preguntó si había algún problema. Los jóvenes se dieron a la fuga. Me presenté al caballero, quien me dio su nombre: Dajaal. Asombrado, al principio supuse que era un sobrenombre, un nombre de guerra. Cuando resultó evidente que podía confiar en él, le dije que deseaba ponerme en contacto con una hermana mía y le expliqué a grandes rasgos que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla. Tuve la fortuna de que conocía mi nombre, conocía a Shanta y sabía dónde vivía. Él y yo pertenecemos a la misma familia, me lo dijo directamente, como si quisiera asegurarme que podía confiar en él. Eso no me importó a mí tanto como a él. Lo que me importaba era encontrar a Shanta y así se lo hice saber. Me dijo que lo siguiera. Por razones evidentes, la idea no me atrajo. Quería librarme del Volkswagen, no quería mantener ninguna relación con la casa de donde lo había cogido ni con la familia a la que había pertenecido, así que monté en su coche y me sentí seguro en sus manos.

»El nuestro era el único coche que circulaba por aquella parte de la ciudad, aunque había peatones por todas partes: en los cruces, delante de nosotros, detrás. Muchos entraban en las casas con las manos vacías y salían con lo que hubieran saqueado. Dajaal estuvo a punto de atropellar a un hombre que parecía llevar una carga exagerada. Salí del coche y ayudé al hombre a recoger sus bienes, que se habían esparcido. Casi había esperado encontrar las carreteras bloqueadas, con controles, pero curiosamente no había ninguno. Me alivió que Dajaal no me hubiese preguntado por el contenido de la bolsa de lona.

Bile supo gracias a Dajaal que Shanta se había casado con Faahiye, quien le llevaba casi veinticinco años, y que a sus cuarenta y tres años estaba preñada.

—Pensé que ya había pasado de la edad de tener hijos y razoné en voz alta que si iba a ser su primer hijo tendríamos que estar preparados, pues esos embarazos tardíos traen complicaciones. «Entonces, ¿será una criatura milagrosa?», dijo Dajaal.

Se dio el caso de que cuando Bile pudo llegar a ella se encontraba en pleno parto, con grandes dolores. No había médicos en la zona y no había posibilidad de llevarla a un hospital. Bile no tuvo más remedio que vulnerar el código tradicional de la

medicina y ayudar a su hermana menor a dar a luz.

—A pesar del código médico o tradicional, que pasé por alto —dijo Bile—, me produjo una gran alegría traer al mundo a la maravillosa niña milagro, la de los rizos negros.

—¿Y entonces?

Sonó el teléfono y Jeebleh y Bile se miraron.

—Me temo que la siguiente entrega tendrá que esperar —dijo Bile, y fue a contestar.

Jeebleh soñó que era un cangrejo. Había pasado de la fase larvaria, de transparencia, pero se había quedado estancado en la fase en la que debían crecerle las patas. El caparazón no tenía anchura suficiente y se le habían deformado las patas. No era capaz de escabullirse deprisa como los cangrejos; se movía despacio y trabajosamente. Primo distante del cangrejo araña, estaba ansioso por ocultarse entre las flores con espinas en espera de una presa sobre la cual saltar. Una lástima que ninguna víctima se pusiera al alcance de sus pinzas.

Cuando despertó, sintió una necesidad urgente de bañarse en el océano. Echaba de menos la delicadeza de su toque salado y recordó cuánto había disfrutado nadando un rato y dando luego un largo paseo, con la arena de la playa por delante y, a la espalda, el aire puro y un agua tan azul como el cielo e igual de clara. Bile y él habían pasado mucho tiempo libre en la terraza de un café, de cara al mar.

Decidió ir a nadar antes del desayuno y lo hizo caminando de costado. Al principio le extrañó, pero cuando vio a unos jóvenes que lo miraban sorprendidos se detuvo en seco. Hizo una larga pausa cerrando los ojos y respirando hondo, concentrándose en lo que haría a continuación. Al final siguió adelante, aunque sólo cuando tuvo la sensación de que podía caminar derecho.

Llevaba un *sarong* que se había llevado de Nueva York, un regalo de su esposa, una camiseta de los Yankees y, bajo el *sarong*, el bañador. Al cuello se había colgado una toalla. Iba calzado con unas sandalias fabricadas en China, baratas, que eran lo único que había adquirido en Mogadiscio desde su llegada: se las había comprado a un vendedor ambulante en el hotel. Cuando pidió en la recepción indicaciones para ir a nadar al océano, el hombre de la recepción pareció extrañado, quizá por el atuendo de Jeebleh. El hombre le dijo que la playa estaba a menos de cinco minutos a pie. Debía ir hacia el este y no tardaría en localizarla.

El agua se extendía sin fin ante sus ojos. Miró embrujado la inmensidad del mar y por un instante lo asaltaron los recuerdos. Era el principio de la adolescencia, estaba con Bile y los dos habían escapado de Caloosha. En su memoria, el océano era un lugar donde hallar refugio, porque Caloosha nunca aprendió a nadar, pese a que había pasado la mayor parte de su vida en Mogadiscio. Cuando se desdibujó el recuerdo, Jeebleh miró a un lado y a otro y reparó en que la playa estaba desierta. Se quitó el *sarong*, la camiseta y la toalla y lo colocó bajo una piedra para cerciorarse de encontrarlo luego.

Cuando llevaba pocos minutos en la orilla, remojándose hasta la cintura, se le ocurrió que tal vez no valiese la pena arriesgar la vida por un chapuzón en el océano. No es que le dieran miedo las olas ni los tiburones. Vio en la playa a tres hombres que

miraban hacia él. Sospechó que uno iba armado: parecía empuñar un arma reluciente, un revólver. Supuso que el hombre fácilmente podría disparar contra él al buen tuntún.

¿Quiénes eran? Calculó que no pertenecían a ninguna de las milicias de los clanes, pues parecían mejor disciplinados que aquellos vándalos que asesinaban por pasar el rato. Por lo que alcanzó a suponer, seguramente cumplían órdenes de Caloosha, para seguirlo y dar cuenta de sus movimientos. Sin embargo, ¿iban a perjudicarlo o a protegerlo? Le molestó no tener forma de saberlo. Dudó que Dajaal tuviera los medios para disponer semejante dispositivo de seguridad por petición de Bile. Además, la autoridad de Dajaal no alcanzaba el norte de la ciudad, en una de cuyas playas se encontraba Jeebleh.

Se alejó mar adentro y se dejó llevar. No quiso exponerse a los tiburones. No estuvo seguro de lo que haría a continuación, si quedarse donde estaba, alejarse más o salir del agua.

Era un nadador excelente. Su técnica mejoró en el instante en que exilió de su ánimo todas sus preocupaciones sobre la muerte. A braza era tan bueno como un nadador de competición, a mariposa tenía un ritmo soberbio y a crol era extraordinariamente veloz. Cuando encontraba la mar batida, recurría a la braza. Cuando la encontraba en calma, descansaba haciendo la plancha. Se tendió boca arriba contemplando el cielo azul, pensando.

Recordó haber estado en un apartamento en Queens con su esposa e hijas, asistiendo al momento crucial por televisión: los marines con uniforme de combate, los destellos de las cámaras al fotografiar los periodistas a los estadounidenses llegados en sus vehículos anfibios. Varios de los marines, orgullosos, iban a salir en antena, entrevistados por uno de los periodistas más famosos de Estados Unidos. La mujer de Jeebleh se volvió a preguntarle si los marines sabían qué significaba «la obra de Dios» en un país como Somalia.

Por el océano habían llegado todas las grandes invasiones de la península somalí. Los árabes, luego los persas y los portugueses, los franceses y los británicos, los italianos y después los rusos y, más recientemente, los estadounidenses. Jeebleh recordó que la intervención estadounidense para dar alimentos a los somalíes muertos de hambre se convirtió en una suerte de invasión, de ahí el término «intravasión», empleado a menudo por entonces. En cualquier caso, todos los extranjeros, bienintencionados o no, llegaron por el océano. Los invasores podían ser peregrinos cargados de regalos o muchachos enviados a hacer «la obra de Dios»; el estadounidense al mando de la «intravasión» sería descrito en la reputada *Enciclopedia Británica* de 1994 como «jefe de Estado putativo en Somalia».

Jeebleh pasó una hora en el agua. Descansó haciendo la plancha, el cielo infalible sobre él, el agua cálida. Ésos fueron sus únicos puntos de referencia. Y en lo más

lejano del cielo vio un águila majestuosamente sola, navegando el cielo rodeada por las nubes que le rendían homenaje. Percibió incluso a tal distancia la determinación en cada una de sus plumas, un ave en un vuelo soberbio. ¡Qué elegancia!

A braza, para ver bien por delante, no encontró ni rastro de los tres hombres. ¿Se habrían ido? ¿Tal vez no tuvieran nada que ver con él? ¿Estaba incurriendo en paranoia? ¿O se habían ocultado tras los matorrales, preparados para saltar sobre él? Salió del agua con cautela y caminó deprisa, pegado al espigón, porque de pronto tuvo verdadero miedo. Y al instante descubrió a uno de los tres pistoleros, que apartó la vista avergonzado. Era Kaahin.

Los hombres se mantuvieron a una discreta distancia, pero sin dejar de seguirlo hasta que estuvo a salvo, a la vista de la puerta del hotel. Al volverse, justo antes de entrar, vio que ya no estaban allí.

Le pareció que algo no iba bien en el momento en que llegó a la puerta, su sombra era tan pequeña como unos grilletes que le hubieran puesto en los tobillos. Dio una serie de pisotones en el suelo para desprenderse de la fina arena que se le había adherido y a la vez saludó a los vigilantes de la entrada. Uno de ellos le hacía señales. Desconocedor del lenguaje por señas, Jeebleh tuvo dificultades para entender qué le decía. El hombre hacía curiosos gestos con la lengua. ¿Qué demonios pretendía comunicarle? Jeebleh reparó en un grupo de hombres de cierta edad que permanecían acucillados en medio del polvo, hablando en susurros. Debían de ser miembros de su clan. La entrada peatonal, tallada en la puerta más grande, se abrió para franquearle el paso y entonces entró.

En la recepción le dieron un grueso paquete. Rompió el cierre y encontró dentro un teléfono móvil con un manual de instrucciones en árabe, seguramente estaba importado de Abu Dhabi, donde la mayoría de los habitantes de Mogadiscio compraban los artículos de alta tecnología. Una nota adicional le avisó, en italiano, de los números que iban ya en la memoria del teléfono. Una posdata, de puño y letra de Bile, le decía que no se preocupase por la factura.

El mismo recepcionista le dio un sobre fino. Contenía un mensaje en una sola hoja, en somalí, escrito en papel pautado, arrancado de un cuaderno infantil. Al principio pensó que lo había pergeñado un niño, con caligrafía claramente temblorosa, unas letras mucho más grandes que otras. Al pie del mensaje aparecían seis firmas, seis huellas dactilares en realidad, y tres nombres manuscritos, difíciles de descifrar. Le tembló la mano mientras lo sostenía y lo consideró un recuerdo digno de ser enmarcado a poder ser en una clase de alfabetización para adultos. En el mensaje le transmitían que los ancianos de su clan deseaban hablar con él de importantes asuntos de familia.

Se tomó un tiempo en ducharse y luego procuró poner en funcionamiento el teléfono móvil. Al no tener experiencia, apretó los botones al azar, sin suerte, y

recibió señal de que la línea estaba ocupada, se le cortó la comunicación o se encontró con que el número marcado era erróneo. Cuando ya creía que lo había conseguido, el número de Bile desapareció de la pantalla.

Le pareció que era hora de tomarse un café al estilo yemení. Bajó y pidió a uno de los camareros que le preparase una cafetera y varias teteras, además de leche y muchas, muchas galletas, más medio kilo de azúcar, y que lo sirviera todo en su mesa. Cuando volvió el camarero, indicó a un botones que fuese a decir a los ancianos del clan que entrasen.

Los hombres formaron una cola y saludaron a Jeebleh de uno en uno, todos ellos tomando respetuosamente su mano entre las suyas. Se sentaron entonces a la mesa, tres a su derecha, seis a su izquierda, él en la cabecera. Antes de que nadie dijera nada sobre los saludos, Jeebleh indicó las nueve teteras dispuestas, una para cada uno, además de las galletas aún con sus envoltorios y los cuencos llenos de azúcar a rebosar. Les sugirió que se sirvieran ellos mismos.

Se dedicaron a servirse el té con la torpeza de un niño de cuatro años. Y teniendo ya las tazas llenas, se sirvieron la leche y varias cucharadas de azúcar, con lo que el té se derramó por todos lados. Todo esto lo hicieron con tanta devoción que cualquiera habría dicho que en ese momento se dedicarían a deleitarse con los dulces. La mesa no tardó en ser algo semejante a la fiesta de cumpleaños de un niño chico y revoltoso. El crujido de los envoltorios de las galletas se mezcló con el sonoro ruido que hicieron al sorber el té. Llegó un ejército de moscas a disfrutar de las superficies azucaradas en platillos y tazas.

El primero de los ancianos en tomar la palabra tenía migas de galleta en el mentón y un poco de azúcar en la mejilla. Era menudo y parecía muy sano para su edad. Explicó que él y varios otros ancianos habían ido previamente a dar la bienvenida a Jeebleh, aunque les informaron de que había salido.

—Ahora nos alegra regresar con otro grupo de ancianos que han manifestado su interés por conocer a nuestro hijo y darle la acogida en el seno de su clan más directo.

El anciano indicó a los otros ancianos que tomaran la palabra, pero les pidió que fuesen breves, porque «vuestro hijo es un hombre muy ocupado, no tiene mucho tiempo que perder». Una vez se explayaron todos ellos, invitó a cada uno a recitar unos versículos del Corán en alabanza de Alá, que les había devuelto a su hijo tras sus «andanzas por el mundo». Con los labios entreabiertos y cabizbajos, todos ellos musitaron unos versículos.

Jeebleh inclinó la cabeza ante todos y cada uno de ellos, saludándolos con un gesto ritual, aunque no dijo nada. Se sirvió más café y se lo tomó a sorbos. Uno de los hombres le pasó el azucarero. Asintió y dio las gracias y vio la consternación pintarse en los rostros de los hombres al ver que lo dejaba a un lado sin servirse. ¿Por qué se tomaba el café amargo, con tanta dulzura a mano?

El portavoz de los ancianos comentó la importancia de Jeebleh y el papel positivo y encomiable que podría desempeñar en la política del clan. Jeebleh se encerró en sí mismo, un hombre recluido en su espacio. Hizo todo lo posible por no dar muestras de inquietud al pensar en el privilegio de la sangre por encima de la ideología. La idea de que nueve hombres que se declaraban miembros de su clan pudieran reclamarle algo le repugnó. Desde luego, su intención no era desairarlos sin necesidad, pero cambió de opinión cuando el portavoz aludió a su madre sin mencionar a su padre.

—Resulta que pertenecemos al lado del *bah* que corresponde a tu madre.

Al invocar el nombre de su madre, no el de su padre, los hombres del subclán de su madre se distanciaron explícitamente de su padre, el jugador. Los ancianos no comentaron, sin embargo, que en su día habían culpado a su madre por el comportamiento asilvestrado del marido, acusándola de empujarlo primero al juego y luego a la botella, cuando ése no había sido el caso, según la versión de su madre. Algunos de aquellos mismos hombres tal vez estuvieran presentes cuando los miembros de la familia resolvieron negarle una audiencia a ella. Uno de ellos seguro que había estado allí, el de aire más anciano, de gafas gruesas, al que Jeebleh llamó Cuatro Ojos en su fuero interno. ¿Dónde estuvo el clan cuando la madre de Jeebleh cantó sus penas, una madre sola que tuvo que criarlo a él, una viuda aislada de la rama familiar de su clan? ¿Dónde estuvieron aquellos hombres? La primera vez que un miembro de la rama del clan a la que pertenecían fue a visitarlos fue cuando él regresó de Italia con un título universitario. Cuando desencadenó la ira del dictador y por ello fue encerrado en la cárcel y condenado a muerte, todos ellos lo habían abandonado, ¿o no? Sabía que los ancianos de su clan eran hombres al servicio de sus propios intereses, de memoria muy selectiva, carentes de dignidad.

—Me insulta el modo en que habéis formulado mi identidad —dijo Jeebleh—. ¿Por qué me siento insultado? ¿Por qué seguís llamándome hijo de mi madre sin tomaros la molestia de mencionar a mi padre por su nombre? ¿O es que no tengo padre? ¿Soy ilegítimo? Sabemos cómo fue en vida, qué clase de hombre fue, pero era mi padre y llevo su apellido, no el de mi madre. ¿Cómo os atrevéis a abordarme de una manera que pone en duda que yo sea el hijo legítimo de mi propio padre?

La reunión entró en un estado de ruidosa confusión cuando todos los ancianos trataron de garantizarle que no era su intención insultarlo, ni ofender la memoria de sus padres. Le regocijó que el cinismo de su ardid se hubiera puesto al final de su parte, recordando que anteriormente ya se había abstenido de perder los estribos con Caloosha. Los ancianos estaban tan perplejos que no acertaban a decir nada. Así los tuvo donde quiso tenerlos.

—Entonces, ¿para qué habéis venido? —preguntó al hombre de las gafas, a su derecha, y no al portavoz, que estaba más lejos, a su izquierda, incapaz de decir nada, tapándose la boca con la mano. Las miradas evasivas de los hombres convergieron en el semblante del portavoz. Se retiró la mano de la boca y negó con gesto pesaroso: no

iba a hablar ni en su nombre ni en el de nadie.

Notó el vigor en su voz cuando habló Cuatro Ojos. Fue directo al grano:

—Al contrario que otros *bahs* del clan, el nuestro no ha logrado reclutar una milicia fuerte. No tenemos fondos suficientes para ocupar el lugar que por derecho nos corresponde entre subclanes del mismo número e incluso más reducidos que el nuestro. Venimos a pedirte dinero para reparar los dos únicos carros de combate que tenemos.

Jeebleh se dirigió a todos:

—Tengo otras preocupaciones. Y seguro que podréis imaginar que no he venido con más dinero que el suficiente para costear mis gastos diarios. Por eso sugiero que esperéis hasta que vuelva a mi casa y lo consulte con mi esposa e hijas, entonces me pondré en contacto con vosotros para daros una respuesta.

Se hizo un silencio absoluto al entender los ancianos el sentido de las palabras de Jeebleh. Como por arte de ensalmo, sonó el teléfono móvil en el regazo de Jeebleh. Cogió la llamada y se dirigió a todos.

—Es una llamada importante y he de responder en privado. Por favor, disculpadme —y se alejó.

—¿Hemos de esperarte? —lo llamó Cuatro Ojos cuando se marchaba.

—No es necesario —añadió Jeebleh—. ¡Me pondré en contacto con vosotros!

Los hombres discutieron entre sí, sugiriendo unos que esperasen, otros insistiendo en que la orden de esperar anterior se la había dado a quien lo había llamado. Cuando se alejó aún más y lo oyeron dirigirse a uno de los camareros para señalar que los acompañase a la puerta, se oyeron a coro gritos de protesta.

—¡Esto es un insulto!

Jeebleh se despidió levantando la mano desde la recepción.

—¡Id con bien! —gritó.

Y, sin dar ocasión a que dijeran nada, él mismo se marchó.

Hora y media más tarde, Jeebleh estaba sentado en el patio del hotel y reparó con alarma en que los tres pistoleros entraban sin que el vigilante se lo impidiera. Los encargados del hotel charlaron con los tres en tono amistoso. Aun y todo, Jeebleh fue muy consciente de que el estado de ánimo iba cambiando palpablemente. Y cuando llamó a uno de los encargados para preguntar qué estaban haciendo los pistoleros en el recinto del hotel, el joven hizo varios gestos como si dijera «A mí, que me registren». El día era sumamente caluroso, la arena parecía agitada y el aire malsano.

La mirada extraviada de Jeebleh cayó en un muchacho con llamativo sombrero de *cowboy* y vaqueros, que con un palo pegaba despiadadamente a una perra alsaciana. Se volvió hacia el joven de la mesa de al lado y le preguntó por qué se había permitido la entrada de los milicianos armados y por qué nadie impedía los abusos que estaba cometiendo el chico con la perra.



—A lo mejor los hombres armados son los guardaespaldas del chico —musitó el joven.

—¿De quién es esa perra alsaciana?

—No lo sé.

La perra, preñada, se retorció en su agonía y, de hecho, estaba pariendo. Había algo extraño en la manera de vestir del chico y algo más raro aún en una alsaciana de pura raza en el Mogadiscio de nuestros días. Desde la otra mesa, Jeebleh escuchó una explicación verosímil: que la perra había pertenecido a un inglés, antiguamente en el Servicio Africano de la BBC, trasladado a la ciudad por el operativo de la ONU en Somalia. ¿Y por qué habría abandonado a su perra, tan mimada, para que se las viese por sí sola, a sabiendas de que sería presa de manadas de perros asilvestrados mucho más terribles que la alsaciana más fiera o golpeada hasta la muerte por somalíes poco dados a ser amigos de los perros? ¿Qué ataque de locura pudo llevarlo a dejarla a su suerte?

Jeebleh se acordó de que, cuando era niño, una vez intentó impedir que Caloosha y sus amigos maltrataran a un perro. Se llevó una buena paliza por su imprudencia. (Muchos años después se enteró de que uno de los chicos había encontrado el destino que merecía: murió de la rabia).

Jeebleh se armó de valor y resolvió tomar la palabra. Dio un grito, avisando al chico que dejara de abusar del perro o tendría que vérselas con él. Al oírlo exclamar a voz en cuello, las armas de los milicianos lo apuntaron en el acto.

Se puso en pie y se dirigió en tromba hacia el chico para cogerlo por el cuello de su mimada camisa. El chico se llevó tal sobresalto que ni siquiera pudo dar un grito, con lo que le salió algo inaudible.

—Si este mocoso malcriado vuelve a molestar a esa perra —gritó Jeebleh para que todos lo oyeran—, me pondré violento y lo castigaré.

La perra parecía terriblemente asustada y Jeebleh por su parte se sintió abrumado, pero cuando arrebató al chico el palo, la perra se relajó.

—Si haces daño a la perra, yo te haré daño a ti —dijo Jeebleh.

La alsaciana se acercó más a Jeebleh y le dio un lametazo en la mano. Jeebleh se agachó junto al animal y acarició con suavidad su áspero pelaje. Esto provocó una oleada de desaprobaciones entre la multitud que se había congregado a mirar. Al margen de lo que pensarán, Jeebleh y el perro se miraron uno al otro durante un buen rato y él descubrió su inteligencia en la confianza cada vez mayor que apreció en sus ojos. Luego, la perra, en plenos dolores del parto, se arrimó aún más a Jeebleh, que la animó a que siguiera empujando.

Alguien entre el gentío hizo un comentario favorable sobre su gesto bondadoso: tener compasión de una perra en el parto. Otro dijo que lo que había hecho no era islámico: como musulmán, en principio, debería evitar todo contacto físico con perros.

Cuando Jeebleh miró en derredor, los jóvenes armados ya no le apuntaban con sus

armas. De hecho, ni siquiera estaban allí. Tal vez apreciaron que su postura de amenaza había dejado de ser aceptable y se habían marchado con sigilo.

Se encontraba mucho más animado y permaneció allí cerca hasta que la perra, después de parir, cortó los cordones umbilicales a bocados. Admiró la compacta belleza de la camada: cachorros llenos de movimiento, alsacianos con cruce de chucho, de exquisita elegancia. Ojalá, se dijo, alguien que tuviera una casa cerca de allí decidiera criarlos y cuidarlos. Encontró una esquina apacible para la camada, se quitó la chaqueta y cubrió a los cachorros.

Al alejarse se sintió orgulloso de lo que había hecho, a pesar del sobresalto que vio pintarse en los rostros de los demás. Cuando avanzó hacia ellos, se abrió un camino para dejarle paso, pues muchos no deseaban tener ningún contacto físico con un hombre que había tocado un perro, el cual a su vez le había lamido. Era costumbre que los somalíes que tuvieran contacto con perros se limpiasen después de forma ritual, obedeciendo el código islámico de la propia purificación. No le importaba el lametón de un perro enfermizo si ahora todos rehuían el contacto físico con él.

Pasó por delante de un grupo que contemplaba la escena y oyó en un susurro:

—¿Qué clase de hombre expulsa a los ancianos de su clan y esa misma tarde arriesga la vida para salvar a una perra?

El hecho de que muchísima gente no hubiese vivido el amor por culpa de las continuas luchas intestinas, pensó Jeebleh, no significaba que tuviera que quedarse cruzado de brazos y no hacer nada o consentir nuevas crueldades aplicadas a animales o a seres humanos.

El sol brillaba con fuerza al filo del mediodía.

Con el gesto entristecido, Jeebleh entrecerró los ojos para mirar a Af-Laawe, que se cernió como una torre frente al lugar donde se hallaba sentado. Por ser Af-Laawe amigo y socio de Caloosha, Jeebleh consideraba que no podía recurrir a él en busca de ayuda ni tampoco compartir con él sus preocupaciones, pero al verse sin amigos de ninguna clase, al sentirse rechazado por el personal del hotel, no tanto por su trato bondadoso a la alsaciana sino por la rudeza con que había despedido a los ancianos del clan, se preguntó si no debía intentar hallar ayuda en Af-Laawe, aunque a todas luces fuera un hombre de historia turbia. Tal vez las cosas al final salieran bien. Al ponerse en pie para estrechar la mano de Af-Laawe, Jeebleh propuso un paseo por la zona.

—Un paseo y una charla te sentará bien —reconoció Af-Laawe.

Consciente de la hostilidad que se concentraba en él por todas partes, Jeebleh reparó en que incluso el hombre de los dientes saltones, el más amistoso de los vigilantes de la entrada, que antes lo había recibido con entusiasmo, evitaba su mirada, visiblemente alterada. Para que no hubiese duda, en cambio, saludó a Af-Laawe llamándolo por su nombre. Allí no se andaban con medias tintas y Jeebleh fue más consciente de ello debido a los malos modos que se gastaban con él, todo lo cual empezaba a pesar en su ánimo.

Quien se enemista con los de su clan es hombre muerto, pensó al salir detrás de Af-Laawe del recinto del hotel a las deterioradas calles, llenas de edificios saqueados o destruidos. Despedirse de los viejos de su clan, salir del hotel... fueron cosas que hizo con la misma facilidad con que se tira un plátano podrido cuando uno está bien alimentado. Además, fue buena cosa que sucediera como sucedió. Una confrontación entre él y los ancianos de su clan por las lealtades políticas era algo que se iba a producir tarde o temprano y le alegró que hubiera ocurrido entonces, a los pocos días de iniciar su visita. Se iría del hotel a la primera oportunidad y aceptaría la oferta de Bile para compartir el apartamento unos cuantos días. Tenía mucho que hacer: localizar a la asistenta de su madre y cerciorarse de que su madre hubiese encontrado la paz, de que su alma descansaba, además de echar una mano en rescatar a Raasta y a su compañera de juegos de manos de sus captores y contar con Dajaal para vengarse de Caloosha.

Af-Laawe condujo a Jeebleh hacia Villaggio Arabo, como lo llamaba la comunidad yemení que había sido mayoritaria en el distrito durante su juventud. Lo recordaba

por ser un barrio animado, muy cosmopolita, en cuyos callejones flotaba siempre olor a especias. La comida yemení era una de las preferidas de Jeebleh. Ni siquiera tuvo que preguntar qué había sido de la comunidad: prácticamente todos, bien lo sabía, habían huido de la ciudad en las primeras semanas de la guerra civil, cuando los polvorientos pastores que reclutó el Cacique del Norte para su milicia armada regresaron contra ellos, violando a las mujeres, saqueando su riqueza.

En las calles por las que caminaban Jeebleh y Af-Laawe, los minibuses que transportaban pasajeros iban trazando eses con evidente riesgo para los peatones en su empeño por esquivar los grandes baches. Había muchas cabras de angora que tal vez en su día fueran propiedad de los residentes yemeníes y ahora estaban obligadas a comer guijarros, pues no había matorrales y la hierba y los cactus estaban resecos. Las vacas que vio Jeebleh llegaban a masticar zapatos olvidados, para lo cual no tenían estómago las cabras. Los perros, que parecían rabiosos y estaban tan flacos que se les marcaban todas las costillas, salían corriendo ante el primer indicio de amenaza. Había cubos de basura cada pocos centenares de metros, donde los buitres, los marabúes y algún que otro cuervo aprovechaban los restos. Jeebleh tuvo la sensación de llegar a una zona recién devastada por un incendio incontrolado que la hubiera reducido a una ruina espectral en la que sólo quedasen las estructuras calcinadas de las viviendas.

Quiso explicar su sensación de incredulidad a Af-Laawe.

—Esta ciudad es un desastre. No he conocido a nadie que apruebe abiertamente lo que está pasando y, en cambio, los combates continúan y los ancianos del clan siguen solicitando fondos para reparar armas mortíferas. ¿Qué está pasando aquí?

—Es como una moda —contestó Af-Laawe—. Todos los clanes familiares entienden que han de constituir su propia milicia armada, puesto que los demás la tienen. Los viejos, casi todos ellos analfabetos y completamente ajenos a tu sentido de la modernidad o al mío, se pasan el tiempo tratando de recabar fondos de los miembros de la comunidad de sangre. La verdad es que todo es una pose y eso lo sabe todo el mundo: se sabe que los viejos de los clanes hacen lo que hacen para asegurarse de seguir siendo relevantes —Af-Laawe hizo una pausa y escrutó la calle devastada—. Por cierto, estoy de acuerdo con lo que hiciste, con tu negativa a pagar las reparaciones de un carro de combate.

Jeebleh apartó la mirada y la posó en un cuervo al que se le negaba acceso a su parte de carroña, pues el más pequeño de los buitres lo espantaba en cada uno de sus intentos por arrimarse. Éste es un lugar de dolor, pensó, en el que hasta los cuervos mueren de hambre, en el que las cabras se alimentan de guijarros o de tierra suelta y las vacas comen zapatos abandonados. En nombre de Dios, ¿qué estaba haciendo él allí? Se volvió hacia Af-Laawe en silencio.

A Af-Laawe le incomodaba el silencio y al final decidió romperlo.

—Casualmente, estaba con Caloosha cuando los viejos del clan le informaron de que no sólo no les hiciste ninguna aportación sino que además los trataste con

descortesía.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Jeebleh.

—Hizo todo lo posible por aplacarlos.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Lo dijo como si lo que de veras le importase fuese defender tus intereses.

Quiere estar a buenas con ellos y quiere resarcirte a su manera.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—El gerente del hotel llamó por teléfono a Caloosha —dijo Af-Laawe tras una pausa—. Estaba agitado.

—¿Y qué es lo que le pasa? —preguntó Jeebleh.

—Algo hubo en lo de la perra que de veras lo irritó.

—Pues al cuerno —dijo Jeebleh de mal humor.

Con los ojos concentrados y compactos como el hueso de una fruta, Af-Laawe le relató que el gerente había llamado dos veces para lamentar que su hotel ahora sería recordado como el lugar donde ocurrían dos cosas terribles en menos de media hora.

Era increíble, pensó Jeebleh, con qué velocidad cambia el estado anímico de las personas: amigos ahora mismo, hostiles en dos minutos. ¿A eso había quedado reducido su amado país, una tierra en la que los ancianos no se daban cuenta de estar del todo desvinculados de los tiempos que corrían y donde los jóvenes iban armados y no estaban bien de la cabeza, matando sin ton ni son, sin remordimiento?

—¿Sabes qué pienso? —dijo Af-Laawe.

—Dime.

—Pienso que como la gente ha vivido en condiciones tan estresantes, dan por hecho que podrían pegar fuego a los buitres —dijo Af-Laawe—, creen que de ese modo ahorrarán al país sus problemas.

—¡Pero eso es una locura, un desatino!

Af-Laawe no dijo nada. Estaba ocupado contestando los saludos de algunos transeúntes. Asentía sin tomarse la molestia de detenerse a trabar una conversación. Devolvía los saludos con la despreocupación de un oficial superior que se cruza con un subalterno.

Se les unió en el trayecto un grupo de mendigos que se dirigieron sólo a Jeebleh tocándose el vientre, la boca, pidiendo limosna. Tal vez pensaron que Jeebleh podría tener un corazón más blando que su acompañante, del que sabían que no acostumbraba a dar limosna. Jeebleh comprendió, por su acento, que eran de la región costera donde se habían concentrado las guerras salvajes desencadenadas por el Cacique del Sur. El comandante y el conductor a los que había conocido en los primeros días procedían del mismo Triángulo de la Muerte.

—¿Ayuda alguien a los desplazados de la ciudad? —preguntó Jeebleh.

—Viven en todos estos edificios, pero nadie mira por sus necesidades, a nadie le importa lo que sea de ellos. Muchos piden limosna y ocupan las propiedades arruinadas de quienes han huido o edificios que fueron propiedad estatal.

—¿Tienes idea de cuántos son?

—Cerca de millón y medio, pero van en aumento cada vez que hay combates.

Rara vez se está solo en las calles de una ciudad a la que acuden los pobres con la esperanza de encontrar trabajo, pensó Jeebleh. Hay mendigos, limpiabotas que ofrecen sus servicios, pilluelos que se ofrecen a cuidar de los vehículos por una pequeña cantidad, parásitos, chulos, prostitutas, gente que busca clientela dispuesta a exprimirla.

Uno de los mendigos se pegó a Jeebleh.

—¡Dios es generoso! —decía sin cesar.

Pero al contrario que los otros, que se frotaban el vientre y luego se llevaban los dedos a los labios, no pidió nada. Jeebleh se sintió incómodo. Af-Laawe explicó que el hombre había pertenecido a la clase media de Mogadiscio y que había gozado de un puesto de relevancia en el gobierno. Mirando más detenidamente al mendigo se revelaba su condición. El hombre miraba a Jeebleh como si tuviera la esperanza de reconocerlo, un hombre igual que él, aunque hubiera sufrido un duro revés. Y aunque no parecía distinto del resto de los mendigos, transmitía de manera notable que conocía muy bien lo que era la dignidad. Al levantarse una polvareda que se arremolinó a su alrededor, Jeebleh percibió que la tristeza anidaba en cada grano de arena.

—¿Quién es este hombre? —preguntó a Af-Laawe.

—En sus buenos tiempos se le conocía como Xaar-Cune.

Así que en esto ha terminado Comemierda, pensó Jeebleh. Torturador sin igual, se tomaba el sádico placer de obligar a los presos políticos en huelga de hambre a hacer lo que su sobrenombre indicaba. Había estado a las órdenes de Caloosha.

—¿Cómo es que ha terminado así? —preguntó Jeebleh.

—Cuando se hundió el Estado, se quedó en la ciudad, seguro de que nada malo podría pasarle, pero cometió un error al tratar de rascar cierto poder político: juró total lealtad al Cacique del Sur, quien durante un tiempo le dio empleo como torturador. Como su madre, al igual que la mía, es del norte de la ciudad, el Cacique del Sur asignó a Comemierda el trabajo de transmitir mensajes entre los dos caciques. Llegó un momento en que el Cacique del Sur sospechó de que Comemierda lo había traicionado con un comentario extraoficial a uno de los periodicuchos locales. Fue convocado y humillado en presencia del grupo de los notables y se le obligó a disfrutar de un festín a base de heces.

—¿Y es aquí donde lo dejaron?

—Aquí lo olvidaron embadurnado de toda clase de mierda y estiércol —dijo Af-Laawe— y todo el mundo vino a mofarse de él. Su pobre madre murió de pena al poco tiempo. A él se le ha ido la cabeza, es un absoluto estropicio.

Triste, como un búho que se lanza hacia el sol, Jeebleh rezó para que alguien, poco importaba quién, impusiera un castigo similar o aún peor a Caloosha, pero cuando sopesó que podría tocarle a él hacer tal cosa, se sintió como un hombre

invitado a un velatorio en el que el muerto se levanta para decirles su última palabra y luego se marcha, prometiendo regresar para atormentar a los que convirtieron su vida en una desdicha.

—¿Quieres comer algo? —propuso Af-Laawe.

Durante unos momentos, Jeebleh no quiso saber nada de comida, pero lo cierto es que tenía hambre.

—¿Hay un restaurante cerca?

—Aquí mismo —dijo Af-Laawe.

Jeebleh vio un agujero en una pared y una cortina que aleteaba, aunque no tenía rótulo ni nombre.

—Ven conmigo —dijo Af-Laawe, y así lo hizo Jeebleh.

El interior estaba en penumbra, con unas cuantas velas encendidas: el ambiente era más de club de *jazz* que de sitio donde comer algo. Una camarera vestida con delantal se acercó a la mesa y Af-Laawe encargó el primero con exagerado entusiasmo.

—A pesar de todo, somos íntimos, ya lo sabes.

—¿Nosotros? ¿A quiénes te refieres? —preguntó Jeebleh. De espaldas a la pared veía titilar las velas. Algunas siluetas estaban sentadas en otras mesas, muy juntas, como si conspirasen en susurros. No les vio la cara.

—¿Tú sabes por qué cuando a una esposa se la encuentra muerta en circunstancias sospechosas se llama al marido y se le interroga a fondo? —preguntó Af-Laawe.

—¿Porque es uno de sus íntimos?

—Justamente.

Jeebleh no supo qué decir y aguardó.

—En una guerra civil, la muerte es íntima —dijo Af-Laawe—. Te mata la persona con quien has compartido intimidades y te matará creyendo que sacará beneficio de tu muerte. Y cuando piensas seriamente en todo un país que se lanza a las llamas de una guerra civil, estarás de acuerdo en que la «intimidad» es algo un poco más complicado.

—No había pensado en la intimidad en ese sentido —reconoció Jeebleh.

—¿Sabes cómo se dice en somalí «guerra civil»?

—*Dagaalka sokeeye*.

—Justamente —confirmó Af-Laawe.

Mentalmente, Jeebleh no supo decidir si sabía bien cómo traducir al inglés la expresión somalí y al final optó por «matar a un íntimo» o «guerrear contra un íntimo». Seguramente la segunda describía mejor lo que estaba ocurriendo en Somalia. No supo bien qué decir a continuación y quedó a la espera.

Af-Laawe siguió su discurso, pasando de vez en cuando al italiano:

—La expresión, como sabes, es de acuñación reciente y explica francamente bien algo sobre la naturaleza íntima de la guerra civil. Interrogados a fondo, sujetos a los poderes de investigación de la policía, muchos maridos cuyas esposas hayan muerto en circunstancias sospechosas titubearán aun siendo inocentes. «¿Dónde estabas el martes por la noche, entre las nueve y las once?». Todo lo que es privado se hace público y el marido tendrá que demostrar su inocencia.

La camarera que les sirvió los espaguetis *all' amatriciana* no era la que tomó la comanda y, al parecer, conocía a Af-Laawe.

—¿Le traigo lo de siempre con la comida? —dijo.

Af-Laawe negó con un gesto y preguntó a Jeebleh qué le apetecía beber.

Jeebleh pidió limonada y Af-Laawe dijo a la camarera que fuesen dos.

—Si mal no recuerdo, el conductor que me trajo desde el aeropuerto, gracias a tu amabilidad, me dijo que vivías en Alsacia. ¿Cuándo volviste de allí? —preguntó Jeebleh.

—Compré un billete de avión en cuanto me enteré de que el dictador había sido expulsado del país —dijo Af-Laawe—. Cuando llegué, aún era palpable la alegría en la ciudad a raíz de su huida. No duró mucho. Pronto pasó a ser todo una cuestión de nosotros y ellos, clanes familiares contra clanes familiares. En vez de celebrar la victoria... ¡comenzó así la guerra de los íntimos! No soporté el formar parte de tal escisión, así que regresé a Alsacia.

—¿Dónde estabas durante los cuatro meses de guerra que libraron los dos caciques, cuando la ciudad se dividió en dos? —preguntó Jeebleh.

—Yo entonces no estuve aquí, pero seguimos viviendo las consecuencias de aquella guerra.

—¿Cómo es eso?

—Aquellos cuatro meses de guerra dejaron bien claro que la idea del clan es pura falsedad, como siempre habíamos creído algunos —dijo Af-Laawe—. Más recientemente, los que nos consideramos progresistas sostenemos no sólo que el clan es una falsedad sino que no se puede organizar la sociedad civil en torno a esa idea.

—¿Cuándo volviste a Mogadiscio?

—Regresé pocos meses después de la llegada del Operativo de la ONU.

Cuando terminaron el primer plato, Af-Laawe pidió lo de siempre y Jeebleh sospechó que llevaría algún ingrediente prohibido en un país islámico. La otra camarera les llevó un pescado al horno con salsa de ajo para Af-Laawe y un filete a la pimienta, bien hecho, para Jeebleh, así como una ensalada para cada uno. Jeebleh escuchó mientras Af-Laawe continuaba hablando.

—Algunos son de una generación del «nosotros» y otros somos de una generación del «yo». Si se mezclan las dos maneras de ser, las cosas se complican, se desmandan. Yo soy de la generación del «yo», mientras los ancianos de mi clan pertenecen a la del «nosotros». Un hombre con mentalidad del «yo» y una familia de cuatro miembros, con esposa y dos hijos, celebra la idea del «yo». No es el caso



cuando les toca a los de nuestros clanes, que vienen de visita desde el interior del país y celebran un «nosotros». Creen en el clan, no conocen otra cosa, muchos no han ido a la escuela o no han salido del país. Me incluyen en ese «nosotros» que propugnan por sus intereses. Eso desemboca en el caos.

Hizo una pausa y miró de reojo a Jeebleh, a quien obviamente no le estaba haciendo gracia el monólogo.

Af-Laawe siguió su perorata:

—Tú y yo somos de la generación del «yo». Somos profesionales cualificados y podemos sobrevivir por nuestros medios donde sea. Tú eres profesor de universidad, yo soy un contable que gana un buen salario. ¿Hasta ahí todo en orden?

No lo estaba, pero... ¡qué demonios! Jeebleh asintió.

—Pero es que mientras nuestros colegas europeos se entregan de lleno a la idea del «yo», tú y yo pertenecemos al mismo tiempo al «yo» y al «nosotros». A fin de cuentas, tenemos nutridas familias a las que hemos de mantener, sea por medios lícitos o ilícitos. Tú y yo, así como muchos de los que formamos parte de la primera generación que estuvo escolarizada, estamos hechos de maneras contradictorias de hacer las cosas.

Jeebleh no estaba de acuerdo con el sesgo que Af-Laawe daba a la cuestión, su creencia de que los somalíes con una educación no creían en el clan: Jeebleh conocía a muchos que sí. Sin embargo, prefirió no contradecirlo.

—Si se despoja de todo lo adicional la retórica política —siguió diciendo Af-Laawe—, lo que nos queda es una queja del «yo» vestida de ropajes del «nosotros». Y con lealtades tan acérrimas, movidas por ambiciones personales, los recuerdos inventados del «yo» se proyectan en un «nosotros» imaginario. De este modo, el «yo» se reinventa en el «nosotros».

Para Jeebleh, las ambigüedades sin sentido de Af-Laawe eran una burla a su propia obsesión con los pronombres y le alivió que llegara la camarera a recoger los platos. Af-Laawe pidió un *capuccino* y Jeebleh un *espresso* doble.

—¿Tienes alguna simpatía por los señores de la guerra? —dijo Jeebleh al marcharse la camarera.

—¿Cómo voy a tener ninguna simpatía por unos asesinos?

Al volver caminando al hotel, las miradas de la gente con la que se cruzaron abrumó a Jeebleh, inspirándole negros presagios. No pudo entender por qué notó esa repentina sensación. Quiso estar a solas, ésa fue su reacción instantánea. En los momentos de abatimiento le gustaba estar solo. Por desgracia, eso no iba a ser posible allí, en terreno poco o nada conocido. No sabía cómo regresar, no sabía dónde rondaban los peligros.

Como si se tratase de recalcar su sensación, nada más entrar en el recinto del hotel vio que los buitres habían vuelto en gran número. Y una horda de moscas

zumbaba sobre un lugar tan rojo como una matanza reciente. Ali, el gerente, los recibió en el patio: se le veía intranquilo, alborotado, saltaba a la vista que era portador de malas noticias. Curiosamente, habló sólo con Af-Laawe, como si Jeebleh, un extranjero, no entendiera somalí o ni siquiera estuviese presente.

Estremecido por lo que iba a contar, Ali habló de manera confusa, empezando por donde tendría que haber terminado.

—Eran dos, los dos jóvenes —dijo.

—¿Dos? ¿Quiénes? —Af-Laawe indicó a Ali que se sosegara y no una sino varias veces.

Llevaba la camisa por fuera y la bragueta abierta, en lo cual no reparó hasta más tarde. El gerente procuró dos o tres veces empezar por el principio. Con todo, Jeebleh y AfLaawe no acertaban a entender.

—A uno de ellos lo han matado —barbotó al fin.

—Pero... ¿de quiénes hablas?

—Y el otro resultó herido y después lo han capturado nuestros guardias para llevarlo a un hospital cercano, donde parece que se recupera.

El relato quedó más claro con el cuarto intento. Dos jóvenes con armas recortadas se habían colado en el hotel y, con ayuda de uno de los trabajadores que había sido despedido hacía tiempo, entraron en la *suite* que ocupaba Jeebleh y se escondieron dentro. Una de las limpiadoras reparó en una presencia extraña e informó en recepción. Se alertó a la seguridad del hotel, hubo una refriega, se oyeron disparos y uno de los intrusos murió dentro. («Se ve su sangre en el balcón, aunque ya se ha retirado el cadáver», aclaró el gerente). El herido fue apresado e interrogado. Cuando lo registraron los de seguridad, apareció en su bolsillo una «prueba que lo incrimina».

—¿Qué clase de prueba? —preguntó Jeebleh.

Ali habló directamente a Jeebleh por vez primera desde su regreso al hotel.

—Llevaba su nombre y el número de la *suite* anotado en un papel. Lo interrogamos, ya lo he dicho, y aunque no ha revelado gran cosa, nos damos por contentos con lo que hemos sacado en claro.

—¡Pero... esto es una locura! —dijo Af-Laawe.

El gerente se sosegó tal vez al oír la palabra «locura». Siguió hablando con Jeebleh.

—No hay motivo para que cunda el pánico. Le cambiamos de habitación, le damos mi *suite*. Es mucho más cómoda y mucho más segura. Reforzaremos las medidas de seguridad a su alrededor. No hay motivo para que cunda el pánico. Cuidaremos de usted a pesar de lo ocurrido y a pesar de lo que haya hecho usted en el recinto de mi hotel. Le garantizo que estará a salvo con nosotros, ¡sano y salvo!

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Af-Laawe.

—En su furgoneta.

—¿Y mi equipaje? —preguntó Jeebleh.

—En mi *suite*, a salvo.

A Jeebleh le alivió haber tenido la previsión de dejar sus objetos de valor en manos de Bile. Decidió llamarlo y pedirle que enviase a Dajaal con un conductor para recogerlo. Necesitaba un momento de sosiego para comprender semejante locura.

Se apartó y se sirvió del teléfono móvil.

—Bile, necesito tu ayuda de inmediato —dijo—. Es urgente.

—¿Dónde estás, qué sucede?

—Necesito que me saques de aquí.

—¿Qué ha pasado?

—Un joven escondido en mi habitación ha resultado muerto y otro herido — Jeebleh lo dijo en voz baja, tenso por una mezcla de ira y terror, le temblaba todo el cuerpo—. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero quiero marcharme de aquí tan pronto sea posible. Por favor, mándame a Dajaal.

—Así lo haré.

—Gracias.

—Anda con ojo —le aconsejó Bile— y no pierdas la calma.

—Así será —dijo Jeebleh, y cortó la comunicación. Se dio la vuelta y apreció un cambio nervioso en el entorno. Se abrió el portón del hotel. Entró con paso cansino un hombretón enorme, Caloosha, haciendo una aparición teatral.

En el acto, todo el mundo se desvivió por resultarle servicial: los hombres del portón exterior abriendo la verja de par en par, mientras los otros se cuadraban delante de él. Un puñado de guardaespaldas, entre ellos Kaahin y otros hombres que había visto antes, caminaban a su lado y detrás de él, con las armas listas para disparar. Ali llegó de inmediato, casi a la carrera. Se detuvo a unos metros de la personalidad visitante y le hizo una reverencia como si fuera un miembro de la realeza. Caloosha despachó a todo el mundo, incluidos los guardaespaldas y el gerente, y se desplazó a una cercana mesa de café. Se sentó con la lentitud de un hipopótamo que acabase de comer hasta saciarse e indicó a Jeebleh y a Af-Laawe que acudieran. Al acercarse, Jeebleh se dio cuenta de que Caloosha estaba muy malhumorado, fulminaba con la mirada a Af-Laawe.

—¿Dónde os habéis metido?

—He ido a comer —dijo Af-Laawe con aire timorato.

—¿Ha bebido? —preguntó Caloosha a Jeebleh.

Jeebleh no se pudo controlar.

—¿Y qué más da si Af-Laawe se ha tomado una copa? A mí lo que me trae a esta tierra tiene que ver con la muerte. ¿Has tenido algo que ver? ¿Tenía yo que estar aquí cuando los jóvenes se colasen en mi habitación? ¿Por eso preguntas a Af-Laawe adónde hemos ido?

—Ha habido un fallo en tus medidas de seguridad —dijo Caloosha.

No pude creer lo que estaba oyendo:

—¿Un fallo en mis medidas de seguridad?

—Y Af-Laawe es el responsable de ello.

—¿Qué quiere decir... un fallo en las medidas de seguridad?

—Que alguien que tenía que estar aquí no estaba.

—¿Y la culpa es de Af-Laawe? —preguntó Jeebleh.

Se habían nublado los ojos de Af-Laawe y estaba cabizbajo, desesperado. Su oreja, en el pensamiento perturbado de Jeebleh, adquirió la forma de un murciélago adulto.

Jeebleh se volvió hacia Af-Laawe.

—Si hay algo que todavía no me hayas dicho, por favor dilo ahora con claridad.

—Se suponía que teníamos que ir a casa de Caloosha —respondió Af-Laawe—, donde tú tenías que reunirte con los ancianos del clan y pedir disculpas, pero yo te he llevado a mi restaurante favorito. Caloosha opina que el incidente de la perra también es culpa mía, porque yo en principio tenía que hacerte compañía e impedir que te metieras en complicaciones.

—¿Es que soy un niño cuyas actividades han de ser supervisadas, no sea que termine por parecer un gamberro? —dijo Jeebleh—. ¿Se me dice a mí cuándo tengo que pedir disculpas a unos ancianos que sólo miran por sus intereses?

—¡Ésa no es manera de reaccionar! —dijo Caloosha.

Jeebleh hablaba a voz en cuello, claramente impertérrito a las reacciones de quienes los rodeaban.

—¿Es que no soy yo mismo un anciano venerable, y no de un clan, Dios no lo quiera, sino tan sólo un anciano venerable? Para ganarme el respeto de todo el mundo, ¿he de ponerme dos chilabas mojadas en barro y secarlas antes de ponérmelas?

Caloosha guardó silencio.

—¿Quién es el chico muerto?

—El hijo de uno de los ancianos del clan, al que hoy has insultado y has despedido con las manos vacías —contestó Caloosha.

—¿Habrá otras muertes a raíz de la suya?

—¡Eso no se puede evitar!

—¡Yo no quiero más muertes, no en mi nombre! —dijo Jeebleh—. Te prohíbo que sueltes a tus perros locos entre la familia del chico muerto. Bastantes muertes sin sentido hemos tenido ya. Te prohíbo que mates en mi nombre, mi conciencia no lo admite y yo no lo permitiré.

Caloosha recibió con sarcasmo la seriedad de Jeebleh.

—Es una lástima, pero yo no tengo conciencia.

—Pues ya va siendo hora de que reactivés una.

—Me temo que no puedo —dijo imitando el tono de seriedad empleado por Jeebleh—, pues vendí mi conciencia al Diablo para pagar una hipoteca en el edificio que yo mismo promoví. Hasta la fecha he vivido de rentas y dudo mucho que desee volver a comprarla. Muchas gracias, pero no.

—El infierno se inventó para los de tu calaña.

—¡Seguro que sí! —atronó Caloosha.

Antes de que la situación se agravara, Dajaal se encontraba de pie entre ellos, desarmado. Los guardaespaldas de Caloosha lo rodearon y aguardaron instrucciones.

Caloosha contuvo la ira, clavados los ojos en Jeebleh, luego en Dajaal.

—¿Tú por qué estás aquí?

—A mí no me lo preguntes —dijo Dajaal con aplomo—. Pregúntaselo a Jeebleh.

Af-Laawe se levantó y se alejó hasta un punto que pareció considerar a salvo de una bala perdida. Caloosha, entretanto, indicó a sus guardaespaldas que estuvieran tranquilos.

—Me voy a pasar un par de noches a casa de Bile —dijo Jeebleh— y luego ya veré qué hago.

—¿Por qué no te vienes a mi casa? —preguntó Caloosha.

—Hablemos en un par de días y a lo mejor voy —llamó al gerente—: ¡Mi equipaje, por favor!

—Reforzaremos la seguridad —prometió Ali.

Jeebleh le aseguró que de todos modos deseaba pasar un par de días con Bile. Cuando estaba pagando la cuenta, vio que Caloosha miraba al gerente y negaba con un gesto, indicando que no debía aceptar el dinero del pago.

—Llévate lo indispensable —sugirió Caloosha— y vuelve en un par de días. Es una buena solución de compromiso.

—Te prometo que iré a visitarte, Caloosha —dijo Jeebleh. Pidió a Dajaal que llevara su equipaje al coche. Esperó no estar granjeándose más enemigos innecesarios entre Caloosha, el gerente o Af-Laawe. Estaba resuelto a ganar tiempo para pensar, para averiguar en quién podía confiar, para urdir una trama—. Quiero veros a los dos —dijo a Caloosha y Af-Laawe—, cuando vuelva al norte. Y, antes de marcharme, ¿alguna novedad sobre Faahiye, Raasta o la asistenta de mi madre?

—Estamos trabajando en tus encargos —dijo Caloosha en un tono burlón, pero más afable, incluso amistoso.

—¡Paciencia! —añadió Af-Laawe.

Jeebleh aguardó en silencio a que todos se sosegaran, sobre todo los guardaespaldas de Caloosha. Miró de reojo a Dajaal y por pura casualidad interceptó un gesto entre Kaahin y él. No quiso ni pensar en el detalle, no supo si debería considerarlo perjudicial para sus perspectivas de supervivencia. La muerte es nuestra vecina íntima si uno vive en Mogadiscio, pensó Jeebleh al salir del hotel a la cancela, sin hablar con nadie pero sin dar tampoco muestras de miedo.

## Segunda parte

¡Oh! ¡Venganza del Cielo! [...]  
Almas desnudas vi, que entre dolores  
lloraban desdichadas [...]  
Yacen unas tendidas en el suelo,  
o sentadas el cuerpo doblegando  
... en el castigo.

(Canto XIV)

... Los bordes del mar Rojo con la Etiopía  
[nunca jamás] vieron tanta pestilencia monstruosa.  
Entre esta cruda y venenosa copia,  
corren seres desnudos y espantados,  
sin esperar maldición ni refugio.

(Canto XXIV)

**Dante, *Infierno***

Jeebleh estaba tan intranquilo que le vencía la sensación de que únicamente podría vivir minuto a minuto. Era incapaz de recordar las cosas con cierto detalle y conceptos como «hace una hora», «ayer», «mañana» o «la semana pasada» carecían de sentido con todo lo que había sucedido.

Estaba seguro de que permanecer en Mogadiscio ya no sería igual y lo pensaba incluso a pesar de que nunca sabría si sus propios actos habían incidido en el asesinato del joven en el hotel. Repasó los acontecimientos y todo le pareció sospechoso. ¿Quiso huir o ya escapaba el joven, saliendo de la habitación, cuando le alcanzó la bala que acabó con su vida? ¿Era su intención matar a Jeebleh? En cuyo caso, ¿por qué? ¿Fue porque había insultado a los ancianos del clan o por haber sido amable con la perra alsaciana que estaba de parto?

Desorientado por el apremio de su propia existencia y frustrado por las exigencias de otros sobre su tiempo, Jeebleh tenía sus propias prioridades, además de localizar la tumba de su madre y presentarle sus respetos. Se hallaba perdido en el laberinto político del lugar y el laberinto parecía tener a Caloosha en el centro. Su siniestra mano había intervenido en la detención de Jeebleh y la de Bile, también al animar a los ancianos del clan a que fuesen a visitarlo para recabar los fondos que necesitaban e incluso había sido responsable al divertirse encargando que lo siguieran a todas partes desde el momento en que tocó tierra. Si disponía de los medios para que siguieran a Jeebleh allí por donde fuera, para «brindarle protección», según dijo, también tenía los medios para matar a quien quisiera.

Jeebleh confió no estar a punto de perder el sentido de la realidad, de volverse paranoico y de engrosar las multitudes que en Mogadiscio se hallaban en el límite de la esquizofrenia. Se acordó de la súplica de Ali cuando se conocieron: no los juzgues con demasiada dureza. Jeebleh dejaba el norte de la ciudad, donde los de su clan eran mayoría, y se iba a residir al sur, donde tenía la primacía el clan de Bile. Le pareció irónico: se iba a sentir más seguro fuera de las tierras de su clan, en territorio ajeno.

Ya en el coche rompió el silencio.

—Dime algo más sobre Kaahin —dijo a Dajaal.

Dajaal no respondió de inmediato. A la espera de una respuesta, a Jeebleh le obsesionaban dos imágenes: en una, Kaahin y Dajaal se comunicaban en secreto de una manera que hacía pensar en una conspiración; en la otra, Caloosha y Dajaal cruzaban miradas de cólera ardiente. Prolongándose el silencio, Jeebleh se dio cuenta de que el mismo conductor había tomado la misma ruta que en la otra visita a casa de Bile. Se le apareció una tercera imagen: un buitre del tamaño de un Cinquecento que volaba en lo alto con un corderillo entre las garras.

—Kaahin y yo tuvimos una relación muy estrecha hace tiempo —dijo Dajaal—. Los dos éramos oficiales del ejército, nos veíamos en la cantina del cuartel con frecuencia. Y jugábamos al tenis. Pero nos alejamos justo antes del hundimiento del Estado. Por un asunto de familia.

—¿No sois parientes, verdad? —dijo Jeebleh.

—Podríamos haberlo sido, pero no, no somos parientes.

Calló pese a saber que eso no tenía, para él, mucho sentido. Avergonzado, apartó la mirada sin mirar tampoco al conductor. Se frotó la cara como un simio que reflexionara. Reinaba un silencio sobrecogedor en el vehículo, como si los tres se hubiesen ido a vivir temporalmente fuera del tiempo y habitasen en una pesadilla de deslealtades familiares, de desavenencias. El conductor hizo un gesto a Dajaal, como animándolo a decir lo que estaba pensando.

—Tuvimos un enfrentamiento tremendo Kaahin y yo cuando me enteré de que el hijo de mi hermana pequeña es suyo, a pesar de lo cual él nunca lo reconoció. Últimamente sí ha reconocido que es el padre biológico del chico, que tiene once años y vive en Canadá, porque nos hemos visto alguna vez para tratar de enderezar las cosas.

—¿Os veis en secreto o abiertamente? —preguntó Jeebleh.

—En secreto, por supuesto —dijo Dajaal.

—¿Porque enojaría a Caloosha?

—Sí, le pondría de muy mal humor —respondió Dajaal—. De todos modos, dudo que Kaahin hablase de esto con nadie y menos con Caloosha, pues lo usaría en su contra. Ni él ni yo deseamos que estas cosas salgan a la luz.

Se levantó un torbellino de arena que ocultó el sol de la vista de Jeebleh. Se preguntó si, en caso de que Caloosha descubriese esos encuentros entre Dajaal y Kaahin, no se desencadenaría otra batalla entre las facciones en guerra. Imaginó los dedos en los gatillos, imaginó el alborozo en los rostros de los jóvenes enloquecidos por las drogas, disparando, mirando cómo sus víctimas caían sin vida.

—¡Hemos llegado! —dijo el conductor.

Cuando se encontró con Bile en circunstancias distintas, el uno anfitrión, el otro invitado, Jeebleh fue incapaz de recordar los sucesos con todo el detalle que hubiese querido. Sin embargo, logró contarle a Bile lo ocurrido y además en poco tiempo, temeroso de no poder tal vez terminarlo debidamente. Bile escuchó sin comentarios ni interrupciones. Cuando hubo terminado, Jeebleh se sintió intranquilo, de modo que se levantó a abrir las ventanas, recorrió la estancia y al cabo abrió el bolso que llevaba colgado del hombro, del cual sacó los libros que había llevado como regalo a su amigo. Se los dio sin ceremonias y tomó asiento también sin ceremonia.

—¿Te sientes traicionado? —le preguntó Bile.

—¡Me siento dolido!



Todavía intranquilo, Jeebleh se levantó de nuevo y recorrió la estancia, agitado de pronto, deprimido después, de pie y moviéndose sin sentido para, acto seguido, sentarse torciendo el gesto. En un momento determinado le sorprendió hallarse frente a Bile, que también se había puesto en pie.

—¡Vámonos!

Jeebleh no preguntó adónde.

Siguió a Bile corriendo por un tramo de escaleras, luego bajaron otro, al que se acercó con cautela, pasó por delante de un grupo de mujeres, unas bañando a los niños pequeños, otras ajetreadas con la cocina en los braseros, dejaron atrás a un grupo de hombres que jugaban a las cartas, sentados en una humilde esterilla.

Jeebleh empezaba a ser dos personas, una que llevaba la vida de costumbre, la otra con una vida que le resultaba desconocida; uno miraba de dentro a fuera, el otro miraba de fuera a adentro. Atento a lo que lo rodeaba, fue capaz, con su parte activa, de ver la cuadrilla de seguridad que los seguía a prudente distancia como una sombra. Alcanzó a ver que se trataba de Dajaal acompañado de otros dos jóvenes. Su lado más contemplativo lo llevó a preguntarse si el conflicto civil no sería algo llevado tanto por la codicia —las ganancias rápidas, los beneficios sin límite que percibían los señores de la guerra— como por un afán sanguinario, por el ansia de derramar la sangre ajena para zanjar cuentas pendientes desde hacía siglos. Se lo preguntó a Bile mientras caminaban.

—El dinero es el motor de la guerra civil, desde luego —reconoció Bile—. Para empezar, a los señores de la guerra se les pagan comisiones corruptas, luego está el dinero que ganan al intervenir en los contratos de las milicias que protegen a las legaciones extranjeras de visita en el país. Está el dinero que se paga a los señores de la guerra en forma de tributos que abonan las empresas extranjeras en funcionamiento en el país. Y en Mogadiscio se pagan otros tributos a los señores de la guerra, que cobran impuestos de circulación y aranceles sobre toda la mercancía importada en los accesos a la ciudad que, de hecho, controlan.

Jeebleh se acordó de cuando los detuvieron en el coche y los jóvenes armados del Cacique del Sur, vestidos de camuflaje, iban a exigirles un pago hasta que reconocieron a Dajaal.

—La mayoría de los vehículos de estas carreteras tienen placas de los países del golfo Pérsico. Parecen todos recién comprados... —comentó.

—Traer vehículos de los países del golfo Pérsico es todo un tinglado, ¿desde luego!

Jeebleh aguardó una explicación.

—Cuando un vehículo tiene un accidente y se da de baja en algún lugar de Europa o Estados Unidos —dijo Bile—, un mecánico lo vuelve a montar y lo repinta, con lo que parece nuevo. Una empresa de importación se trae los vehículos reparados

al golfo, normalmente a los Emiratos, donde están especializados en importación y exportación. Los coches rápidamente vuelven a exportarse a Mogadiscio o a Nairobi. Muchos vehículos robados en Europa terminan en el golfo de la misma manera y se envían a otros países con escaso control de aduanas.

Jeebleh quedó asombrado.

—Hay tinglados montados se mire por donde se mire, ¿eh? ¡Y seguro que esos tinglados están en manos de las mismas personas que poseen las armas!

Bile explicó que los dueños de vehículos contrataban a pistoleros para su protección y, cuanto más caro el coche, más pistoleros se necesitaban. Sin embargo, al comienzo de la guerra civil, los coches se montaron con el depósito de combustible de manera que rebajaba el consumo. En aquellos tiempos era corriente ver contenedores de plástico, de dos litros, en el suelo de un vehículo y, de ese modo, se podía alimentar el motor por medio de una manguera. No era fácil hacer grandes recorridos, porque con frecuencia se agotaba la gasolina y había que repostar con más frecuencia, pero el coche estaba a salvo de posibles asaltantes.

—Un periodista estadounidense comentó que Somalia es el modelo ideal para el resto del continente —dijo Jeebleh—. A su entender, los africanos podrían prescindir de los gobiernos estudiando lo que está ocurriendo en Mogadiscio, donde los teléfonos funcionan ahora mejor que cuando había Estado. El mismo periodista señaló que, así como antes sólo había un periódico, portavoz del gobierno, ahora hay no menos de trece diarios con posturas divergentes. ¿Qué opinas?

—¿Que qué pienso? ¿Qué dice de la educación ese periodista? —Bile se mostró desafiante—. ¿Qué dice sobre el hecho de proporcionar hospitales o seguridad y otros servicios sociales a las personas de a pie que no van armadas? Todo somalí que no esté en nómina de un señor de la guerra estará de acuerdo conmigo en que incluso un gobierno ineficaz y corrupto ofrecerá mejores servicios que los que de momento aportan los señores de la guerra, que están en el negocio no de construir instituciones sino más bien de derribarlas. Los servicios pueden ser defectuosos, y de hecho lo son en otros países, pero cualquier gobierno central, por débil que sea, lo hará mejor que esos asesinos, los señores de la guerra y sus cárteles. ¡Mira cómo está la ciudad! Y tú sabes cómo era antes.

—¿Los señores de la guerra rinden pleitesía a los cárteles empresariales?

—Mientras sean de la misma comunidad de sangre... Lo cierto es que los señores de la guerra y la comunidad empresarial se benefician de todas las escaramuzas, de todas las confrontaciones. Igual de cierto es que la mayoría de los combates se producen fuera de las horas de comercio, a última hora de la tarde, cuando los mercados dan por terminada la jornada, o muy temprano, antes de que abran, también de noche. Yo diría que los llamados mercados algo tienen que ver con muchos de los combates, pero en este país no es tan fácil separar un negocio de la sangre.

—¡Pues no es lo que parece desde fuera!

—Desde luego que no.

¡Los señores de la guerra, fuerzas del mercado!, murmuró Jeebleh para sus adentros.

Con un pesar subliminal en el rostro, Bile siguió hablando.

—Hay quienes de hecho atribuyen las primeras desavenencias entre el Cacique del Sur y el Cacique del Norte a la llegada de billetes del Banco de Somalia por valor de miles de millones traídos de Inglaterra, donde los imprimió el régimen del antiguo dictador. Se desató un infierno cuando el avión que traía el dinero desde Nairobi fue desviado a un aeródromo situado en el norte de la ciudad.

—¿Cosas del Cacique del Norte? —preguntó Jeebleh.

—La excesiva codicia de los dos hombres fuertes produjo la fragmentación y luego una guerra civil —dijo Bile. Calló de pronto y se volvió hacia Jeebleh—: ¡Ya estamos aquí!

—¿Aquí? ¿Dónde?

—En El Refugio.

La puerta cedió sobre las bisagras con un crujido, el canto inferior a punto de rozar el suelo, la pintura toda descascarillada. Jeebleh dedujo que rara vez estaba cerrada e imaginó a niños y mujeres maltratadas al llegar: los niños para que se los cuidara y se les diera de comer, las mujeres maltratadas para recibir consuelo y consejo profesional. No hacía falta cerrar esa puerta.

Cuando la franquearon Bile y él, Jeebleh vio unos cuantos bungalós. Había un rótulo que decía «HOYI», refugio, en grandes mayúsculas, y otro más pequeño donde se leía, en inglés, «El Refugio».

—En tiempos ya lejanos —explicó Bile—, cuando había colegio mañana y tarde e incluso era posible estudiar de noche, la mayoría de estos bungalós fueron el alojamiento de un internado. Los estudiantes del turno de día de varias escuelas de secundaria que había en la zona, aquellos cuyos padres vivían en otras ciudades, se alojaban aquí.

Pasaron por delante de una casa de techo bajo donde unos jóvenes con ropa de trabajo oscura se habían reunido en torno a un vehículo destartado en el que se les enseñaba mecánica de automóvil. Siguieron adelante y un estrépito propio de chavales más jóvenes fue en aumento. Se oyó una campana y veinte o treinta adolescentes, chicos en su mayoría, salieron casi de estampida. Jeebleh y Bile se hicieron a un lado. Se abrió una puerta tras ellos y salió un grupo de chicos y chicas, más pequeños que los del grupo anterior, corriendo con el entusiasmo desinhibido de la juventud. Las chicas reían entre sí, los chicos andaban en plena persecución. Parecían mucho menores que los jóvenes del aeropuerto o los recaderos del hotel.

Una mujer de avanzada edad saludó a Bile por su nombre y dio la bienvenida a Jeebleh con un gesto. Jeebleh supo que era la persona que estaba al cargo de los niños con ayuda de varias mujeres más jóvenes. A un lado, un hombre se agachaba para

atar los cordones de los zapatos de una niña muy chica.

Allí reinaba la paz, pensó Jeebleh. Bile había creado varios mundos superpuestos y concebidos según el ideal: el piso que compartía con Seamus, El Refugio, el hospital que aún tenía que ver... y también el mundo de Raasta y Makka, aunque por el momento estuviera interrumpido. Eran mundos que se hallaban en manifiesto contraste con lo que se podía experimentar en el resto de la ciudad. Eran oasis de consuelo en una tierra de penuria.

Bile abrió la puerta de la antesala de un despacho. Adornaban la pared las fotografías de los niños, algunos con uniforme escolar, otros no. Por un instante Jeebleh se perdió en una ensoñación, olvidando incluso dónde estaba. Contempló las imágenes en las que los chicos y las chicas recibían medallas de manos de un monseñor italiano. Algunas fotos llevaban pie: un nadador tras una carrera, un jugador de ajedrez que había quedado en segundo lugar en una competición en Praga, un atleta que había sido subcampeón en una carrera de obstáculos...

—¿Elegiste tú este lugar? —preguntó Jeebleh.

—¿Te acuerdas de lo que era en sus tiempos?

—Me acuerdo de que lo llamábamos «La Residencia». Cuando éramos adolescentes era una residencia para niños que llevaba la Iglesia católica. Recogían a los niños abandonados, a los que cuidaban los curas. Y antes había sido de un siciliano que la había llamado Villa San Giovanni.

—¡Buena memoria! —dijo Bile.

—Explícame más.

Se dio el caso de que Bile había llegado al edificio por pura casualidad un día, a los pocos meses de empezada la guerra civil. Estaba haciendo un encargo y, por la razón que fuera, tomó un desvío. Tal vez una fuerza misteriosa lo atrajo hacia allí. Se encontró con una niña en un rincón, envuelta en una manta, bien vestida, con pantalón y una linda camiseta con letras góticas. La presencia de la niña no tenía sentido, era imposible saber quién la había dejado allí. Cuando volvió a casa con una niña cuyo nombre no sabía, Shanta y Faahiye, con quienes Bile compartía casa entonces, decidieron darle uno, porque en todo momento se señalaba a ella misma y decía algo parecido a «Marta» o «Marcia». La llamaron Makka y, en efecto, respondió a ese nombre.

Guardaron silencio cuando entró un joven en el despacho sin llamar. Les llevaba una bandeja con el té. Bile asintió y le dio las gracias y esperó a que se fuese para seguir hablando.

—En otro sentido, también podría decirse que fue Raasta quien nos trajo aquí a todos.

—¿Cómo es eso?

—O tal vez deba decir que Raasta trajo aquí a su madre como preludeo a su nacimiento. ¿Y a que no sabes qué? Dajaal conoció aquí a Shanta, de nuevo por casualidad.

—No preguntaré qué estaba haciendo Dajaal aquí.

—Estaba al mando de las fuerzas encargadas del distrito.

—Vuelve a lo de Shanta o a cómo la trajo Raasta.

—Es fascinante y es complicado —dijo Bile, e hizo una pausa—. Shanta estaba en avanzado estado de gestación, embarazada de Raasta, de unos ocho meses. Fue a una cita con el ginecólogo, pero debido a los intensos combates entre la milicia de los clanes y las fuerzas del tirano, el médico no estaba en la consulta. Shanta había recorrido a pie una distancia considerable, desde el hospital de Digfar. Los combates entre los milicianos y el régimen eran encarnizados, caían las bombas por todas partes. Pero en ningún momento, Shanta me lo dijo después, en ningún momento temió por su vida o la de la niña.

Una radio portátil que había sobre la mesa de Bile se encendió de pronto y el sonido de las interferencias lo llevó a guardar silencio. Escucharon mientras dos mujeres hablaban de las provisiones para El Refugio que una de ellas tenía que ir a comprar. Cuando las mujeres se despidieron, Bile siguió su relato.

—Seguramente fue la pesada vejiga de Shanta lo que la trajo aquí. Necesitaba ir al retrete y estaba fatigada, con lo que encontró una cama y se durmió. La despertó después de anochecer el propio Dajaal, que estaba al mando de un grupo que combatía contra las fuerzas del tirano en el distrito. Fue a buscar a su marido, que ayudó a buscar una comadrona. Luego Dajaal me llevó a donde estaba ella, a tiempo de traer a Raasta al mundo. ¡Todos estamos relacionados con este lugar!

La cena en El Refugio le abrió los ojos.

Jeebleh tuvo que sentarse en una alfombrilla en el suelo. Si le hacía falta un recordatorio de que estaba bajo de forma física allí lo encontró al sentir dolor en las rodillas, en la parte alta del muslo, incluso en los talones. No podía recoger los pies bajo el cuerpo, como hacían otros con gran facilidad. Aunque estaba terriblemente dolorido, permaneció arrodillado, cambiando de posición continuamente. Al final se puso en cuclillas, buscando el equilibrio sobre los dedos de los pies.

—¿Quiénes son esos niños? ¿Por qué ellos? —preguntó.

—A grandes rasgos, hay épocas en las que apenas hay combates, o son pocos, y épocas en las que la lucha es más intensa —explicó Bile—. Al grueso de los niños que forman el grupo principal los llamamos «los internos». Un tercio de los niños pasan más bien por «turistas». Han huido de los combates en sus pueblos y aldeas, pero tienen previsto volver cuando se calmen las cosas.

El comedor era ruidoso. Había niños muy pequeños, más de una treintena, y adultos que se ocupaban de que comieran. Había adolescentes y hombres jóvenes, sentados en el suelo, cerca de donde Jeebleh y Bile compartían una gran fuente con Dajaal y el conductor. Había nueve fuentes en total, todas muy grandes, de cada una de las cuales se servían ocho o nueve personas.

—Hemos recurrido al método tradicional de comer juntos a diario, de la misma *mayida* —dijo Bile—, con la esperanza de crear así una camaradería y una mayor confianza los unos con los otros. Alguno dirá que es una tontería pensar que quienes se miran mientras comen juntos están estrechamente unidos, pero nuestro experimento confirma que todo el que pretende hacer algo malo a un compañero de *mayida* no es capaz de mirarle a los ojos, ni a él ni a nadie más. Por estas tierras decimos que muchas personas prefieren no acudir a compartir la *mayida* cuando hay resentimiento. Y si compartimos la *mayida*, no puede haber resentimiento.

—Es una gran idea —coincidió Jeebleh.

—Tienes que hablarme de Raasta y de Makka —dijo Jeebleh.

—Con mucho gusto —contestó Bile.

Habían vuelto a su vivienda y la luz en los ojos de Bile se nubló con la pena. Jeebleh, por su parte, estaba de nuevo intranquilo. Se sentaron en la terraza, adonde llegaba un toque salobre con la brisa del anochecer.

Jeebleh dijo a Bile que aunque fuera tarde quería enterarse de lo ocurrido con las dos niñas desaparecidas.

—Hemos podido encajar todas las piezas del rompecabezas tras hablar con dos mujeres que trabajan en El Refugio: sabemos que Makka fue la primera en desaparecer —dijo Bile—. Algo insólito pasó poco antes, el mismo día. Llegó a la puerta una niña de unos seis o siete años, vestida con un traje hecho de cuentas de muchos colores, parecido a los que llevan las doncellas zulúes sobre el pecho desnudo. Se quedó allí un buen rato, pero no quiso entrar en el recinto. Ninguna de las dos mujeres sabía quién era, de dónde venía, quién la había dejado a la entrada ni quién la recogió cuando al fin se fue, unos veinte minutos después, caminando hacia el norte, desaparecida en el mismo misterio que la había traído hasta aquí. Makka vio a la niña al mismo tiempo que las dos mujeres y poco después empezó a comportarse como si estuviera bajo los efectos de un hechizo, temblando. Las dos mujeres coinciden en que nuestra Makka se quedó tan encantada con las cuentas que llevaba la niña que la siguió cuando a ellas las llamaron para atender algo.

—¿Y a partir de ahí... que pasó?

—Makka volvió, ella sola —dijo Bile—. Poco después salió de nuevo, al parecer en busca de la niña de las cuentas. Las dos mujeres recuerdan que Makka dijo que había ido a buscar a Raasta, para poder ir «a jugar a las cuentas» con la otra niña o algo así. Y dijo algo sobre un hombre y una mujer. Hay muchas cosas que no están claras.

—¿Y Raasta?

—Raasta se inquietó al enterarse de que Makka se había ido por su cuenta y salió a buscarla.

—¿Y entonces? —preguntó Jeebleh.

—Las mujeres vieron un coche de lujo, con los cristales tintados y el motor en marcha, aparcado en una carretera que está al sur de la nuestra. Cuando organizamos una búsqueda por la zona no encontramos ni rastro del coche. Un vecino dice haber visto a uno de los hombres. Llevaba gafas de sol, de las que llevan los gánsteres en las películas estadounidenses.

—Nunca hubiera dicho —comentó Jeebleh como si hablase para sí mismo— que

es posible ver coches de lujo en las bacheadas carreteras de Mogadiscio y en plena guerra civil.

—Hay toda una flota que en otro tiempo perteneció al Estado hoy hundido —dijo Bile.

—¿Por eso supone todo el mundo que es un señor de la guerra quien está detrás de la desaparición de las dos niñas?

Bile escogió sus palabras con cautela:

—Para ahorrarle sufrimiento innecesario, no le hemos dicho a Shanta todo lo que sabemos. Eso del coche de lujo lo sabemos las dos mujeres y yo.

Siguió un largo, muy largo silencio.

—Cuéntame más, Bile —dijo Jeebleh.

—Son tan distintas que es increíble —dijo Bile—, pero han llegado a ser completamente dependientes una de la otra y empiezan a parecerse incluso de alguna manera. Ya sabes lo que se dice, que cuando un hombre y su esposa han vivido juntos muchos años empiezan a hablar igual. Lo cierto es que Raasta y Makka suenan igual... hasta cierto punto —Bile hizo un alto, tal vez de pronto consciente de su empleo natural del presente de indicativo, señal de su creencia en que las niñas estaban bien, que no habían sufrido daños.

Jeebleh guardó silencio. No quiso decir que había hablado con Caloosha de las niñas, porque no deseaba ni aumentar las esperanzas de Bile ni apagarlas.

—Salvo el día de la desaparición, ninguna de las dos hace nada ni va a ninguna parte sin que la otra esté al corriente —siguió diciendo Bile—. Son como las gemelas siamesas, que ninguna da un paso sin que la otra esté con ella.

—Entonces, quien las separase el día en que desaparecieron sabía lo que estaba haciendo: se trataba de engañar a una para que se alejase y llevarse a la otra —dedujo Jeebleh—. ¿Podría haber sido un trabajo hecho desde dentro?

Bile no estaba a favor de especular.

—En cuanto a los más allegados de Raasta, Makka transmite un amor ilimitado en su generosidad. Nadie sabe exactamente la edad que tiene Makka, ni cómo llegó a la antesala de El Refugio en que me la encontré dormida. Le gusta dar besos, tocar, confiar en los demás. Lleva una sonrisa permanente en los labios y hace gala de su alegría con cada oportunidad, rara vez llora, rara vez se la ve triste, como les sucedería a otros niños de circunstancias similares. A menudo me digo que se sostiene dentro del marco de un relato que aún no nos es conocido, que es un cuento por contar. Cada una de sus palabras apunta hacia tantas preguntas sin respuesta... En El Refugio la tratan con gran afecto debido a sus cualidades especiales. Todo el mundo es bondadoso con ella. Sonríe llorando y llora de todo corazón, riendo. Comparado con ella, siento que tengo una gran carencia.

Así fue como la había encontrado: oyó un extraño sonido, procedente de lo que



supuso tenía que pertenecer a ese misterio que es la naturaleza. Se encontraba solo en El Refugio cuando captó un ruido que estaba a caballo entre una risa ahogada y el carraspeo característico de quien se prepara para soltar una larga parrafada, además de un gruñido, una forma de comunicación propia de los animales no dotados de habla. Cuando encontró a la niña con síndrome de Down, un pequeño fardo, ataviada con ropa estilosa, propia de una familia acomodada, a Bile le costó varios minutos decidir si hablaba somalí o una lengua que sonaba a alemán. Ojalá estuviera Seamus, se dijo, puesto que él seguramente sí sabría si era alemán, flamenco u holandés. Bile sólo pudo suponer que era en parte somalí y en parte europea, la mitad europea sin especificar. Los sonidos que había musitado la niña, una vez descifrados y dispuestos en su ánimo, no llegaban a formar una frase y no lo llevaron a ninguna parte. Tenía un deje nasal en el hablar, como si las «enes» colisionaran con un puñado de «ges». Era imposible intentar entender siquiera qué estaba diciendo. Mucho más llevadero era entender los balbuceos de Raasta que desenmarañar los acoples que se daban en las palabras de Makka.

Así como Raasta fue haciendo progresos y dando grandes pasos en lo referente al aprendizaje de una lengua, Makka no avanzaba. Le gustaba repetir una frase hecha, «*Aniga, anigoo ah!*». En somalí, se trata de una expresión que significa «Yo mismo soy yo», y estaría tenida por una frase sofisticada en cualquier lengua, si bien ¿qué era lo que Makka pretendía decir? Al traducirle a Seamus la frase por un «Yo, mí, me, conmigo», Bile no pudo evitar preguntarse si la aparición de la niña con síndrome de Down no tendría algún sentido oculto. No le llevó mucho a Raasta demostrar a todos los interesados que Makka era en cierto modo un genio. La amistad de las dos niñas abonaba el camino hacia la paz, la armonía.

De pronto, un día en el que se cumplían tres años exactos de su misteriosa aparición, Makka empezó a enhebrar y a ensartar y desensartar las cuentas de los rosarios. Le dio por hacerlo siempre que estaba despierta, tan ocupada como quien acaba de descubrir una vocación. Bile le llevó todos los carretes de hilo que pudo encontrar. La niña era muy diligente y adoptaba un bendito aire de concentración que la caracterizaba. Daba gusto verla, con el labio inferior prominente, un reguero de saliva clara como el agua de lluvia al fondo de su boca abierta, las arrugas de la frente gruesas como el algodón artesanal. Tenía por costumbre hablar en murmullos consigo misma, a menudo repitiéndose «*Aniga, anigoo ah!*». Pensó que la expresión era uno de los rasgos únicos de Makka.

Ya disponía de más vocabulario gracias a los tratamientos que le habían dado los especialistas extranjeros, maestros irlandeses voluntarios que pasaban a veces algunos meses en El Refugio. Las palabras de Makka entretejían por sí solas un dibujo en brocados, sus elipsis.

Un prodigio de afecto, Makka repartía besos enormes con generosidad. Raasta, más que nadie, extraía sus generosas emociones desde lo más profundo, recurriendo a una reserva que sólo estaba a su alcance. Abrazando a Makka y estrechándola,

rozándose las mejillas de ambas, Raasta musitaba algunas palabras y Makka las repetía, alterando levemente la secuencia o modificando sin querer la pronunciación. A Makka entonces se le quedaba la boca abierta y no sabía qué decir.

Todos se congregaban en torno a ellas, las adoraban. Las niñas eran una ayuda para que los demás capeasen el tiempo tormentoso que acompañaba la política de los clanes. Si existía una gran diferencia entre Makka y Raasta era la relacionada con la memoria. Makka vivía en el instante y el instante era inocencia pura y simple. No formaba parte de ningún bando, salvo del suyo propio. No pertenecía a ninguno de los clanes. El Refugio le había dado una familia y ella aportaba a El Refugio su lealtad absoluta. En cambio, Raasta había aprendido a decir quién era, es decir, a qué clan familiar pertenecía, y lo aprendió desde que se le abrieron los pulmones con el llanto de la vida.

—¿Qué actitud tenía Faahiye con Makka?

Bile se levantó con un repentino gesto de inquietud.

—Un momento, por favor —dijo, y se fue.

Instantes después Jeebleh oyó la cisterna de un aseo y unos pasos que volvían.

Fue como si Bile hubiese alargado la mano y hubiese encontrado una voz nueva o como si hubiese regresado con ella, una voz encontrada en lo más hondo. Estaba más sosegado.

—Date cuenta de que, aun cuando Faahiye estuviera físicamente presente, a los que hemos tenido contacto diario con él nos parece que en realidad no estaba allí —dijo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jeebleh.

—Algunos creemos que emprendió una especie de viaje suicida. Se comportaba con temeridad, visitando zonas de la ciudad en las que eran enconados los combates. Se llevaba una cámara, como un turista en una misión suicida.

—¿Mostró a alguien las fotografías que hizo?

—¡Ni siquiera se tomó la molestia de revelarlas!

—¿No era abogado? —preguntó Jeebleh.

—Un hombre de leyes en una tierra sin leyes, sin empleo e inútil para el trabajo.

—¿No venía aquí, a El Refugio, al menos en su tiempo libre? ¿No echaba una mano?

—Ojalá, nos habría gustado a todos —respondió Bile.

Voltaire dijo que un buen trabajo, honrado, hecho en nombre de Dios, erradica los tres grandes males: el aburrimiento, el vicio y la pobreza. Pensar en la falta de compromiso de Faahiye con los trabajos que tenía al alcance de su mano llevó a Jeebleh a preguntarse si de veras habría sido más fácil de tratar en caso de tener empleo y estar ocupado. ¿Habría impedido eso mismo que los somalíes cayeran por el camino inevitable de la autodestrucción, del odio entre unos y otros, del

desperdicio, de las hambrunas? El mal y la envidia se apoderan de quienes no tienen ocupaciones. Sus pensamientos lo llevaron a otra parte: al sexo. Jeebleh imaginó que Faahiye estaba hambriento de amor y de sexo. Se lo preguntó a Bile.

—¿Tenía el sexo un lugar destacado en su ánimo?

Cualquiera podría haber dicho que a Bile le habían quitado la tierra bajo los pies.

Jeebleh lamentó la pregunta formulada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Yeats dijo que el sexo es el subtexto de toda relación arruinada. ¿O acaso lo cito mal?

—Esto tendremos que preguntárselo a Seamus.

—¿Lo de Faahiye y el sexo?

—No, ¡lo de los poetas irlandeses y el sexo!

—¿Y era el sexo —repitió Jeebleh— el subtexto de las relaciones agriadas entre Shanta y Faahiye?

—Pregúntaselo tú a ellos cuando los veas.

Media hora después a Bile se le habían desdibujado los rasgos faciales, como si fuesen mantequilla congelada y expuesta de pronto al calor.

—Yo apenas sabía nada de lo ocurrido hasta entonces —dijo—, pero cuando llegué... Enseguida fue evidente que mi presencia causaba un gran trastorno en la casa que habían montado para ellos. Reconozco que al principio fui insensible, de eso no me cabe duda, y lo lamento a todas horas.

—¿Qué hiciste?

—Compartíamos un espacio reducido. Estábamos los unos encima de los otros, pasábamos mucho tiempo juntos. Shanta y Faahiye tuvieron unas riñas tan fuertes en los primeros meses de vida de Raasta que me fui y me organicé para vivir por mi cuenta, no muy lejos de ellos. Para entonces, Faahiye había intentado forzar a Shanta, a poco de terminar la cuarentena. No quise saber nada de eso, pero me enteré porque Shanta me lo contó. Hubo riñas posteriores en las que él se puso intolerablemente ofensivo, llegando a sugerir a Shanta que se reservase para el único hombre al que había amado, es decir, para mí. Luego idearon una manera de vivir agradable para ambos. Él cuidaba a Raasta en las primeras horas del día, pues Shanta hasta mediodía no deja la cama, es de esas personas. Y ella cuidaba a la niña por la tarde y por la noche. De ese modo, yo lograba pasar un rato sin interrupciones con Raasta cuando era el turno de Shanta. Todo era muy complicado, muchas fronteras que no podíamos traspasar y muchas otras que no podíamos siquiera marcar. Es un gran alivio que Raasta y luego Makka, cuando se unieron a nosotros, no se vinieran abajo lloriqueando a todas horas. No sé cómo, pero las dos niñas sabían dónde estaba la senda de la condenación y la desesperanza, y se mantuvieron bien lejos, gracias a Dios.

Bile se hallaba arrastrado por el torbellino de una pena inmensa, pero se concentró plenamente en relatar la historia. Sus rasgos faciales adquirieron el tono azul más oscuro de una tela dejada a remojo toda la noche. Inmerso en su tristeza, la expresión de Bile recordó a Jeebleh esa tela del sudoeste de Nigeria, el *adire*, en su máxima expresión.

—¿Tú crees que él ha tomado como rehenes a las niñas?

—No lo sé —dijo Bile.

Jeebleh percibió el peso lúgubre de la pena, que lo arrastraba a cotas mayores de desesperanza.

Se le redujeron las pupilas a un punto de negrura que se extendía hacia el interior, hacia el infinito.

—¿Con ayuda de Caloosha?

—Ojalá lo supiera —dijo Bile.

Jeebleh vio otra nube de desolación descender sobre Bile, semejante a la anterior, el reconocimiento de una inmensa pérdida. Pocos segundos después le pareció apreciar una pálida ensoñación que se extendía sobre su semblante.

—¡El dolor con el que vivimos! —exclamó Bile.

Jeebleh no estuvo seguro de que Bile quisiera expresar un concepto difícil pensando en la muerte, aunque era obvio que se retiraba hacia su interior, sin ser apenas consciente de que Jeebleh se encontraba en la misma habitación que él.

—Creo que soy yo la causa del dolor del que Faahiye nunca ha sido capaz de hablar, teniendo en cuenta que es un hombre de conducta correcta e intachable —dijo Bile—. También es posible, claro, que el origen de su dolor, que al final echó a perder la relación, sea el sexo o, más bien, la ausencia de sexo. ¡La memoria es arrepentimiento! La memoria es arrepentimiento, pero ¿qué voy a decir yo?

Jeebleh alargó la mano para tocar a Bile y darle una palmada en la rodilla.

—Si al menos se hubiese marchado cuando debió hacerlo, llevándose consigo a su esposa y su hija —dijo Bile—, las cosas podrían ser diferentes para todos nosotros. Ahora el pesar impregna el aire que respiramos, nos duele todo. Todos estamos dolidos. Y no hay peor dolor que el de un hombre inocente y acusado erróneamente de un crimen que no ha cometido, como tampoco hay dolor como el de una esposa desdeñada, el de un amor no correspondido, el del lecho conyugal abandonado, el de los niños convertidos en campos de batalla.

Bile se sujetó la cabeza entre ambas manos, temblorosas, y Jeebleh no supo si había oído un tenue sollozo. Oía la respiración de su amigo, suave como el paso de un niño chico. Un gran silencio y Bile alzó la cabeza. Tenía húmedas las mejillas.

—¡Fue una vergüenza! —dijo.

—¿El qué?

—Que Shanta acusara a Faahiye de manera tan injusta.

—¿De qué? ¿De qué le acusó?

—¡Una vergüenza!

—¿Y por eso se marchó?

Bile ya no quiso entrar en más detalles, dejó la pregunta sin responder.

—Yo creo que Faahiye es inocente, ¡acusado de un crimen que no ha cometido!  
—se limitó a decir sacudiendo la cabeza.

A Jeebleh no se le ocurrió qué decir.

—De esto... culpemos a la guerra civil —dijo Bile con remordimiento—. Culpemos a nuestras enfermizas mentalidades, a esas pataletas que no deberían salir de nuestra cabeza. Culpemos a la violencia endémica, a la crueldad que se ha desatado sobre los débiles. Culpemos a nuestro deteriorado concepto del propio yo.

—Pero... ¿de qué le acusaba ella?

Bile no quiso decir nada y salió de la estancia.

---

—¿No hemos sufrido ya bastante? —preguntó Jeebleh.

—Dudo que así sea —contestó Bile.

—¿Sabemos cómo sufrir? Y, si no, ¿por qué?

—No sé si se puede padecer una pena necesaria y limpia cuando nadie se hace cargo de la pérdida tan grande que ha sufrido y cuando todos los individuos cercanos o lejanos siguen negando su parte en la pérdida.

—¿No están de duelo muchos somalíes?

—Confundimos el daño personal con un daño a la comunidad —insistió Bile—. A mí me resulta engañoso eso, me resulta muy improductivo.

Jeebleh recordó que Bile había perdido a su padre muy temprano, presuntamente a manos de Caloosha. Seamus había perdido a un hermano, a una hermana y a su padre por la violencia sectaria de Irlanda. ¿Llora un niño una pérdida del mismo modo que un adulto? ¿Hay un límite temporal, un punto a partir del cual el luto deja de ser eficaz?

—¿Cómo te las has apañado? —preguntó Jeebleh.

—He estado sumamente ocupado, atendiendo a las necesidades de otros, no a las mías. Ni siquiera he tenido tiempo ni fuerzas para hacer frente a las ruinas que tenemos alrededor. Al contrario, me revuelco en mis penas a menudo y me invade una profunda desesperación cuando pienso que podría haber logrado algo más sustancioso si hubiese intervenido en política, tratando de poner paz entre los bandos enfrentados.

—¿Por qué no has intentado hacerlo?

—Hasta que te he visto no me he dado cuenta de que me lancé a lo más profundo el día en que recuperé la libertad y decidí quedarme y, si decido organizar un refugio infantil, cuidar de Raasta, estar cerca de Shanta, que siempre está necesitada, no entro en lo que se llama política en estas tierras.

—¿No hay alguien con quien puedas hablar?

—Es demasiado tarde para que me ponga a buscar interlocutores de confianza, con los que se pueda hablar en serio. Ya es tarde para que me implique en una conversación de paz.

—¿Por qué?

—Sería como una hormiga que se distrae y se sale de la fila y que trata de volver con el resto del hormiguero una vez la tormenta haya desordenado del todo la colonia.

A Bile se le notaban las preocupaciones en la frente, señales visibles de lo que pesaba en su ánimo. El inquieto pensamiento de Jeebleh lo llevó a pensar en sus

propias preocupaciones. Al contrario que Bile, que se había abstenido de entrar en «todo lo que aquí pasa por política», él se había lanzado de lleno a la caótica energía del lugar. A raíz de ello, se empezaba a encontrar perdido en las aspiraciones y reclamaciones de unos y otros en la política de los clanes.

Entró en la estancia un gato como si tuviera más derecho que Bile a estar allí, como si fuese el inquilino de la vivienda o, al menos, su invitado. A juzgar por el modo en que lo miró Bile, eran desconocidos el uno para el otro. Jeebleh percibió una hostilidad no manifiesta. El gato miró a Jeebleh, luego a Bile, luego parpadeó ante ambos y se puso cómodo como sólo saben ponerse los gatos en un sitio que no es el suyo. Se tomó su tiempo felino, estirándose y bostezando, mirándolos de nuevo. Miró a Jeebleh y pareció sonreír, luego a Bile sin mover el gesto y se acarició los bigotes, pensó Jeebleh, con el aire meditabundo del que finge estar pensando.

—¿Has conocido al Cacique del Sur? —preguntó Jeebleh.

—No lo he visto en mi vida y no tengo el menor deseo de estrechar la mano de un asesino —dijo Bile—. Tampoco querría que nadie malentendiera la intención de mi visita y creyeran, si es que fuese a visitarlo, que guarda relación con cuestiones del clan, teniendo en cuenta que los dos pertenecemos a la misma línea sanguínea. He preferido distanciarme de él, y no sólo por deseo de que todo el mundo sepa que no veo con buenos ojos su política asesina, precisamente porque El Refugio se encuentra en territorio que en principio está bajo su control.

—¿Has pensado en pedirle que te eche una mano para rescatar a Raasta y a su amiguita? A fin de cuentas, el secuestro se produjo en el territorio que supuestamente está bajo su control.

—¿Con qué finalidad?

—¿No te parece que sería de ayuda?

—Dudo mucho que quiera.

—¿Pero crees que estará al tanto del secuestro? ¿Y no te has planteado que podría estar detrás? ¿O es que tienes la impresión de que no ayudará de ninguna de las maneras, a sabiendas de que eres un hombre de paz y él no?

Si la vida de uno estuviera hecha de un millón de momentos de verdad, pensó Jeebleh, haber echado del hotel a los viejos de los clanes e intervenido después a favor de la pastora alsaciana serían dos de sus más innegables *momenti della verità*, actos significativos sin duda, conducentes, como así fue, a un gran cambio que le estaba esperando. De nada sirve abundar en los graves momentos de la verdad.

Al final Bile tomó la palabra, aunque dijo poca cosa.

—No lo sé.

—¿Por qué no te has puesto en contacto con Caloosha? —preguntó Jeebleh.

Bile lo miró interrogativamente. ¿Había oído también él que alguien llamaba a la puerta? Instantes después los dos desviaron la mirada sin querer hasta dar con el gorrión que arrojaba todo su peso contra el cristal de la ventana. El gato miraba a la expectativa. Bile se puso en pie sin saber si debía dejar entrar al pájaro o no y al final

abrió la ventana para que fuese el gorrión quien decidiera. El pájaro entró en el despacho, trazó un círculo y salió volando sano y salvo.

—No quiero tener ninguna relación con ninguno de los caciques ni con Caloosha —fue todo lo que Bile quiso decir.

—Un chico mata a su brutal padrastro a sangre fría —dijo Jeebleh—. Ese chico, que ha padecido años de crueldad a manos del hombre asesinado, ¿va a llorar su muerte? El hijo del hombre asesinado, medio hermano del asesino, ¿llora la muerte de un padre al que nunca ha conocido?

Como Bile no reaccionó, Jeebleh recordó lo que dijera la madre de Bile, acostada, llorosa, refiriéndose a su papel en la crianza de Caloosha. «Es muy difícil —dijo— librarse del monstruo que una ha dado a luz, ha alimentado, ha criado y ha cuidado, dejándolo suelto en el mundo». Así respondió a los ancianos del clan, hombres todos ellos, y a su tendencia a culpar a las mujeres y a señalar lo que llamaron «el lado laxo de la naturaleza materna». Caloosha había asesinado a su padrastro, de lo cual el clan culpó a su madre.

Hagarr, la madre de Caloosha, de Bile y de Shanta, se casó tres veces. Era una mujer de ideas firmes, que no vacilaba a la hora de hacer lo que deseaba hacer. Cuando se presentó la oportunidad de ir a Italia con una beca a estudiar para comadrona, poco después del *nikaax*, del anuncio de su compromiso, se fue sin dudarlo a pesar de la oposición de su futuro esposo. Más adelante, cuando éste le expresó su deseo de que dejara el trabajo, pues él podía permitirse aportar lo necesario para ella y para su hijo Caloosha, también se negó de plano. Formaba parte del puñado de mujeres somalíes que habían terminado sus estudios de secundaria y podía ganarse su manutención, detestaba pensar siquiera en fiarse de las limosnas de un hombre. Mujer previsora, sabía que no estaba lejano el día en que su marido saldría en busca de una mujer más joven y más bonita, dispuesta a hacer todo lo que le ordenase un hombre adinerado. Y en cuanto sucedió tal cosa, Hagarr insistió en divorciarse.

Se marchó de su casa para alojarse en la de su hermano mayor, donde junto con Caloosha, que entonces tenía tres años, ocupó una habitación con entrada independiente. No tardó mucho en descubrir que compartir el espacio con su cuñada no era nada fácil. Encontró alojamiento en una pensión y contrató a una serie de jóvenes criadas para que cuidaran de su hijo. Poco le importaba que la sociedad la acusara de lo que algunos llamaron «abandono» de sus deberes de madre, pero le molestó que su marido la amenazase con llevarla a los tribunales.

Caloosha fue un niño muy difícil de criar. Era imposible inculcarle disciplina e hizo gala de una insólita crueldad muy pronto. A los tres años ya se le daba bien lanzar cuchillos como se lanzan los dardos, aunque en vez de una diana él prefería lanzarlos contra seres vivos. Prendía cerillas por pura maldad, alguna vez poco faltó para que ardiera la casa. Muchas de las jóvenes a las que Hagarr contrató para que



cuidasen de él se fueron al poco tiempo.

Ella tenía su trabajo e ingresos suficientes, pero Caloosha era un desafío demasiado grande para criarlo sola. Por eso contrajo un segundo matrimonio, por creer que el niño necesitaba la mano dura de un hombre que supiera domeñar sus desatinos, sus satánicas crueldades. Pasado un mes de la boda se advirtió un gran cambio en el comportamiento de Caloosha: se mostró mucho más comedido en sus relaciones con la asistenta de la casa y estuvo más sosegado, menos dado a la violencia. Hagarr lo atribuyó a la influencia benéfica de su marido, pero al cabo descubrió magulladuras en el cuerpo del chico. Una vez tuvo los ojos hinchados durante varios días, le sangraba la nariz y tenía moraduras en las muñecas y en la espalda. Resultó que su marido tenía por costumbre colgar a Caloosha por los pies. Un día, Hagarr volvió del trabajo y se encontró a su hijo así colgado. No supo qué hacer, además de amenazar a su marido con marcharse de casa. Lo malo es que no le faltaba mucho para tener el primer hijo de ambos, su segundo. Y aunque parecía haberse llevado unas palizas de muerte, Caloosha parecía haber hecho las paces consigo mismo y con su padrastro a pesar de la naturaleza violenta de ambos. Nunca se quejó. Aguantó las palizas como un hombre.

Caloosha tenía nueve años y estaba en segundo curso en la escuela cuando tuvo un altercado especialmente desagradable con su padrastro. Días después el padrastro apareció muerto, con un dardo envenenado en el cuello. Hagarr estaba de guardia esa noche. Según las hermanas del muerto, que compartían habitación con el chico, no hubo ruidos llamativos aquella noche. Sólo a la mañana siguiente, cuando la asistenta llamó a la puerta, se enteraron de la muerte de su hermano. Fue enterrado el mismo día. Se tuvo la sospecha de que Caloosha había lanzado el dardo envenenado, pero no hubo pruebas. El chico no dio muestras de culpabilidad.

Hagarr se fue a la tumba creyendo que su hijo había asesinado a su segundo esposo. Y Bile insistía, al menos en público, en que no tenía nada en contra de su hermanastro, ni siquiera por haber enviado antes de tiempo a la tumba al hombre que lo engendró.

Jeebleh y Bile estaban sentados con la mesa del café entre ambos. Jeebleh estudiaba las fotografías de un álbum: Raasta en brazos de su madre, en los de su padre, y en las imágenes se notaba qué solicitada estuvo desde que nació. Con apenas una semana, ya seguía con la mirada los movimientos del fotógrafo.

Quiso saber qué fue lo primero que pensó Bile cuando se fue a vivir con Shanta y Faahiye.

—Me avergüenzo cuando vuelvo la vista atrás —le dijo Bile—. Por desgracia, no he compartido mi vergüenza con absolutamente nadie. Me apena recordar lo que hice.

Sobre el rostro de Bile descendió un silencio tan quedo como las primeras

sombras de la noche. Ladeó la cabeza levemente hacia Jeebleh, en la postura de un animal que recibe una caricia.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jeebleh.

—Quería tocar —dijo Bile.

—¿Tener tan sólo contacto físico? —Jeebleh se acordó de la necesidad de tener contacto físico que le invadió al terminar bruscamente su cautiverio en la celda de aislamiento—. Me acuerdo bien de esa sensación.

—Quería que me tocasen —dijo Bile—, participar en un abrazo con seres humanos. El deseo de tocar y ser tocado era tan grande que por poco aplastaba a todo el mundo con un fuerte abrazo. Habría sido uno de los hombres más felices del mundo si alguien me hubiese tocado y yo hubiese tocado a cualquiera, inocuamente, pero con afecto.

—¿Cómo satisfaciste la necesidad?

—Cuando me acuerdo de aquellos tiempos recuerdo que estaba vivo y era libre, aunque por desgracia vivía en una casa que no era la mía, con una hermana a la que apenas conocía, con cuyo marido no me llevaba bien, pero yo tenía dinero en abundancia, si bien aquel dinero no era mío. Durante los primeros días pensé en mi madre, que no era una persona dada a la cercanía física, tal vez porque, al ser comadrona, consideraba el cuerpo humano como considera un zapatero una pieza de cuero, es decir, de un modo nada íntimo. Shanta era una persona dada a ese tipo de roce y, cuando era joven, era capaz de acurrucarse para dejarse abrazar. Caloosha era tan cruel que no tocaba a nadie, eso ya lo sabes: tan sólo hacía daño. A menudo me acordaba con placer de las mujeres a las que había amado, en especial de las mujeres que me habían tocado donde me gustaba que me tocaran y a las que yo toqué donde querían que las tocara. Estaba necesitado de contacto humano, de «tócame, por favor», cuando conocí a Dajaal poco después de recuperar la libertad.

—¿Y fue él quien te llevó a casa de Shanta y Faahiye?

—Así es. En realidad, entré por el portón y oí un gemido apremiante. Dajaal me había avisado del estado en que se hallaba Shanta, me lo dijo en cuanto me presenté ante él. Supongo que el gemido que oí menguó mi ansia de tocar al menos por un tiempo. Y enseguida me lavé las manos y me remangué la camisa, listo para ponerme a trabajar.

»Ojalá hubiese considerado seriamente las implicaciones éticas de que un hermano ayude a traer al mundo a la hija de su hermana menor, pero no había tiempo: la vida de la madre y la de la niña aconsejaban a toda costa una intervención urgente, la mía. Corrían tiempos anómalos. No funcionaban los hospitales, no tenía forma de encontrar de prisa a un médico que asistiese a mi hermana. Así que hice lo que tenía que hacer y además me puse a trabajar sobre la marcha, consciente de las condiciones en las que lo hacía, que distaban de ser las ideales.

—¿Y dónde estaba Faahiye entretanto?

—Estaba allí mismo, desde luego.

—¿Y qué hizo?

—Me parece recordar que estaba tan nervioso como un adolescente —dijo Bile—. Raasta era su primera hija, la primera para los dos. Su angustia fue en aumento y a cada paso llamaba a la puerta y entraba y salía, además de hacerme algunas preguntas de principiante.

»No me había hecho yo a la idea de que él querría abrazar a su hija en cuanto abriese los pulmones para darle la bienvenida a la vida. No son muchos los somalíes que querrían tener en brazos a un recién nacido. Para mí, de todos modos, todo aquello era irreal y me deleité en el tacto, en los abrazos, en que me tocasen y me abrazasen, pues no recordaba lo que acababa de hacer, ayudar a que mi hermana diese a luz, lo cual según los criterios médicos de nuestro país es contrario a la ética. Reñimos incluso por ver quién la tenía más tiempo en brazos.

»No tuve la presencia de ánimo necesaria para entender por qué Faahiye se enojaba o se apenaba, por qué al final salió de la habitación. Cuando no la tenía yo en brazos, lamentaba mi error de juicio, lamentaba estar acaparando a mi sobrina y lamentaba no haber caído en la cuenta de que Faahiye podía estar ansioso de tener a la niña en brazos y tocarla, tanto al menos como yo, pero ya era demasiado tarde: éramos dos hombres adultos, uno padre, otro tío materno, ¡y ya estábamos listos para pelearnos por una niña recién nacida! Claro que nunca en presencia de ella.

—¿Y qué pasó?

—Mi hermana pasó buena parte del primer día durmiendo y, cuando volvió en sí y tuvo a la niña en brazos, dijo que la pequeña la había apaciguado, como en un hechizo. Todos percibíamos la calma interior que nos invadía cuando estábamos junto a Raasta y, si había que discutir o pelear por algo, salíamos de la habitación en que ella estuviera. Era importantísima para todos nosotros, porque era la garantía de nuestra seguridad. Era una niña nacida para la paz, era una alternativa al desgaste de la guerra. Era una persona protegida, por lo que todo el que estuviera físicamente cerca de ella también se hallaría protegido. Eso es lo que creíamos.

—¿Qué fue de la bolsa de lona? —preguntó Jeebleh.

—Me había olvidado de ella por completo —dijo Bile—. Faahiye la encontró en la casa y me obligó de malos modos a decirle de dónde había sacado todo aquel dinero. Discutimos, me acusó de robo y de asesinato. Yo estaba en paz conmigo mismo y mi conciencia estaba tranquila, puesto que sabía la verdad y sabía que no era ni ladrón ni asesino, pero me costó trabajo explicarlo y me sentí afrentado por Faahiye. Y dolido. Habíamos empezado con mal pie. Así fue la cosa. Y luego estuvo lo de la enfermedad de Shanta.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo una inflamación aguda que empeoró cuando empezó a dar de mamar a la niña. Le salieron abscesos. En menos de un día tenía los pechos hinchados y, como cada vez se le endurecían más, resolví que a la niña se le diera biberón, pero entonces Faahiye prohibió que su hija se alimentase con leche en polvo comprada con dinero

que era producto de un saqueo. Shanta nos dijo que, como mujer, no quería convertirse en víctima de lo que, dijo, no eran más que las interminables y mezquinas discusiones de los hombres sobre asuntos que para ella no revestían importancia alguna. A ella lo que le importaba era que la niña tuviera leche, no de dónde viniese la leche ni de qué forma viniese. Faahiye se puso de mal humor. Todo fue bastante horrible.

En otro largo silencio, ambos amigos miraron al gato, que se afanaba en tirar de un muñeco en el que había clavado sus poderosas garras.

—¡Lo malo de Shanta es que es Shanta!

—¿Qué quieres decir? —dijo Jeebleh.

—Dice de sí misma que tiene las manos atadas con una cuerda de lágrimas, con lo cual quiere decir que no puede evitar ser una llorona —contestó Bile—, pero puede ser igual de fuerte y negarse a alcanzar soluciones de compromiso. Cuando está obstinada, no se anda con menudencias y deja que el mundo entero arda en sus propias cenizas.

Bile explicó lo orgulloso que estaba de la postura política de su hermana, de lo que llamó su «conciencia cívica», y añadió que era muy capaz de enfrentarse a la política de Caloosha con imprudente valentía.

—De todos modos, desde la desaparición de Raasta ha empezado a dar preocupantes muestras de cambio. Aunque sigue despreciando su trato íntimo con los señores de la guerra, ideológicamente se halla más cerca de Caloosha y no sólo cuando se trata de la política de los clanes.

—¿Cómo reacciona Faahiye a todo eso?

—¡Él pertenece al viejo mundo! Sabe ser deferente al máximo, puntilloso incluso, al menos en público —dijo Bile—. En cambio, puede ser muy insoportable en privado y más cuando reduce todas las quejas de Shanta a meras quejas de mujer, a naderías. Al mismo tiempo, se comporta de una manera recta, muy del viejo mundo, como un hombre que cree en su propia dignidad y en el honor de la familia. Ella, por el contrario, es muy dada a tener estallidos de humor y a montar penosos espectáculos en público.

—¿Qué relación has tenido tú con él?

—Nos hemos tratado con mutua cortesía, como hermanos políticos, desde que él aceptó mi explicación sobre el dinero de la bolsa de lona.

—Eso es un alivio.

—Nos llevamos bastante bien hasta que desapareció —dijo Bile—. Entre él y yo nunca hubo recriminaciones por las riñas que se desataban entre él y Shanta, pues yo entendía que todo eso era una afrenta para él. Me mantuve al margen lo mejor que pude. Sí intervine hablando con mi hermana cuando las cosas se desquiciaban o cuando se portaba de malos modos estando en mi presencia.

—¿Cómo se comportaba él cuando ella perdía los estribos?

—Siempre se mostró muy comedido.

—¿Aunque la conducta de ella fuera insufrible?

—Hubo una ocasión en la que ella hizo comentarios groseros, dijo que él era un hambriento del sexo y sostuvo que sólo pretendía que ella se lo «diera» todo todas las noches. Recuerdo que él la miraba como podría mirar una persona adulta a una niña malcriada —dijo Bile.

Jeebleh no dijo nada.

—No hay nada más penoso que una persona a la que amas pierda la cabeza delante de ti. No hay nada que trastorne tanto como una mujer sana y bien educada con un comportamiento incontrolablemente malo en público.

Aquéél era buen momento para cambiar de tema.

—¿Quién la llamó Raasta? —preguntó Jeebleh.

—La llamamos Rajo en la creencia de que la niña representaba las esperanzas de los somalíes, pero la gente lo entendía mal, entendía «Racho», y no queríamos que nadie pensara que era una huérfana, así que yo le puse el sobrenombre «Raasta», por sus trenzas. Nació con unos preciosos rizos naturales y, al lavarle el pelo, se le hacían tirabuzones tan bien definidos que parecían joyas.

Jeebleh recordó un detalle que había leído en varios artículos sobre Raasta y El Refugio, según los cuales muchas personas vivían bajo la égida de la niña de las trenzas. Confió en poder verla antes de marcharse.

Bile bostezó y dijo que quería levantarse temprano y Jeebleh estuvo de acuerdo en que ya era hora de acostarse, pero ninguno de los dos se movió ni dijo nada en un buen rato.

—¿Tú crees que será posible que yo visite a Shanta? —preguntó Jeebleh.

—Estará contenta de verte, estoy seguro.

—¿Podría ir mañana a verla?

—Concertaré la visita —dijo Bile.

Jeebleh despertó con una punzada de angustia por su inminente visita a Shanta, preocupado por alterarla todavía más en su ya lloroso estado. Se preguntó si no debía posponer la visita hasta que se supiera algo más sobre el destino que habían corrido las niñas.

Ojalá fueran más los que hablasen en una lengua de pesar y arrepentimiento, según había sugerido Bile, a su tortuosa manera, en su conversación de la noche anterior y, en vez de insistir en que no tienen culpa de nada, reconocieran su papel en el desplome, su culpabilidad en el fracaso. Tal vez así pudieran beneficiarse de la humildad de Bile, de su honestidad y magnanimidad, siendo éstas valiosas por sí mismas y encontrándose rara vez en la misma persona.

Se cernían sombras nocturnas y silencios de presagio en el dormitorio. Creyó haber oído ruidos pasada la medianoche y se preguntó si Bile no habría salido de la vivienda con sigilo, como un hombre que se embarca en una misión peligrosa o un amante que honra una cita a altas horas con la amada. Se habían dado las buenas noches al poco de terminar su conversación, dispuestos a lanzarse ambos al pozo reparador de un sueño profundo.

El día anterior había llamado a su casa y había dado a su esposa e hijas una versión edulcorada de la verdad, cargada de omisiones. Su mujer, que lo conocía bien, puso en duda su decisión de desplazarse al sur.

—No soportaba aquel hotel.

—Pero si a menudo has hablado de que la violencia es excesiva en el sur de Mogadiscio —dijo su esposa—. ¿Tiene sentido que te vayas allí?

Jeebleh respondió con formidable sangre fría.

—Yo más bien entiendo que me he venido con Bile. De todos modos, ahora lo más importante es que me siento más seguro estando con él, protegido en el entorno que tiene aquí.

Cruzó unas palabras con sus hijas, a las cuales transmitió parecida palabrería. Interpretó este acto como si fuera propio y aceptable en una persona deseosa de proteger a su familia. Además, no existía motivo para que se preocupasen de forma innecesaria.

Jeebleh pensó que tal vez le había despertado un teléfono que sonaba, pero no estuvo seguro del todo. Miró el reloj, las tres de la madrugada, y decidió ir a la cocina a buscar agua. Por el camino reparó en que la puerta del cuarto de Bile estaba abierta y vio que la cama estaba vacía. Pensó en poner la cadena de seguridad en la puerta, pero no sabía cuándo podría regresar Bile, ni siquiera si iba a regresar. Permaneció despierto un buen rato, leyendo, y al cabo se durmió oyendo los ruidos de las familias

desplazadas que se alojaban de forma improvisada en los locales vacíos situados bajo la vivienda. Mucho después oyó una llave en el cerrojo y oyó que echaban de nuevo cerrojos y cadenas. Se empeñó en seguir durmiendo como un escolar a la hora de despertarse. Su subconsciente se puso en funcionamiento y tuvo un sueño en el que unas pavas reales desempeñaban un papel en la excitación sexual de una joven que estaba sola. ¡Qué intrigante!

A las ocho de la mañana, poco más o menos, alguien que llamaba quedo a la puerta del apartamento lo despertó. Cuando salió de su habitación vio varias maletas y mochilas en el pasillo. Seguramente Seamus, dedujo a partir del hecho de que la puerta del cuarto de Seamus estaba cerrada. ¿Quién podía ser el que llamaba? Cuando preguntó quién era, respondió Bile.

—¡El repartidor del desayuno!

Para franquear la entrada a Bile, Jeebleh retiró las cadenas, tres en total, y recorrió los cerrojos, que eran dos. No quedó muy seguro de que esos obstáculos sirvieran para impedir la entrada de un hombre resuelto, armado y dispuesto a irrumpir allí a tiros. Sin embargo, le llevó muchísimo tiempo desactivar todas aquellas precarias medidas de seguridad y Bile tuvo que indicarle qué debía hacer si se atascaba. Por fin abrió la cerradura que había visto al llegar, una cerradura única, hecha en Italia y del tamaño de unas fauces de gorila adulto. Cuando finalmente abrió la puerta y se encontró frente a Bile, Jeebleh confesó que no tenía ni idea de que hubiera tal cantidad de hierros en la puerta.

—Dudo mucho de que haya en todo el mundo alguien más torpe que yo con los cerrojos y los candados.

—Conozco a varias personas que no quieren tener siquiera cerraduras —le dijo Bile a la vez que entraba, con un paquete bien envuelto con el desayuno—. Desde su llegada a Mogadiscio, Seamus ha desarrollado una auténtica pasión por los cerrojos, las cerraduras de seguridad, las cadenas. Siendo de Belfast, te puede decir qué hacen las armas con la gente y te dirá que él ya lo ha visto todo. Por eso mismo se niega a guardar y a tener armas.

—¡Qué cantidad de candados y cadenas, Dios mío!

—Si compartes vivienda en una ciudad violenta —dijo Bile—, cada parte se acomoda a las paranoias de la otra. Echamos los cerrojos y las cadenas porque así baja de nivel la paranoia de Seamus. Dice que éste —tocó el candado italiano, más pesado que la cabeza de un gorila— es el candado que le aplaca los ánimos, y puedes verlo con él en el regazo, acariciándolo como si fuera un gato o un bebé.

—¡Hay que ver las decisiones que uno toma!

—Seamus aún tiene otra obsesión.

—¿Y cuál puede ser?

—Le encanta el roce de una cadena contra otra, así como lo que él llama el hermoso tacto y el atractivo de los cerrojos de seguridad. Es una cosa que le gusta. Una de sus amantes, en Milán, le regaló ese artilugio. Cuando volvió a Mogadiscio,

se lo trajo y lo elogió de una manera insólita. Parecía un pastor hablando de su camella preferida, deshaciéndose en alabanzas.

—¿Tú dirías que Seamus es fetichista?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bile.

—De las cadenas y los cerrojos.

—Sin duda lo es.

—¿Y tú cómo te tomas esto de las cadenas y los cerrojos?

—Cuando estamos juntos, él es el que cierra —dijo Bile—, yo soy el que abre.

Como ya se había desarrollado una lógica en la relación existente entre los dos solteros, Jeebleh se preguntó qué papel iba a tener en un piso compartido entre los tres. Bile fue a la cocina con el paquete del desayuno, esquivando los siete bultos de equipaje que había en el pasillo.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó Jeebleh al regresar Bile.

—Llamó por teléfono a una hora indecente —dijo Bile— y me dijo que su avión de Nairobi había aterrizado antes del anochecer en Merka, no tenía ni idea del porqué. Se las apañó para que alguien lo llevase del aeródromo, que está a unos cien kilómetros de aquí, a una pensión del norte de la ciudad, pero el encargado de la pensión le dijo que no tenía sitio para él. Se trata de un establecimiento para funcionarios de la Unión Europea que hacen breves visitas a Somalia. Yo estaba en casa de un amigo, pero Seamus pudo localizarme en el móvil y dispuse que Dajaal lo trajera a la casa donde yo me encontraba. Todo ello a una hora peligrosa en Mogadiscio, casi a las tres de la madrugada. Así me lo traje aquí.

La buena educación impidió a Jeebleh preguntar a Bile dónde había pasado la noche o con quién. En los viejos tiempos era Seamus quien se encargaba de contarle todo sobre sus noches de batalla, sin omitir nunca el nombre de pila de la chica, o el sobrenombre, además de dar la talla del sostén, informar de lo que les gustaba y lo que no, de cómo besaba, de si era ñoña en la cama o no. Los detalles de las infrecuentes aventuras de Jeebleh salían a relucir tarde o temprano si era Seamus el que le daba la lata. Bile, en cambio, era de una discreción infalible. Nunca contaba nada sobre ese tema.

—Seguro que Seamus —dijo Jeebleh— no se despierta hasta mediodía.

—Siempre ajeno al mundo por las mañanas, el bueno de Seamus. ¿Quieres un *espresso*? —preguntó Bile al cabo de un rato.

—Si es casero y lo haces con tu buen tino, claro que quiero. ¡Doble!

Jeebleh dio un bocado al *brioche* y la miel le corrió por el mentón, recordándole cuánto disfrutaba antes con tales manjares. Era reconfortante que la vida hubiese querido reunirlos a los tres de nuevo, después de pasado tanto tiempo de su estancia en Italia, y no pudo evitar rezar por que aún vivieran en el país donde se afianzó su amistad.



El *espresso* estaba soberbio: no había otra palabra para describirlo. Enérgico, más fuerte que la coza de un caballo. Un café negro, granuloso y concentrado como un Gauloise. Le recordó a los tiempos de Padua y a punto estuvo de pedir un cigarrillo, aunque había dejado el hábito hacía dos décadas. En aquellos tiempos llenos de humo la vida era joven, estaba llena de promesas, los tres amigos deseosos de dejar huella en las sociedades de las que provenían. Soñando juntos, los tres amigos inseparables, y las dos mujeres cuya presencia empezó a ser de rigor para Seamus y Jeebleh, fumaban hasta hartarse y consumían *espresso* en grandes cantidades.

En aquellos tiempos pretéritos no era difícil ver a Seamus completamente a solas y adentrándose en los momentos tenebrosos del recuerdo, cuando rememoraba lo ocurrido a su familia en Belfast, que había salido volando por los aires cuando lanzaron por una ventana abierta una granada desde un coche en marcha. Había vivido con la preocupación constante por una muerte repentina. Hablaba como un hombre resuelto a olvidar, pero no a perdonar. Y una y otra vez recordaba que dos hermanos, una hermana y su padre habían muerto en la masacre; sólo su madre y él habían sobrevivido porque casualmente no se encontraban en casa. De madre protestante y padre católico, se había criado para vivir una vida tan incluyente como pudiera, una vida en la que las diferencias de secta jamás se privilegiaran. Y entonces la masacre. Agobiado, no sabía qué debía hacer. Por el modo en que Seamus contaba su historia, Jeebleh pensaba que se había cobrado venganza. Y varias veces había oído a Seamus gritar en sueños: «¡Ya no están esos malditos perros!».

—¿Has dormido bien? —preguntó Bile a Jeebleh.

—Sí, y además he tenido sueños.

—¿Te apetece contarme tus sueños?

—Vi a un ser de un solo ojo, con cinco cabezas y siete brazos —le dijo Jeebleh—. A lo mejor me puedes ayudar a interpretarlo, como hacías en otros tiempos.

—Esa figura de un solo ojo, con múltiples cabezas, ¿estaba bailando?

—Sí.

—¿Se oían voces al fondo entonando secuencias narrativas del cuento que al mismo tiempo se interpretaba con mímica?

—¿Cómo has podido saberlo?

—Tú responde a mi pregunta.

—Sí.

—Y los movimientos de la figura de las múltiples cabezas... ¿eran extravagantes, con gestos de pronto veloces, de pronto muy lentos, con los pulgares y los índices alejados del cuerpo, los brazos del bailarín cerrados en un amplio círculo?

—Sí, así es.

Cayó el silencio sobre Jeebleh como si fuese a ser eterno. Recordó la calma que había sentido al ver bailar a la figura y vio varios semblantes que le eran conocidos. Lamentó no ser capaz de poner un solo nombre a las caras, acaso fueran de una vida anterior, ya olvidada.

—¿Llevaba esa figura una guirnalda e iba ataviada con un traje?

—¡Sí!

—Las deidades hindúes tienen una forma especial de presentarse en movimiento —dijo Bile— y algunas aparecen con un tocado enorme y el atavío correspondiente, mientras otras llegan a lomos de una rata. Estoy pensando en Ganesh, a cuya intercesión se aspira siempre que un hindú se embarca en un viaje o en una empresa, cuya imagen panzuda, con trompa y colmillos de elefante en el semblante, es lo primero que se ve a la entrada de muchos templos —Bile se frotó las palmas con excitación, y sonrió antes de preguntar—: ¿Había un pavo real?

—¡Había una pava real!

—¿Y un pavo no?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque en tu sueño has visto a Mira. ¡Una pava real!

—¿Mira?

—La señorita Mira Meerut —dijo Bile—. Nuestra... quiero decir, de Seamus, en fin, Mira, de la ciudad de Meerut, de India, posiblemente la más bella de las mujeres que se sentó a nuestra mesa en Padua. Estaba enamorada de Seamus.

A Jeebleh le latió la sangre en los oídos, se le tensó la piel, se le acalambro un nervio y se le aceleró el latido cardíaco.

—Mira no era de India —corrigió—. Era de origen hindú, de acuerdo, pero era de Birmania.

Bile reconoció que tal vez viajase con pasaporte birmano cuando la conocieron, pero insistió en que era del sur de India en términos culturales. Sus padres habían emigrado del estado de Gujarat, en el oeste del país.

—Es la que trajo un par de preciosas tallas de madera —dijo Jeebleh—. Me acuerdo.

—Así es —confirmó Bile—. Estaba colada por Seamus, que a su vez estaba obsesionado con aquellos grabados. La imagen que lo subyugó plasmaba una figura en movimiento, dotada de un ritmo lleno de vitalidad, lo recuerdo. La tuvimos en la repisa de la chimenea en la casa de Padua.

—Recuerdo que había tres tallas en madera —dijo Jeebleh—, pero el recuerdo que tengo de aquella en particular es más bien difuso.

—Ella era una belleza —dijo Bile—. Llevaba plumas de pavo real y una cola de colores como sari, de una seda que jamás he vuelto a ver. Yo también estaba colado por ella, pero no me atreví a decir nada. Era de una belleza que cortaba la respiración, de un encanto irresistible, los ojos almendrados y en continuo movimiento. No me creo que no te acuerdes de ella, de la señorita Mira Meerut. Iba de un lado a otro seguida por una cohorte de admiradores. Era como un pavo real con un harén de pavas. Hasta que conoció a Seamus.

El padre de Mira, relató Bile, era un diplomático radicado en Roma... ¿o trabajaba en una agencia de la ONU? Además de su belleza pasmosa, tenía una

inteligencia extraordinaria. Y ya preparada para hacer los exámenes finales, sus padres la obligaron a renunciar a la universidad por estar embarazada. Bile se lo tomó como un asunto personal, porque era el único a quien Seamus había confiado que era el padre de la criatura. A fin de interceder en su nombre y pedir que se le permitiera al menos hacer los exámenes, Bile se presentó en la vivienda de los padres de Mira. En cuanto tocó el timbre, le abrió la puerta una italiana y le dijo que era la nueva inquilina. Bile supo entonces que Mira y sus padres habían abandonado el país, fecha exacta desconocida. Le costaba creerlo y fue pasando de una habitación a otra por toda la vivienda con la esperanza de encontrar a Mira o a sus padres. El único rastro de ella que descubrió fue un dibujo de un pavo real, con una prolija cola azul y verde. Bile se puso enfermo, a duras penas aprobó sus exámenes aquel año.

—¿Y a que no sabes qué? —dijo Bile.

—¿Qué?

Bile balbuceó al hablar.

—Mira Meerut estuvo aquí en Mogadiscio hace menos de dos años, vino como asesora de Unicef. Es madre de dos hijos y feliz esposa de un hombre algo más joven que ella, un estadounidense. Seguía siendo de belleza pasmosa, aunque se le notaba menos libre de espíritu, con los ojos menos grandes, con menos asombro en ellos que cuando la conocimos. Se había resignado a ser la esposa normal y corriente de un agente financiero estadounidense normal y corriente, al que quería con locura. Y cuando vio a Seamus se lo pasaron en grande recordando los viejos tiempos e incluso disfrutaron recordando los malos tiempos y hasta los momentos deprimentes, pero no le gustó nada enterarse por Seamus de que había dejado la talla en madera en un almacén en Nueva York, que él no se la llevaba allá donde iba.

—Qué suerte que su visita coincidiera con la presencia de Seamus —dijo Jeebleh—. Seguro que fue una maravilla ver pasar una estela de saris y revivir el pasado.

—De todos modos, estaba muy dolida.

—¿Y no lo disimuló?

Bile negó con la cabeza.

—¿Cómo has deducido a qué aludía mi sueño?

—Tú no la habrás reconocido —dijo Bile—, pero es que hay una foto de Mira, tomada por Seamus, en una de las paredes del cuarto de Raasta. Seguramente la viste y la imagen de esa mujer asombrosa, en movimiento, se insinuara en tu sueño. ¡Y ella sigue amando a Seamus!

—Es posible que en mi inconsciente también estuviera al tanto de la presencia de Seamus en el piso. Tal vez el sueño sea en parte el reconocimiento de su llegada, una bienvenida.

Y de pronto allí apareció Seamus, en carne y hueso y sonriente.

En los ojos de Jeebleh apareció una sonrisa que se extendía hacia los lados, por las mejillas y hacia el mentón. Los ojos de Seamus eran como los de un halcón, oscuros, las pupilas apenas visibles.

Jeebleh contuvo la respiración, esperando a oír en qué lengua hablaría Seamus. La última vez que se habían visto, en Padua, lo hicieron en italiano. ¿Pasaría Seamus al inglés, a sabiendas de que Jeebleh llevaba viviendo en Estados Unidos casi veinte años? En aquellos tiempos pretéritos en Italia, el mundo estaba en cambio constante, pero ahora las cosas eran muy distintas y, además, se encontraban en Mogadiscio y ambos eran muy conscientes de ello.

—Estamos todos un poco alterados, ¿no es cierto? —Seamus había optado por el inglés.

Jeebleh dedujo, por el tono en que habló, que Seamus no iba a caer en el inglés de Irlanda, tan elegante, como hacía antaño. Había vivido en Inglaterra de adolescente y había estudiado en Cambridge, donde se sacó la licenciatura. Y había pasado bastante tiempo en Italia, en Francia y en Egipto.

—Comprensiblemente alterados —dijo Jeebleh, mostrándose de acuerdo.

Seamus se le acercó.

—No te preocupes, eso lo arreglamos entre todos —abrió los brazos—. Pero antes deja que te dé un buen abrazo, un cálido abrazo de bienvenida.

Seamus era recio de complexión, un bebedor de cerveza. Era tan alto como ancho y gastaba una barba que se había dejado crecer con generosidad, del estilo de la que un sij devoto llevaría al templo en el día del recuerdo del Gurú y de la que se mostraría vistosamente orgulloso. Tenía los ojos pequeños y surcados de venas y unos brazos delgados que daban a sus muñecas un aire debilucho. Físicamente había cambiado desde la última vez que Jeebleh lo había visto. Más jóvenes y más guapos en aquellos tiempos, entonces estaba mucho más delgado y no llevaba barba ninguna, aparte de tener una cintura que habría sido la envidia de muchos modelos. Y aun así Jeebleh lo habría reconocido en cualquier parte a pesar de su anchura.

Jeebleh fue el primero en soltarse del abrazo para tener a su amigo a una distancia cómoda y poder verlo bien y, llegado el caso, hacerlo de nuevo, aunque fuese más breve aquel abrazo, para dar más énfasis al afecto.

Bile, que había estado allí mismo, observando el encuentro entre ambos, salió del apartamento con sigilo. Ninguno de los dos amigos le prestó atención.

—¡Mogadiscio te ha tratado fatal! —dijo Seamus.

Jeebleh reparó en una característica de Seamus que no había cambiado: estallaba en una habitación como un misil que llegara sin avisar y detonase con una avalancha

de emociones. Su aparición no había sido tan teatral como en otros tiempos y, en líneas generales, estaba más sosegado y sólo subía moderadamente el tono a medida que hablaba. ¿Iba a hacer sus comentarios habituales, agudos, perspicaces? Jeebleh, que lo asociaba a una presencia impresionante, adoptó una expresión de cautela, similar a la de un perro en cuyo territorio marcado se ha colado un astuto gato.

—Los miembros de mi clan han tenido un comportamiento atroz.

Seamus fue a la cocina a preparar un café y Jeebleh lo siguió. Seamus llevaba las uñas descuidadas, mordidas, sucias. Las uñas de los pies las llevaba largas, tanto que a Jeebleh le recordaron una postal de museo de un hombre de Neanderthal en medio del bosque, tal como lo habría imaginado y dibujado un ilustrador moderno. Jeebleh dedujo que los comentarios de su esposa sobre aquellas uñas ingobernables hubieran herido a Seamus en lo más hondo, obligándolo a tratar debidamente semejante desorden: tal vez podía dejarse las uñas de las manos y los pies todo lo largas que quisiera porque no compartía ni la vida ni el lecho con ninguna mujer.

—Bile me ha contado cómo se han portado tus compañeros de clan —dijo Seamus—. ¡Qué hatajo de gentuza repugnante! Mira que pedirte a ti que cubras las reparaciones de su máquina de guerra... ¿O es que se creen que eres un señor de la guerra? No te conocen tan bien como otros creemos conocerte. ¡Qué descaró!

—Les dije que ni hablar.

—Me alegra saber que ésa fue tu respuesta —Seamus empezaba a excitarse y a hablar más alto—. Sé cómo te sientes. Yo a los míos les dije que me dejaran en paz, todos ellos una panda de quejicas. Les dije que se fueran a paseo, a los muy plañideros. Yo ya era un pillo entonces y no he vivido en Irlanda desde aquello, por lo de mi familia. ¡Cómo odio a los quejicas! Pero... ¿quieres que te diga lo que pienso? Pienso que has de ir con cuidado la próxima vez que te encuentres con cualquiera de ellos, si es que hay próxima vez. Te clavarán un cuchillo por la espalda con la misma facilidad con la que se le quita un caramelo a un niño chico. Son un hatajo de saqueadores, todos y cada uno de ellos. De todos modos, tú ya los conoces, ¿verdad?

—¡Cierto! —Jeebleh estuvo de acuerdo.

—Y aquí te entierran deprisa —dijo Seamus.

—No te apures, que no se lo permitiré.

—¡Me alegra saberlo!

—No estoy dispuesto a morir. Mi familia no querría que me enterrasen aquí. Mi mujer es estadounidense, ¿sabes?, y dice que esto es un país de mala muerte. Tengo otras responsabilidades en otro lugar, tengo una adorable familia a la que amo.

—Me alegro de oírlo.

Se hizo una breve pausa.

—Es una delicia verte —dijo Jeebleh.

—¿Sabes qué es lo que me cabrea? —dijo Seamus.

—Dime.

—Lo que me cabrea es la facilidad con la que se ahorran la formalidad de una

autopsia. Se te llevan con el entusiasmo de una locomotora camino de la taberna de la esquina, murmurando unos versículos. Yo todo eso no lo tolero. Ya he hecho mi testamento ante notario, Bile tiene una copia por si pasa algo inesperado. No me apetece que me planten tan deprisa en tierra. De hecho, sólo de pensarlo me muero. Le he dejado a Bile un buen montón de pasta en la caja fuerte. Quiero que se me lleven en avión con la lentitud y la calma que corresponde a un irlandés y quiero un buen velorio y muchas copas y festejos. ¡Eso es lo que quiero!

De golpe se le puso una expresión que Jeebleh no supo cómo interpretar. Le recordó el descaro y el buen humor de Seamus, lo payaso que sabía ser.

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó Jeebleh.

Seamus pareció entristecerse, pareció agotado de pronto por el *jet lag*. El rubor de las mejillas se hizo más intenso.

—Es dura como un clavo —dijo— y sigue obstinada con seguir en la brecha. Gracias por preguntar por ella —entornó los ojos e hizo una pausa—. Lamento lo de la tuya. Por favor, acepta mis tardías condolencias.

Jeebleh miró de frente a Seamus mientras éste servía el café de la máquina del *espresso*, vertiéndolo en dos tazas, una de las cuales le pasó.

—Cuéntame lo último de ti —dijo Jeebleh— y vayamos retrocediendo al punto en que nos vimos por última vez.

—Acabo de llegar de Irlanda —dijo Seamus, cumpliendo con su petición—, con un bolsón de dinero para redondear lo que teníamos entre Bile y yo, para mantener El Refugio en marcha hasta que nos quedemos otra vez sin el dinero de las obras de caridad. Como bien has visto, aquí todo va bien, Dios nos ayude, ¡y eso que lo peor aún está por llegar! Pero somos optimistas, a pesar de la desaparición de nuestras queridísimas Raasta y Makka.

—No estoy seguro de que Bile me haya contado cómo llegaste aquí la primera vez —dijo Jeebleh—. Y si me lo ha contado, no me acuerdo. De todos modos, los dos tenemos que ponernos al día. Todo lo que he sabido es un poco embarullado. ¿Por qué Mogadiscio?

Seamus se quedó tan quieto que Jeebleh pensó que había visto un hada de ojos verdes.

—Se me estaba empolvando la vida —dijo—, telarañas en las esquinas, debido a mi trabajo, de nueve a cinco. Cuanto más polvo se me acumulaba, más ataques de mal genio tenía. Viajaba mucho, pero en viajes relacionados siempre con el trabajo. Pasaba una semana en Nueva York, dos en Bangkok, un par de días en Melbourne, luego un mes en Nueva York y otro en Nairobi, viajando siempre y siempre trabajando. Me llamaban de todas partes para trabajar como traductor simultáneo y se pagaba de maravilla. No podía quejarme, era el favorito de todos, pero aquello me estaba poniendo enfermo.

—¿Qué tiene de malo trabajar duro?

—Detestaba convertirme en un pistolero a sueldo —dijo Seamus—. Recordarás

que hablo siete lenguas que se entienden en regiones del mundo distanciadas del resto por la gutural, la tonal, el diptongo y otras diferencias de trabalenguas. En fin, que estuve de viaje durante largas temporadas. Gané montones de dinero, pero aquello no era suficiente y llegué a estar a punto de tener una crisis. Me sentía solo, mi vida me parecía carente de propósito.

—¿Con qué pasaporte viajas? —dijo Jeebleh.

—Británico.

—¿Tu lealtad está con Gran Bretaña o con Irlanda?

Un destello de humor apareció en los ojos de Seamus y sonrió.

—Tiene gracia que preguntes eso —dijo Seamus cuando Jeebleh lo miró.

Jeebleh aguardó con paciencia. En Padua, Seamus se describía como «un colono». Y como no daba con una palabra equivalente en italiano, a menudo empleaba el término inglés y se lo explicaba a los que no tenían ni idea de qué estaba hablando.

—Mis lealtades —dijo— no están con Gran Bretaña, eso puedes darlo por seguro. La mía es una lealtad exclusivamente irlandesa, aunque con un buen añadido de cosmopolitismo. La sola idea de deber lealtad a un país es desconocida para mí.

—No me has contestado. ¿Por qué Mogadiscio?

—Porque Mogadiscio estaba aquí, en África.

—¿Y qué tiene Mogadiscio? ¿Qué tiene África?

—Antes donaba un poco más de un tercio de mis ingresos a obras de caridad en África, cuando las telarañas cargadas con los recuerdos de una araña empezaron a desviarme. Pensar en nuestra amistad y nuestra proximidad terminó por convertir África en una causa. Para mí, África se convirtió en la causa que defender.

—¿Nunca pensaste en Irlanda en esos mismos términos?

—No. Para mí, Irlanda quedó arruinada hace mucho tiempo, cuando hice cosas con las que no podría volver a convivir tranquilamente.

—¿A qué te refieres?

Seamus esquivó la mirada y su conversación se desvió a la vez.

—Mogadiscio parecía ser el sitio ideal para mí.

—¿Escondido aquí con los señores de la guerra y los mercenarios? —contraatacó Jeebleh en broma.

—¡Y con Bile! Pero es verdad, tienes razón. De todos modos siempre andaba a la carrera de aquí para allá —dijo Seamus tras guardar silencio—. Pasaba una semana en China, en Delhi el fin de semana, en Hong Kong un día. No era trabajo: aquello era huir sin parar, un estilo de vida sin tiempo para la reflexión, una vida que mantenía unida absurdamente una ausencia fundamental: el amor. No me refiero al amor de una mujer o de un hombre, no me malinterpretes. Hablo del buen compromiso con el amor, a la antigua, estilo años sesenta, en lo personal.

—¿Y qué has encontrado al venir aquí? ¿El amor?

—¿Me perdonas si uso un cliché?

—Adelante.

—Al venir aquí me he encontrado conmigo mismo.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Ahora mi vida tiene un sentido: ¡Raasta!

Volvió después al momento en que decidió irse a Mogadiscio: compró la edición dominical de *The New York Times* a medianoche, en San Francisco, se enteró de que había un trabajo de la ONU en Somalia, lo solicitó, lo preseleccionaron y finalmente lo eligieron a él para ocupar aquel puesto. Apenas cargó con equipaje, convencido de que no le iba a gustar, pero no fue así: se encontró con Bile —«Fue como tropezar conmigo mismo»— y conoció a Raasta. Se quedó.

—Tal vez sea cierto el dicho que reza que no hay felicidad más dulce que la construida sobre la tristeza ajena. Y esta ciudad tiene penas más que suficientes, con cimientos muy profundos.

—¿Eso es lo que te parece Mogadiscio?

—Mogadiscio —respondió Seamus—, por Raasta, es lo que sería una gota de agua en una brizna de paja para un hombre que se muere de sed. Soy consciente de que es una trampa mortal, razón por la cual mi corazón está de parte de los que están atrapados en los combates y pendiente de los que a la fuerza se pierden en el laberinto de la política. He venido para quedarme, eso es lo que importa.

—¿Y las telarañas?

—¡Vamos, hombre!

Jeebleh deseó poder decir lo mismo. Claro que él no había ido allá para limpiar los rincones de su vida, los más polvorientos por el abandono. Y, mientras esquivaba a la muerte, podría dar descanso al alma intranquila de su madre. Sabía que iba a ser difícil de cumplir, pero valía la pena intentarlo.

—Háblame de ti —dijo Seamus—. ¿Por qué estás en Mogadiscio?

—He venido a honrar la memoria de mi madre.

Seamus era consciente de que en ocasiones era mejor no decir nada, no molestar al otro siquiera con condolencias, porque no hay palabras con las cuales expresar los propios sentimientos de forma satisfactoria. Había oído hablar mucho de las madres de Jeebleh y de Bile, pero le costaba trabajo imaginárselas vivas, le era mucho más fácil darlas por muertas. Tenía un vago recuerdo de una controversia relacionada con las cartas de Jeebleh, pero Seamus no estaba seguro de que Caloosha hubiera estado implicado y desconocía qué papel había desempeñado en aquello. Creía recordar que fue Shanta la que había destapado ese aspecto de la controversia.

—¿Cómo te propones lograrlo? —preguntó Seamus.

—Estoy trabajando en ello.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Gracias.

A Seamus se le alborotó la expresión.

—¿Has visto a Caloosha desde tu llegada? —preguntó.



—Lo he visto. ¿Y tú?

—Yo no he tenido el menor deseo de verlo —dijo Seamus—. Todo lo que he oído contar de él me disuade de verlo.

—Yo lo vi unos minutos, eso es todo.

—¿Y a Shanta?

—Todavía no, pero tengo intención de verla.

Jeebleh se miró la mano derecha, con la palma hacia arriba, al punto en que la línea del corazón doblaba hacia el anular.

—¿Conoces a Af-Laawe? —preguntó.

—Af-Laawe —contestó Seamus tras reflexionar un poco—, Marabú, con toda seguridad averiguará el paradero de los muertos estén en el estado en que estén. Yo iría en su busca si tuviera alguna idea de en cuál de los muchos cementerios está enterrado alguien. El instinto de la muerte que tiene ese hombre es un buen contraste con el instinto de la vida que tiene Bile.

—¿Qué opinas de él?

—Me da escalofríos.

Al detenerse de nuevo la conversación, Jeebleh recordó sus tiempos jóvenes y enérgicos, cuando por pasar el rato se dedicaban a terminar el uno las frases incompletas del otro. Cuando trababan esa clase de cháchara y se les sumaban otros estudiantes, a éstos les costaba seguir el ritmo. A menudo cambiaban incluso de lengua en pleno diálogo, del italiano al inglés y a veces al árabe. Al final de su estancia en Padua, Seamus conocía los rudimentos del somalí.

Jeebleh habría tenido que pasar por una fiebre o un ataque de nervios antes de volver a aquellos juegos de columpio de sus tiempos mozos en Italia. Muy probablemente ya no funcionarían en la trastornada Somalia en la que se encontraban.

—¿Llegaste a Mogadiscio antes o después de que llegaran los marines? —preguntó.

—Yo llegué a Mogadiscio en 1992 —dijo Seamus—. Era jefe de un destacamento encargado de valorar las necesidades que tendrían los despachos de Naciones Unidas. Mi cometido era crear las unidades de traducción. La intervención de la ONU, se estimó, iba a costar más de cien millones de dólares sólo en lo restante de aquel año. Creamos una residencia para los huéspedes, en la que también montamos el despacho. Como carecíamos de autoridad para contratar a personal local, Nueva York trajo a algunos somalíes con pasaportes estadounidenses. Y los antiguos oficiales coloniales británicos se encargaron de dirigir el espectáculo: antiguo personal de la BBC, amiguetes del antiguo dictador, terminaron como consultores de la ONU. Me acuerdo de un inglés que no dejaba de darme la lata sobre las guerras de los clanes y que insistía en afirmar que los esfuerzos combinados de Estados Unidos y de la ONU bastarían para arreglar todo este jaleo. Y una mierda: patrañas. Si de mí dependiese, los habría metido a todos en un manicomio, a ese hatajo de imbéciles pagados de sí mismos.

—¿Cómo te encontraste con Bile?

—Compartí una mesa en la residencia con una mujer italoamericana que formaba parte de una avanzadilla para abrir un despacho de Unicef —dijo Seamus—. Mencionó su nombre de pasada. Lo busqué. No fue difícil encontrarlo.

—¿Vivía solo entonces?

—Pasaba mucho tiempo en casa de Shanta, con Raasta, aunque vivía en una casa destartalada. La primera vez que lo visité, Bile tenía el mínimo indispensable. Hablamos y compartió conmigo algunas de sus visiones, visiones que tomaban forma diferente cada vez que nos reuníamos.

Mientras hablaba, Seamus se mordía las uñas con saña, a veces dificultando que Jeebleh entendiese lo que estaba diciendo.

—¿Os reconocisteis uno al otro al veros?

—Él a mí no —dijo Seamus.

—¿Por la barba?

—No llevaba barba entonces —miró a Jeebleh a los ojos como si se concentrase en un horizonte lejano y dio un sorbo a su café.

—¿Y no esperabas que te reconociera?

—De entrada, mi nombre debía de estar escondido en lo más profundo de su mente en esos momentos —dijo Seamus—. Además, la guerra civil lo había dejado medio desorientado. Se dedicaba a sobrevivir, pero reconoció mi voz en cuanto dije una frase completa. Fui a visitarlo a El Refugio. Estaba sosegando a una niña chica que tenía un ataque de llanto y convulsiones. La niña se calló en seco al ver que yo me acercaba y, por el modo en que me miró, cualquiera habría dicho que me conocía de otra parte. Se puso del todo en pie y se alejó con pasos torpes, por delante de mí, camino de la casita de juguete, donde Raasta se entretenía con unas construcciones.

—¿Y entonces?

—Mil recuerdos se condensaron en un solo recuerdo gigante que eclipsó a todos los demás y recité un verso del *Infierno* de Dante, en el cual Somalia esclavizada era la casa de la tristeza, un barco sin capitán que naufraga en la tempestad.

—¿Y entonces él te reconoció?

—Y yo me quedé a ayudarlo con El Refugio.

—¿Así de sencillo?

—¡Así de sencillo!

—¿Y qué más? —preguntó Jeebleh.

—No sé por qué pensé entonces en los olivos: en las olivas, en el árbol, en la madera de olivo —dijo Seamus—. No sé por qué mi mente siguió apacible con sus pensamientos, como el movimiento sosegado de las abejas, en un vuelo en el que cada zumbido deriva del anterior. No sé si el pensamiento de los olivos me vino porque estábamos en Italia la última vez que nos vimos. A lo mejor, la lisura de la piel de Bile me recordó a las hojas del olivo, verde oscuro por un lado, plateadas por el otro. Quizá comparase sin darme cuenta nuestra amistad con un olivo. Y es que

cuando mueren las ramas más altas aparece un nuevo tronco con una nueva carga de vida. Y el árbol da fruto entre los cinco y los diez años, pero puede no alcanzar la madurez plena hasta pasados los veinte.

Pensando en la amistad y en los olivos y sus frutos, Jeebleh recordó los tiempos en que habían sido amigos y se preguntó dónde había oído esa expresión, «el país de nuestra amistad», y llegó a la conclusión de que fue Bile quien la empleó; ahora, la imagen empleada por Seamus para describir su amistad con Bile era la de un olivo. Cuando se volvió a su amigo a preguntárselo, los párpados de Seamus eran como dos polillas posadas, envolviéndose el cuerpo con las alas, en feliz contemplación de su propia mortalidad.

—¿Y entonces? —dijo Jeebleh.

—Raasta se encariñó de mí —dijo Seamus.

—¿De inmediato?

—Consintió en subirse a mi regazo la primera vez que la invité. Fue amor a primera vista, mutuo.

—¿Qué hay de Faahiye?

—No lo conocí hasta mi tercera visita. Y al conocerlo tuve la impresión de que algo no andaba bien, de que él y Shanta habían arrojado por la borda su matrimonio. Me di cuenta de que eso afectaba a Raasta de una forma negativa. Deduje que Faahiye era la principal fuente de la discordia.

—¿Cómo era Raasta?

—Era muy llamativa.

—¿Por las trenzas?

—Lo cierto es que se podría haber deducido que era hija de Bile caso de no haber sabido que no era así, lo digo por el parecido de familia. Además, se sentía muy cómoda con él. Se tocaban mucho los dos, se tocaban en todo momento —a Seamus se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y cuando por fin conociste a Faahiye?

—Me llevó a pensar en un árbol que nunca ha florecido —dijo Seamus—. Cualquiera diría que era de otro mundo, de otro. Todo se lo tomaba personalmente, por eso se sentía dolido con facilidad.

Jeebleh no supo qué más decir, pero hizo un último comentario.

—Espero que las niñas estén bien.

Seamus, con aire de estar agotado, se tapó la boca y bostezó.

—¿Puedo hacer por ti cualquier cosa antes de irme a dormir? —preguntó.

—¿Podrías decirme dónde vive Shanta?

Seamus así lo hizo, después volvió a su habitación.

Los puentes separan los dos lados que unen, pensó Jeebleh mientras caminaba a grandes zancadas, con ansia, hacia la casa de Shanta. No dejaba de consultar el borrón de garabatos que por mapa le había dibujado Seamus como si le fallase la memoria. Hizo un alto y miró a ambos lados y volvió a mirar el papel, que sostenía con el brazo extendido. Había olvidado llevar las gafas de lectura. Sin rasgos destacados en la ciudad que lo guiasen y sin nombres en las calles, fue incapaz de determinar si algunos de los asteriscos representaban edificios de dos o tres plantas reducidos a escombros o meros cruces de calles. ¿Tenía que doblar allí a la izquierda, recorrer un centenar de metros, doblar a la derecha en el siguiente edificio destruido? Siguió adelante a pesar de todo con la determinación de un hombre que sabe a donde va.

Un perro hambriento, con la cola famélica entre las piernas flacas, lo iba siguiendo. Se mantenía a una distancia de seguridad, el morro pegado al suelo, pero con los ojos pendientes de él. El perro era pura alerta canina, Jeebleh se dio cuenta, dispuesto a percibir la insinuación de amenaza más leve. Se detenía a esperar cada vez que él se paraba a echar otro vistazo al papel y no se movía mientras él no reanudara la marcha. Jeebleh se acordó del incidente con la alsaciana. No había pensado que se metería en problemas o que se arriesgaría a que le pegaran un tiro por entrometerse para impedir que un mocoso mimado, hijo de un señor de la guerra de poca monta, torturase a un perro. No había contado con tener que traer a los cachorros al mundo, pero se alegró de haber estado allí.

Siguiéndolo el perro silvestre, Jeebleh se encontró con varias cabras de aspecto enfermizo. Vio después a una vaca hambrienta dar bocados a una bolsa de plástico y tragar los trozos, la vio toser y escupir como si tuviese una enfermedad en el pecho. Luego vio a dos hombres de cierta edad levantarse los *sarongs* hasta dejar a la vista los traseros, preparándose para defecar a la vista de la carretera. Cuando él vivía allí, semejante comportamiento habría valido una reprimenda o una multa inmediata si alguien del municipio los hubiera visto vaciar de ese modo las entrañas.

Poco después se topó, junto con su canino compañero, con un grupo de hombres apiñados en torno a algo, en el suelo. Jeebleh concluyó que era un grupo de curiosos y que no era probable que se desmandase. Sin embargo, ¿por qué algunos llevaban estacas e incluso armas de fuego? ¿Por protegerse? Vio que los hombres se concentraban en el mismo punto al que estaban señalando. ¿Era un cadáver, los despojos de una cabra u otro animal más insólito? Antes de acercarse más se cercioró de dónde estaba el perro hambriento, preocupado de que se le tuviera por responsable si mordía a alguien o si enloquecía a la vista del cadáver. Se detuvo con el perro a su

alcance, por si se viese obligado a intervenir.

Lo que lo distinguía de los hombres del grupo, aparte de que no llevaba ni una estaca ni un arma de fuego, era que todos ellos llevaban *sarongs*. Él llevaba pantalones.

Los hombres le hicieron sitio y él se adelantó con la mentalidad de un hombre preparado para el peligro, preguntándose en todo momento si era atinado adentrarse en lo que podría ser una trampa destinada a atrapar a desconocidos como él. Y a pesar de todo siguió adelante. De golpe, un hombre con un gran hueco en los dientes superiores le bloqueó el paso.

—¿Tú eres médico? —le preguntó el mellado.

—No.

Otros volvieron la cabeza y lo miraron, muchos de los que estaban al fondo estiraron el cuello para ver mejor. ¿Tenían los hombres más interés por él que por el que estaba inconsciente en el suelo, el cuerpo en una postura torturada, envuelto en su *sarong*? El mellado le informó de que el hombre tendido en el suelo acababa de tener un ataque epiléptico.

—Pero no hay nadie en todo el barrio que lo conozca, nadie sabe de dónde viene, ni por qué ha tenido un ataque y ha caído donde se encuentra.

Jeebleh dedujo que el mellado había aconsejado a todos los presentes que se mantuvieran a una distancia segura del epiléptico, al menos a un metro, pero a Jeebleh no le dijo nada por el estilo.

Había crudeza en la manera en que el gentío miraba al hombre caído, que estaba inconsciente, con los ojos atterradoramente abiertos, las piernas separadas y los labios llenos de saliva seca. Un hombre alto y calvo, situado a la izquierda de Jeebleh, se preguntó en voz alta si no tendría un sentido divino la presencia, entre ellos, de un epiléptico. Con esto, varios de los presentes se pusieron a hablar al mismo tiempo. Intervino el calvo haciéndolos callar.

—Si hay un mensaje divino —dijo—, ¿cuál puede ser? ¿Que estamos descontrolados? ¿Que somos incapaces? ¿Que no tenemos cabeza? ¿Que nos hallamos en un estado en el que ni andamos vivos ni hemos muerto?

Los presentes se convirtieron en un círculo de debates, en cuyo seno varios rechazaron de plano lo que había dicho el calvo. Parecía ser alguien a cuyas opiniones prestaban atención por más que sus pronunciamientos tuvieran por objeto ser provocadores e incluso claramente ofensivos para muchos de los presentes. La charla pasó del epiléptico en tanto mensaje divino a la presencia de Jeebleh entre ellos.

El mellado, señalando a Jeebleh, dijo al calvo:

—¿Y qué hay de este hombre? ¿Sabemos quién es? ¿Es mera cuestión de tiempo que enferme y caiga de cabeza aquejado por un trastorno nervioso, con los ojos en blanco y la lengua tiesa, como el bocado de un caballo? ¿Se le volverá ruidosa la respiración, le saldrá la sangre a espumarajos por la boca? ¿Tendrá convulsiones,

quedará inconsciente en el suelo? Cuando abra los ojos ¿no nos reconocerá a ninguno? ¿Recordará nuestra conversación? ¿Morirá misteriosamente, dejándonos el problema de dónde enterrarlo? Yo diría que el hombre que se retuerce en el suelo inconsciente, al que ahora despreciamos, tiene más en común con nosotros que este desconocido recién llegado, que está erguido, de pie, y aparentemente sano y ha llegado aquí con los pantalones puestos y con su perro apestoso. ¡De ese hombre sí deberíamos preocuparnos!

Se volvieron de un lado y de otro las cabezas, concentrados los ojos en Jeebleh, luego en el epiléptico. Dos posibles situaciones se le ocurrieron a Jeebleh casi al mismo tiempo, en una reconfiguración instantánea. En una, el gentío se volvía una turba. En la otra, tomaba parte en un concurso televisivo en el que los concursantes apretaban botones cuando estaban dispuestos a contestar.

—Si no eres médico —dijo el mellado— y no llevas *sarong* y no sufres de epilepsia, ¿tú quién eres?

Respondió fiándose del instinto.

—Soy un invitado.

—¿Del epiléptico? —preguntó el mellado.

—¡No, soy invitado de Bile!

—¿Bile, el médico?

—Eso es.

—Entonces, ¿ya han encontrado a Raasta y a Makka? —preguntó el mellado.

—¿De quién hablan? —preguntó alguien entre el gentío—. ¿Qué clase de nombre es Raasta? No es musulmán, ni siquiera es somalí.

—¿Tú no has oído hablar de la Protegida? —dijo alguien a su lado.

—No he tenido el placer —dijo el hombre.

Antes de que Jeebleh pudiera decir nada, otro hombre se adelantó.

—El extraño que viste pantalones y que está entre nosotros —dijo— es nuevo en la ciudad, como bien se ve, pero al menos no es un enemigo, no es una amenaza para nosotros, si es invitado de Bile. Y estoy seguro de que la mayoría habéis oído hablar de la Protegida, la sobrina de Bile, y de la Simple. Las dos llevan un tiempo desaparecidas. A menos que no escuchéis el servicio somalí de la BBC...

Otro hombre admitió no tener conocimiento de Raasta.

—Una lástima que no sepas nada de ella, lástima que no conozcas ni a la Protegida ni a la Simple —dijo de manera teatral el mellado.

Jeebleh no supo si unos se tomaban el pelo a los otros, como hacen los amigos. Por lo que él alcanzaba a ver, podrían haber sido actores, interpretando una pieza improvisada para todo el que pasara por allí.

—Por favor —dijo el mellado con la mano extendida hacia Jeebleh—, da recuerdos de mi parte al buen doctor cuando lo veas. Y de veras confío en que encontremos a Raasta sana y salva.

—¿Cómo te llamas, para decírselo a Bile?

—Por desgracia, no tengo nombre por el que desee ser conocido en estos tiempos terribles —dijo el mellado— y tampoco deseo responder a mi antiguo nombre, por las asociaciones que hoy tiene para mí. Es posible que el buen doctor sepa quién soy si recurriese a mi nombre antiguo, pero prefiero esperar a que la paz sea definitiva.

—Entiendo —dijo Jeebleh, aun cuando no lo hubiera entendido.

Al mencionar el nombre de Bile, el gentío comenzó a tranquilizarse, al igual que Jeebleh. Sin embargo, se acordó de que cuando uno baja la guardia es fácil que alguien le haga daño. Imaginó que le invadía un pánico en la insólita forma de un corazón débil, el suyo propio. Se sintió incómodo y rompió a sudar hasta que el sudor le empapó la camisa, mojándole la espalda hasta sentirse incómodo. Mantuvo el pánico a raya aunque le faltaba la respiración y estaba nervioso. Por fin hizo acopio del valor suficiente para arrodillarse junto al epiléptico. Un hombre desde la primera fila del espectáculo preguntó si no podía hacer nada por el pobre hombre.

—Por si no lo he dicho antes —dijo el calvo—, aquí no nos tomamos ninguna molestia por quienes no conocemos.

—¡Pero si es un ser humano igual que tú y que yo! —gritó Jeebleh, y se puso en pie velozmente—. Hay que llevarlo a un hospital. ¿Por qué va a ser necesario conocer su clan familiar antes de ayudarlo? ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Me ponéis malo todos vosotros! Apartad de mi camino, por favor.

La muchedumbre retrocedió en el acto, despejando un amplio círculo en torno a Jeebleh y al hombre inconsciente, para apiñarse luego, de inmediato, boquiabiertos. El perro hambriento, que nadie se había tomado la molestia de espantar, estaba allí cerca, a la espera, observando. Al fulminarlos con una mirada, Jeebleh dedujo que eran muchos los presentes que habían pensado que él había enloquecido de repente y que podría hacerles daño. En la quietud que se hizo entonces, todos alrededor de él en la actitud de los espectadores reunidos por el placer intemporal de reunirse, volvió a arrodillarse.

Parecía como si el epiléptico hubiera empezado a desvestirse antes de perder la conciencia y caer. Con las manos temblorosas, Jeebleh recolocó el *sarong* del hombre lo mejor que se lo permitieron las circunstancias y le enderezó las piernas, pero no supo qué hacer a continuación. Tomó la cabeza del hombre entre las manos, creyendo que de ese modo ayudaría a aliviar la presión de los dientes en la lengua.

El gentío se apiñó todavía más, cambiando los gestos de indiferencia completa a una preocupación total. Cuando el epiléptico se agitó de manera convulsa, los espectadores retrocedieron en una mezcla de temor, de sobresalto y de alivio, invocando algunos a Alá mediante diversas designaciones, otros guardando silencio con el pánico en el corazón. Jeebleh, ajeno a lo que hacían los demás, fue dando tirones a las extremidades del epiléptico hasta que el enfermo respondió con un temblor, como la furia de un loco que se desencadenase. El epiléptico se estremecía con tal violencia que Jeebleh tuvo dificultades para sujetarlo en el suelo.

Fue en ese instante de abatimiento cuando Jeebleh oyó por vez primera la voz de

una mujer y la puerta de un coche que se abría y se cerraba. ¿Estaba conjurando las cosas, imaginando las palabras, «Suelta, suelta»? Alzó los ojos entonces y se encontró con los de Bile, con lo cual relajó las manos. Por fin lo soltó del todo, feliz de dejar al epiléptico en las capaces y profesionales manos de Bile, quien sabría qué era lo que había que hacer.

Percibió la discreta y atenta presencia de Shanta.

—Anda, ven conmigo —le dijo con la voz con que hablaría un padre a un niño asustado.

Tomándose un momento para mirarla, le sorprendió su belleza corriente, mermada por su expresión general, que denotaba el duelo. Demostró tacto a pesar de lo engorroso del encuentro. A él no le pasó inadvertido que siempre acudía alguien en su auxilio cuando cometía una torpeza. Era el turno de que Bile y Shanta lo ayudasen a resolver el problema. Se sintió como un niño travieso que se mete en embrollos continuamente. Tal vez llegara algún momento en que ya no contaría con nadie que le echase un cabo.

—Cuéntamelo todo —dijo Shanta. Pero no le prestó atención. Se lo llevó de la mano, lejos de donde había caído el epiléptico.

A él le alivió que el perro hambriento ya no estuviera allí.

Apenas habían recorrido una veintena de metros cuando reparó en un intenso olor a excrementos y a podredumbre y basura. Las preguntas de Shanta lo ayudaron a no pensar en el olor abrumador.

—¡Háblame de ese perro! —dijo.

—¿Qué perro?

Ella lo tomó del brazo y se puso a su paso con lentitud.

—Háblame de ese perro y del chico cruel de la ropa vistosa.

Se lo contó abreviadamente.

—¿No se te ha ocurrido —dijo ella— que no puedes ser bueno de manera concienzuda en una ciudad en la que todo el mundo es perverso y asesino?

Él lo dejó pasar sin hacer comentarios.

—¡Y háblame también de los ancianos!

Le dio una versión abreviada.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¿Qué he hecho?

Ella se preguntó en voz alta si él era consciente de haber echado sal y pimienta en la herida común, recordando a todos sus defectos humanos. Le señaló que la raíz del problema era en esencia que él siempre se había puesto en un plano de superioridad moral.

—Precisamente por eso tenías que llevarte una humillación.

A él le costaba trabajo respirar, no porque los olores le resultaran nuevos, que no



era el caso, sino porque eran incluso más potentes que antes. Quien viviera en tan viles condiciones a la fuerza perdería de vista su propia humanidad, pensó; era imposible contar con un ápice siquiera de bondad humana en una comunidad que coexistiera a diario con tanta putrefacción. Tal vez por eso fuesen tan crueles unos con los otros, tal vez por eso no manifestaban ninguna amabilidad mutua, tal vez por eso fueran ciegos ante las necesidades de una perra parturienta o de un epiléptico en pleno ataque.

Llegaron a donde estaban unos cuervos picoteando una carroña. Tres o cuatro pájaros grotescos se separaron del resto de sus congéneres y se pusieron a andar a la par de Shanta y Jeebleh, que siguieron su camino. Más osadas que en su memoria, las aves rastrearon el camino dando saltos, frenándose, como los perros de paseo con sus amos. Los cuervos también podrían haber sido guardaespaldas con el encargo de escoltar a unos dignatarios por terreno peligroso. Shanta se adelantó ajena a la presencia de las aves, sin hacer caso ni siquiera cuando levantaron el vuelo empeñadas en mantenerse a la par, graznando sus reproches. Podrían haber sido niños hambrientos que apremiasen a sus padres a que los llevaran a casa a comer.

Jeebleh y Shanta llegaron a un portón cerrado. Shanta se agachó y retiró una piedra de un murete cercano. Levantó la mano con la palma hacia arriba, acaso para demostrar que no tenía llave. Se abrió el portón. Jeebleh se acordó de que los residentes de la ciudad muy a menudo tenían que recurrir al ingenio. ¿Cómo demonios se abre un portón automático cuando la electricidad es intermitente? La gente tenía que hallar fórmulas inventivas de activar las puertas eléctricas manualmente y lo cierto es que las hallaban. En un examen más a fondo vio que Shanta había accionado un cordel oculto en el murete.

Lo dejó pasar, cerró el portón y corrió el pestillo en un marco de metal. Mientras avanzaban, pasando por lo que había sido el jardín de entrada a una casa de dos plantas, su sexto sentido le dijo que alguien apuntaba con un arma desde la planta de arriba. Empezaba a sentir que le flaqueaban las rodillas cuando vio a un chiquillo apuntándolo con un arma de juguete. ¿Qué hacía el niño en aquella casa, quién era? ¿Sería un ocupante ilegal, una especie peligrosa que hubiese acampado en aquel reducto?

Siguió a Shanta al cuarto de estar y se quedó de pie, mirando alrededor.

—¿Té? —le ofreció.

—Sin azúcar, por favor.

Le sugirió que tomara asiento en la silla que le indicó a tal fin y se fue a preparar el té. Él se puso cómodo y observó el cuarto de estar. Dedujo que un niño había ocupado el centro de la vida en aquella casa, un niño cuya presencia determinaba la forma de las cosas, pero los juguetes estaban todos arrinconados, tratados sin demasiadas contemplaciones, abandonados. Y llevaron a Jeebleh a pensar en la naturaleza provisional de los juegos inacabados tras la flagrante violación de la paz.

No podía asegurar, por el contenido de la casa, si los ocupantes originales habían

huido antes de que les segaran la vida. A juzgar por todos los indicios, el lugar había sido residencia de personas de diferentes edades, procedencias e intereses profesionales en momentos distintos. Lo dedujo por los títulos de los libros de las estanterías, libros en desorden. Uno de los antiguos ocupantes podría haber sido arquitecto; otra, enfermera. Otros más jóvenes debían de haber sido estudiantes, unos en una escuela secundaria egipcia, otros en el *liceo classico* italiano, otros en Benaadir, donde la enseñanza se impartía en inglés. Se trataba de una casa de políglotas.

—¡Esto ya está! —dijo Shanta—. ¡Un té y unas pastas!

---

—La pequeña Raasta dedujo por sí sola cómo es el matrimonio cuando sólo tenía cuatro años —dijo Shanta, bautizada como Shan-Karoon, que significa «mejor que cinco niñas», con la voz empapada de emoción.

Lo miraba con el recato de una mujer que agasaja a un pariente político. ¿Por qué estaba tan incómoda? No iba desarreglada. De hecho, vestía con elegancia. A pesar de todo, algo había en ella que a él le intranquilizaba, por más que no supiera decir qué era.

Era mucho más joven cuando a él lo sacaron del país. Por lo que alcanzaba a saber, pudieron haberle pasado muchas cosas terribles, cosas de las que no hablaba con nadie, ni siquiera con Bile. Estaba nervioso, como un hombre de pie sobre una pastilla de jabón mojada.

—¿Y cómo llegó a esa conclusión la pequeña Raasta? —le preguntó.

—Te darías cuenta si la conocieras —dijo ella.

—¡Pero no la conozco! —la miró intensamente, y los pozos que tenía ella por ojos se colmaron de lágrimas. Él no entendió cómo pudo contenerlas justo donde quiso, prendidas en las pestañas. Insistió—: ¿Cómo pudo entender Raasta cómo es el matrimonio con sólo cuatro años de edad?

Como un ave alimentándose, Shanta movió los labios sin hacer ruido. Él se dio cuenta de que hablar con ella requería una habilidad especial: seguramente se mostraría evasiva cuando se tratara de hablar de Faahiye y podría ser dada a improvisar y a inventarse historias. No sería de extrañar que tendiese a hacer insinuaciones sin fundamento, como tantas esposas, cuando hablase para justificarse de su cónyuge. Había estudiado Derecho y formado parte de un bufete con otros colegas, entre ellos Faahiye. Ejerció la profesión hasta que el país se sumió en la total falta de ley.

Ella salió de pronto por donde él menos lo esperaba y, en vez de contestar a su pregunta, cambió de tema.

—Bendita sea la casa que construyeron nuestras madres. Por favor, acepta mis condolencias por la muerte de ambas.

—¿Tú sabrías localizar su tumba?

—Desde luego que sí —dijo.

Pero él no estuvo seguro al cien por cien de que ella hubiera entendido que se refería a su madre, no a la de ella, y lamentó no haber sido más claro. Aguardó a que ella dijera algo: no quiso ser él quien llamase la atención sobre ese descuido.

Ella aclaró que había entendido a qué se refería.

—Planté dos árboles en las tumbas de nuestras madres —dijo—. Por la dulzura

sin par del fruto, planté un mango de la variedad Hinducini, importado de India, en la tumba de tu madre, y un limonero en la tumba de la mía. También coloqué cuatro piedras medianas con el nombre de tu madre escrito en ellas. Hace algún tiempo que no visito su tumba, ni la de mi madre, pero si me concentro estoy segura de que la podré encontrar sin mayores problemas. Podemos pedir a Dajaal que nos lleve si tú quieres ir. En esas cosas es muy útil, es capaz de encontrar lo que sea.

—¿Sabrías cómo encontrar a su asistenta?

—¿Por qué la quieres encontrar?

—Porque me gustaría saber todo lo que sea posible sobre los últimos días de la pobre anciana —dijo—. Es importante que hable con ella. Tengo unas cuantas preguntas que tal vez sólo ella pueda contestar.

—Pues siento decirte que no tengo ni idea de su paradero.

Le tocó a él esta vez mostrar su pesar por la desaparición de Raasta y de su amiguita. Y como la vio resoplar, se sintió excluido del círculo que había trazado a su alrededor. A falta de cualquier otra cosa, le alivió que supiera localizar la tumba de su madre y lamentó no poder comunicarle todo lo que había sabido sobre los posibles secuestradores de Raasta. Se había propuesto hablar de los planes que se había trazado pensando en su madre: construir un monumento en su noble memoria, reunir a unos cuantos jeques para que dijeran unas palabras de bendición en memoria de su madre y la de Shanta. Se dio cuenta de que tendría que esperar al momento oportuno para sacar a colación esas cuestiones, cosas de poca monta por comparación con lo que Shanta estaba pasando. Esperó que aún quedase tiempo para lo que de veras le importaba.

Ella habló deprisa, como si los perros le estuvieran pisando los talones.

—Una forma de expresarlo es que he vivido en una casa a oscuras, con las persianas echadas, donde el aire se ha enrarecido, donde estoy sola, aun cuando no sea decisión mía vivir de ese modo. Pero vivo con esperanza. Me digo a cada instante que un día mi hija volverá, no en vano supo cómo es el matrimonio cuando no tenía más que cuatro años. Y así me lo dijo.

Jeebleh se succionó los labios con la sensación de que carecía de sentido preguntar lo mismo por tercera vez. Sospechó que ella no se dejaría llevar a confesar más de lo que deseaba. Fue Shanta quien preguntó:

—¿Por qué crees que Faahiye ha tenido algo que ver en la desaparición de mi hija? Tengo entendido que eso es lo que opinas.

—No recuerdo haberle dicho tal cosa a nadie.

—Has ido a visitar a Caloosha —dijo ella— y has hablado con Af-Laawe, y también largo y tendido con Bile. ¿Cuál es tu postura? ¿Qué conclusiones sacas en claro?

—Aún no he llegado a ninguna conclusión.

—¿La ha secuestrado Faahiye? Necesitaría ayuda de uno de los caciques. ¿O lo habrá hecho por su cuenta? De ser así, ¿por qué razón?

Reparó en que esta vez pronunció el nombre de su marido como si fuera una maldición. Cayó entonces en un estado de ánimo ruinoso, abrumada por la genuina emoción de un amor agriado o de un odio emponzoñado. Cohibida, se llevó la mano a la cuenca de los ojos, pero sin atreverse a tocárselos. Él la recordó de niña, se acordó de cómo lloraba con el menor pretexto. A todas luces, su vida era un denso flujo de emociones, de días llenos de llanto incesante.

—Estamos malditos como familia que somos —dijo.

—¿Por qué dices tal cosa?

—Caloosha os tuvo a ti y a Bile, a sus propios hermanos, encerrados, además todos sospechan que mató a su padrastro. Más recientemente, desde la muerte de nuestra madre, se han sucedido varios acontecimientos. Uno tras otro, lo que yo de entrada consideré bendiciones, el nacimiento que había esperado toda mi vida y la libertad para el hermano que estaba en la cárcel y al que ansiaba recibir con los brazos abiertos, se ha convertido en maldiciones. Siendo anormales los tiempos que corren, Bile me toca donde no debe y hace cosas que son tabúes, no permitidas. Se habla de asesinatos y se habla de robos. Mi marido lo cuestiona, yo tomo partido. Discutimos, mi marido y yo, y él me abandona. Mi hermano está dolido, pasa el tiempo con peor humor que nunca, diciéndome a las claras que yo he causado la ruina que pende sobre nuestras cabezas. Mi hija y su amiguita desaparecen misteriosamente. ¿Están secuestradas? ¿Son rehenes de alguien? En tal caso, ¿quién las retiene? ¿Tiene su desaparición una faceta política? Cuando era joven, no era dada a la reflexión y no estaba enterada de las cosas, solía pensar que había algo notable en nuestra familia, algo único. Ahora más bien me parece que somos objeto de una maldición única, como no hay otra igual. Y las cosas no son lo que han parecido ser durante gran parte de mi vida.

—¿Se ha puesto Faahiye en contacto? —preguntó Jeebleh.

—Suenan los teléfonos.

La miró sin decir nada, desconcertado.

—Suenan los teléfonos, y cuando descuelgo me recibe el silencio —siguió diciendo—. Vuelve a sonar y nadie dice nada. Por eso ya no lo cojo.

—¿Por qué iban a llamar los secuestradores para no decir nada?

—¡Estoy segura de que es Faahiye!

—¿Por qué haría una cosa así?

—¡Para torturarme!

Jeebleh aguardó con cautela a que se explicara mejor, pero calló del todo, sacudida por un violento torrente de emoción. En su conducta había una intensidad febril. Él le tendió su pañuelo, ella lo aceptó y lo sostuvo en la mano mirándolo como si no supiera qué uso darle. Resopló.

—¡Raasta era una niña maravillosa!

—¿Era? ¿Y por qué no es?

—Porque cuando vuelva con nosotros habrá cambiado, ya no será la niña que

conocí cuando era mi pequeña, se habrá convertido en una absoluta desconocida para mí. Habrá sido objeto de torturas. Ninguna niña puede sobrevivir a esa clase de tormento. Sus días de cautiverio la perseguirán para siempre. Mi hija vive amedrentada.

—¿No se ha recibido ninguna noticia sobre ella, ninguna en absoluto?

—A mí nadie me dice nada.

—¿Por qué no hablas con Bile de lo que te preocupa?

—Por miedo a que piense que me invento las cosas —dijo.

—Estoy seguro de que no pensará tal cosa —dijo Jeebleh.

—A no ser que suene estando él aquí, no me creerá y pensará que soy una madre angustiada que se inventa las cosas, como que suena el teléfono sin que haya nadie al otro lado de la línea. Es posible que alguien siga mis movimientos y que vigile a todo el que venga a verme. El teléfono suena cuando Bile ya no está, después de haberse marchado. ¿Estoy loca, son imaginaciones mías? No lo sé. A lo mejor el teléfono suena sólo en mi cabeza, porque deseo que alguien se ponga en contacto conmigo, ya lo ves. No me quedan amigos. Muchos me evitan, porque a todas horas hablo de Raasta y de Makka. ¡Pero incluso en mi locura quiere mi hija venir a casa, conmigo, lejos de los impostores!

Cuando la oyó decir «impostores» llegó a la conclusión de que no estaba completamente loca, pues él supo a quién se refería. Se sintió más unido a ella, por medio de un parentesco más profundo, como si compartiera con ella el sufrimiento que otros le causaban.

—Soy una madre —dijo— privada de la compañía de la hija que la ama. No debería sorprenderte ni a ti ni a nadie si me extravió allí donde la locura, azuzada por la desesperación, es la autoridad suprema.

—¡No estás loca! —le aseguró él.

—Sólo tengo pruebas circunstanciales —dijo, y el triste recuerdo de las escasas pruebas de que disponía la lastró. Apoyó la cabeza sobre las rodillas, sollozando.

Habían vuelto a los años previos a su adolescencia, cuando ella se embarcaba en arranques de intensos sollozos, llorando hasta desgañitarse con tal de conseguir lo que ansiaba. De pronto era una niña enrabiada, de pronto era capaz de contenerse con su talante de abogada, la sintaxis perfecta, la lógica impecable y, a renglón seguido, volver a echarse a llorar como una loca desdichada.

Él no quiso permitir que perdiera la esperanza. Le insistiría hasta lograr algunas respuestas adecuadas por su parte:

—¿Ha visto a Raasta alguien que tú conozcas?

—¡Af-Laawe ha visto a Faahiye!

Listo a la hora de sacar partido de las necesidades ajenas, Af-Laawe reunía todos los requisitos para ser uno de los impostores. Tenía la habilidad de aparecer en el momento oportuno para echar una mano. ¿Quién era Af-Laawe y cuál era su papel en todo aquello?

—¿Se lo has comentado a Bile?

—Se lo he comentado.

—¿Y cómo reaccionó?

—Prometió que se ocuparía de investigarlo.

—¿Crees que lo hará?

—¡Lo dudo mucho!

Se sentía más segura, era algo evidente por su lenguaje corporal y por su tono de voz. Se encontraba de frente a la ventana sin cortinas, abierta, y el sol se le reflejaba en los ojos, dándole un aire menos entristecido, algo más adusto.

—Como Af-Laawe se considera rival de Bile, en su condición de, digámoslo así, faceta oscura de Bile, es difícil de sorprender. Af-Laawe dirá que su compromiso es con el bienestar de los muertos, como si a los muertos les importase tal cosa, y dirá que los entierra sin cobrar honorarios, lo cual no es cierto, claro está, y dirá que, al igual que Bile, tuvo un golpe de suerte al encontrarse una cantidad de dinero de misterioso origen. La verdad es muy distinta. Todos sabemos de dónde proviene el dinero de Af-Laawe, todos sabemos que es un tipo engañoso y que Caloosha es su mentor, el jefe máximo de lo que me gusta llamar, por falta de vocablo mejor, el cártel. Y no vayas a pensar que estoy paranoica ni que me he vuelto loca, porque eso no es cierto, prefiero hacértelo saber a las claras.

Y estaba resultando convincente.

—¿Qué cártel es ése? —quiso saber él—. ¿De qué estás hablando?

—Los intereses mercantiles del cártel son sospechosos —dijo ella—. Si bien en principio fue creado por Af-Laawe como una ONG para ayudar en el transporte y el entierro de los muertos que nadie reclama en la ciudad, recientemente se ha empezado a dedicar a otras actividades nefandas. Según una fuente digna de toda confianza, el cártel envía todas las facturas a una organización de caridad holandesa con base en Utrecht, pero a mí eso no me importa: lo que me importa es lo que sucede antes de que los cadáveres sean enterrados. Se les hacen cosas terribles a los cuerpos desde el momento en que los recoge la furgoneta de Af-Laawe y el momento en que son transportados al cementerio, pues se desvían a un piso franco donde hay cirujanos de guardia las veinticuatro horas del día. Esos cirujanos extirpan los riñones y el corazón a los muertos. Una vez se prueban esos órganos, cuando están en buenas condiciones, son exportados a hospitales de Oriente Medio, donde se venden y se trasplantan.

Jeebleh se enderezó. Por extraordinario que sonase todo aquello, recordó haber estado presente cuando el cadáver del chiquillo de diez años, en el aeropuerto, fue trasladado a la furgoneta de Af-Laawe, y recordó que el joven asesinado en la habitación del hotel fue colocado en la misma furgoneta. Se acordó de lo de prisa que había actuado Af-Laawe al retirar ambos cuerpos y se acordó de que había dispuesto que Jeebleh viajase en otro coche desde el aeropuerto, aunque su intención era recogerlo. ¿Habría una verdad truculenta en lo que estaba diciendo Shanta?

—¿Bile está al tanto de todo esto?

—Aunque lo esté, hablar de esto sería impropio de su naturaleza.

—¿Por qué?

—Porque no quiere que su integridad se ponga en tela de juicio.

Una celosía de sombras cayó sobre su rostro y el semblante de Shanta recordó a Jeebleh a un lienzo antiguo en proceso de restauración. Vio los surcos donde eran más oscuras las sombras e imaginó cicatrices donde las sombras eran más claras.

—¿Y tú crees que el cártel ha secuestrado a las niñas? —preguntó—. ¿Para quitarlas de en medio, para que no haya refugio accesible a quienes huyen de los combates? ¿O es que AfLaawe y Caloosha van a por Bile, cada uno por sus propios motivos?

—Todo es posible.

—Pero el cártel, siempre y cuando exista, no permitirá que las niñas sufran ningún daño... Sobre todo si, como tú dices, Caloosha tiene algo que ver con todo esto.

Shanta ya no estaba de ánimo para contestar a sus preguntas y en el pecho le explotó un lamento plañidero.

—¡El cártel —logró decir a pesar de su estado emocional— está al servicio del mal!

—¿Has hablado con Caloosha de tus preocupaciones?

—Desde luego.

—¿Y qué ha contestado?

—Dice que está haciendo todo lo que puede por rastrear el paradero de las niñas. Dice que probablemente están retenidas en el sur de la ciudad, que no depende de su jurisdicción, la del Cacique del Norte, sino del Cacique del Sur. ¿Y sabes por qué pienso que no nos ayudará nada? Porque la fuente de cadáveres del cártel se secará si Raasta vuelve a la circulación.

—*Che maledizione!* —maldijo Jeebleh.

Resoplando más fuerte se alejó cabizbaja, temblorosa, hacia una puerta que él dedujo que sería la del lavabo, seguramente para terminar de llorar sin que la viera. Oyó a un chico desplazarse en el piso de arriba y murmurar, tal vez entreteniéndose al hablar. ¿Y quién era aquel chico? ¿Qué estaba haciendo allí?

Shanta estuvo ausente al menos un cuarto de hora y, al volver, se sentó frente a él, aún no recompuesta del todo. Cruzó y volvió a cruzar las piernas, recordándole a una gallina madre agitada luchando con todas sus fuerzas para salvar a sus polluelos de un buitre que los acechase.

Por sugerencia de Jeebleh pasaron al jardín, donde se sentaron a la sombra de un mango, la sombra tan dulce como el fruto mismo. Sin regar, desatendido, el jardín era testigo desconsolado de la desesperación en que vivía el país, a la vista de cualquiera.

—¿De quién es esta casa? —preguntó.



Ella apartó la mirada, primero al árbol del mango, que empezaba a dar frutos, luego a un pinzón de colores que estaba suspenso de una de las ramas, animoso y joven, cantarín.

—Nuestra casa se encuentra en un barrio que cuando tú vivías aquí se llamaba Hawl-Wadaag, pero que recientemente se ha rebautizado con el nombre de Bermuda. El barrio quedó destruido en las luchas entre el Cacique del Sur y un señor de la guerra de poca monta, aliado del Cacique del Norte. Esta casa es de unos amigos míos que se marcharon a Estados Unidos.

—¿Vives aquí desde hace mucho?

—Hemos sido muy desdichados —dijo.

Jeebleh miró alrededor con intranquilidad.

—Tal vez el deterioro del jardín y la casa expliquen por qué habéis sido desdichados aquí —dijo.

Qué distintas son entre sí las familias desdichadas: ¿no lo dijo Tolstói?

—Nos hemos mantenido en rumbo de colisión, Faahiye y yo —dijo—, riñendo mucho y sin ninguna necesidad. ¡Hemos padecido un mal de ojo que nos ha causado muchas desgracias!

—¿Debido a qué?

—Debido a la maldición de que hablaba.

—Pero Bile al menos no tenía posibilidad de elegir —razonó Jeebleh, pero con ella era imposible razonar.

—Me tocó de una manera que no debería haberme tocado —dijo ella con la voz estremecida—. Por eso nos hemos ganado una maldición, cosechando así las malas intenciones de la naturaleza.

—En su lugar, ¿qué habrías hecho tú?

—Racionalmente sé que era cuestión de vida o muerte, que él tenía que tomar una decisión y apostó a favor de la vida, apostó por la vida. Yo estoy viva y Raasta es una niña maravillosa y, gracias a Dios, sana. ¿Preguntas cuál es el problema? Bien, pues el problema está en que lo que se ha hecho no se puede deshacer. El problema es que la maldición forma parte de nosotros y nos afecta a todos.

Su expresión le recordó el rostro ovalado de un búho en la oscuridad, visto desde el punto aventajado de quien está a la luz.

—¿Fue parte de la maldición lo que ocurrió entre Bile y Faahiye cuando se conocieron?

—Se lanzaron mutuamente al cuello por lo que había ocurrido —dijo— y me tocó a mí forjar la paz entre ellos. Siempre ha sido cosa de mujeres forjar la paz entre estos hombres de sangre caliente, siempre dispuestos a entablar la guerra a la menor provocación. Faahiye y mis hermanos no son distintos de la mayoría de los hombres que han llevado Somalia a la ruina. ¿Por qué se comportan los hombres de esa forma, guerreando?

—¿Tú qué opinas? —le preguntó.

—¿Será porque no sienten pena por nada?

Lo dejó pasar sin añadir ningún comentario y esperó a que remitiesen las lágrimas.

—Dime quién es el chico que está en la casa.

Asomó cierto aire de suficiencia en su mirada cuando se giró hacia donde el chico estaba jugando solo.

—Es de El Refugio. Vino aquí a jugar con Raasta el día en que desapareció y se he negado a ir a ninguna parte hasta que ella no vuelva. Se ha convertido en una póliza de seguros, la mía, que haya un niño en esta casa.

A Jeebleh le sorprendió que durante toda la visita no asomara en ella ni un gesto de locura. Emocionalmente lastrada, desde luego, cosa más que comprensible en una mujer cuya hija había desaparecido. De hecho, tuvo la confianza de ofrecerle un plato de comida recalentada, las sobras del día anterior, caso de que a él le apeteciera comer algo. Y hablaba de manera directa y respondía a sus preguntas y no hacía nada estrambótico ni desquiciado. Nadie podría poner en duda que estaba tan cuerda como él.

Cambió de conversación:

—¿A quién se le ocurrió la idea de que las cenas en El Refugio fuesen comunitarias?

No estaba segura, pero pensaba que aun cuando procediera de Bile sólo se le podía haber ocurrido a una mujer. Bile solía confiar en el parecer de las mujeres de su alrededor. Las mujeres, a fin de cuentas, a menudo comían de esa manera y conocían los beneficios de tales rituales. Él asintió y guardó silencio.

—De entrada, las mujeres malgastan menos la comida —dijo—. Por otra parte, comer juntos del mismo plato te hace más sociable. Además, como bien sabes, nosotras las mujeres siempre hemos comido juntas después de servir a nuestros maridos. Que las mujeres nos contentemos con ello supone que estamos preparadas para sacrificarnos por la paz. No es el caso de los hombres.

Dejó que el silencio se agotara y le preguntó si tenía alguna sugerencia sobre el modo de localizar a la mujer que había cuidado la casa de su madre. Con la mirada endurecida como una piedra, ella miró al frente como si no le prestara la menor atención. Volvió a mover los labios como un ave alimentándose. Luego formó una o con los labios.

—Sabía dónde vivía, en Medina, antes del hundimiento del régimen. No la he visto desde entonces, aunque tampoco ha habido ocasión de encontrármela. De todos modos, no creo que sea difícil de localizar si sigue viva en la ciudad.

—Caloosha me dice que se fue a Mombasa.

—¿No es eso lo mismo que dice de Faahiye?

—Así es.

—¿Has pedido a Dajaal que la busque?

Contestó que no y ella le reiteró que Dajaal era capaz de encontrar lo que fuese y

a quien fuese, que en eso era muy eficaz.

—Bile me dice que, entre otras cosas, has venido a honrar la memoria de tu madre —dijo—. Me gustaría sumarme a ti por nuestra madre. Nos criaron juntos, como una sola familia. ¿Qué es lo que tienes pensado?

Sus oraciones por su madre empezaron de inmediato, en sus imaginaciones, con el canto de un petirrojo encaramado en la rama del mango.

—Me gustaría de algún modo señalar la defunción de mi madre —dijo—, acaso con un día de oración, con alguna reunión, seguramente en El Refugio. Pero antes querría localizar su tumba y rendirle una visita y acaso encargarse de una lápida en su memoria. Nada exagerado, no un mausoleo, aunque sería bueno que de alguna manera pudiera rescatar su alma compungida del purgatorio al que Caloosha la relegó.

—La idea de emplear El Refugio para conmemorar su vida es magnífica —dijo ella—. Me gusta mucho y deseo y espero que Raasta esté con nosotros para celebrar la ocasión.

Soltó un resoplido que había contenido durante un buen rato.

Él guardó silencio, dispuesto a disculparse y despedirse en cuanto fuese decoroso hacerlo.

Cuando volvió a casa de Bile, Jeebleh insertó la llave en la cerradura, pero le fue difícil abrir la puerta. La llave giraba suelta en el ojo de la cerradura, sin mover el pestillo. Oyó entonces unos pasos que se acercaban con cautela y dedujo que sería Seamus, por lo que se anunció:

—¡Soy yo, Jeebleh!

Se abrió el pestillo en el acto y apareció Seamus, ancho como su sonrisa.

—¿Está mal de la cabeza, como cree Bile?

Jeebleh no respondió y entró pasando junto a Seamus al cuarto de estar, donde tomó asiento. Se le sumó su amigo. Cuando puso a Seamus al tanto de su visita a Shanta, Jeebleh guardó silencio, agotado por el esfuerzo de recordar todo lo que había pasado.

—¿Y qué hay del chico? —preguntó Seamus—. ¿Sigue allí con Shanta, negándose a marchar hasta que regrese Raasta para jugar juntos?

Jeebleh no respondió, pues tenía otras preocupaciones en la cabeza. Había adoptado una expresión entristecida, desenfocada la mirada, como si no fuese capaz de ver ni de oír nada.

Seamus, alterado, trató de mostrar interés por él:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—¡Pero si estás temblando!

Nervioso, Jeebleh se iba poniendo peor por momentos y daba la impresión de que pudiera sufrir una crisis nerviosa delante de Seamus. Se sujetó el estómago e, inclinándose por completo, hizo ademán de vomitar sus preocupaciones. Hecho un manojo de nervios, le costaba esfuerzo respirar y se le desenfocaba la mirada, como si se le estuvieran vaciando las entrañas para ser sacado del país a pedazos. Estaba mostrando el lado pasivo de su carácter, como si no fuera responsable de lo que estaba haciendo. Sí, algo estaba ocurriéndole al hombre de acción, no era capaz de ponerle freno. Jeebleh, famoso por su actitud dura y su conducta racional, de pronto parecía completamente distinto a lo que Seamus habría relacionado con él.

—No me gusta lo que me está pasando —dijo.

—¿Y qué te está pasando? —preguntó Seamus.

—Ahora formo parte de la historia, he tomado parte y he hecho elecciones que podrían poner mi vida en peligro.

Seamus sacudió la cabeza con aire entristecido, como si supiera exactamente lo que quería decir Jeebleh.

—Conozco a demasiada gente que no ha podido evitar el formar parte,

implicarse, entrar en los problemas de esta nación. Tienes que volver a ser el mismo de siempre, el padre de tus hijas, el marido de su tu esposa, el profesor de tus alumnos. Tienes que salir del país antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué estás diciendo?

—Que es hora de que te marches —dijo Seamus.

—Sí, ya es hora, pero todavía no me iré.

—¿Qué es lo que te retiene?

—Hay un asunto inconcluso que reclama mi atención.

—Ojalá sepas lo que estás haciendo —le dijo Seamus.

Por toda respuesta, Jeebleh se refugió en un dicho somalí sobre un hombre que le da un mordisco en la oreja al más fuerte de dos perros que pelean, porque el fuerte está abusando del más débil, torturándolo.

—Ya me he forjado un nombre enfrentándome a mi clan familiar. ¿O no? —añadió.

—Por lo que más quieras —insistió Seamus—, si han intentado matarte...

—No arriesgaré la vida sin necesidad, te lo prometo.

Seamus hizo caso omiso de la promesa.

—Me entristece pensar que pasarás a formar parte no sólo de la guerra civil sino que además te perderás del todo en ella, porque es mucho más grande que tú y puede resultar mucho más mortífera de lo que te imaginas. El único consejo que te doy es que, si no abandonas, al menos vayas atento y te asegures de no dejarte arrastrar por la vorágine.

—Pondré mucho cuidado —dijo Jeebleh.

Seamus trató de afianzar la mirada antes de decir nada. Con los brazos cruzados sobre el pecho y el aire pesado, siguió hablando.

—Yo también he estado en el cruce de caminos donde llegadas y salidas se mezclan, donde las dudas de uno mismo se topan con las certezas y la recriminación. Y he logrado no formar parte de la historia.

Jeebleh observó a Seamus afanarse en alguna tarea doméstica, reconociendo en silencio que él bien podría haberse marchado dejando sin atar los inevitables cabos sueltos. Para Jeebleh ya era imposible: si se marchase, dejaría atrás una parte de sí mismo, una parte de su historia. Eso era algo que no deseaba.

—Durante años —estaba diciendo Seamus— la gente ha venido a Somalia, todo el mundo, con la intención de cumplir con su cometido y marcharse. Los estadounidenses vinieron, según dijo su presidente, para hacer la obra de Dios. Dios sabe de sobra que no fue eso lo que hicieron. ¿Y se fueron de acuerdo con lo previsto? No, se vieron arrastrados a la vorágine de las intrigas de los clanes y, cuando se fueron, se dejaron aquí una parte de sí. Tomar una decisión, actuar de acuerdo con ella y después marcharse: son cosas que se nos escapan de las manos antes de siquiera advertir qué terreno pisamos.

—¿Por qué te has quedado tú? —preguntó Jeebleh.

—En algún momento, durante mi segunda visita —dijo Seamus—, me di cuenta de que había perdido una parte de mí durante la primera y supe que tenía que volver a buscarla. En vez de rescatarla y marcharme de inmediato, me he quedado. Es posible que algunos no podamos evitar el perdernos en las penas ajenas. Seguro que has cambiado desde tu visita a Shanta, bien se ve. Si me preguntaras qué es Somalia para mí, tras haberme quedado, respondería que es la Irlanda de mi neurosis de exiliado.

—¡Mi historia está forjada en la misantropía! —dijo Jeebleh.

—Estás haciendo lo que estás haciendo por pura empatía, no por odio —dijo Seamus—. Tienes un profundo amor por la justicia. Me conmueve oír que cuentas lo del hombre que mordió al más fuerte de los perros. A fin de cuentas, que un perro muerda a un hombre no constituye ninguna historia, pues sucede a todas horas, pero cuando un hombre muerde a un perro por una razón de justicia, eso sí es una gran historia, tanto que bien vale un titular de prensa. ¿Podrías explicarme, a la luz de todo esto, por qué has regresado a tu país en los momentos de su mayor tragedia? Me han dicho que has venido a visitar la tumba de tu madre, ¡pero eso no hay quien se lo crea! ¿Se puede saber a qué has venido?

Jeebleh buscó en su interior la fuerza que sentía que le faltaba y se encontró en un pasillo tan estrecho como oscuros son los túneles. Trató de localizar las flechas que acaso le indicaran la salida, pero no vio ninguna. Con las manos inertes delante de sí, trastabilló y al final retomó una versión de los hechos que había ensayado en varias ocasiones. Al relatarla a Seamus, describió su desagradable roce con la muerte, cuando un somalí recién llegado a Nueva York que conducía un taxi ilegalmente estuvo a punto de atropellarlo. Lo recordó como si fuera una película rodada en una concurrida calle de Nueva York, describiendo el rostro de asombro del somalí y recordando los días de recuperación que pasó él en el hospital. Se frenó, a fin de prepararse para encarar el posible desafío que Seamus le podría plantear, pues Jeebleh era bien consciente de que su amigo podría argumentar que el viaje a Mogadiscio no lo emprendió por pensar en su propia mortalidad sino que más bien acudió en busca de la muerte.

—¿Has venido, entonces, a cortejar a la muerte? —preguntó Seamus.

—Ya no están nada claras las razones de mi viaje —dijo.

—¿Estarías dispuesto a morder al más fuerte de los perros en la oreja, por ira, según el refrán somalí?

Jeebleh le aseguró que sí.

—¿Estás preparado para matar y morir?

—Podría estarlo, depende.

—¿De qué?

—De lo que esté en juego.

—La violencia que es la guerra —dijo Seamus a propósito de una pregunta no formulada—, combinada con la violencia que es la hambruna, corren en mi sangre, en las venas de mi memoria, y por eso comprendo de dónde vienes y dónde te

encuentras.

Agitado, tomó su bloc de dibujo y esbozó una figura a medias humana, a medias animal, un hombre de avanzada edad, que se apoyaba en un bastón y que mendigaba. Luego dibujó la figura de una mujer al estilo de Matisse, líneas fuertes, prominentemente fauvistas en busca de la propia liberación. Jeebleh supo que Seamus seguiría dibujando hasta dar a la mujer un pecho abundante. Y, si estuviera con ánimos, dibujaría a un bebé que estaría amamantándose. Sólo se quedaría sosegado cuando hubiera terminado el dibujo y el bebé hubiera adquirido la caprichosa expresión de un cínico.

Jeebleh lo atribuía a los terrores infantiles de Seamus: una granada que entró volando por la ventana del cuarto de estar de la familia acabó con la vida del padre de Seamus, de su hermana y de dos hermanos, de todos menos de Seamus y su madre. En pesadillas recurrentes de infancia, Seamus despertaba en sueños gritando «¿Y por qué yo?». Hablaba a menudo del incidente, pero no comentaba el hecho de que el hombre que al parecer lanzó la granada había muerto después en un suceso violento. Cuando se le hacían preguntas al respecto, Seamus guardaba un silencio depresivo. Cuando recuperaba la capacidad de hablar, era capaz de decir que aunque se encontraba en la misma zona en que murió el hombre nunca había sido acusado formalmente de homicidio y la policía lo dejó en paz a los pocos días por falta de pruebas.

Pero Jeebleh se había arriesgado a preguntar. Creyó que necesitaba saberlo de buena tinta.

—Si no tuviste nada que ver en la muerte de ese hombre, y doy por hecho que así fue —dijo Jeebleh—, ¿por qué se te señaló como culpable? ¿Cómo es que tu presencia en la zona llamó la atención y se te tuvo por sospechoso?

—Porque nadie que viva en un país en el que se ventila una guerra civil es tenido por inocente. También aquí en Somalia todo el mundo es culpable en potencia y sólo por asociación se le puede acusar de manera injusta de crímenes cometidos por otros. Si uno es miembro del mismo clan familiar que quien perpetra un crimen, se considera culpable, ¿no?

—¿Todavía te despiertas gritando «por qué yo»?

—No, ya no —dijo Seamus.

—Es un gran alivio.

—Vivir en Mogadiscio, ver tanta devastación y tantas muertes por la guerra civil, así como trabajar en El Refugio, me han curado de todo eso.

Jeebleh había percibido pasión en la voz de Seamus cuando había hablado de Raasta. Sin duda la adoraba, como si fuera su propia hija. Su afecto parecía frisar en la obsesión. Esa mañana, Jeebleh había visto la habitación de Seamus. Había fotografías de la niña por todas partes, en las paredes, en llaveros. Dos fotografías hechas por él colgaban a cada lado de la cama. Asimismo, tenía muchísimos dibujos de Raasta, montones y montones de dibujos. Al parecer, Seamus tenía por costumbre

dibujar su retrato cuando estaba nervioso, algo muy frecuente, y la dibujaba con destreza, a veces casi como un profesional.

—La niña da sentido a mi prolongada estancia en Mogadiscio, a pesar de los riesgos —dijo.

—¿Cómo es la niña?

—Para mí, un halo de consuelo —dijo—. Se apodera de mí una regocijada sensación de paz cuando está conmigo. Cuando estoy con ella, me siento más contento que un yuppie celebrando su primera fiesta como anfitrión en su casa nueva.

A Jeebleh se le ocurrió que Seamus, el políglota de Irlanda del Norte, podría ayudarle en relación con su obsesión pronominal. Probó suerte:

—¿Qué pronombre es el que te parece apropiado al referirte a la gente de Belfast? No quiero decir que sean católicos o protestantes, sino personas sin más.

—Me temo que te he perdido.

—¿Empleas «nosotros» porque te consideras parte de esa comunidad, o «ellos», una estratagema para distanciarte y distinguirte de la locura sectaria de la que no formas parte?

Tras pararse a pensarlo con solemnidad, Seamus respondió despacio.

—No sé si tengo tanta conciencia pronominal como tú. De todos modos, ¿tú qué pronombres empleas?

—Yo empleo «nosotros» cuando me refiero a los somalíes en general y «ellos» cuando hablo de la política de clanes y de quienes la promueven. Se me ocurrió cuando me negué a hacer una aportación para reparar su carro de combate, pues no quería formar parte de sus esfuerzos de guerra. Dejé el lado de la línea verde en que estaban ellos y me reacomodé en la sección de la ciudad donde se concentra el otro clan familiar. Y es como si me hubiese borrado de sus vidas.

—Los enemigos les importan a quienes crean en ellos —añadió Seamus rápidamente.

—No sé si te sigo.

—Cuando los consideras «ellos» y, por tanto, tú mismo los creas, te conviertes en un enemigo para ellos en el momento en que optas por salirte de ese «nosotros» que todo lo incluye. Y así resulta que para ellos tienes mucho más valor muerto que vivo, siempre y cuando puedan echar mano a la riqueza que tuvieras en tu habitación o en tu persona.

Jeebleh asintió para mostrarse de acuerdo.

—Otro proverbio somalí dice que los zapatos de un muerto son más valiosos que el muerto en sí.

—Es increíble, qué cínico se puede llegar a ser.

—Yo diría que somos una nación pragmática.

—Y engañosa —dijo Seamus—. Me apuesto cualquier cosa —dijo al cabo de unos instantes— a que Af-Laawe les habría ayudado a sacar adelante la reclamación del clan sobre tu dinero en metálico. Se ocuparía de tu cadáver en un visto y no visto,



antes de que nadie estuviera informado siquiera de tu desaparición.

—¿Es de veras tan despreciable y ruin como Shanta lo pinta? —preguntó Jeebleh.

Un silencio caprichoso le permitió el lujo de recordar los pensamientos de Af-Laawe sobre los pronombres.

Sin embargo, cuando lo visitaron otros recuerdos de otros tratos que había tenido con Af-Laawe, Jeebleh notó que se le entumecía el cuerpo, como si la vida abandonase sus extremidades. Tampoco fue capaz de desembarazarse del sobresalto que sintió al conocer las sospechas de Shanta sobre el cártel. Shanta era una madre a la que le faltaba una hija y en ocasiones parecía aferrarse a un clavo ardiendo, pero algunas de sus especulaciones tenían pleno sentido para él.

—Háblame de Af-Laawe.

—El hombre está metido de lleno en toda clase de perversidades —dijo Seamus—. Rumores por confirmar lo sitúan en el papel de intermediario, papel que al parecer se le da bien.

—¿Dónde más lo colocan los rumores?

—Tengo entendido que llevaba un plan secreto —dijo Seamus—, de acuerdo con el cual se llevaban vehículos 4 x 4 con ayuda de conductores somalíes y de algunos extranjeros empleados por la ONU. Actuaba como intermediario, como vínculo entre los empleados de la ONU y los conductores somalíes. Se llevaba la mayor tajada, porque todo era un montaje suyo. Los conductores somalíes desaparecían en las zonas de la ciudad en las que no se puede entrar, y son unas cuantas, y algún burócrata de la ONU le pagaba su comisión en metálico. Y los vehículos terminaban en Kenia o en Etiopía. Seguramente habrás oído hablar del golpe de los cuatro millones de dólares, aquel que terminó por salir en la prensa internacional.

—¿Por qué, en tu opinión, no lo ha dejado, no se ha retirado con los millones que tiene amasados?

—Es tarde para que pueda apartarse de toda esa podredumbre —especuló Seamus—. Yo supongo que le gusta cortejar el peligro a diario. Seguro que es eso, ahora se monta él su propia película. Y es un pez demasiado gordo para perderse en los entresijos de otros, para preocuparse por otros. Supongo que terminará por tentar la ira de Caloosha y acabará muerto.

Jeebleh pareció desconcertado.

—¿Y el EAM? —dijo.

—¿Qué le pasa?

—¿Formó parte de la historia?

—Los idiotas son famosos por sus meteduras de pata —dijo Seamus—. No es que nos tratásemos de tú el EAM y yo, pero nos llevamos bastante bien hasta que se perdió en la compleja trama de Somalia. Tal vez su intención fuera hacer el bien, pero sus métodos fueron muy cuestionables. Entretanto terminó por comportarse de manera muy similar al Cacique del Sur, al cual pretendía desenmascarar.

—Él también terminó convertido en su propia historia...

—Y complicó el problema al transmitir información errónea a los militares estadounidenses y a la ONU. No querría ser injusto con él, pero creo que terminó por perder los papeles.

—¿Tú dirías que por maldad?

A Seamus las preocupaciones le dieron un aire más desgastado, más pálido.

—Yo diría que pecó de banal.

—Nadie va a pensar otra cosa cuando «banal» suena tanto a «maldad».

—Fue fiel a su estilo y era estadounidense hasta las cejas.

Sin saber qué sacar en claro, Jeebleh lo dejó correr. Se concentró en una salamanquesa al pie de la pared, al alcance de su mano, y en una mosca que pensativa se lavaba la cabeza, como si tentase a la salamanquesa.

Seamus cerró los ojos muy, muy despacio, como un niño que se resistiera al sueño. Sonó el teléfono y Jeebleh respondió. Era Shanta. En su voz apreció una urgencia de vida o muerte. Quería que Jeebleh fuese a verla de inmediato, pero no le dijo por qué. Dando por supuesto lo peor, se puso en contacto con Dajaal, quien prometió que lo llevaría de inmediato.

---

Tan pronto se puso Jeebleh el cinturón de seguridad, abordó a Dajaal para que se uniera a su causa. Enfocó la cuestión con la timidez de alguien que no deseara pasar otro día tras las rejas, en una celda.

—Supón que decido destruir a un hombre que ha desbaratado mi vida y ha causado daños irreparables a otras personas próximas a mí —dijo—. Supón que te pido ayuda. ¿Me echarías una mano?

Dajaal respondió como si hubiera pensado despacio la cuestión y se esperase la pregunta desde hacía tiempo.

—Por supuesto que sí.

Jeebleh lo meditó antes de comentar sin comprometerse:

—¿Te das cuenta de que no tengo una idea clara de lo que será preciso hacer?

—Ahora que lo pienso, tampoco tengo yo una idea muy clara de lo que estás diciendo —dijo Dajaal—, aunque tenemos tiempo para desarrollar los planes, tramarlos bien, ajustarlos. En mi anterior experiencia en el ejército, también por estar asociado a Bile desde hace tiempo, pues le seré devoto eternamente, he acometido trabajos duros. Mi adiestramiento me ha preparado y siempre estoy dispuesto a asumir riesgos en lo que hace al deber.

Jeebleh le aseguró que no había hablado del asunto con nadie y dijo que aún era pronto para esbozar un plan preliminar. En cualquier caso, no harían ningún movimiento hasta no tener bien claro el destino de las niñas. Hasta entonces, dijo Jeebleh, ¡chitón!

Dajaal dijo a Jeebleh que como oficial del ejército que era estaba preparado para no compartir con nadie una información secreta y menos sin mediar un nombre concreto, porque en boca cerrada... Él, Dajaal, se ocuparía de que así fuese.

—¿Y qué hay de Bile?

—¿Qué pasa con Bile? —dijo Dajaal.

Llegaron al portón de la casa de Shanta.

—¿Cómo se lo tomará? —dijo Jeebleh.

—¿Está al corriente de tus planes?

—Yo no le he hablado de mis planes.

—Cuando lo vi esta mañana en el hospital —explicó Dajaal—, Bile comentó que la abeja hembra se empareja con cualquier zángano con el que se encuentre mientras esté fabricando miel.

—¿Tienes idea de lo que quería decir con eso?

—La verdad es que no —contestó Dajaal—, pero me lo explicó de esta manera: por alcanzar la plenitud, el torturador se contenta con torturar a una víctima siempre

que se cruza con una.

Al darle Jeebleh las gracias, no supo si agradecía a Dajaal el viaje y los detalles de lo que había dicho Bile o si tan sólo puso un brusco fin a la conversación por sentirse incómodo. Jeebleh bajó del coche. Dajaal optó por no acompañarlo, por esperarle fuera hasta tener claro que su presencia ya no era necesaria.

A Jeebleh le sorprendió que Shanta no se tomara siquiera la molestia de darle la bienvenida ni de darle las gracias por acudir tan pronto. Nada más verlo farfulló:

—Ha llamado el hijo de puta.

A él le tentó decir que dónde estaban sus modales, pero decidió dejarlo pasar. Obviamente, se hizo a la idea de quién era el aludido y aguardó a que dijera algo más. Notó rabia en su voz, rabia antigua mezclada con rabia nueva.

—¿Dijo desde dónde llamaba?

—Sonaba tan cerca que podría haber sido desde la casa de al lado —dijo ella.

Dio la espalda a Jeebleh y volvió a maldecir como un sargento de instrucción: «El muy hijo de puta...». Y se alejó. Él no la siguió en el acto.

Apartó la mirada al no hallar ningún placer en ver sus curvas por el vestido diáfano que llevaba, con un estampado de aves en vuelo. Pensó en su esposa, con la que había hablado el día anterior.

Shanta le hizo sentir muy incómodo por el lenguaje insultante que empleó.

—El muy hijo de burra ha llamado por teléfono, pero no quiere hablar conmigo. ¿A que no te lo crees?

Entró en la casa y cerró la puerta. Se acordó de que se había criado en la venerable tradición según la cual se fingía que no pasaba nada anómalo si una persona respetable se comportaba de mala manera en su presencia.

—¿Quieres tomar una taza de té mientras esperamos? —le preguntó ella.

Se preguntó si era aconsejable tomar el té con ella e incluso esperar sin saber por qué esperaba, a quién exactamente, durante cuánto tiempo. Que ella siguiera despotricando lo irritó sobremanera, aunque no supo bien por qué. Habló despacio:

—Dime si me equivoco. Faahiye, tu marido, ha llamado entre la última vez que estuve yo aquí y el momento en que me llamaste hoy, y dijo que volvería a llamar más tarde, aunque sin dar ni hora ni razón. ¿Dijo con quién quería hablar?

—Quiere hablar contigo —poco faltó para que tuviera otro ataque de ira—. «Quiero hablar con Jeebleh», así fue como lo dijo. «Quiero hablar con ese hombre, con nadie más, y quiero que lo llames tú. Yo llamaré más tarde».

—Espero que no me culpes de nada.

—¿Has hablado con él a nuestras espaldas? —Shanta parecía un trapo de limpiar el suelo, sucio en el momento en que le invadía la ira—. ¡Dime la verdad!

—No, no he hablado con él.

—En tal caso, ¿por qué llama preguntando por ti?

—Ojalá tuviera una explicación.

—No termina de tener sentido, ¿verdad que no?

—Si Faahiye y yo hubiésemos hablado como sospechas tú —la desafió Jeebleh—, ¿no tendría mejor manera de dar conmigo?

—Supongo que tienes razón.

Ella se acomodó en el sofá, cambiando de postura. Se frotó la frente con la mano, como si de ese modo pudiese aliviar el dolor. Pasaron despacio los minutos. Él pensó en asegurarle que no le había ofendido su insinuación, pero optó por no hacerlo, seguro de que no serviría de nada.

—Me llamó poco después de que te fueras —le dijo.

Jeebleh pensó que tal vez uno de los operarios de seguridad de Caloosha, alguien que andaba vigilándolo, lo había visto con Shanta cuando se alejaron del lugar en el que había tenido aquel hombre el ataque de epilepsia. Cuando le llegó el mensaje, Caloosha habría llamado a Faahiye y le habría pedido que hablase con Jeebleh. Era sensato suponer que Faahiye habría hecho lo que se le ordenaba.

—¿Dijo algo acerca de Raasta?

—No.

Aun cuando no fuera natural en Jeebleh ver el lado luminoso de las cosas, tuvo la necesidad de sentirse optimista. Las palabras acudieron a él con facilidad, aunque le costó trabajo transmitir las de manera convincente, por lo cual se las repitió varias veces. Faahiye no se pondría en contacto con él a no ser que hubiera decidido poner un buen fin a la crisis, él gozaba de libertad para tomar esa decisión por su cuenta, no a sugerencia de otro. Sin embargo, Jeebleh no pudo transmitir su optimismo a Shanta por temor a que se tornara más agresiva.

Y ella no parecía dispuesta a callar.

—¿Por qué ha tenido que elegir precisamente hablar contigo, si tú no te has puesto en contacto con él?

—No tengo ni idea —dijo Jeebleh.

—Tiene que haber una razón —insistió ella—. Es de los que nunca hace nada sin haber considerado todas las posibilidades, a menos que lo haya estudiado desde todos los ángulos posibles.

—A lo mejor piensa que es más sencillo hablar conmigo, por conocernos desde hace muchísimos años y no haber reñido conmigo, no sé —dijo Jeebleh.

—Yo soy la madre de Raasta.

Jeebleh estuvo a punto de decir que eso era lo de menos, pero de pronto entendió que era todo lo contrario: lo principal era que fuese la madre de Raasta.

—A lo mejor —especuló en voz alta— me considera una persona neutral, un juez imparcial, capaz de atender con juicio a los dos lados de la discusión, ¿podría ser eso?

—¿Qué dos lados? ¡Si no hay dos lados! Yo quiero que mi hija vuelva y quiero que vuelva ahora. Él que se vaya a donde quiera, eso ya lo ha hecho. Me da igual. Yo quiero que vuelva Raasta.

—Estamos dando por hecho, y no lo sabemos con certeza, que tiene retenida a Raasta —dijo él.

—¿Por qué dices que lo damos por hecho?

—Porque es lo que estamos haciendo —dijo.

—¿Y no la tiene él retenida? —preguntó ella.

—Eso hay que confirmarlo.

Shanta se fue poniendo más tensa y terminó agotada, derrengada, inerte. Él se adelantó en el asiento y, volviéndose un poco, vio un fino libro en italiano, obra de Shirin Ramzanali Fazel, una somalí de origen persa. Recordó haber leído el libro en Nueva York y haber pensado que no era poca cosa que un ama de casa escribiera sobre su vida en Mogadiscio y sobre su exilio en Italia. Le agradaba que los somalíes escribieran sobre sí mismos y sobre el país, a veces en su lengua, a veces en lenguas extranjeras. Aunque parecieran insignificantes, esos empeños venían a colmar lagunas en el conocimiento que el mundo tenía de Somalia. Leer ese fino volumen había sido provechoso porque, al contrario que muchos libros de autores que desenterraban las hachas de su clan para afilarlas, no era un panfleto movido por la queja. Tenía encanto, se percibía que la autora era la primera en escribir un libro sobre la guerra desde una perspectiva somalí. Preguntó a Shanta qué opinión le merecía el libro.

—No fui consciente de la hondura de su dolor hasta que lo leí —dijo— y tampoco me había dedicado a pensar, lo confieso, el sufrimiento de muchos somalíes de ascendencia tanzana, mozambiqueña o yemení. La guerra civil ha sacado a la luz mucho dolor. Espero que un día volvamos a ser una gran familia somalí y podamos hablar de las cosas despacio.

—¿A quién hay que culpar de lo ocurrido?

—Detesto la palabra «culpa» —dijo ella.

—¿Es persa Shirin Fazel? ¿O es una de los nuestros, una somalí?

—Es una somalí profundamente dolida, como tú y como yo —dijo ella—. Cuando uno está dolido en lo más hondo, vuelve a los recuerdos con los que se ha criado para entender lo que le está ocurriendo.

—¿Y reinventas tu vida? —preguntó Jeebleh.

—Es como si te vieras con ojos nuevos. Y entonces reaccionas y te das cuenta de que eres diferente, porque a fin de cuentas eres de un sitio diferente, con una memoria ancestral diferente.

—¿Te quedas al margen cuando estás dolido?

—Supongo que eso es lo que siente Shirin Fazel. Al margen y perseguida, porque ella es de origen persa.

—¿Es semejante a ése el dolor de Faahiye? —preguntó Jeebleh.

—¿Por ser su familia distinta de la nuestra?

—¿Lo llegó a comentar?

—Sería impropio de él.

—¿Porque pertenece al viejo mundo, en el que no se habla de lo que duele? ¿Por eso? ¿O porque creía que todo lo relacionado con los clanes no tenía nada que ver con su dolor, por ser algo personal?

—Él pertenece a un mundo en el que espera que quienes le hacen daño se den cuenta del error por sí solos y, sin que nadie les diga nada, dejen de hacérselo —explicó Shanta.

—¿Qué hace la gente cuando se siente dolida? —preguntó él.

—Tú me lo dirás.

—Algunos lo hacen público y cuentan al mundo que están dolidos. Acusan a los que les han hecho daño, se vuelven zafios, vengativos. Otros se tornan de ánimo suicida. Algunos se retiran en el terreno privado de sus hogares destruidos y se quejan, se duelen. Para quien está dolido, no hay nada que sea sagrado.

Jeebleh se sintió extrañamente consolado al pensar que Shanta, que ya no estaba llorosa, le prestaba atención. No daba muestras de estallar de emoción y tampoco tenía un comportamiento neurótico cuando hablaban en términos generales. Debía andar con ojo y no apretarle con preguntas, no fuera a sumirla en un estado de tensión nerviosa.

—¿Por qué, por qué, por qué? —preguntó ella.

No hizo caso de su pregunta. Jeebleh necesitaba hacerse acopio de fuerza y de ingenio para que ella se relajase hasta que Faahiye llamase o llegase Bile, pues pensó que Bile aparecería tarde o temprano en casa de Shanta, una cosa u otra. Entonces se percató de su mirada fija.

—Convirtió nuestra discusión privada en un espectáculo público —acusó ella—. Se marchó para que el mundo hablase de él. ¿Sabes por qué lo hizo? Lo hizo para cobrarse venganza —lo dijo con calma, serena al hablar, sin que nada indicase que fuera a lloriquear con él—. Al volverse al público —siguió diciendo—, puso su dolor a la vista de todos, como si esperase recibir la debida reparación. ¿Pensó en algún momento cómo me sentiría yo, cómo podría sentirse Bile? Y fue entonces cuando Raasta y Makka desaparecieron.

Jeebleh se dio cuenta de que Shanta lo estaba mirando fijamente, concentrada de hecho en una gota de saliva que tenía él en el labio inferior. Avergonzado por estar salivando como un bebé, como tendía a sucederle siempre que se concentraba, se sorbió la saliva de golpe. Se acordó de que le había prestado a ella su pañuelo, por lo que se secó la barbilla con el dorso de la mano. Estaba a punto de pedir disculpas cuando ella comenzó a decir algo.

—Una esposa no suele mostrar su dolor en público del modo en que lo hace un marido. Una mujer no hace públicos sus sentimientos sin antes haber intentado comunicarse con su marido. Las mujeres mantienen estas cosas en secreto durante mucho más tiempo que los hombres. Sólo cuando ya no puede afrontar una cosa así, la mujer lo habla primero con sus amigos, luego con su cónyuge. Sólo cuando ya no tiene a la vista una solución al problema, habla una mujer con los demás. Mucho

tiempo tiene que pasar para que los ajenos al problema matrimonial tengan conocimiento del mismo por la esposa. Para cuando una mujer lo comenta en público, el matrimonio puede estar ya condenado.

Jeebleh no pudo evitar pensar que aquello era semejante al cruce de caminos en que se hallaba el pueblo somalí. Al igual que Faahiye y Shanta no estaban preparados para hablar de forma directa, sólo por medio de intermediarios, Somalia sólo lo hacía por medio de interventores extranjeros. Las disputas familiares tendían a alargarse, a veces requerían una eternidad para que se sentasen a conversar cara a cara ambas partes en conflicto.

Los dos miraron hacia la puerta y luego se miraron. Jeebleh no estuvo seguro de no haber oído abrirse y cerrarse la puerta de un coche. El optimista que llevaba dentro se preguntó si no podría ser Faahiye, de vuelta a casa con Raasta. Esperó a que el ruido cobrara sentido, pero no se dio el caso. Casi se había resignado cuando se abrió el portón. En ese momento se puso en pie, preparándose para una sorpresa desagradable, pero al acercarse a la puerta vio a Bile despidiéndose de Dajaal.

Jeebleh, Shanta y Bile se sentaron a charlar y a Bile le informaron de las novedades relacionadas con Faahiye. Aunque no pusieran el corazón en el asunto, charlaron los unos sobre las cosas de los otros, no tanto por pasar el rato como por estar bastante nerviosos los tres, si bien por razones distintas.

—Toda esta espera no nos lleva a ninguna parte y, además, ni siquiera sabemos la razón de la espera —dijo Bile.

—Estamos esperando a que llame Faahiye.

—Esto es ridículo —Bile se dirigió a Shanta—: Mientras esperamos, a lo mejor podrías repetir las palabras exactas que dijo Faahiye, para que yo esté al tanto.

Shanta hizo lo que le pedía.

—Sonó el móvil y respondí. Dije hola varias veces y entonces habló Faahiye. Dijo que llamaba para preguntar por ese hombre. Le pedí que me dijera a quién se refería y me dijo que transmitiera su mensaje a Jeebleh, con el cual desea hablar. Me ofrecí a darle el número de Jeebleh, pero dijo que no era eso lo que quería. Quería que Jeebleh viniese aquí y esperase a su llamada por el fijo.

Bile se volvió a Jeebleh.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —miró a su hermana y esperó.

—Más o menos una hora y cuarto.

—¿Eso quiere decir que vamos a esperar una eternidad?

Jeebleh sugirió que esperasen todo lo que hiciera falta.

—No me agrada la gente que se anda con artimañas —dijo Bile.

—¡Al cuerno con todo eso! —explotó Shanta, y salió veloz de la habitación, respirando como alguien que necesitase una buena llantina en privado.



Jeebleh y Bile charlaron mientras esperaban a que regresara Shanta y a que sonase el teléfono.

—¿Qué se hace de una nación cuando es tan grande la desarmonía que todo el mundo es disfuncional? —dijo Jeebleh.

—Los jóvenes se dan al gamberrismo —comentó Bile—, los funcionarios no hacen su trabajo como es debido, los profesores no enseñan, la policía, el ejército, el funcionariado... nada funciona como debiera, ninguna de las instituciones.

—Es decir, que toda la nación es disfuncional...

—Sólo cuando hay armonía en las unidades menores encuentra consuelo la comunidad más amplia en la idea de nación. La unidad familiar actúa como contrapeso a la idea de la nación. Y con el fin de que la nación funcione como conjunto, las unidades menores han de resonar al unísono en la unidad mayor.

Jeebleh, callado, meditó la idea.

—Preguntaste —dijo Bile— si el sexo era el subtexto de la relación que tienen Shanta y Faahiye. ¿O más bien preguntaste si el sexo era la línea de falla de su matrimonio? Recuerdo que me avergonzó aquella pregunta y, desde entonces, lo he pensado despacio. Creo que no es posible acusar a una esposa ni a un marido, a nadie con quien se tenga relación íntima, sin menoscabarse uno mismo: se trata de una lección que hemos aprendido a las duras, con la guerra civil.

Sonó el teléfono y contestó Jeebleh.

Había caído la noche cuando Jeebleh y Bile se marcharon de casa de Shanta. El cielo oscuro se extendía sobre ellos, con una luna en cuarto creciente como punto de referencia. A Jeebleh le alivió que Faahiye hubiera cumplido su palabra; había prometido volver a llamar, seguramente al día siguiente, para concertar un encuentro con él a solas. Sin embargo, no había dicho nada de Raasta y había repetido varias veces «¡Nos veremos y hablaremos!». Bile había estado a su lado durante la conversación, con un talante imperioso, suficiente para recordar a Jeebleh que no hiciera ni dijera nada que pudiera complicar una situación ya de por sí complicada.

Pero algo hubo en la llamada que a Jeebleh le paró el corazón, aunque luego no dijera nada. Cuando hubo terminado de hablar con Faahiye, Af-Laawe se puso al teléfono. Dijo que se reuniría con Jeebleh a la mañana siguiente en el cruce de calles que había al sur de la vivienda de Bile. Af-Laawe le dijo que iría con la asistente de su madre y que los tres irían juntos al cementerio en que estaba enterrada la anciana.

Volvían a la vivienda de Bile y Jeebleh temblaba como una vela en plena tormenta. Tenía al menos tres certidumbres: Af-Laawe estaba más implicado en esas actividades nefandas de lo que había dado a entender. Y si los dos se encontrasen y las niñas fuesen puestas en libertad sin haber sufrido daños, Jeebleh pondría su plan en marcha con ayuda de Dajaal. Aunque tuviera que arriesgar la vida, no divulgaría a nadie el encuentro que tenía previsto con Af-Laawe, ni siquiera a Bile, tampoco a

Seamus. Tal vez sí se lo comunicaría a Dajaal, pero debía pensarlo. Mientras caminaba, a veces temía estar a punto de derrumbarse, que le fallaban las rodillas o las piernas, así que luego tenía que enderezar bien la espalda, reforzar el cuerpo, dar un paso al frente. Bile le tendía una mano a modo de ayuda, preguntando si podía hacer algo por su amigo. La acusación de Shanta, en el sentido de que había hablado en secreto con Faahiye, resonó penosamente en los oídos de Jeebleh. Ojalá, se dijo, hubiese hablado de la cita que Af-Laawe quería mantener con él, ojalá lo hubiese compartido con Bile tan pronto hubo colgado el teléfono. Jeebleh se vería obligado a mantener la cita en secreto y, además, acudir a ella, a costa de su reputación en caso de ser descubierto. En un caso y en el otro, salía malparado, tanto si lo comentaba como si no.

Cuando Seamus les dio entrada en la vivienda, se fijó en la palidez de Jeebleh.

—Ay, ay, ay. Estás hecho una pena, ¿no es cierto?

Y aun cuando no quiso que ninguno de los dos amigos lo acompañasen a su cuarto, Jeebleh sí aceptó un cuenco de sopa y una taza de chocolate caliente, ya en la cama, cuando se las ofrecieron.

Jeebleh despertó avergonzado de no haber sido capaz de decir nada de su cita con Af-Laawe a Bile ni a Seamus. Se puso sin embargo en contacto con Dajaal, llamándolo a su móvil para informarle de que había dispuesto una cita con Af-Laawe para ir al cementerio.

Bile se había ido a trabajar y Jeebleh necesitaba hablar con alguien. Despertó a Seamus y, mientras desayunaba con él una tortilla de patatas, Jeebleh se encontró débil físicamente. Se sentía como si se le hubiese vaciado la vida misma, como un huevo cuyo todo interior hubiera succionado una comadreja.

Seamus percibió la inquietud de Jeebleh desde el momento en que lo vio sentado al otro lado de la mesa.

—Yo que tú me andarías con mucho cuidado antes de comprometerme en una acción que pudiera complicar las cosas para todos los implicados —le dijo.

—Se me ve nervioso, ¿verdad?

—Se te ve como un adolescente justo antes de su primera cita —dijo Seamus—. De todos modos, no sé en qué estás pensando, pero te pido por favor que no te embarques en un asunto a la altura del cual no estés. Además, es preciso que te aprestes para un desafío inesperado si te enfrentas a uno de los malhechores de esta región. Te ofrezco toda la ayuda que puedas necesitar.

Jeebleh le dio las gracias y apartó la tortilla, que se le había quedado fría como la morgue. Se le removieron las entrañas con la adrenalina de un arácnido que saliera de una zanja de un metro de profundidad. Sin decir nada más, acudió a su cita con Af-Laawe.

Siguiendo las instrucciones, Jeebleh dobló a la izquierda nada más salir del edificio y luego a la derecha y a la derecha otra vez, mirando a un lado y a otro por verificar si alguien lo seguía. Aguardó en la esquina en la que estaba previsto que lo recogieran. Se sintió como un niño que jugase a ser adulto. No le agradaba verse reducido a ser una víctima marcada. A fin de cuentas, Af-Laawe y sus compinches podrían acabar con él en el momento en que quisieran.

Había resuelto cancelar la cita sin más contemplaciones y ya sacaba el teléfono móvil para hacer la llamada pertinente cuando oyó, antes de verla, una limusina negra acercándose a él. Había estado a la espera del ruidoso clamor del cacharro de Af-Laawe, la limusina era algo completamente inesperado. ¿O tal vez no tanto? ¿No le habían hablado de un coche vistoso que se había dejado ver por los alrededores de El Refugio el día en que se echó en falta a las niñas? En los oídos le resonaba el ritmo de

un tambor fúnebre.

Por un instante pensó que se había confundido, porque el Mercedes negro pasó de largo, levantando una polvareda, pero entonces dio la vuelta y volvió hacia él tan deprisa como un coche que se alejase de la escena de un crimen. El conductor redujo la velocidad hasta que el coche fue tan lento como un coche fúnebre y, al final, se detuvo. Se abrió una de las ventanillas de atrás y apareció Af-Laawe llamativamente solo en el asiento trasero. Hecho un mar de sonrisas, le hizo un gesto con el dedo índice.

—¡Adelante! —dijo.

Jeebleh se tomó su tiempo y entrevió a dos matones, uno al volante, otro en la segunda fila de asientos.

—¡Agárrate! —exclamó Af-Laawe, y el coche enfiló por un camino de gravilla.

Sin desear dar muestras de estar asustado, Jeebleh se agarró tal como se le había indicado. La agitación de Af-Laawe era visible y Jeebleh se dijo que ojalá supiera qué era lo que tanto lo alteraba. Rezó a Dios para no tener un accidente: los hospitales apenas funcionaban, ¿y si necesitase una transfusión? ¿Estaba garantizado el suministro de sangre? Si el cartel del que había hablado Shanta de veras funcionara, ¡su corazón y sus riñones podrían terminar en Oriente Medio! Y este coche de proxeneta era una señal clara, caso de que todavía la necesitase, de que Af-Laawe no era merecedor de confianza. De la boca de Af-Laawe caían palabras en desorden.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Jeebleh.

—¡A ver a la asistenta de tu madre!

Y sin tiempo para que Jeebleh se diera cuenta, ya se encontraban allí y una mujer a la que Af-Laawe presentó diciendo que era la asistenta lo abrazó y lo besó en las mejillas, en el hombro derecho y en las manos. Jeebleh se sintió abrumado de la emoción, a pesar de que nunca había visto a aquella mujer. Por más que lo intentase no logró recordar el nombre con que la había conocido. No acertaba a decidir si era genuina o falsa, pues no estaba seguro de que el nombre por el cual se le había presentado ahora fuera el mismo al que había enviado giros mensuales por Xawaala.

Que él recordase, no había tenido nada que ver en su contratación y tampoco sabía quién había contactado con ella. Recordaba haberle hecho transferencias mediante una agencia con sede en Nueva Jersey a una cuenta a nombre de la mujer en un banco de Mogadiscio. Había recibido una carta de su madre, escrita con ayuda de un escriba, en la que le informaba del contrato de la mujer. Además, le había dado el número de teléfono de un vecino. Su madre no quiso tener teléfono en la casa, pues en aquellos tiempos los teléfonos eran una molestia: si uno era de los pocos titulares del barrio, su teléfono rápidamente pasaba a ser propiedad de la comunidad. Se sintió culpable de no haber estado allí con su madre, aun cuando hizo todo lo que pudo para lograr que ella se fuese con él a Estados Unidos. Pero hubo un problema, algo

relacionado con el hecho de que no tuviera pasaporte: las autoridades —léase Caloosha— no le emitieron uno.

Jeebleh y aquella mujer estaban sentados en un sofá deshilachado en el porche de una casa pequeña, de techo muy bajo. Af-Laawe se había apartado, de espaldas a ellos, observando con atención el camino mientras escuchaba todo lo que se decían. Los dos hombres que montaban guardia en la puerta causaban una dramática impresión en la mujer. Mientras Jeebleh hablaba con la mujer en voz baja, ella insistía en hablarle en voz alta, así que todos la oían. Aunque él le aseguró que no era duro de oído, ella le siguió hablando como si fuera sordo.

Para Jeebleh no era un encuentro rutinario: estaba hablando con alguien que decía haber cuidado de su madre, de sus necesidades físicas, atendiéndola en la vejez y hasta su muerte. De ser ella de verdad, podría haberla considerado la madre de su madre. Sin embargo, tenía la sensación de que lo estaban engañando, por lo cual no sentía un gran respeto ni por ella ni por lo que le decía. Tenía que hacerle la desagradable pregunta de las cartas que le habían sido devueltas sin abrir. Quería saber por qué las cartas sí las devolvieron y, en cambio, no devolvieron las aportaciones mensuales que le había enviado. Pero una sequía se abrió paso en él y sólo acertó a hacer una pregunta inocua:

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de mi madre?

—Se alegró de morir cuando le llegó la hora.

—¿Qué más recuerdas?

—Recuerdo el brillo en las mejillas de tu madre.

—¿Sus últimas palabras?

—Se alegró de morir cuando le llegó la hora —repitió la mujer, esta vez con más cuidado—. Pero lamentó mucho —añadió que tú, su único hijo, no estuvieras aquí para decirle adiós.

Ambos vivían en un mundo de impostura. Jeebleh habló con cautela, consciente de que su vida dependía de lo que dijera. Ella hablaba por complacer a Af-Laawe, casi con toda seguridad lo temía. Pero Jeebleh tenía que ponerla a prueba, averiguar si iba en serio.

—Como tantos niños somalíes —dijo Jeebleh—, nunca supe con certeza la edad que tenía mi madre. ¿Cabe la posibilidad de que tú la sepas?

—Tenía cerca de setenta.

—¿Cuándo murió?

Af-Laawe intervino:

—Siuviésemos sus papeles podríamos contestar a tu pregunta con más precisión.

Su madre tenía un espíritu fuerte y juvenil, había tenido más presencia de ánimo y de cuerpo que otras personas de edad avanzada. Jeebleh sabía que, si bien parecía más joven, en realidad rondaba los ochenta cuando se contrató a una asistenta para que cuidara de ella. La mujer, contradiciendo una afirmación anterior, le habló en estos términos:

—Cuánto deseaba que regresaras antes de que ella se fuese por fin, ya he dicho antes que lamentó tener que marcharse.

Se la imaginó: una mujer trabajadora y decidida, dispuesta a sobrevivir al dictador. No le pudo alegrar morirle sin ver a su hijo. De hecho, en las contadas ocasiones en que él la había llamado al teléfono del vecino, le aseguró que se mantendría viva hasta que él volviera. Se acordó entonces de aquellas llamadas de teléfono y cayó entonces en la cuenta de que aquella mujer no era la persona con la que él había hablado en aquellas ocasiones: aquella mujer tenía un marcado acento local, mientras la mujer que tenía delante tenía un marcado acento del norte, seguramente de Galkacyo.

Rara vez había escrito a su madre y había puesto gran cuidado cuando lo había hecho. No sólo pensó que nada bueno ganaría con despertar sus expectativas sino que tampoco quiso provocarle una inquietud innecesaria. Ella nunca pareció entusiasmarse con la idea de que su esposa y sus dos hijas la visitaran. «¿Qué les voy a decir? —le preguntó una vez—. Yo no hablo ninguna lengua extranjera y tú no les has enseñado somalí». Y cuando volvió a hablar con ella, para pedir que se lo pensara un poco más, ella le dijo: «Que viniesen sólo sería motivo de preocupación y... para nada. Además, no podría pegar ojo, contando con que alguien llamase a la puerta, esperando que alguien de la Seguridad Nacional viniera a hostigarte». Era una mujer con un propósito, la preservación de su hijo y de Bile, al cual amaba como si fuera suyo.

Jeebleh pidió a la asistenta que le dijera qué pensó su madre de su inesperada marcha de Somalia.

—No me gustaría herir tus sentimientos —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

—Tu madre murió pensando que eras un traidor.

Se dio cuenta de que la mujer no estaba diciendo la verdad y estuvo seguro de que alguien le había dicho que dijera eso. Desvió los ojos, negándose a mirarla durante un rato.

—¿Con qué frecuencia la visitaba Caloosha? —le preguntó cuando volvió a mirarla.

Esta vez le tocó a ella quedarse exangüe, pálida.

—No es mi deseo implicarme en nada —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no quieres implicarte? —él fingió haber montado en cólera—. ¿Qué tiene que ver mi pregunta con que te impliques? ¿Con que te impliques en qué?

Tanto él como ella se dieron cuenta de adónde pretendía llevarla con sus preguntas. Y entendió por qué no quería dejarse arrastrar allí, a una guerra de desgaste. Advirtió también que Af-Laawe estaba de nuevo agitado. Jeebleh decidió insistir en el interrogatorio.

—¿Llegó a fallarle el juicio a mi madre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque dudo que me considerase un traidor, a menos que le fallara el juicio.

—No sabría decirle.

—¿Murió siendo plenamente consciente?

Tan mal informado estuvo él sobre su estado de salud que ni siquiera supo nada de su deterioro hasta que estuvo ya al borde de la muerte. Esto le había parecido sintomático de un país cuyas gentes poco o nada se preocupaban por la suerte del prójimo. Por un lado, la indiferencia deliberada con respecto a su condición por parte del aparato estatal por ser ella su madre. Por otro, la apatía incurable que reinaba en todas partes. Una persona como Shanta, que había visitado a la anciana y con toda probabilidad la había cuidado de vez en cuando, no había dado muestras de que en el fondo le importase y, pudiendo haberlo hecho, ni siquiera le había escrito una carta.

Él y su madre nunca hablaron de su marcha de Somalia: no habría sido sensato comentar su controvertida marcha del país en la línea de teléfono de un vecino. Había tenido conocimiento del deterioro de la salud de su madre y quiso llamarla por teléfono, pero no pudo comunicarse con ella debido a las malas conexiones. Luego recibió un recorte de periódico, enviado anónimamente, en el que se anunciaba su muerte.

—¿En qué estado de salud mental se encontraba mi madre cuando murió? — repitió en ese momento.

—Tu madre murió en plenas facultades —dijo ella.

—¿Fue plenamente consciente de lo que estaba pasando?

La mujer asintió.

Se imaginó a Caloosha visitando a su madre, sentado a la cabecera de su cama un día y otro, describiendo a su hijo como un traidor. ¿Podría ella haber considerado de veras un traidor a alguien que pertenecía a los límites más amplios de la comunidad humana? No. Él sabía que ella no lo habría tenido por un Judas. Por desgracia, no tenía a nadie que respaldara su manera de ver las cosas. Con la voz endurecida como el hierro, hizo una pregunta:

—¿Qué hay de las cartas que le envié? ¿Por qué me fueron devueltas sin leer, sin abrir?

—No sé nada de esas cartas, de que se devolvieran.

—¿No supiste que se habían recibido?

—¡Yo leí las que recibí!

—¿Qué hiciste con ellas?

—Las quemé.

—¿Por qué las quemaste?

—Esas instrucciones tenía.

—¿Quién te dio esas instrucciones?

—¡Ella!

De ser cierto, tal cosa sólo podía querer decir que su madre había alcanzado esa

amarga edad en la que ya nada doloroso podía alcanzarla. Él le había fallado y él estaba culpando a otros de sus propias flaquezas: ésa era la triste verdad del caso. Había llegado demasiado tarde. ¿Qué demonios esperaba en un país lastrado por las penurias de su pueblo, que habitaba en una tierra lastrada por la destrucción y la muerte? ¿Qué esperaba si sus propias cartas le fueron devueltas sin abrir?

—¿Estabas a solas con ella cuando murió? —le preguntó.

—No estábamos solas.

—¿Quién más estaba con vosotras?

—¡Caloosha!

No quiso darle más detalles y se limitó a mover la cabeza de atrás hacia delante. Hizo una breve pausa, negó despacio con la cabeza con el gesto de alguien que se librase de un pensamiento terrible.

Jeebleh imaginó la muerte de su madre y luego el descenso de una quietud absoluta, una mariposa que ya no batiese las alas, inmóvil del todo.

—¡Y ahora al cementerio! —oyó que decía Af-Laawe.

Por el camino, Jeebleh comprendió que su madre había muerto intranquila. Ya no le importaba que la mujer sentada a su espalda, en la trasera del Mercedes, junto a Af-Laawe, hubiera sido o no su asistente, ya no le importaba que le hubiese mentido. Su madre y él no habían hecho las paces el uno con el otro. Su visita a su tumba y su deseo de erigir una lápida en su memoria no eran sino meros intentos de lograr la reconciliación con su propio espíritu, que se había marchado sumido en la desazón.

Dio por sentado que Af-Laawe y Caloosha le querrían hacer tragar sólo medias verdades y hechos aparentes. Tras haberse tomado la molestia de llevarlo al cementerio, le mostrarían una tumba señalada con un tablón en el que constara el nombre de su madre. Gracias a Shanta, sabía bien lo que debía esperar: un mango de la variedad Hinducini, con frutos mayores que la cabeza de un hombre, y cuatro piedras entre medianas y grandes con el nombre de su madre. Iba sentado entre dos hombres con gafas de sol, armados.

—¿Y qué hay del dinero? —preguntó a la mujer.

—Lo gastamos todo —le dijo ella.

Sólo pudo imaginar una vida de pesares, en total ruina. De creer a la mujer, las últimas palabras que asomaron a labios de su madre equivalieron a una maldición. Si le estaban diciendo medias verdades, aun cuando la mujer fuese tan falsa como el dinero falsificado, la casa de techo bajo a la que lo habían llevado podría ser la de la asistente de su madre. ¿Sería ésa una de las razones por las cuales no se le permitió pasar del porche, porque les preocupase que pudiera ver él las cosas de su madre, cosas de las que la auténtica asistente se habría apropiado o habría heredado por expreso deseo de su madre? Lo que daba cierta credibilidad a esa mujer era que, por falsa que fuera, llevaba un vestido que sus hijas habían comprado y enviado a su



abuela.

Le gustara o no, estaba de visita en la tierra donde los demonios jamás se tomaban un respiro. Tanta era la desconfianza que los demonios no tenían por qué esmerarse demasiado, cerciorarse de rematar las cosas, para dar a todo hijo de vecino su parte de desdicha.

Al final llegaron a un portón con un rótulo roto, donde se leía «Cementerio General de la Ciudad» escrito a mano, con la letra temblorosa de un medio analfabeto. El camino estaba plagado de matorrales, con lo que sólo quedaba una estrecha entrada para el coche. Eran visibles los restos de la antigua carretera asfaltada, al igual que un cobertizo que había servido de casamata de control. Por las contadas ocasiones en que había estado allí, Jeebleh se acordaba de una caravana de vehículos aguardando a la entrada. En aquellos tiempos era preciso presentar al ayuntamiento un certificado de defunción para recibir el permiso preciso para enterrar a los muertos. Las guerras civiles, enemigas por principio de la burocracia, dismantelan la autoridad que va pareja a los tiempos de normalidad. Las guerras civiles simplifican unas cosas y complican otras.

Recorrieron un buen trecho antes de que el vehículo se detuviese por indicación de la asistenta, que vio el detalle que estaba buscando. El primero en bajar, Af-Laawe, dio la vuelta y tendió la mano a la asistenta. Jeebleh bajó y avanzó con una suerte de cojera. La enormidad de la pérdida por fin le pasaba factura, lo lastraba de culpa. De haber estado solo se habría postrado de hinojos y se habría quedado allí, consolándose con lo humillado de la postura. Oyó pronunciar su nombre en un susurro sordo, el anuncio de la asistenta:

—¡Es ahí, ya la veo!

Se armó de valor y miró a donde le señalaba. No había allí ningún árbol del mango con su dulce sombra. Tampoco vio cuatro piedras entre medianas y grandes que señalasen la tumba, como las había descrito Shanta. No supo qué esperaban Af-Laawe y la asistenta que hiciese él. Se arrodilló no porque deseara prosternarse en oración sino porque aguantar caminando o de pie empezaba a resultarle difícil. Y, naturalmente, supo que el momento hacia el cual había avanzado durante todos aquellos años, para hallarse cara a cara con la revelación de la muerte, estaba aún más lejos de lo que había imaginado.

—Ésta no es la tumba de mi madre —dijo a la asistenta.

—Pues claro que sí —insistió ella.

—No —dijo.

Af-Laawe se acercó para enterarse de lo que estaba ocurriendo y con él se aproximaron los dos guardaespaldas con gafas de sol y con sus armas. Jeebleh se preparó para hundirse más en su ensimismamiento y se quedó a la espera.

En todo momento, la mujer apuntaba un montón de tierra que no era el lugar

donde reposaba su madre. «¡Ahí está!», decía. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué él seguía de rodillas? Por el modo en que la mujer señalaba el montículo, con el dedo índice extendido, podría haber sido Colón señalando un Nuevo Mundo más allá del horizonte.

—Esta tumba no pertenece a mi madre —dijo.

—Una tumba... —dijo Af-Laawe—. ¿Pertenece una tumba a la persona que la ocupa o pertenece a quienes la reclaman con autoridad, como cuando alguien dice «la tumba de mi madre»?

Jeebleh no estuvo seguro de lo que quiso decir Af-Laawe y no le gustó su ambigüedad, pero... ¿qué podía hacer ante aquellos dos guardaespaldas que lo podían matar si se enfrentase con él?

La mujer se le acercó y se le plantó delante. Con la cabeza inclinada, la sonrisa difusa, lo tomó de la mano y lo condujo hacia un montículo. Se lo señaló.

—¡Ahí está! —tomó un trozo de zinc con el nombre de su madre recientemente escrito de mano de un niño autista—. ¡Ahí está tu madre! —dijo.

—Mi madre no está ahí —insistió él.

—Tal vez no esté en la tumba —dijo Af-Laawe con deslenguada rudeza— si se tiene en cuenta su condición, pero ahí están sus huesos.

Uno de los guardaespaldas invadió el campo visual de Jeebleh, tapándoselo. Simuló ayudar a Jeebleh a ponerse en pie al tiempo que su compañero le daba una estocada con la precisión profesional de una enfermera al poner una inyección.

A Jeebleh se le revolvió el estómago y una náusea cada vez mayor le atenazó el estómago. No podía levantarse y se sentía sumamente débil, casi exánime. Para el momento en que logró acercarse al montículo y apoyar la cabeza sobre él, la flojera le había inutilizado las rodillas. Al final cayó de cabeza, como si estuviese muerto.

## Tercera parte

... Muerte violenta, herida dolorosa,  
en sí y en los demás, en heredajes,  
ruinas, incendio, expoliación dañosa;  
el homicidio, el que comete ultrajes,  
hiriendo o depredando, es tormentado  
en el primer jirón, según linajes...  
Al hombre que a sí mismo se ha matado  
no le vale estar arrepentido...  
Sigue el fraude, que muerde cual carcoma,  
del que la buena fe no se recata,  
y al desconfiado de sorpresa toma.

(Canto XI)

¿Quién podría, ni en voces no rimadas  
decir la sangre y llagas que he mirado,  
y, de lleno, dejarlas retrazadas?  
Todo idioma sería muy mermado  
porque a nuestra palabra y nuestras mentes  
tanto en su seno comprender no es dado.

(Canto XXVIII)

**Dante, *Infierno***

¿Cómo había llegado allí?

Se encontraba en un restaurante, sentado él solo a una mesa y ante una taza de té que, al mojar el dedo y llevárselo al labio inferior, encontró sumamente azucarado. Tenía una inmensa laguna en la memoria. No era capaz de recordar lo ocurrido entre el momento en que le flaquearon las rodillas, tras el puyazo del guardaespaldas, y el momento en que se encontraba. Estudió las caras curiosas que lo rodeaban, dedujo que no sabía quiénes eran y concluyó que no tenía ni la menor idea de cómo ni de por qué había llegado a semejante sitio, así como de quién lo había llevado allí. Se le había agotado la memoria, abandonándolo en el montículo. Sin embargo, mentalmente revivió los rudos comentarios de Af-Laawe y esperó que tarde o temprano pagase por ellos. Jeebleh recordó a la presunta asistenta señalando una tumba, con el índice extendido, diciendo «¡Tu madre está aquí!», luego el descaro de Af-Laawe... ¿y luego? ¿Se había llevado el golpe antes o después de oír las patrañas de Af-Laawe y las mentiras de la mujer?

El misterio quedó enmarcado en un instante difícil de definir. Estaba de rodillas cuando encajó el golpe, había percibido un olor nocivo, aunque no pudo precisar su naturaleza. Había visto la sombría presencia del guardaespaldas por el rabillo del ojo y un segundo guardaespaldas insinuó la mano en la lámpara de su conciencia, quitándole el conocimiento con la misma rapidez con que se extinguen las llamas por medio de un líquido mefítico. Oyó las voces de los dos hombres con gafas de sol antes de sentir una aguja que se le clavaba en la parte alta del muslo e interfería en sus pensamientos. Se palpó entonces el estómago para cerciorarse de que no le hubieran extirpado alguno de sus órganos. Se rozó el punto en que le habían clavado la aguja y le dolió. Esperó no estar desarrollando una exagerada sensación de paranoia, en la cual, como Shanta, detectase la mano del cártel por todas partes.

Se preguntó qué iba a ser de él mientras escuchaba una miscelánea de voces masculinas. Af-Laawe estaba por allí cerca, no le cupo duda. Y ni de lejos supo cuál era el propósito de todo aquello ni dónde había comenzado su nueva realidad y dónde podría terminar. ¿Por qué habían tenido que recurrir «ellos» a esos burdos métodos?

Oyó que alguien lo llamaba por su nombre.

Alto, con los dientes saltones, flaco como un junco, Faahiye se encontraba delante de él. Disolviéndose en la sombra que él mismo proyectaba, era tan escurridizo como un espejo reflejado en su propia imagen furtiva. Jeebleh se quedó mirándolo y no quiso sentarse. Jeebleh se concentró en el palillo que llevaba Faahiye en la comisura de los

labios, que trajinaba con la lengua desplazándolo de un lado a otro, de adelante atrás. Tenía las mejillas hundidas de un hombre entrado en años. Jeebleh quiso cerciorarse de no estar viendo visiones. Le pareció prudente aguardar a que Faahiye, que había salido de su escondite, fuese el primero en decir algo.

Y así fue. Faahiye se quitó el palillo de la boca.

—Me sorprende que me reconozcas —le dijo.

—¿Dónde estoy? —preguntó Jeebleh.

—Me dijeron que estabas aquí.

—¿Quién te dijo eso?

—No tengo libertad para revelar ese detalle en concreto.

—Siéntate —dijo Jeebleh—, siéntate.

Faahiye lo hizo. Entonces Jeebleh cerró los ojos, porque le dolían. Respiró hondo y expiró con fuerza, contando hasta treinta y rezando por no alucinar, por no ver visiones ni tener raros pensamientos en ese momento tan crucial de su visita. Faahiye se sentó cerca de él y los muslos de ambos se rozaron, y Jeebleh sintió picores. ¡Cuántas ganas tuvo de rascarse! Al no saber cómo reaccionaría Faahiye, no se atrevió a hacerlo.

—¡Todos hemos pasado por ello! —dijo Faahiye.

—¿Con que a todos nos van dando pinchazos, eh?

—¿Pinchazos? —preguntó Faahiye.

—¡De veneno!

—Quiero decir que todos los que hemos vivido esta guerra civil hemos terminado por ser distintos de quienes éramos, al menos durante esos breves periodos en los que nos han dominado las dudas o hemos caído en un pozo de desesperanza. ¿Tú también te has convertido en otro, en contra de tu voluntad?

Escuchar a Faahiye le sentó bien y logró tomárselo con calma muy a su pesar. Las palabras de Faahiye le llevaron a una zona de consuelo, en la que no le importó habitar durante todo el tiempo que pasaran en el salón de té. Jeebleh habría sido el primero en reconocer que no era sensato reunirse con Af-Laawe, después de todo lo que le habían contado de él: sospechaba que lo haría picadillo. En ese momento, en cambio, empezaba a ver las cosas con mejores ojos: al menos había logrado encontrarse con Faahiye, por consumido que lo hubiera hallado. A saber, tal vez incluso llegase a localizar a Raasta y llevársela a casa, de vuelta con Shanta y con Bile.

—Todos hemos aprendido a ser distintos de quien somos y nos hemos relajado a la hora de aceptar nuestra perversa condición —le decía Faahiye—. Así la vida se hace más llevadera, menos tediosa.

Jeebleh se sintió tan desnudo como un gato con el pelo chamuscado. ¿Estaban Af-Laawe y sus compinches obligándolo a pasar por el aro de la humillación con el fin de advertirle de que las cosas aún podían ser mucho peores si no dejaba de causarles molestias? Tenía la lengua trabada, en parte porque no sabía si era acertado confiar en

Faahiye. A fin de cuentas, si confiar en Af-Laawe le había llevado a donde estaba, dolorido y bajo los efectos del pinchazo, ¿adónde podría llevarle la confianza que pusiera en Faahiye?

—Sé que ya no soy el mismo de antes —dijo Faahiye—. A veces me cuesta un gran esfuerzo averiguar quién soy, sobre todo estando a solas. ¡Y la cosa se complica más cuando estoy con los demás, que a su vez también son otros distintos!

—¿Qué sucede cuando estás con Raasta y Makka?

Jeebleh se sintió incómodo, porque a Faahiye no le mudó la expresión, como si ni siquiera reconociese los nombres de las niñas. Para interpretar el aire furtivo de su interlocutor, Jeebleh quiso adoptar la humildad y el sosiego del azogue de un espejo. De ese modo tal vez entendiera la aparición sombría que asomaba por el extremo más profundo del semblante de Faahiye.

—Tú lo sabes igual que yo —dijo Faahiye—. Te conviertes en alguien distinto cuando pasas muchos años aislado o cuando vives lejos de las personas que más significan para ti. Te conviertes en alguien distinto de quien eres cuando convives mucho con tus carceleros, a los que no permitiría el cielo la entrada, a los que el infierno no se dignaría a recibir.

—¿Por qué te quisiste quedar al margen de todo?

—Seguro que conoces ese proverbio que dice que incluso un cobarde, estando solo y sin ponerse a prueba, se considera un hombre valeroso.

—Conozco el proverbio, desde luego —dijo Jeebleh.

—Me fui creyendo que me irían mejor las cosas estando solo, sin las obligaciones de mi familia política y todo eso. Y también porque no me agradaba la falsedad de la vida que llevábamos.

—¿Falsedad de la vida? ¿Qué vidas falseadas son ésas? ¿Las de quiénes?

—Sería impropio de mí dar nombres.

Faahiye llamó a un camarero, que les recitó el menú que consistía en platos de carne y pasta. Cuando tomó la comanda de Faahiye y Jeebleh dejó claro que no deseaba comer nada, el camarero la trasladó a pleno pulmón a la cocina, a unos diez metros de distancia, por un pasaplatos. Jeebleh se consoló por haberse reunido con Faahiye en un restaurante lleno de completos desconocidos. Como nadie iba armado, al menos no de forma manifiesta, Jeebleh se acordó de cómo era en otros tiempos Mogadiscio, una ciudad en paz. No muy lejos de donde se habían sentado, unos cuantos hombres se afanaban en contar montones de chelines somalíes, para pasárselos a otro hombre a cambio de dólares estadounidenses. Jeebleh dedujo que se encontraban cerca del mercado de Bakhaaraha.

Faahiye continuó hablando.

—La memoria huye intimidada de todo lo que sea falso, mezquino, perverso. Personalmente atribuiría mi fracaso a la hora de adaptarme a la vida con Bile al hecho de que, antes de que apareciera él en escena, Shanta y yo tuvimos todo el tiempo necesario para construir un mundo de ensueño. Debo decir que no estaba preparado

para vivir en términos íntimos con Bile en el momento en que Raasta vino al mundo. Aquello fue demasiado y sucedió demasiado pronto: me resultó malsano, artificioso. Antes de que él llegara, Shanta y yo soñábamos con una casa grande con todas las comodidades y con vivir en un sueño en el que gozaríamos plenamente de nuestra hija, de su afecto y de su compañía. Había soñado que disfrutaría siendo el padre de Raasta, a la que esperaba criar con todo mi afecto.

»Iniciamos la vida Shanta y yo siendo una pareja que se amaba, que rara vez se levantaba la voz, sin ira entre uno y el otro. Pasábamos juntos mucho tiempo, unidos por nuestras mutuas necesidades, la necesidad de sobrevivir a la guerra, que entonces se libraba entre el dictador y las milicias de los clanes. Ninguno de los dos imaginaba la vida sin el otro. Había alegría en nuestra manera de compartir un amor puro y nos fundíamos el uno en el otro. Ella era mi peluquera y dedicaba tiempo y cariño a cuidarme las desgovernadas uñas de los pies. Yo presté atención a todas sus necesidades, hasta el menor detalle. Nos duchábamos juntos, nos enjabonábamos y luego hacíamos el amor.

El camarero llevó la comanda de Faahiye, pero no iba a marcharse hasta que le pagaran, en metálico. Faahiye se tocó los bolsillos y le mostró las palmas de las manos para indicar que no tenía dinero. Jeebleh se ofreció a pagar la comida, aunque sólo tenía dólares.

—No hay problema —le aseguró el camarero, y se llevó el billete a los cambistas de la mesa de al lado, que le dieron chelines somalíes.

Entre un bocado y otro, Faahiye siguió hablando y dijo que cuando Shanta se quedó embarazada los dos creyeron que si el embarazo llegaba a buen puerto y daba a luz a un bebé sano, sería un acontecimiento milagroso, teniendo en cuenta la edad de Shanta.

—Si al menos pudiera volver al ayer y explicarle por qué la llegada de Bile lo cambió todo, por qué no me supe entender con él, por qué no pude soportarlo y por qué él tampoco me pudo aguantar a mí... Tal vez fuese porque vivíamos el uno encima del otro. Además, la guerra civil entraba entonces en una nueva fase de gran tensión. O tal vez fuese porque él asumió el control de nuestras vidas, echando a perder todas las posibilidades que tuviésemos Shanta y yo de disfrutar juntos siendo los padres de Raasta, no lo sé.

El ruido del salón de té ascendía como el humo de los cigarrillos hacia el techo bajo y descendía convertido en un alboroto indescifrable. Los ventiladores del techo giraban sin cesar, pero no lanzaban aire fresco a la sala. Forzando el cuello, clavada la vista en la ventana más alejada, Jeebleh vio un trasto que recordaba al vehículo de Af-Laawe.

—Antes de que apareciera Bile, Shanta y yo vivíamos en completa dependencia el uno del otro, con exclusión de todos los demás —dijo Faahiye—. Los dos estábamos seguros de que el infierno es un lazo de sangre. Sólo soporto los lazos de sangre en dosis muy pequeñas, nunca de forma concentrada. Nos unimos un año

después de que muriese su madre, algo antes de que falleciera la tuya. Una mujer maravillosa tu madre, Dios la bendiga, yo le tenía un gran cariño.

A Jeebleh le conmovió más de lo esperado escuchar aquellas palabras.

—Tu madre fue la primera persona que tuvo noticia de nuestro deseo de casarnos, porque Shanta la trataba como si fuese otra madre para ella. Por desgracia, apenas teníamos tiempo para nadie y rara vez la visitábamos, pero cuando íbamos a verla era cariñosa con nosotros. Su asistenta fue una mujer valiente, capaz de decirle a Caloosha que se largase en cuanto se propasaba. A ti tu madre te amaba, no tenía más que elogios para todo lo que tú representabas.

Con lágrimas en los ojos, Jeebleh preguntó a Faahiye si tenía idea de cómo localizar a la asistenta.

—Sé dónde está —dijo Faahiye.

—¿Dónde?

—Ella y yo vivíamos en habitaciones contiguas en el campo de refugiados de Mombasa. Ella no tenía ni un chelín, estaba deprimida, falta de energía. Volvía a la vida sólo cuando se enojaba y maldecía a Caloosha o cuando estaba alegre y elogiaba la generosidad de espíritu de tu madre.

—¿Cuándo has vuelto de Mombasa?

—Esta misma mañana.

—Cuéntame más, por favor.

—No gozo de libertad para hacerlo —dijo Faahiye.

—¿Y por qué no?

—Sería demasiado complejo de explicar ahora.

Se hizo un dilatado silencio entre ambos.

—De todos modos —dijo Faahiye al fin—, Bile llegó cuando Shanta llevaba dos días postrada, en plenos dolores del parto. Maldecíamos los dos nuestro infortunio, traer un bebé a un mundo que se desplomaba a nuestro alrededor. El dictador había huido del país, muchos miembros de mi propio clan familiar habían sido cercados y asesinados en masa. Tan penosa era la retórica que arengaba a la chusma que Shanta, entre un gemido y otro, no dejó de sugerirme que me marchase, que tal vez la situación no fuera segura para mí.

»Llegó Bile. Tuve que dejarla en sus manos, él sabría qué hacer. Colocó a la niña en una posición en la que el parto fuera seguro. Ayudó a parir a Shanta en menos tiempo del que le costó decidir si debía o no dejar a un lado los límites morales y psicológicos de la ética médica. Entonces tocó a Raasta.

—¿Tocó a Raasta?

—Se la apropió poco después de ayudar a traerla al mundo. Entiendo ahora que la tocó por ternura, por humanidad, por todo lo que seguramente había echado en falta después de pasar muchos años en absoluto confinamiento y en total soledad. Más adelante me fijé en que ella se sosegaba siempre que él la tomaba en brazos, mientras que era grande su inquietud cuando la tomaba yo. Pensé que Raasta era presa de una



maldición. Si es que hasta hacía el gesto de amamantarse a sus pechos. Me subía por las paredes, pasé al ataque. Hablé de asesinato, de latrocinio. Tenía pruebas. Bile había llegado con una bolsa de lona llena de dinero. ¿De dónde lo había sacado? Nadie sale de la cárcel con una bolsa llena de dinero. Me largó una perorata increíble sobre el modo en que topó con esos fondos, pero no me di por satisfecho y le exigí que me diera pruebas de su inocencia, pruebas que no pudo aportar.

—¿Por qué te fuiste sin dar explicaciones?

—Estaba irremediabilmente dolido por los desairados comentarios de Shanta, que al principio hizo en broma, en privado, y luego enojada, completamente en serio, en público —contestó Faahiye—. Me di cuenta de que desde la llegada de Bile se había transformado en otra mujer. A veces se comportaba como si la presencia de su hermano la excitase sexualmente. Y cuando lo llamé asesino y cruzamos duras palabras, ella se puso de su parte, diciendo que detestaba tener que lidiar con dos niños, uno de los cuales era un adulto, refiriéndose a mí, y el segundo, refiriéndose a Raasta, una niña de pecho. Me vi reducido a la condición de extranjero en mi propia casa, convertido en un ogro delante de mis amigos y tratado como una molestia constante en presencia de mis conocidos. Me retiré avergonzado. Sólo era de utilidad cuando les hacía falta un cuarto jugador en la mesa de cartas. Entonces sí me pedían que me sumase a ellos.

—¿En algún momento sospechaste que Bile te la tenía jurada por pertenecer los dos a dos clanes diferentes? —preguntó Jeebleh.

—Eso nunca se me pasó por la cabeza.

—¿Hablaste con Bile?

—A su entender, no había motivo para aquella exclusión que yo mismo me infligía, en sus propias palabras. Y el hecho de que diera la vuelta a las tornas y me hiciera sentir que era yo mismo quien se estaba excluyendo no valió para solucionar nada. Le cité un proverbio: «La vaca que se consigue en un saqueo, da un ternero que por ley no te pertenece». Además, prohibí que mi hija se alimentase de la leche en polvo que él había comprado. Ya estaban trazadas las líneas de la batalla. Nos hundíamos en una guerra de voluntades por todo lo que estaba bien y por todo lo que estaba mal.

Jeebleh ya había oído hablar suficiente de Raasta, por lo que se aventuró a preguntar.

—¿Dónde está Raasta?

—No tengo ni la menor idea.

A Jeebleh le pareció que Faahiye hablaba con franqueza.

—¿Y Makka?

—Tampoco sé nada de ella.

—¿Cuándo las viste por última vez?

—Las vi antes de marcharme a Mombasa.

—¿En casa de Bile o en casa de Shanta?

—No estoy seguro, en una de las dos.

—¿Dónde te hospedas ahora?

—No dispongo de libertad para revelar ese detalle.

—¿Con Caloosha? ¿Con Af-Laawe?

—No dispongo de libertad para decirlo —repitió Faahiye.

Se hizo otro dilatado silencio entre ambos.

Jeebleh se preguntó si el cártel —cuya existencia era ya obvia, se dijo, fueran o no ladrones de órganos— habría traído a Faahiye desde Mombasa con la promesa de ver a su hija y a Makka, cumpliendo la condición de no revelar determinados secretos.

—¿Me llamarás si me permiten ver a Raasta y Makka después de que tú obtengas permiso para ver a las dos niñas?

La mirada de Faahiye se tornó evasiva. Miró en derredor, como si estuviera pendiente de que alguien lo siguiera o escuchara la conversación. Y con una sonrisa cómplice que le cubrió toda la cara, tal vez aliviado de que Jeebleh hubiese adivinado el misterio por sí solo, contestó en voz baja y apremiante.

—¡Veré qué puedo hacer yo!

Sin más dilaciones, los dos se levantaron para marcharse.

Fuera del salón de té, Jeebleh se sirvió del móvil para llamar a Dajaal y pedirle que fuera a buscarlo. Dajaal le preguntó dónde estaba y fijaron en qué lugar lo recogería.

Antes de despedirse, Faahiye contó a Jeebleh un cuento popular.

—Sucedió hace mucho, mucho tiempo —dijo—. Al llegar a los veintitantos, un hijo se casa. Bendecido con varios hijos y una esposa que lo ama, el hijo lleva a su padre, ya senil y ciego, a un árbol que se halla lejos de donde habita la familia, da al anciano agua en una calabaza y un poco de leche en una jarra, y allí abandona al anciano desvalido. Le promete que volverá pronto a recogerlo, aunque bien sabe que no tiene ninguna intención de hacer tal cosa. El anciano muere expuesto a los elementos, pero antes de morir maldice a su hijo.

»Pasan los años y el hijo llega a viejo, se le debilita la vista, ha perdido el oído, es casi un inválido, un lastre para su familia. Un día, su hijo lo lleva a dar un paseo, alejándose de la aldea hasta un paraje desolado. Le deja cerca dos calabazas, una llena de agua, la otra llena de leche, y le jura que volverá a recogerlo antes de que caiga la noche.

»El anciano se acuerda de que cuando era joven hizo eso mismo con su achacoso y ciego padre. Por eso llama a su hijo y le dice: “Mi padre me maldijo por hacerle lo que tú me estás haciendo, por abandonarlo cuando era un anciano senil y hacerle morir solo. Yo le mentí, él me maldijo y a partir de entonces sufrí muchas calamidades. Rezaré por el perdón de mi padre y rezaré para que Dios te bendiga y otorgue su aprobación a todos tus deseos. Que la buena suerte te sonría a ti y a los

tuyos, hijo mío”.

»El hijo regresa con su padre a la aldea y así se rompen los eslabones que forman la cadena de maldiciones, de culpas, de penas.

Y así se marchó Faahiye.

Después de que Dajaal lo recogiera delante del restaurante, Jeebleh juiciosamente le relató parte de lo que había ocurrido desde que se marchó de la vivienda de Bile. No le dijo nada de su visita al cementerio con Af-Laawe, con sus esbirros y con la presunta asistenta. Y preguntó a Dajaal por su interpretación del cuento popular.

—Yo diría que está ya preparado para regresar al seno de la familia —Dajaal aferró la ametralladora que llevaba sobre las piernas. Se hizo el silencio. Luego añadió—: Dudo mucho que sea cuestión de olvidar el pasado, eso sí. Seguro que él pondrá sus condiciones.

—¿Por qué lo dices?

—Tengo la sensación de que lo están chantajeando, pero da igual cómo se mire: es un alivio que esté dispuesto a romper el ciclo de maldiciones y a reconciliarse con su nueva situación.

—¡Es un hombre del viejo mundo, desde luego! —dijo Jeebleh.

Dajaal siguió conduciendo sin decir nada, visiblemente lastrado por el arma que llevaba en el regazo, que se deslizaba casi con cada curva. Volvían a casa de Bile y ya estaban a menos de un kilómetro cuando Jeebleh preguntó a Dajaal si podía hacerle un favor.

Dajaal frenó el coche.

—¡Claro!

—¿Podrías llevarme al cementerio, por favor?

—¿Por qué?

—Tengo el deseo de visitar la tumba de mi madre, para rendirle mis respetos, aunque sea tarde, y rezar un momento por su descanso. Estaré en deuda siempre contigo si me puedes llevar y traer.

—¿Cómo encontramos la tumba?

Jeebleh explicó que Shanta le había dado las indicaciones y que sabía qué estaba buscando.

—Tendremos que hacérselo saber a Bile.

—No creo que sea necesario —dijo Jeebleh.

Dajaal se paró a pensarlo un momento y se plegó a la decisión de Jeebleh. Aun así, durante el trayecto se mostró inquieto. El arma se le deslizaba de continuo y la tuvo que sujetar varias veces con la mano izquierda hasta que se le cayó al suelo.

—Como hoy me estoy saltando las normas, bien podría empuñar yo el arma —se ofreció Jeebleh—. Al menos, conducir te resultaría más fácil.

Dajaal aún no había contestado cuando Jeebleh ya se había apoderado del arma y la miraba por todos lados. La admiró. Se sorprendió él mismo al decir:

—Es una preciosidad, ¿verdad que sí?

—Está bien ensamblada, en eso estoy de acuerdo —y añadió una recomendación—: Ve con cuidado, ¿de acuerdo? —Dajaal lo dijo como si estuviera avisando a un niño chico sobre los peligros del fuego.

Era la primera vez en toda su vida en que Jeebleh empuñaba un arma de fuego. Lo que le preocupaba era haber caído tan fácilmente bajo el embrujo y la adoración del arma. Los esbirros le habían inyectado una poción que había alterado su carácter y su personalidad, de modo que muy pronto no pondría en tela de juicio una afirmación como la que había hecho Af-Laawe el mismo día de su llegada: que las armas carecen del cuerpo de las verdades humanas. Mientras acariciaba el arma se dio cuenta de que era un hombre transformado, distinto del que había dejado a su amante esposa y a sus dos hijas en casa, prometiéndoles que sería cauteloso y que volvería vivo, que les devolvería la vida, la suya, de la que tan sólo era un custodio.

Llegaron al rótulo roto que indicaba la entrada del Cementerio General y lo recorrieron en busca de los hitos de los que Shanta le había hablado. Sudaba de pura preocupación al pasar por el sector al que lo había llevado Af-Laawe, recordó lo sucedido y la rudeza con que lo había tratado aquél. Pese a todo, prefirió no comentar nada con Dajaal. Le alivió que, al final, los matorrales silvestres, sin podar, les impidieran seguir adelante y tuvieran que dar un rodeo camino de un gran árbol del mango.

Jeebleh pidió disculpas por hacer a Dajaal pasar por todo aquello.

—Si mi madre no hubiese muerto como murió —dijo—, con el alma intranquila y la paz de espíritu alterada, nunca habría insistido en que me trajeras ahora aquí.

En cuanto hallaron un camino recto hacia el mango, Dajaal redujo la velocidad y aparcó bajo una acacia, donde se quedó cubriendo a Jeebleh con la ametralladora. Nunca se sabe: Af-Laawe o sus compinches podían estar agazapados, a la espera. Jeebleh salió del coche sin miedo, sin sentir ya ni rastro de cansancio, caminando a buen paso. Una vez encontró el lugar decorado con las cuatro piedras, entre medianas y grandes, con el nombre de su madre, Waliya, miró en derredor y vio que había estado cerca en su anterior visita. Dudó que la presunta asistenta supiera dónde estaba la tumba; Af-Laawe, en cambio, seguramente sí. Desde donde se encontraba, Jeebleh vio que la tierra se había movido y que había varios montículos derrumbados.

Se arrodilló, murmurando una oración en memoria de una madre a la que estaba seguro de haber fallado. Así prosternado, recordaba a un ser de la prehistoria que orase ante un dios celeste. Abrió los ojos con desmesura ante un inacabable día de oración y una noche eterna de conmiseración.

Se sintió más en paz consigo mismo que en cualquier otro instante desde que llegara a la ciudad de la ruina. Y cuando Dajaal acudió a su lado y le insinuó que era hora de partir, Jeebleh le pidió que visitaran la tumba de la madre de Bile. Una vez más se acuclilló en actitud de súplica, señalado el lugar por un limonero sin fruto que apenas daba sombra y cuatro piedras entre medianas y grandes que ostentaban su

nombre: Hagarr.

En la vivienda, les contó a Bile y a Seamus algo más de lo que había estado dispuesto a compartir con Dajaal acerca de lo que le había sucedido y de sus padecimientos a manos de Af-Laawe. Luego explicó lo que había hecho y cómo al poco de visitar las tumbas de su madre y de la tía Hagarr volvió a él la paz de ánimo.

Cuando se les sumó Shanta, que estaba de humor festivo, Jeebleh purgó su relato de todo comentario sobre el pinchazo que le había propinado el esbirro de Af-Laawe. Tampoco se tomó la molestia de compartir con él la idea de que el esbirro era un médico a sueldo del cártel. Con todo, Jeebleh albergaba sus propias preocupaciones. Se llevaba la mano continuamente al punto en que estaba el pinchazo, preguntándose si aumentaría el bulto antes de que cayera la noche. Anteriormente se lo había mostrado a Bile, quien le prometió que irían a la ciudad a hacer unas pruebas, al único laboratorio con centro de patología, por rudimentario que fuera. Jeebleh seguía volviendo mentalmente a las muchas ocasiones, en sus tiempos mozos, en que Caloosha los había sometido a Bile y a él a torturas: sabía que había llegado a un momento de su vida en que debía hacer frente a sus demonios, ocuparse de ellos de alguna manera. Para no abundar en sus preocupaciones subrayó la opinión de Dajaal, quien sostenía que Faahiye era víctima de un chantaje. Cuando se enteró de que Jeebleh había visitado las tumbas de sus madres, Shanta se mostró más alegre, besándolo y ululando, como hacen las mujeres en una celebración.

Los cuatro permanecieron casi toda la noche en vela, charlando, enzarzándose en conjeturas. Ninguno quiso interrumpir la improvisada reunión y, por supuesto, Shanta tampoco tuvo deseos de regresar a una casa vacía, desolada, y prefirió dormir en el suelo del cuarto de estar. Así como Shanta, con su nervioso optimismo, sentía que el retorno de Raasta y Makka era inminente, los otros, en especial Bile, no eran de la misma opinión. A pesar de todo, la vivienda se impregnó de la renovada energía de Shanta. Trataron de imaginarse el camino hacia la mente de Faahiye, especulando sobre el mismo terreno: ¿por qué había insistido en decir a Jeebleh que no disponía de libertad para revelar tal o cual información?, ¿cómo estaría aguantando Raasta, con qué estado de ánimo?, ¿había dicho Faahiye la verdad al apuntar que había estado en el campo de refugiados de Mombasa? Estando Shanta de tan buen ánimo, los tres hombres pusieron buen cuidado en no decir ni hacer nada que pudiera echar a perder su floreciente entusiasmo.

Por temor a que lo consideraran un aguafiestas, Bile accedió a la demanda de Shanta, quien quiso que el generador estuviera conectado mucho más tiempo que de costumbre. Salieron del aparador toda clase de refrescos y bebidas de alta y baja graduación. Seamus se sirvió varias botellas de cerveza y generosos tragos de *whisky*, tantos como le cupieron en el vaso. Se descorchó una botella de un excelente vino italiano, comprada en Roma. Se hizo café, se preparó té. Algunos vasos que no se

habían desempolvado desde hacía años, por no hallar nadie una buena razón para celebrar nada, salieron de nuevo a la luz. Shanta insistió en tomar una naranjada muy dulce. Bile, aunque no por fuerza desconfiase de Faahiye ni de sus motivos, era por naturaleza contrario a vender la piel del oso antes de haberlo cazado. No dejaba de volver a las mismas cuestiones: ¿cómo estaría Raasta en el cautiverio?, ¿cómo saldría Makka adelante?, ¿qué ayuda habían recibido los secuestradores de Caloosha o de Af-Laawe, si es que se la habían prestado?, ¿qué finalidad podía tener el secuestro?

El grupo del personal de seguridad, discretamente reclutado entre la cercana comunidad de desplazados, estaba sobre la alerta, ajetreados en la vigilancia de todo el barrio. Y como gracias al generador dispusieron de electricidad durante gran parte de la noche, reinó la alegría entre el personal de seguridad, una modesta calma sustentada en la contención.

Los tres hombres no prescindieron de su cautela instintiva: así como en un momento dado Seamus y Jeebleh estuvieron de acuerdo en que había síntomas positivos que apuntaban a un próximo reencuentro con las niñas desaparecidas, a renglón seguido Bile se preguntaba si serían de veras capaces de afrontar las condiciones de Faahiye, fueran las que fuesen.

No fue ése el caso de Shanta, que estaba rebosante de contento, con la lengua donde debiera haber puesto el corazón. Hablaba por los codos, con lo que por momentos era difícil que los otros colasen una sola palabra. Ni una sola vez dijo nada sobre Faahiye. Por si fuera poco, pidió a Jeebleh que la perdonase vistos los resultados obtenidos.

—No te habría acusado injustamente de hablar con Faahiye a nuestras espaldas si hubiese imaginado siquiera por un instante que eras capaz de lograr resultados milagrosos.

Avergonzado, él apartó la mirada y recordó que alguien le había dicho que era una mujer dada a hablar de sí misma como una madre «condenada a las lágrimas y las penas». Con una expresión de asombro dolorido se acercó a besarlo por segunda vez en la frente, casi cayéndose de bruces sobre él. Recuperó el equilibrio y la respiración.

—Gracias, gracias —siguió diciendo—, ¡gracias en nombre de nuestras madres!

El pasado, que Shanta había colado de rondón al aludir a ambas madres, se convirtió en la quinta persona presente en la estancia y terminó por adquirir una presencia mayor de lo que cualquiera de ellos estaba preparado a encajar. Bile aconsejó a todos que desistieran de introducir el pasado como idea de contrabando, puesto que en ese caso Seamus quedaría excluido. Tampoco podían los tres amigos y coetáneos hablar de su pasado común y más reciente, ya que así habrían excluido a Shanta. Seamus condujo la conversación lejos del presente, hacia un pasado por el que nadie tenía el mayor afecto: el papel desempeñado por Estados Unidos en Somalia.

—He tenido mis recelos sobre los santos y los ángeles —dijo—, sobre todo por

temor a esas personas que dicen que los yanquis son «ángeles bienhechores» que acudieron en misión humanitaria, para llevar a cabo aquí la obra de Dios. ¿Creéis que los yanquis dejaron de ser ángeles debido a las condiciones que se encontraron aquí, condiciones que no les permitieron llevar a cabo ninguna obra que no fuera la de Satán? ¿Cuándo dejaron los ángeles de ser ángeles y recurrieron a ser quienes son, meros yanquis? Es un asunto que vale la pena explorar, ¿no estás de acuerdo conmigo, amigo estadounidense? —y Seamus miró a Jeebleh en son de chanza.

A Jeebleh le consoló la perspectiva de poder concederse un tiempo para detenerse en otro asunto y pensó, recordando a medias una cita atribuida a J. M. Synge, que no había nadie como Seamus a la hora de apaciguar y sosegar a uno en una noche como ésa. Entretanto, el infalible sentido de la amabilidad que tenía Seamus hacia todo el mundo le permitía soltar una suave reprimenda en el mismo tono en el que podría estar elogiando a cualquiera. El hombre pensaba en el mundo, reflexionó Jeebleh, mediante imágenes que sorprendían incluso al propio Seamus: imprevisibles, interesantes.

Shanta estaba sumamente emocionada y se le notó en la voz cuando interpeló a Seamus, que había asumido el papel de un moderador en una mesa redonda, aunque fuera pasajero.

—Dejaron de ser ángeles —dijo—, cosa que en ningún caso eran, y pasaron a ser quienes eran, estadounidenses, cuando emplearon una fuerza desmesurada y de forma indiscriminada, por la que perdieron la vida muchos somalíes inocentes.

Bile estuvo de acuerdo, añadiendo que desde el momento en que tomaron tierra y montaron todo el circo para mayor beneficio de los informativos televisivos de mayor audiencia de allá, era patente que no habían venido a realizar la obra de Dios.

—¿Y entonces por qué vinieron? —preguntó Seamus.

Como nadie dijo nada, expuso su teoría: que todo lo que a los yanquis se les podía torcer se les torció porque todo lo veían en blanco y negro, incapaces de comprender ni respetar otras culturas, y porque andaban faltos de imaginación, ya que nunca se ponían en el lugar del otro. También les fallaron sus servicios de inteligencia, que llegaron a todas partes sin preparación de ninguna clase, sin conocer las costumbres del lugar; habló de la caída de la Unión Soviética y de la antigua Yugoslavia, de la invasión de Kuwait por parte de Irak, así como de la desintegración de varios Estados ruinosos en distintas partes del planeta.

—Vinieron a demostrar al mundo que podían imponer a su antojo la paz en Somalia, de una forma tan drástica como la que emplearon en lanzar una guerra a su antojo en el Golfo. Vinieron a exhibir la paz aquí a manera de contrapunto de sus campañas bélicas en otros lugares. Irak y Somalia tuvieron una cosa en común: ambos casos fueron espectáculos confeccionados para la televisión. Caramba, si se dieron ínfulas de superioridad, aunque sin perder de vista el objetivo primordial: lo principal era llegar a tiempo en las franjas de mayor audiencia televisiva —se volvió a Jeebleh, que parecía incómodo—. Estoy de acuerdo contigo. ¿Tú cómo lo ves?



Jeebleh lo meditó unos segundos.

—¿Acaso la detonación de un arma no hace que las aves posadas en un cable de teléfono salgan volando despavoridas, todas al mismo tiempo? —preguntó retóricamente.

—Así es. ¿Y bien? —Bile parecía interesado.

—Pero a los pocos segundos de emprender el vuelo despavoridas —dijo Jeebleh—, ¿no se da el caso de que muchas de las aves que no han sido alcanzadas vuelven a posarse en el mismo cable del teléfono o en otro muy parecido?

—¿Adónde quieres llegar?

—Los estadounidenses nunca debieron permitir que los vigilantes armados regresaran a sus guaridas. Tendrían que haberlos desarmado nada más llegar, cuando los ejércitos irregulares aliados a los caciques tenían el poder militar estadounidense. Enviaron mensajes contradictorios a los señores de la guerra y luego recayeron en esa idea de que no hubiese bajas. Yo diría que perdieron por completo de vista sus prioridades.

—Puede ser que las condiciones asesinas que se encontraron aquí los estadounidenses, con las que no tuvieron forma de enfrentarse, los confundieran por completo —especuló Shanta.

—Hubo otro problema —dijo Bile—. Un problema relacionado con las definiciones.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué definiciones? —preguntó Seamus.

Tal vez al no tratar ya la conversación sobre el regreso de Raasta y Makka, Shanta se tornó más charlatana de lo que había visto Jeebleh desde su primer encuentro y, al parecer, no podía controlar su entusiasmo. Titubeaba, se puso en pie, cambió de sitio, volvió a su sitio original, murmuró algo para sus adentros. Nadie le prestó mayor atención.

—Para empezar, las fuerzas de Estados Unidos —dijo Bile— supieron definir la verdadera razón por la que vinieron a Somalia, poco después de la guerra del Golfo. Esto es algo que nunca quedó claro. Los estadounidenses «buenos», tras derrotar al malo, a Sadam, aparecieron en televisión con docenas de bebés medio muertos de hambre en un centro para atender a los desnutridos: una imagen digna de una postal. Más adelante, cuando los soldados estadounidenses de gatillo fácil masacraron a cientos de civiles inocentes y convirtieron en un infierno la vida de los residentes, aquí nos preguntamos cómo iban a reconciliar los estadounidenses sus gestos iniciales de compasión con los bombardeos de la ciudad, en los que perdieron la vida muchas mujeres y muchos niños. ¿Oísteis lo que dijo uno de los mandatarios de Estados Unidos cuando se retiraron tras el desastre de octubre? «Les dimos de comer, se hicieron fuertes y nos mataron». Eso fue lo que dijo. ¿Recordáis quién era?

—Un mandatario del ejército de Estados Unidos —sugirió Seamus.

—En realidad, un portavoz de la ONU —dijo Bile.

—Pero podría haber sido del ejército de Estados Unidos.

—¿Qué diferencia hay? —dijo Shanta.

—¡Cuestión de definiciones! —dijo Bile.

Seamus lo desarrolló a partir de ese punto:

—Seguramente los jóvenes armados del Cacique del Sur, los que dispararon contra los estadounidenses y mataron a muchos cascos azules de la ONU de otras nacionalidades, no estaban entre los bebés escuálidos con los que los marines se hicieron aquellas fotos desgarradoras. Seguramente el portavoz de los militares de la ONU cometió el error de equiparar el pequeño grupo de milicianos armados que combatió contra ellos con la totalidad de la nación somalí.

—¿Y los somalíes no son dados a tomar también la parte por el todo? —Jeebleh se dio cuenta de que se sentía distante, lejos de ellos.

—Estoy de acuerdo —dijo Bile—. También confundimos a un reducido grupo de oficiales superiores y de militares aquí destacados con la totalidad de Estados Unidos. Oyendo cómo despotricaba uno de los partidarios del Cacique del Sur, cualquiera habría dicho que Estados Unidos se encontraba en guerra con la totalidad de la nación somalí, cosa que no era cierta. Cuando se toma la parte por el todo, una rara vez se toma la molestia de distinguir entre los zafios soldados a los que conocimos y otros estadounidenses bienintencionados. Estoy seguro de que hay millones de estadounidenses que son buena gente y millones de somalíes que no harían daño a una mosca estadounidense. Si te paras a pensarlo, los estadounidenses, con sus actos, hicieron un héroe del Cacique del Sur y eso prolongó la guerra civil. A fin de cuentas, tras la apresurada retirada, se nombró él mismo presidente. Yo diría que el estadounidense al mando halló a su semejante, idéntico y fáustico, en el Cacique del Sur.

—¿Y qué hay de los belgas, los italianos o los canadienses? —preguntó Seamus—. No actuaron con menos ínfulas ni de manera más humanitaria con los somalíes, ¿no es cierto?

Shanta se dirigió a Jeebleh:

—¿Sabías que en la lengua llana de los somalíes la palabra *amerikaan* significa «estrafalario»? ¿Por qué crees que será?

—También sé que la palabra *amxaar*, que en somalí designa a los «etíopes», significa «cruel», «brutal» —dijo Seamus—. Y sé muy bien por qué.

—La acuñación de *amerikaan* para designar «estrafalario», debo decir, es anterior al reciente choque del pueblo somalí con los estadounidenses, quiero decir con los marines y los *rangers* que se liaron a tiros con ellos —dijo Jeebleh—. Tal vez sea resultado de las películas de Hollywood que hemos visto.

—Creo que es natural en los fuertes y en los débiles definirse mutuamente de una manera que sólo tiene sentido para cada una de las partes, no necesariamente para ambas —dijo Seamus—. Para el somalí, el estadounidense es estrafalario, y para el soldado estadounidense, el somalí es un ingrato escuchimizado.

—Me asquea creer que un soldado raso estadounidense que no vale lo que una

libra de tabaco mascado fuese a influir en nuestra opinión de Estados Unidos — protestó Jeebleh—. Además, preguntémoslo lo siguiente: ¿podemos echarles la culpa?, ¿es todo un país responsable de un delito que ha cometido uno de sus ciudadanos? ¿Puede todo Estados Unidos ser tenido por responsable de las pifias cometidas por uno de ellos, aunque sea de alto rango y muy representativo del poder de que se le ha investido?

Fue entonces cuando Bile les recordó que los rotores de un helicóptero estadounidense habían arrancado a una niña, de apenas un año de edad, de los brazos de su madre, llevándosela por los aires en medio de la polvareda. Todos guardaron silencio, afectados por el horror inimaginable de la escena. Jeebleh quiso saber si Bile llegó a ver a la niña.

—La llevaron a mi hospital —dijo.

Jeebleh recordó que Dajaal había dicho que su nieta salió volando por los aires tras la estela de un helicóptero.

—Dajaal vino al hospital con la niña y con su madre.

—Tenía la intención de verla —dijo Jeebleh—. Quizá Dajaal pueda llevarme a verla.

Shanta fue la primera en bostezar y sus bostezos resultaron tan contagiosos que todos ellos estuvieron de acuerdo en que era hora de acostarse. Bile recordó a Jeebleh que, por mayor seguridad, convendría que lo llevase al laboratorio a primera hora de la mañana.

Shanta los oyó y se preocupó por si Jeebleh tuviese una complicación.

—No será más que un chequeo —dijo tranquilizándola—. También me gustaría ir al barbero a cortarme el pelo —dijo a Bile.

—Pediré a Dajaal que te lleve. Y a lo mejor camino del barbero podréis desviaros y visitar a su nieta y a su madre.

—Pues buenas noches a todos —dijo Shanta.

En vez de darle las buenas noches, Seamus se despidió de Jeebleh con una advertencia.

—¡No permitas que la locura te dañe hasta el punto de llevar un arma!

Jeebleh no quiso entrar a discutir.

—¡Buenas noches! —dijo en cambio.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

---

—¿Qué prefieres, ir a pie o en coche? —le preguntó Dajaal cuando a la mañana siguiente se encontró con Jeebleh al salir del laboratorio.

—¿Está muy lejos un sitio de otro? —Jeebleh se detuvo.

Se sintió torpe tras dar un paso. Se había puesto el *sarong* que había traído de Nueva York y pidió prestados a Bile un gorro cónico y un echarpe, deseoso de tener pinta de nativo cuando fuese al barbero y a visitar a la nieta de Dajaal y a su madre.

—Como mucho será media hora desde casa de mi nuera hasta el barbero —contestó Dajaal—. He acordado con Qasiir que salga a recibirnos allí.

Jeebleh había tenido una ligera fiebre por la noche y había estado despierto hasta el alba, dando vueltas en la cama, por momentos pensando en hacer el equipaje y marcharse, cambiando luego de idea y convenciéndose de quedarse donde estaba. Ahora la hinchazón de las glándulas le estaba causando molestia y algunas articulaciones le ardían de dolor. Bile no quiso comprometerse con un diagnóstico mientras no tuviera noticias del técnico del laboratorio, que prometió hablar con ellos antes que terminase el día o al día siguiente como mucho. Y en todo caso, dijo Bile, Jeebleh tenía la suerte de ser más fuerte que un caballo. Bile consideraba que no corría peligro de una crisis inminente.

—Vayamos a pie —dijo Jeebleh.

—¿Estás seguro?

—Caminar me sentará bien.

El recuerdo de todo lo que había pasado lo volvió a alcanzar de lleno con agonía e ira. Notó una acometida de masoquismo en su interior, como un río que tuviera una crecida en el Sáhara. Se dijo que debía aguantar el dolor con un estoicismo sin precedentes, pero que no debía olvidar lo que le habían hecho, a fin de vincular la agonía y la ira del día anterior con las de antaño y con lo que le había acontecido cuando era niño.

—Vayamos caminando, charlemos —dijo.

Dajaal abría la marcha y Jeebleh caminaba a su lado, sujetando en la mano los dulces que llevaba para la nieta de Dajaal. La muerte ya no estaba presente en cada una de las sombras que proyectaban las paredes. Nada más llegar temió caer en la emboscada de una muerte inesperada y le preocupó morir en el anonimato, asesinado por alguien que no lo conociera y que ni siquiera supiera por qué lo estaba matando, pero ya había espabilado y había llegado a la opinión de que en el Mogadiscio de aquellos tiempos rara vez la muerte era anónima: tenía cara y nombre, y era más

probable ser asesinado por alguien relativamente próximo o al menos relacionado con uno. Empezaba a ser menos frecuente que los completos desconocidos se matasen unos a otros sin mediar razón aparente. Habían terminado los tiempos de los asesinatos al azar. Últimamente, los asesinos eran más calculadores, tenían más en cuenta sus posibles ganancias políticas y financieras antes de matar a quien fuera. ¿No fue Ósip Mandelstam quien dijo que sólo nuestros semejantes deberían matarnos? Para eludir una muerte de esa clase, Jeebleh había huido al sur, donde se suponía que era de «los otros», y donde —ahí estaba la ironía del caso— se sentía más a salvo.

Dajaal interrumpió sus pensamientos.

—¿Eres feliz en Estados Unidos?

—En Estados Unidos está mi hogar, aunque mucho dudo que empleara yo la palabra «feliz» para describir mi estado de ánimo allí —dijo Jeebleh, tanteando el terreno—. Me siento cómodo en Estados Unidos. Amo a mi esposa y a mis hijas. Me encanta que estén en Nueva York, que es donde vivimos. No puedo dejar de comparar tu pregunta con una que me hice cuando llegué... ¿Amo yo Somalia? Me cuesta contestarla.

—¿De veras?

—Pues claro que amo Somalia.

—¿Y qué hay de ser somalí en Estados Unidos?

—Cuando pienso en Estados Unidos desde la perspectiva de un somalí y reflexiono sobre lo ocurrido después de la intervención estadounidense, me siento maniatado.

Dajaal apretó con más fuerza la pelota que estrujaba en la mano, para mejorar la circulación de la sangre. Se notaba que le estaba dando vueltas a una idea en la cabeza, revolviéndola, agitándola.

—Sucedió algo con lo que no había contado yo —dijo Jeebleh—. Descubrí que no me entristecía la muerte en uno y otro bando tanto como me apenaba lo despiadado de los jóvenes combatientes —observó a un águila en pleno vuelo antes de volverse a Dajaal—. ¿Qué pensaste de los marines y los *rangers* en tanto combatientes? —preguntó.

—Yo no echaría nada en cara a los oficiales de menor rango.

—¿Y a los oficiales al mando?

Dajaal apretó con más fuerza la pelota de goma y se le marcaron los nudillos, algo más pálidos de lo que sería normal.

—Mi corazón se puso de parte de los jóvenes marines y *rangers* —dijo Dajaal—, a pesar de que la noche del 3 de octubre, cuando me enfrenté con ellos de hombre a hombre, se lo hice pasar todo lo mal que pude. Pero cuando se aquietaron los combates, tuve la sensación de que cada uno de ellos estaba solo en su temor, como un niño abandonado en soledad, en la negra oscuridad de un cuarto extraño, por unos padres que se lo estuvieran pasando bien en otra parte. Los imaginé preguntándose

qué estaban haciendo en África, lejos de sus seres queridos, y por qué unos somalíes esmirriados, vestidos con *sarongs*, disparaban al buen tuntún contra ellos. Los imaginé cuestionarse mentalmente las explicaciones que les hubiesen dado los portavoces militares del Pentágono, pero... ¿quieres saber qué pensé de los oficiales al mando, desde los capitanes para arriba, incluido el EAM?

—Dímelo.

—Rogué a Dios para que fuesen sentenciados por un tribunal militar y les deseé las penas del infierno y cosas mucho peores —Dajaal apretó la pelota como si al final fuese a conseguir sacarle sangre—. Los oficiales superiores eran demasiado ignorantes para aprender nada, demasiado arrogantes. Si al menos hubiesen tenido la humildad de ponerse en la piel de sus subordinados, pensaba yo en todo momento... Se comportaron como chiflados. En cambio, los jóvenes marines y *rangers* se redimieron en sus combates. Aguantaron bien, combatieron con fiereza, devolvieron tanto como recibieron. De todos modos, en calidad de combatientes pecaban de un grave defecto: nos menospreciaron y eso fue su perdición. Nunca hay que menospreciar al adversario, eso nos lo enseñaron en la escuela militar. Si uno respeta a su enemigo, podrá ser más benevolente consigo mismo después, sobre todo si pierde el combate, y es de un alto valor moral cuando lo gana.

—¿Despreciaron a los milicianos del Cacique del Sur?

—Nos despreciaron a todos, combatientes o no —le corrigió Dajaal—. El Cacique del Sur no combatió. Yo estuve presente y no combatió. Fue para demostrar la perdición de los estadounidenses, el hecho de que despreciaran a los combatientes.

—¿Estás diciendo que el orgullo puede ser la causa de la propia ruina?

—Muchas cosas terribles acontecieron aquella noche y a la mañana siguiente en ambos bandos, a ellos y a nosotros —dijo Dajaal—, todas ellas al servicio de la locura desatada. Apenas nos habíamos repuesto de lo que se nos había hecho a nosotros cuando presenciamos el peor de los horrores imaginables, el bochornoso espectáculo de ver a jóvenes arrastrando a un estadounidense muerto por las calles polvorientas de la ciudad. Pero entonces pensé: la muchedumbre es la muchedumbre, no hay nada que hacer con una turbamulta. Las muchedumbres se alborotan y se desmandan, eso se les da bien: si enloquecen, lo hacen en cualquier parte, también en Estados Unidos.

—¿No hubo forma de que nadie lo impidiera?

—Todo sucedió muy deprisa —dijo Dajaal—, nadie podría haber hecho nada, ni aun queriendo. Nos dimos cuenta de que se iba congregando el gentío, entonando los habituales eslóganes contra los estadounidenses. Y antes de que nadie pudiera decir «Por favor, no hagamos eso», los jóvenes, en su mayoría golfillos y chusma, se habían alborotado. Y entre ellos estaba mi nieto Qasiir. Nadie tuvo el control de la situación en sus manos. Muchos estábamos demasiado agotados por los combates, que habían durado toda la noche, y ya no nos íbamos a tomar la molestia. Recordarás que hubo muchos muertos en nuestro bando, más de un millar según nuestras

cuentas. Muchos fuimos derechos de los combates a los cementerios. Todos nos habíamos quedado en la estacada durante unas trece horas o más, luchando para mantener la muerte a raya, así que dudo que hubiésemos podido levantar siquiera la voz en contra de lo que estaban haciendo aquellos jóvenes. Te aseguro que nos quedamos atónitos. ¿Acaso tú no te quedaste atónito?

Jeebleh se acordó de ver las escenas por televisión. Pensó en bestias de presa que rondasen por las calles de la ciudad y por el campo, bestias que habitasen la mente de los jóvenes. Sin embargo, al responder a la pregunta de Dajaal, moderó su reacción.

—Pensé en la vida dentro de la muerte, no sé si eso tiene mucho sentido.

—La turbamulta apenas se había dispersado —siguió diciendo Dajaal—, cuando oímos por la radio de onda corta que los estadounidenses ya se marchaban, con los cuerpos envueltos en bolsas y con todo. A algunos nos habría gustado hablar despacio de las cosas, lamento que no fuera posible.

—¿El Cacique del Sur no habría querido hablar?

—Pues claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque era una fuerza agotada hasta que el EAM lo hizo revivir al declararlo en busca y captura, poniendo precio a su cabeza por varios miles de dólares —dijo Dajaal—. ¡Así que gracias al EAM por agravar las cosas!

Jeebleh se acordó de la discusión de la noche anterior y pidió a Dajaal que le dijera, a su entender, quién había luchado contra quién.

—¿Los estadounidenses contra los somalíes?

Dajaal explicó que los somalíes, fragmentados de acuerdo con sus lealtades sectarias, no consideraban que la batalla se hubiese librado entre «somalíes» y estadounidenses.

—Los combates enfrentaron a los hombres de los clanes que respaldaban al Cacique del Sur con el EAM —dijo—. La verdad fue una de las primeras víctimas de la guerra.

—¿Te sentiste provocado para entrar en un combate a muerte? ¿Qué fue lo que finalmente te decidió a empuñar las armas? ¿Fue por rabia?

—La rabia no tuvo nada que ver —contestó Dajaal—, fue una cuestión de justicia.

—¿No tuviste miedo?

—Tuve tendencia a sentir miedo, al igual que los marines, y también estuve solo con mi miedo, pero yo no estaba en un país desconocido, sabía por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo y sabía dónde estaba incluso cuando me hallaba a oscuras. Ésa era la gran diferencia entre nuestra situación y la de los jóvenes estadounidenses.

Llegaron a una tapia de zinc en la que alguien había garabateado «*Dal-dalo maidkaada, tagna!*». Jeebleh lo tradujo para sí: «¡Llevaos vuestros cadáveres y largaos de nuestro país!». Sabía de dónde estaba tomada la cita. Con la memoria al

galope, recitó unos versos de un poema compuesto a comienzos del siglo xx por el más grande poeta de Somalia, Sayid Mohamed Abdulla Hassan.

No tengo campos cultivados, no tengo plata  
ni oro para que te los lleves.  
El país es matorral bajo.  
Si quieres madera y piedra,  
hay en abundancia,  
y también hay muchos termiteros.

...

Todo lo que tendrás de mí es la guerra.  
Si lo que quieres es la paz, lárgate de mi país.

Luego, un silencio que ninguno de los dos pareció dispuesto a romper se impuso entre ambos como un árbitro que interrumpe una pelea. Y en el silencio se coló una patulea de jóvenes armados que parecían extras en una película sobre bandidos mexicanos. Como si ejecutara una escena perfectamente orquestada, un joven se adelantó hacia ellos. Era muy bajo, robusto, vestía el atuendo llamativo de un forajido, con botas, pañuelo al cuello y sombrero. Saltaba a la vista que era de los que acabarían con uno sin parpadear siquiera. Jeebleh ya contaba con oír un *crescendo* de disparos y de gritos de muerte, cuando plantó una mirada de preocupación en Dajaal y reparó en su expresión de indiferencia.

—No hay de qué preocuparse, abuelo —gritó el joven—. Sólo hemos salido a pasar un buen rato mis amigos y yo.

—En tal caso, ven, que te presentaré a mi amigo el visitante —dijo Dajaal al joven. Se volvió hacia Jeebleh y le habló en voz baja—: Es mi nieto, al que todo el mundo llama Qasiir. En realidad, un granuja. Te podrá contar cómo tomó parte en los combates el día en que su hermana resultó herida. Y ha participado en un montón de locuras.

Qasiir caminaba como si se moviese por el decorado de un rodaje, como si las cámaras capturasen cada una de sus payasadas. La combinación de las botas con el sombrero le hacía parecer más alto; adoptaba una expresión de tipo duro, con los pulgares hincados en el cinturón donde llevaba las municiones, mordisqueando un palo de regaliz del tamaño de un cigarrillo. Jeebleh imaginó que por allí cerca sonaba una armónica e imaginó a Clint Eastwood haciendo una aparición estelar. Por su pose y sus ademanes, a Jeebleh le pareció un joven que había salido de un fangal en el que se había refocilado, que se había rozado con la muerte cortejándola sin miedo, que había visto de cerca la humillación, contra la que había peleado a fondo para someterla a su manera. Tenso, con voz firme y baja, Dajaal se dirigió a Qasiir para decirle que estaba harto de sus payasadas.

—Larga a tus compinches y síguenos a casa de tu madre ahora mismo.



Antes, sin embargo, Dajaal dio un rodeo para pasar por el lugar en el que había caído el helicóptero aquella tarde de octubre de 1993. El lugar no se distinguía de cualquier otro en una polvorienta ciudad asolada por guerras enfurecidas. Allí, sin embargo, había restos de metal que habían pertenecido a una máquina bélica: elegante, ruidosa, poderosa y amenazante en el aire, pero inimaginablemente fea una vez caída a tierra y desmantelada. Un grupo de chiquillos alborotados estaban armando una polvareda y, ante la petición de Dajaal, bruscamente suspendieron el partido de fútbol que disputaban y se acercaron a él y a Jeebleh. Los niños sintieron curiosidad ante Jeebleh, entendieron que estaba de visita en la ciudad. Dieron por supuesto que, al igual que otros desconocidos antes que él, iba a visitar a la niña trastornada y a su madre, que vivían cerca, víctimas de una batalla que nada había tenido que ver con ellas.

Qasiir se les sumó entonces e ilustró a Jeebleh sobre las líneas en que transcurrió el combate: a la derecha, los combatientes partidarios del Cacique del Sur y, a la izquierda, los soldados estadounidenses. En un muro improvisado con láminas de zinc vieron rastros de los abundantes impactos de ambos bandos, balas de todos los calibres.

Más niños se sumaron al grupo y un puñado de adultos salió de las chabolas. Dajaal alejó a Jeebleh de los curiosos y lo condujo al recinto donde se encontraban la hermana de Qasiir, que padecía lesiones cerebrales, y su madre. Al llegar, un gato salió por debajo del portón, aplastándose contra el suelo para no rozarse con los clavos que sobresalían.

A Jeebleh se le pasó por la cabeza que estaba actuando de forma irracional: nada iba a sacar en claro de la visita a la niña y a su madre. Sin duda habían sufrido, ellas eran víctimas de una batalla sin sentido y habían sobrevivido a tremendas penalidades personales, pero él no deseaba dar la imagen de un turista de guerra movido por el morbo de contemplar un aspecto sórdido de una triste guerra que ni siquiera debía haber estallado. Todo parecía más inquietante a medida que avanzaban por el recinto. Dajaal aguardó algo retraído, como exigía la tradición, deteniéndose para anunciar su llegada.

—*Hoodi!* —proclamó, y acto seguido esperó a que su nuera diese la voz de bienvenida, *Hodeen!*, antes de dar un paso más.

Qasiir entró en el edificio bajo sin más ceremonias. Momentos después llegó la música desde el interior, los aullidos, los alaridos y los jadeos de James Brown al son del *soul*.

Una mano separó la cortina que cerraba la entrada. Apareció una mujer envuelta en una túnica de flores, uno de cuyos bordes llevaba sujeto entre los dientes, con la mirada clavada en tierra en señal de deferencia. Se adelantó con una mano pegada a la oreja derecha y llevando de la otra a una niña pequeña. Ésta, con la mirada difusa,

se sujetaba al dobladillo de la túnica de la mujer. Por los movimientos de la chiquilla se advertía fácilmente que no estaba ni mucho menos bien. Jeebleh se sintió incómodo al seguirlas al interior y apartó los ojos de ellas para mirar a Dajaal, que para entonces había encontrado dos sillas en las cuales sentarse. Jeebleh se sintió tentado de dar la espalda a todo aquello y salir de la casa, pero cambió de idea cuando Dajaal le presentó a la mujer llamándola por su nombre, que Jeebleh no logró captar. No sería sensato contrariar sin necesidad a Dajaal, quien había sido muy amable con él en todo momento, y no quiso ser descortés con la pobre mujer ni con su infortunada hija. Estrechó la mano de la mujer cuando se la tendió. Dajaal llamó a su nieta varias veces: que respondiera tarde dio a entender que era dura de oído, retrasada o ambas cosas.

—Está sorda por el ruido del helicóptero —explicó Dajaal—. Y sin embargo logra oír ruidos atroces, como los de los aviones y los grandes camiones y las motocicletas, y llora y llora sin cesar. Quizá perciba el temblor de la tierra, no lo sé.

La niña se quedó mirándolos con el pulgar metido en la boca. Jeebleh trató de animarla con los caramelos, pero ella no quiso acercarse. Trató de ganársela con carantoñas, sin otro resultado que siguiera mirándolo con asombro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

La pobrecilla no dijo nada. Miró a su madre, que les llevó un té, y poco faltó para que la niña la hiciera trastabillar.

—Mi hija no ha dicho una sola palabra en todos estos años —dijo la mujer a Jeebleh.

Dajaal trató de acercarse a la niña a Jeebleh, pero se echó a llorar con tal vehemencia que la dejó en paz. Al cabo de unos minutos, cuando su nuera les sirvió el té, Dajaal la invitó a acercarse y a tomar los caramelos de la palma de su mano. Se sentó tan cerca de ella que podría haberla tocado. A la niña se le dilataron las pupilas, aunque tenía la mirada perdida.

Cuando su abuelo acercó más la mano para darle las golosinas, volvió a estallar en un llanto incontenible y cayó de bruces al enredarse con sus propios pasos. Su madre la tomó en brazos para sosegarla. La niña, más tranquila, estudió la extrañeza del mundo desde la ventajosa altura de la cadera de su madre, donde halló protección.

—Vive en un mundo de temores —dijo la mujer—. Las tormentas de arena la perturban, igual que los ruidos.

—¿Y dice usted que no habla nada?

—No es capaz de juntar dos palabras.

—Y tampoco ríe —dijo Dajaal.

—¿Qué edad tiene?

—Tiene casi cinco años y medio.

Jeebleh no supo qué decir.

—Un bebé no sufre solo —dijo la madre.

Dajaal permaneció al margen, en apariencia distante.

—Todos sufrimos con nuestras criaturas —siguió diciendo la madre—, compartimos su sufrimiento, ¿no es cierto? Ha sido muy difícil ser la madre de una niña que jamás ha sonreído y que nunca ha conocido la alegría de ser pequeña. Tiene llantinas continuas, moja la cama, solloza, siempre anda con la nariz goteando. Intentamos enseñarle a sonarse, pero dudo mucho que alguna vez llegue a hacerlo por sí sola.

Jeebleh miró a la mujer, a la niña y por último a Dajaal, como si buscara ayuda para salir de un embrollo en el que se había metido él solo. Se puso en pie, titubeante, y permaneció en actitud dubitativa. Desaparecieron entonces los bocinazos de James Brown y Dajaal indicó a Qasiir que relatase a Jeebleh todo lo que había ocurrido el día en que las ráfagas del helicóptero barrieron a su hermana llevándosela por los aires.

Antes de que Qasiir pudiera hablar, su madre empezó el relato.

—Unos chiquillos con ganas de divertirse fueron los primeros en llegar corriendo a la zona que sobrevolaban amenazadores los dos helicópteros. A bordo iban soldados estadounidenses, un grupo de combate de unos doce, con grandes chalecos por encima de la ropa de camuflaje. La tierra temblaba hasta los cimientos, todos estábamos asustados. Debíamos cumplir unas normas cuando llegaban los helicópteros o cuando esperábamos que se produjera un ataque: íbamos todos juntos en dirección al norte, en grupos pequeños, para que no nos vieran, todos nosotros protegidos por hombres armados con AK-47. Aquél no fue el primer ataque y, al igual que durante los anteriores, no pensamos que fuera el último.

»Pero ese día no me pude marchar, porque mi hija no se encontraba bien y nos rezagamos para darle la medicina que le habían recetado para los dolores de oído. Además, la llegada de los helicópteros envalentonó a mi hijo Qasiir, que entró en la habitación que todos compartimos a buscar sus vaqueros marrones y una camiseta que tiene con un lema en inglés. Pensé que podría ayudarme a unirme con los demás, pero sonó su móvil y le dijeron adónde debía ir y qué debía hacer. Salió presuroso, corriendo con algunos otros chicos, en respuesta a la llamada de su comandante. No tenían miedo, mi hijo y los chicos de su pandilla.

Cuando hizo una pausa, Jeebleh miró a Qasiir y el joven le sonrió como un mentecato. Prosiguió la historia donde la había dejado su madre.

—Yo era el cabecilla del grupo, ¿vale? Llevaba una camiseta en la que pone «Frank James está vivo y coleando en Mogadiscio» y era el tío más duro de todos mis amigos. Éramos buenos espías y el que tenía el móvil era yo. Me lo había dado uno de los mandamases de nuestra milicia.

Qasiir recibió instrucciones por el móvil: se las dio un hombre al que nunca había visto, uno de los comandantes delegados del Cacique del Sur. Cuando estaba hablando por teléfono quiso impresionar a los otros muchachos y guardó un silencio dramático, asintiendo para indicar que estaba de acuerdo con el comandante invisible. De vez en cuando decía: «¡Pues claro que no voy a compartir los secretos con

nadie!». Jeebleh imaginó al chico en el momento de apagar el teléfono, colocarse una astilla de madera en la comisura de la boca y moverla con la lengua, en un burdo intento por imitar a Clint Eastwood en *Por un puñado de dólares*.

A pesar del ruido atronador de los helicópteros, la pandilla de Qasiir oyó con claridad todas y cada unas de sus palabras cuando les indicó lo que debían hacer. Fue como si transmitiera un mensaje directamente recibido del Todopoderoso, pronunciando cada sílaba como si la honrase, articulando todas y cada una de las vocales en deferencia al Cacique del Sur. Los chicos no llegaron a saber si citaba o no a alguien cuando dijo: «Recordad que la muerte sólo nos visita una vez. Y nuestro comandante en jefe dice que debemos estar preparados y que hemos de recibirla con gratitud. ¿Cómo logramos lo imposible? Por medio de la disciplina». Repitió varias veces la palabra «disciplina», hasta que adquirió la fuerza de un ensalmo.

Se apiñaron todos ellos y amontonaron las manos como los jugadores de baloncesto antes de empezar un partido. También hicieron un juramento colectivo, reafirmando que se comprometían sin miedo a nada a librar una guerra total contra los enemigos del Cacique del Sur. Estaban dispuestos, ahora que el asalto había comenzado en serio, a emprender misiones de riesgo.

—Y para demostrar que estábamos preparados a morir por nuestro comandante, uno de mis chicos se puso a cantar al son de las aspas del helicóptero, que no dejaban de rotar —dijo Qasiir.

Para asombro de Jeebleh, se puso en pie y comenzó a cantar imitando a un rapero *gangsta* estadounidense. Entonó un grito de guerra, *Dill, dill, gaalka dill, dill, dill, gaalka dill!* y, tras una pausa, siguió rapeando en inglés y repitiendo una orden: «¡Mata, mata, mata a todos!». La actuación de Qasiir fue tan convincente que Jeebleh llegó a oír en su interior el rotar continuo de las aspas del helicóptero, cortantes como cuchillas.

Los mortíferos pajarracos siguieron sobrevolando la zona, dijo Qasiir, levantando una inmensa nube de arena. Las aspas rotaban cada vez más deprisa, el ruido se convirtió en un estruendo espantoso, hasta que la violencia del aire removido arrancó las láminas de zinc de los tejados y los cartones de las paredes de aquellas precarias chabolas que los cobijaban. Unas cuantas planchas de madera que no estaban sujetas con clavos salieron volando.

La madre de Qasiir interrumpió a su hijo.

—¡Nada de eso importó a los pilotos de los helicópteros ni a los soldados que llevaban aquellos chalecos tan raros! Era la hora de la siesta en Mogadiscio, el momento en que todos buscamos refugio del sol abrasador. Aquel día, en cambio, fue como si toda la tierra se sacudiera con oleadas de temblores y cada temblor aceleraba el pulso de todas las personas y los animales del vecindario.

Qasiir se puso en pie para interpretar mejor lo ocurrido aquel día y a Jeebleh no le fue difícil imaginar los acelerados latidos del corazón de los enfermos, los pulmones resollantes de los impedidos, la agitación de los alarmados, los potentes torbellinos de

arena, la gente refugiándose en sus chozas, las maldiciones proferidas, las imprecaciones lanzadas al aire, los hogares destruidos, los comercios arrasados, las vidas segadas de pronto.

La madre de Qasiir describió el terror y el espanto de la criatura, que entonces tenía apenas un año, cuando la avalancha de arena que levantaron en el patio las aspas de los helicópteros la arrancó de su pecho. Y cuando la madre se arrodilló y empezó a lamentarse entre súplicas, rezando al tiempo que maldecía, Jeebleh la miró atónito, incapaz de imaginar tanto terror.

—Me puse histérica —siguió diciendo— y me arañé los pechos desnudos, los pechos que habían amamantado a mi hija hacía sólo unos minutos. Aullé, sollocé, lancé maldiciones, recé, pero todo fue en vano. Me rasgué las vestiduras hasta despojarme de la ropa, convencida de que el torbellino de arena que había provocado la llegada repentina del helicóptero había engullido a mi hija. Vi entonces el mal encarnado: los *rangers* señalaban mi cuerpo desnudo y reían. Dejé de aullar, cubrí mis indecencias y a continuación maldije a las madres que habían llevado en el vientre a aquellos individuos. Nunca he visto el mal con tanta claridad como en aquellos hombres, que abocinaban la mano para insultarme, sacando la lengua y señalando mi desnudez.

Qasiir y su equipo oyeron los aullidos. Llamó a los chicos de su pandilla y les dio instrucciones de que no dispararan a los helicópteros, por temor a que su hermanita pudiese resultar herida en el fuego cruzado. Volviendo la vista atrás, Qasiir y su madre especularon que uno de los pilotos pudo darse cuenta de lo que sucedía y, en un intento por ayudar, quizá trató de alejarse del lugar donde la madre seguía con las rodillas clavadas en el suelo, desnuda, sollozando, rezando, maldiciendo y revolcándose en la arena carcomida por la desesperación.

—Entonces —dijo Qasiir, escenificando los sucesos en una farsa delirante—, dos hombres aparecieron de pronto con sendos lanzagranadas y dispararon contra el helicóptero. Hubo un estrépito tremendo: el helicóptero había caído a tierra.

—Y yo no paré de aullar —su madre intervino— hasta que vi a mi niña caer al suelo, cerca de donde yo estaba. Fui arrastrándome a gatas hasta el lugar donde yacía mi hija, rezando para encontrarla viva, sana y salva. En todo momento mantuve la mirada, dura e iracunda, fija en los *rangers* del aparato derribado. Levanté a mi criatura, la estreché en mis brazos y me alejé caminando, por momentos corriendo, sabedora de que los ojos de los *rangers* estaban puestos en mi espalda.

Había terminado el relato. A todas luces la madre estaba agotada. Jeebleh se puso en pie, dispuesto a marcharse. Sin pensarlo, metió la mano en el bolsillo de la camisa y entregó a la madre de la niña una gran suma de dinero en moneda local, las vueltas que le habían dado en el restaurante. La mujer miró a su suegro, como preguntando «¿Qué hago con esto?».

—Por favor, permíteme que compre alguna cosa a la cría —a Jeebleh le faltaron las palabras.

Se avergonzó de haber actuado de manera tan irreflexiva. Salió del recinto y, apesadumbrado por la culpa, esperó a que Dajaal se reuniera con él.

---

De camino a la barbería, con expresión de desamparo, Jeebleh confió en la fuerza de su propio espíritu para salvar los obstáculos que encontrase en su camino.

Decidió abordar a Dajaal sin dilación con requerimientos concretos, aun a riesgo de que lo cortara y se negara de plano a aceptarlos. No tenía todo el tiempo del mundo, pronto volvería a casa con su familia, retomaría sus clases. A tanta distancia sería imposible alcanzar con un disparo parto<sup>[1]</sup> a sus actuales perseguidores y al enemigo de toda una vida. Quería rematar la faena y hacerlo bien, atravesándolos de parte a parte. Además, había otro asunto que tenía que consultar con Dajaal sin falta. Jeebleh quería contratar a un albañil para construir un pequeño mausoleo dedicado a la noble memoria de su madre. Nada extraordinario, sólo unas cuantas piedras colocadas con esmero una al lado de la otra, en tributo a la mujer que había hecho de él la persona que era. Se le erizó el vello cuando recreó mentalmente el momento en que, de pie frente a la estructura, tuviera ocasión de rezar una o dos oraciones, en un intento de pedir perdón a su madre por haberle fallado. Haría falta mucho amor, y más, para que su espíritu pudiera descansar en una paz imperturbable.

Miró en dirección a Dajaal. El hombre parecía incómodo.

—Hay dos trabajos para los que precisaría contratar a alguien —dijo Jeebleh—. Dos trabajos que a mi juicio guardan relación entre sí. ¿Me ayudarías a llevarlos a cabo?

—¿Cuáles son esos trabajos?

La preocupación nubló el semblante de Jeebleh; de pronto pareció tan maltrecho como un caño herrumbroso.

—¿Cómo procederías si desearas encargarte un trabajo que entraña ciertos riesgos?

La cautelosa respuesta de Dajaal dejó claro a Jeebleh que el hombre sabía adónde iban encaminadas sus preguntas.

—No encargaría a mi nieto Qasiir, pongamos por caso, que acometiera un trabajo peligroso. Debería ejecutarlo alguien anónimo, alguien que con certeza fuera a mantenerlo en secreto y que cobrara al finalizar la faena.

Jeebleh emergió al cabo de sus turbios pensamientos y suspiró con la confianza de un potro.

—¿Y tienes en mente a alguien capaz de hacer un trabajo de esas características?

—Desde luego.

A Jeebleh se le pasó por la cabeza el nombre de Kaahin.

—¿Quién, por ejemplo?

Dajaal no deseaba comprometerse.

—Se me ocurren antiguos compañeros que hoy en día están desocupados y harían

el trabajo sin ruido, con eficacia y por un precio módico, ahorrándole a uno todos los detalles truculentos sobre cómo deshacerse de los cuerpos y las pruebas que puedan vincularle al suceso.

Así que Dajaal no sólo sabía lo que Jeebleh quería que hiciera sino que había pensado ya en los detalles como un asesino profesional.

—¿Cuánto? —Jeebleh mantuvo su actitud confiada.

—Eso ya te lo comunicaré más adelante —dijo Dajaal.

El sol caía sobre Jeebleh desde el oeste y la arena que sus pies levantaron al moverse se prendió en sus pantorrillas peludas. El dobladillo del *sarong* que llevaba se le antojó más áspero. Jugueteeó con el gorro hasta que de tanto tocarlo empezó a resultarle incómodo.

—¿Llevas algún arma de fuego? —preguntó.

—Hoy en día no voy a ninguna parte desarmado. Sin un arma me siento desnudo, inseguro. Ya que lo preguntas, llevo dos. Ahora, si me permites la curiosidad, ¿qué te importan a ti las armas de fuego?

—¿Me podrías prestar una?

Dajaal dejó de caminar y se agachó. Sacó un revólver que llevaba sujeto a la espinilla con una correa y se lo ofreció sin más.

—Toma.

Jeebleh lo empuñó con mano vacilante. El revólver le pareció más pesado que la ametralladora que había sujetado en el trayecto hacia el cementerio. El miedo le hizo un nudo en la garganta, constriñéndole la respiración. Antes de seguir caminando, admiró el arma detenidamente, y luego la ocultó debajo de la camisa empapada en sudor.

Heló su sangre plebeya el llevar encima la elegancia majestuosa de una máquina construida para matar con sólo tocar un gatillo. Desde el instante en que el sicario de AfLaawe le había clavado aquella aguja, se habían obrado en su comportamiento cambios enormes. Aunque había contemplado la posibilidad de vengarse de Caloosha, nunca creyó que pudiera llegar el día en que él, un hombre que amaba la paz, recurriría a emplear un arma mortífera para saldar cuentas.

—¿Cuál es el segundo trabajo que quieres encargarme? —preguntó Dajaal.

—Éste es mucho más prosaico —Jeebleh le explicó el trabajo que tenía en mente para el albañil.

—¿Cuándo tienes pensado que empiece? —preguntó Dajaal.

—Diría que cuanto antes mejor.

—En tal caso, deja ambos trabajos en mis manos.

Oyeron un alboroto repentino no lejos de allí. Una muchedumbre perseguía a un joven esmirriado al grito de «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Atrapadlo!». El chico corría cegado por el terror y se dio de bruces con Jeebleh, que a punto estuvo de caer al suelo. La muchedumbre se detuvo a escasa distancia y el cabecilla del corro, un rollizo comerciante del mercado, con la ropa salpicada de la harina, el arroz y el



azúcar que vendía, se acercó con los brazos abiertos.

—Bien, entrégnos al ladrón.

El joven tenía la boca llena de la comida que al parecer había robado y se afanaba ahora en masticala. En la mano derecha apesaba la mitad de un bollo, del que sobresalía una loncha de carne que semejaba una lengua exangüe. Con los ojos tan desorbitados como vivo su temor, el joven suplicaba con un hilo de voz.

—¡Tengo hambre, por favor!

—¿Cuánto costaba el bocadillo? —preguntó Jeebleh.

—¡Entrégalo! ¡Entrégalo! —coreó la muchedumbre.

—Pagaré lo que ha comido para que lo dejéis en libertad —Jeebleh miró al hombre entrado en carnes y al joven esmirriado, luego a la multitud agitada y, por último, a Dajaal, quien se mantuvo al margen, pero que, como siempre, estaba preparado para cualquier contratiempo. Jeebleh se dirigió al rollizo mercader—: ¿Qué problema tienes? Te he dicho que estoy dispuesto a pagar el bocadillo.

—Siempre roba comida, sale corriendo y nunca paga —dijo el tendero—. Entrégalo y le daremos una buena lección. Y no nos hagás perder el tiempo.

—El chico tiene hambre, ¡por eso roba!

El corro avanzó amenazador sobre Jeebleh. Amedrentado, sacó unos billetes por valor de un dólar e hizo ademán de dárselos al comerciante, que se burló de que pretendiera que el joven quedase libre así. Entonces Jeebleh se levantó la camisa y mostró el revólver que llevaba e inmediatamente advirtió el cambio que se obró en el ánimo de la multitud, que empezó a dispersarse. El comerciante aceptó el dinero y el joven se escabulló hacia el otro lado de la calle, donde se desvaneció en la misma polvareda que levantaron sus pasos.

—¡Maldita sea! —dijo Dajaal.

Dajaal dejó a Jeebleh delante de la barbería, tras acordar que volvería a buscarlo al cabo de una hora o así y que entretanto trataría de ponerse en contacto con un albañil al que conocía y después lo acompañaría de vuelta a la vivienda de Bile. Jeebleh entró en el establecimiento con el aire de un hombre que, armado y ajeno al miedo, está preparado para hacer frente a la muerte en cualquier momento. Los tres barberos interrumpieron la labor de sus tijeras y los clientes, algunos de los cuales permanecían sentados en bancos apoyados contra una de las paredes, se quedaron mirando al forastero que acababa de entrar. Tomó asiento.

Además de él, había siete clientes: a uno le estaban cortando el pelo, a otros dos les estaban arreglando el bigote y las patillas y el resto esperaba. Los que ocupaban las sillas llevaban toallas húmedas envueltas alrededor del cuello. En el suelo había rizados de pelo en posturas imposibles a la espera de que los barrieran. Aunque no pudo precisar quiénes eran los hombres reunidos en aquel establecimiento, advirtió en sus voces un deje campechano. Probablemente se habían criado en las aldeas de las

áridas regiones centrales, de donde procedían muchos de los partidarios del Cacique del Sur y de donde éste había reclutado a un buen número de sus milicianos.

Sonaba un casete de música somalí. Jeebleh disfrutó escuchándola. El hecho de que la gente comiera en restaurantes y se cortara el pelo en las barberías, ¿significaba acaso que la etapa más cruenta de la guerra civil había terminado? Que uno pudiera emprender esas actividades sin miedo suponía cierto grado de normalidad. En apariencia, en el establecimiento nadie iba armado. Claro que todos habían mirado a Jeebleh con fiereza y suspicacia en el momento de entrar, pero desde luego nadie lo había apuntado con un arma.

Uno de los barberos le hizo señas con el amplio gesto que hace un habitante de Mogadiscio para dar la bienvenida a su casa a un visitante, indicándole una silla que había desocupado un hombre al que acababan de cortar el pelo y arreglarle el bigote a la perfección. Cuando Jeebleh tomó asiento, entró un joven desaliñado que llevaba varias tazas metálicas en una bandeja y que fue ofreciendo a cada uno de los clientes así como a los barberos. A continuación empezó a barrer el pelambre del suelo. Los hombres que aguardaban su turno leían el periódico y tomaban té. Cuando el joven acabó, se acercó al barbero que atendía a Jeebleh para que le pagase y luego se fue, llevándose la bandeja vacía.

Jeebleh probó el té y no lo tomó: no sólo estaba demasiado caliente sino también dulce en exceso. Pensó que el joven había traído la bandeja del té y que el barbero le había pagado: el chico confiaba en que le pagaran y en encontrar allí las tazas cuando más tarde volviese. Estas pequeñas cosas eran constataciones de que la sociedad se recuperaba poco a poco del terrible trauma de la guerra. En tal caso, ¿lo peor habría pasado ya?

—¿Cómo quiere que le arregle el pelo? —le preguntó el barbero entretanto.

—Me gustaría que me lo dejara muy corto —Jeebleh colocó el gorro cónico frente a él, donde podía verlo, para no olvidarlo.

El barbero sacó una máquina eléctrica del hueco inferior de una mesa, donde colgaba de un gancho. Ajustó la cuchilla y la puso en marcha, probándola en la palma de la mano abierta.

—Preferiría que utilizase tijera y peine, por favor —le dijo Jeebleh.

El barbero empezó a cortar con una actitud paternal y afable y ambos hombres hablaron con el tono reposado que genera la confianza mutua. Se dijeron generalidades y, llegado el momento, mencionaron los cambios de la clientela del establecimiento que, según contó el barbero, había sido el punto donde se reunían los cosmopolitas de la ciudad en los días previos a la guerra civil. Luego, sin que viniera a cuento, el barbero le preguntó:

—¿Es amigo de Bile?

—¿Lo conoce? —preguntó Jeebleh.

—Es cliente mío.

—¿Qué sabe usted de Raasta y Makka?

—Las recuerdo de venir con él aquí. ¿Las ha conocido?

—Las he visto en fotografías en casa de Bile.

—Las trenzas de Raasta son una preciosidad —dijo el barbero—. Nadie salvo su madre tiene permiso para tocarlas, menos aún para arreglarle el pelo.

—Supongo que conoce también a Faahiye, ¿verdad?

El barbero guardó un silencio absoluto y se movió con inquietud manifiesta. Dio un sorbo de la taza de té que tenía más cerca y se quedó mirando la que Jeebleh tenía delante, como sugiriéndole que tomara un sorbo también.

—¿Y usted conoce a Faahiye? —preguntó al fin.

—Conozco a su esposa desde hace mucho más.

—Yo, en cambio, nunca la he conocido en persona —comentó el barbero.

—¿Es cierto que Faahiye vive por aquí cerca?

—No tengo ni idea.

El barbero, nervioso, rozó la oreja derecha de Jeebleh con la hoja de la tijera e inmediatamente se disculpó. Fue apenas un pequeño tijeretazo, pero había sangre, y Jeebleh se preocupó. Un corte con la tijera de una barbería tal vez no fuese peligroso en la mayoría de situaciones, pero allí, por la epidemia de sida, uno no podía estar seguro. Jeebleh perdió la compostura. Tocó el corte con los dedos para determinar su gravedad, qué profundidad tenía. Con la toalla aún enrollada alrededor del cuello, se levantó un poco y se frotó la oreja con un trozo de algodón empapado en alcohol. Luego se inclinó hacia delante y clavó la mirada en el espejo, absorto.

Había visto a una chiquilla que se parecía a Makka en el fondo más oculto del espejo que tenía delante de él y estaba siguiendo sus movimientos cuando de pronto, ¡zas!, el tijeretazo. ¿Cómo sabía que la niña era Makka si no la conocía? Porque la había visto en fotografías y albergaba la certeza de que no podía existir una copia tan idéntica de la chiquilla. Además, se había percatado de que tenía el labio inferior prominente y un poco caído, adornado con un hilo de saliva tan transparente como los que forman una fina tela de araña, luminosos y decididos.

Mientras el barbero hacía aspavientos y volvía a ponerle alcohol en la herida, Jeebleh buscó con la mirada el reflejo de Makka, con la esperanza de hallarla allí. El barbero trató de contenerlo diciéndole que no se moviera, pues temía cortarle de nuevo. Sí, no había duda de que la niña del espejo era Makka: sonreía al verse reflejada y reconocerse. Jeebleh la observó mientras ella se contemplaba fascinada. Estudió su rostro. Tal vez estaba jugando a un juego infantil inspirado en otro que a sus hijas les gustaba mucho. Un niño lleva los ojos vendados y la diversión consiste en buscar a ciegas a sus compañeros de juego. Si Makka estaba ahí jugando, ¿andaría lejos Raasta? La idea lo llenó de entusiasmo. Apartó la mano del barbero a un lado y se puso en pie, haciendo gala de un comportamiento impropio en él.

Una idea llevó a la otra. Decidió ir en busca de Makka. Estaba convencido de que tenía un mensaje para él o en cualquier caso lo conduciría hasta Raasta y Faahiye.

Pagó al barbero con el dinero que logró sacar de la cartera, aunque el corte de

pelo estuviera aún a medias y, además, mal. Salió como una exhalación tras de Makka, con la mitad de la cabeza llena de trasquilones y la otra luciendo la mata de pelo aún intacto. Tal vez alguien creyera que era el primero en lucir ese nuevo corte de pelo.

Se detuvo en un cruce, volvió la vista hacia uno y otro lado y, asegurándose de que estaba preparado en el caso de que lo atacasen de repente, colocó la mano cerca del arma. Sin embargo, no era capaz de decidir en qué dirección había ido Makka. Continuó su búsqueda hasta que de pronto la vio caminando delante de él, metiéndose por un callejón polvoriento. La siguió, muy consciente de su propia vulnerabilidad en la ciudad de los crédulos.

Jeebleh se sintió incómodo mientras trataba de no perder de vista a Makka, volviendo cada tanto la vista atrás y escudriñando el callejón. Lo tranquilizaba la idea de llevar el arma: no dudaría en utilizarla.

Con esa sensación de incomodidad e imaginando lo ridículo de su aspecto, se palpó la parte de la cabeza donde le habían cortado el pelo, luego la otra. No supo por qué, pero estuvo seguro de que aunque fuese un espantajo a ojos de los adultos, su aspecto les parecería normal a Raasta y Makka, quienes como mucho pensarían que su pelo era divertido y tal vez se echaran a reír. Cualquier cosa que trajese una sonrisa a los labios de aquellas niñas merecería la pena. El corte de pelo inacabado abanderaba su sensación de ser un individuo incompleto: ¡un hombre que no sabía utilizar un arma de fuego y que sin embargo llevaba una encima! Deseó no quedar atrapado en una tela de araña, una trampa, mientras seguía a Makka y se alejaba cada vez más de la barbería.

Era demasiado tarde para abandonar su persecución, demasiado tarde para volver a la barbería como si nada hubiese ocurrido y pedirle al barbero que terminase su trabajo. Había perdido el aplomo unas calles atrás. Rezó para que la chiquilla supiese adónde iba.

Jeeblehapuró ahora el paso y comprobó que nadie estuviera siguiéndolo. Vio a Faahiye. Se miraron uno al otro a cierta distancia y casi hubieran podido saludarse con la mano para constatar la presencia del otro. Cuando Jeebleh se volvió de nuevo, Makka había desaparecido. Podía esperar a Faahiye, pensó, y entretanto se palpó de nuevo el pelo: había olvidado el gorro cónico de Bile en la barbería.

—¿A qué estamos jugando? —preguntó Jeebleh a Faahiye cuando lo tuvo a su lado.

—Estoy en desventaja.

—¿Y eso por qué?

—Estoy en desventaja porque no me queda más remedio que seguir las reglas de un juego que otro ha concebido —dijo Faahiye. Jeebleh lo miró con aire socarrón, y Faahiye añadió—: Sigamos hablando y deja de mirar atrás, porque nos vigilan a los

dos. Uno de los que nos siguen está detrás de mí, a una manzana de aquí, y el otro en la esquina izquierda del cruce. No hagamos nada imprudente.

—¿Adónde me estás llevando?

—¡Ante Raasta, por supuesto!

¿Podía fiarse de sí mismo? Y más aún, ¿podía fiarse de Faahiye? ¿Fue una mera coincidencia ver a Makka mientras se cortaba el pelo o alguien lo había planeado así? Por extraño que pareciera, Jeebleh se sintió de pronto dispuesto a caer en cualquier trampa que le hubieran tendido con tal de ver a las niñas. Y, caso de creer a Faahiye y que realmente lo estuviera llevando ante Raasta, todos los riesgos merecían la pena.

La expresión acerada de Faahiye se suavizó al fijarse de cerca en el corte de pelo de Jeebleh: de repente rompió a reír con carcajadas incontenibles.

—¿Por qué llevas la mitad del pelo trasquilado y la otra mitad sin cortar? —dijo—. ¡No me extraña que tengas un aspecto tan desaliñado!

Ambos se relajaron. Jeebleh se echó a reír y paseó su mirada risueña por las nubes, que le parecieron tan alegres como él mismo en ese momento. Ancló la mente en la placentera idea de que Faahiye y él pertenecían al mismo bando.

—¿A quién hay que culpar: al amor, por haberse agriado, o al odio, por haber fructificado? —dijo Faahiye cuando echaron a andar de nuevo—. ¿Llevamos buena cuenta de los agravios del otro, nos arrojamos al cuello del prójimo, blandiendo los puñales?

Jeebleh se tejía una mortaja de deseos al tiempo que se palpaba el muslo, que aún le dolía, y el arma de fuego oculta. Miró a su derecha y vio un mundo en paz consigo mismo, donde las vacas se comportaban como lo hacen las vacas hambrientas, arrancando afanosas las matas de raíz y paciéndolas con deleite; miró a su izquierda y vio a un joven pastor que perseguía a una cabra. Dos vacas rumiaban cerca, levantaron la cabeza, mugieron y, mostrando escaso interés en él, siguieron rumiando. Jeebleh había tenido noticia de vacas y cabras que habían muerto por desenterrar una o dos granadas mientras pacían. Nada parecido sucedió a su paso y lo interpretó como un buen augurio.

Faahiye cruzó una calle donde había basura esparcida por todas partes. Siguiéndolo, pensó Jeebleh: todas las alianzas son pasajeras. Ni remotamente supo por qué le había asaltado ese pensamiento. Tal vez porque sabía que no había vuelta atrás, por lo menos hasta que sus propósitos se vieran coronados con el éxito o sus empeños acabaran en un fracaso o en la muerte, pero en ese momento, ¿Faahiye y él eran aliados? Imaginaba que no: su perseverancia temeraria, su visita a Caloosha y su insistencia en que éste lo ayudara a ponerse en contacto con Faahiye y la asistenta, así como la búsqueda de Raasta, habían dado por fin sus frutos. ¿Por qué había depositado una confianza pueril en Faahiye, a quien apenas conocía? ¿Sentía lástima por un hombre como él, capaz de hacer montar en cólera incluso a un ángel?

—¿Puedo preguntar cómo han llegado hasta aquí las niñas? —dijo Jeebleh.

—Por lo que me dijo Raasta —contestó Faahiye—, las recogieron en un coche de

lujo y las llevaron a una casa, donde pasaron varias semanas encerradas en un sótano.

—¿Tienen alguna idea de quién las recogió?

—Eso debes preguntárselo tú mismo a Raasta cuando la veas.

—Así lo haré.

Jeebleh oyó el mugido de una vaca llamando a uno de sus terneros. Había vacas por doquier, vacas que contagiaban su duelo, su pesar, lamentándose de la situación de peligro en que vivían, cuyos mugidos ponían los pelos de punta. En lo alto del cielo una luna apareció enmarcada por las nubes. Un curioso malestar descendió sobre Jeebleh al ver un joven ternero y una vaca disputándose una bolsa de plástico, entrechocando las cornamentas, hiriéndose ambas. El material resistente y traslúcido se rasgó al fin y el animal mayor le dio un mordisco, mientras el ternero se quedaba a un lado, desamparado y hambriento. Varias bolsas más volaron por el aire, arrastradas hasta que por último quedaban aplastadas contra una alambrada.

—¿Quién es el dueño de este lugar? —preguntó Jeebleh en un susurro.

—Ni yo lo sé todavía —contestó Faahiye entre dientes—. Recuerda, acabo de volver.

—¿Entonces quién te ha traído desde el aeropuerto?

Faahiye no respondió. Habían llegado a un portón, donde dio tres golpes rápidos y seguidos. La voz de una mujer en el interior de la casa les dijo que esperaran. A continuación salió Makka a abrir el portón; al ver a Jeebleh, echó a correr y desapareció de nuevo dentro de la casa, riendo.

Al entrar en la casa antes que ellos, Makka se escondió detrás de la puerta con aire juguetón y se asomó luego con el regocijo infantil de quien recibe a un padre alegre y dado a las carantoñas. Faahiye se abandonó a la diversión, tan risueño y cariñoso como la niña. Makka lo adoraba, saltaba a la vista. En lugar de preguntar dónde estaba Raasta, Jeebleh observó a Makka retozando con Faahiye. Cuando interrumpió sus juegos, exhausta, el sol se agolpó en sus ojos y la beatitud de sus rasgos cobró una luz aún más deliciosa.

La niña farfulló algo que hizo pensar a Jeebleh en el habla vulgar de un Marlon Brando interpretando su papel de siciliano con los carrillos rellenos de algodón. Faahiye sin duda entendió su pregunta, pues le respondió.

—¡Es el tío Jeebleh!

Ella lo observó con ojos recelosos y se mantuvo a distancia, mordiéndose las uñas. No fue corriendo a abrazarlo, tal como había esperado él que hiciera.

En lugar de eso se volvió a Faahiye y lo colmó de besos y abrazos, contenta de estrecharle la mano y jugar con sus dedos. Había un afecto dulce y tierno entre ambos, a pesar de que no intercambiaron más palabras. Makka esperaba con ansiedad a que Faahiye le devolviera las carantoñas, en tanto que el hombre deseaba atender debidamente a su huésped. Cuando besó a la niña en los dedos y las mejillas, su rostro se iluminó con el júbilo de las almas cándidas.

Makka miró a Jeebleh, como tratando de decidir si pertenecía o no al círculo de personas a las que ella prodigaba besos y abrazos. Dudaba sin saber qué hacer hasta que Faahiye la animó.

—¡Vamos!

La niña se acercó a Jeebleh sonriendo, con la mano extendida. A su manera se compadecía de él, ¿o acaso se disculpaba por haber tardado tanto en vencer su recelo? Se irguió cuan larga era y en un santiamén empezó a tocarlo, abrazándolo y besándolo en las dos mejillas, antes de dejarlo ir. Tal vez esperaba oír unas palabras de aprobación por parte de Faahiye y pareció ensombrecerse cuando ninguno de los dos hombres se movió ni dijo nada.

—¿Por qué aquí? —preguntó Jeebleh.

Sorprendió a ambos y quizá incluso a sí misma oír a Makka contestar. Se veía cuánto se esforzaba por hacerse entender, con la frente surcada por la concentración. Antes de hablar sorbió la saliva que le caía por el labio inferior con una sonora succión.

—¡No, aquí, aquí! —dijo.

Jeebleh no pidió una explicación, ni a la niña ni a Faahiye, pero recordó el sabio

dicho árabe según el cual de las bocas de los simples se reciben enseñanzas profundas.

—¡No, aquí, aquí! —repitió la niña varias veces. Y de nuevo se puso en pie, señalándose con el dedo y repitiendo «*Aniga, anigoo ah!*». Luego se acercó a Jeebleh, le tocó el pelo, primero la parte trasquilada, luego la parte sin cortar, y rompió en risitas excitadas. Murmuró algo que Faahiye interpretó para que Jeebleh lo entendiera.

—Dice que eres divertido y que le gustas.

Entonces el mundo se convirtió en una puerta y una niña de edad imprecisa entró por ella. ¿Qué impresión causó Raasta en Jeebleh la primera vez que la vio? En su cabeza se superpusieron dos imágenes contradictorias. Pensó en una carretera secundaria llena de baches, descuidada hasta el punto de que apenas se la transitaba, y por ello decididamente tranquila y al margen del tráfico de las horas punta. Pensó también en un tren de cercanías en la hora de máxima concurrencia en una gran ciudad, atestado de trabajadores que se disputan el espacio sin asientos del vagón en el que se han apiñado cuando se abren las puertas. Pudo ser que estuviera ya pensando en su viaje de vuelta a casa, ahora que había encontrado a las niñas.

El momento cobró importancia: las cosas no serían igual de ahí en adelante. Raasta se movía como pez en el agua. Se acercó a su padre con paso sereno, lo abrazó y luego lo besó. Cuando por fin llegó a donde estaba Jeebleh, éste no se levantó sino que se puso en cuclillas, medio arrodillado, y aguardó. No deseaba precipitarse, no era el momento de ser osado, estrecharla en sus brazos, levantarla y estamparle besos cálidos, afectuosos en las mejillas. Dejó que fuera ella quien tomara la iniciativa. Y la niña lo abrazó como se abraza a alguien querido, no porque lo conozcas sino porque has oído mencionar su nombre a menudo y con simpatía. Raasta sabía trazar los límites, desde luego.

—¡Me alegro mucho de conocerte, tío Jeebleh! —le dijo en un tono tan adulto como fue capaz de reunir bajo el nerviosismo del momento. Luego, al ver que Makka reía señalando el pelo de Jeebleh, Raasta se puso un dedo en los labios, sugiriéndole a Makka que dejara de portarse mal al tiempo que contenía también así su propia risa. Jeebleh se pasó la mano por la mitad del pelo sin cortar.

—¿Os gusta mi corte de pelo? —preguntó a las niñas.

Las dos asintieron entre risas ahogadas.

Y a continuación se hizo el silencio.

No podía negarse el hecho de que juntas y en aquella situación representaban la alegría misma, tal como atestiguaban sus semblantes luminosos, sus sonrisas auténticas y las palabras con que ambas estrechaban los lazos de su cariño. Había algo maleable en su unión, tan fácil de manipular y flexible como la masa en manos de un experto panadero. Raasta apartaba los ojos risueños cada vez que su mirada se posaba en el pelo de Jeebleh. Makka se acercó, lo tocó de nuevo y estuvo un buen rato riéndose.



—¿A quién o qué viste al venir hacia aquí? —preguntó Raasta de pronto a su padre.

—Vimos una vaca que masticaba una bolsa y se atragantaba.

La noticia inquietó a Raasta.

—¿Por qué haces esas cosas —le dijo en tono de reproche—, hablar de una vaca moribunda, cuando nos estamos esforzando por dar la bienvenida al tío Jeebleh?

—Lo siento, preciosa —se disculpó.

Y atrajo hacia sí a las dos niñas, abrazándolas y llenándolas de besos. Makka, aunque no estaba incómoda, se liberó del abrazo. Tomó la cara de Raasta entre las manos, una cara redonda como una luna recién nacida, y luego movió sus brazos como si fueran las manecillas de un reloj sobre la esfera, con un movimiento lento.

Faahiye esbozó una sonrisa dulce, tierna, mientras dedicaba a Makka sus monerías y la niña reía sin parar. Jeebleh seguía de pie fascinado, conmovido de verlos juntos y felices.

Jeebleh admiró la nobleza de la casa en los techos altos, el mobiliario exquisito, el suelo de la cocina alicatado, la grifería aún intacta, limpia y de factura impecable.

Al ver los platos fregados secándose en la cocina, aún goteando, los trapos limpios y colgando en su sitio, las flores frescas en el jarrón sobre la mesa de comedor, recordó la desolación de la vida de Shanta y se entristeció. Se preguntó si habría otro adulto compartiendo la casa con ellos tres, probablemente una mujer.

—¿Qué queréis que hagamos ahora? —dijo Faahiye.

Makka repetía algo una y otra vez. Finalmente Jeebleh entendió la palabra «¡Actuar!». Vio que Faahiye y Raasta se sentaban y esperaban a que empezase la actuación de Makka. Sin dejar de sonreír, Makka podía haber sido una de tantas niñas orgullosas de sus habilidades acrobáticas, luciéndose con lo que sabía hacer, proezas que, por lo que Jeebleh dedujo, habría visto en televisión. Cuando acabó y todos aplaudieron, Makka estaba loca de contento.

Minutos después, Jeebleh oyó los sonidos de un televisor en la planta de arriba. La memoria lo devolvió a la visita que hiciera a Caloosha y al rumor de una telenovela procedente de una habitación en el piso superior. Lógicamente no deseaba saber más de lo debido ni implicarse en asuntos que no lo concernían. Apartó la vista, violento, y su mirada evasiva se posó en un limonero que había en el jardín, espléndidamente comprometido en apresar en sus hojas los restos de sol.

—¡Lo sé todo sobre ti! —dijo Raasta.

Era para Makka lo que es una madre para un hijo y se dispuso a organizar un rincón de juegos donde Makka se mantuviera ocupada, del mismo modo que lo haría un progenitor que quiere hablar acerca de algo importante con gente de su edad. Colocó una caja de cuentas cerca de Makka, que llevaba un cordón del que pendía un solo abalorio azul, a modo de talismán. Makka empezó a ensartar cuentas, llena de

entusiasmo. Faahiye se desvaneció, al parecer para poner orden en la casa.

—He oído hablar mucho de ti, por el tío Bile, y has estado conmigo desde hace mucho, mucho tiempo, desde que nací. Ahora por fin sé qué cara tienes y eso me hace muy feliz.

Jeebleh no supo qué decir. Las cuestiones que se le agolpaban en la cabeza eran cada vez más difíciles de controlar, se atropellaban unas a otras, insistiendo todas en tener prioridad. El sonido de su propia respiración le hizo pensar en el cerrojo de una puerta al descorrerse. Se frotó el ojo, enjugándose. Por fin, habló.

—¡Yo en cambio sé muy poco de ti!

—Aún hay tiempo —dijo Raasta—. ¡Descuida!

La tensión le oprimía la respiración. Sintió de pronto la molestia del arma que llevaba encima y que lo oprimía aún más. No se atrevió a desprenderse de ella, por temor a que la niña la viera. ¿Quién sabía? Podría echar a correr y no querer verlo nunca más. No quería que eso ocurriera. Finalmente fue capaz de formular una pregunta.

—¿Cómo habéis estado?

—Estamos bien.

—¿Os dan de comer como es debido?

—Mejor de lo que comen muchos.

—¿Van mejor las cosas ahora? —preguntó tentativamente.

—Las cosas han mejorado en los dos últimos días.

—¿Porque papá ha vuelto?

—Ellos han sido más amables desde que ha vuelto papá.

—¿Quién son «ellos»?

Jeebleh sintió que la niña se replegaba instantáneamente.

—No estoy segura —dijo con la mirada clavada en el suelo, avergonzada.

—¿Quién es la persona que hay arriba?

—Una mujer —dijo.

—¿Una mujer?

—Cocina para nosotras, nos cuida. Lava nuestra ropa, nos hace la cama, limpia lo que ensuciamos. La encontramos aquí. Habla poco y hace lo que le pedimos.

—¿La echarás de menos?

—No —dijo Raasta—. Echo de menos al tío Bile, echo de menos a mi madre, echo de menos al tío Seamus.

Era una cría formidable, capaz de atraer si así lo quería a cualquiera hasta su mundo de consuelo, aun a sabiendas de que era un error. Jeebleh había caído en el hechizo inmediatamente porque, pensó, la niña estaba acostumbrada a que la quisieran, a que confiaran en ella y la obedecieran. Mirándola de nuevo e imaginando las terribles experiencias por las que había pasado, por no hablar de las incertidumbres con las que habría vivido su cautiverio, a Jeebleh lo impresionó la perseverancia de la niña, un porte tan noble en alguien tan joven. Llevaba la ropa

prácticamente hecha harapos, al igual que Makka. Era de suponer que a Raasta se le había quedado pequeña y, a pesar de todo, parecía indiferente a los andrajos, como un pato que se moja en una tormenta tropical.

Se sumió en sus pensamientos, un espacio privado al que Jeebleh no estaba en condiciones de acceder. Jeebleh imaginó que Raasta era fuerte del mismo modo en que lo es una tortuga que se protege recogiendo la cabeza y las piernas bajo la dureza del caparazón. ¿Reflexionaba acerca de las tribulaciones que la acosaban? No sería prudente presionarla, tratar de hacerla hablar. Debía darle tiempo para que el trauma de que la hubieran tomado como rehén fuera desvaneciéndose. Dejaría que encontrase la paz en su silencio, si era eso lo que precisaba.

—Todo irá bien —le dijo.

—Empiezo a pensar lo mismo —añadió ella, con determinación pero ausente, mientras los ojos se le anegaban en lágrimas.

Igual que todas las personas excepcionales, sin importar cuál sea su edad o su temperamento, estaba tan dispuesta a mostrar su fortaleza y perseverancia como de buena gana dejaba ver sus puntos débiles. Y por esa razón, cuando lloraba, lo hacía con la misma discreción e inexpresividad con que llora una madre en presencia de su hijo. Este comportamiento adulto causó una honda impresión en Jeebleh.

—¿Nos vamos? —dijo.

—¿Adónde?

—A casa.

Jeebleh no supo qué respuesta darle. No estaba seguro de si Faahiye tenía instrucciones de última hora sobre lo que podía o no podía hacer y desconocía asimismo qué suerte correrían si trataban de irse de allí. Tampoco tenía idea de con quién trataba Faahiye, si las comunicaciones se hacían por teléfono móvil, con cuentagotas y los datos estrictamente necesarios, o tenían lugar en persona, de mano del cabecilla de la conspiración.

—Vamos a preguntárselo a tu papá —sugirió.

—Vamos —dijo la niña, y se disponía a llamar a su padre para saber si podían volver a casa con su madre, el tío Bile y el tío Seamus, cuando se oyó un jaleo en el exterior de la vivienda.

Fue la clase de ruido que hubiese provocado un asno en celo persiguiendo a la hembra en un callejón pedregoso. A Jeebleh se le antojó similar al barullo que en su recuerdo armaban los jóvenes italianos con sus motocicletas por las calles de Padua a la hora de la siesta. ¿Cómo reaccionaron las dos niñas? Raasta, compasiva, fue al rincón donde jugaba Makka para consolarla con su abrazo y asegurarle que todo iría bien, que no se preocupara. Cuando Faahiye preguntó qué demonios ocurría, Jeebleh, por estar en posesión de un arma de fuego, se ofreció a ir a averiguarlo. Se parapetó detrás de una ventana, revólver en mano, dispuesto a utilizarlo.

Faahiye se quedó atrás, con las niñas.

Mirando las escaleras que llevaban al segundo piso, Jeebleh oyó que acababan de

apagar el televisor. Tentado estuvo de preguntar quién había allí arriba, pero decidió en cambio emplear la energía de que disponía en descubrir la causa del alboroto, que no daba indicio alguno de cesar.

Sin embargo, lo alivió ver quién era el causante del ruido: Qasiir, armado y con un sombrero de vaquero calado en la cabeza, iba montado en un coche con tres de sus compañeros, dos de ellos armados también, el otro al volante. El coche era un Ford de coleccionista, una antigualla que probablemente habría abandonado un estadounidense o un europeo trasladado temporalmente a la ONUSOM<sup>[2]</sup>. Atadas al parachoques trasero, había varias latas vacías ensartadas que arrastraban por el suelo. Tan pronto Qasiir vio a Jeebleh, que había salido al porche y lo saludaba con la mano, el coche se detuvo, a la par que el espantoso ruido.

—Sólo somos mis amigos y yo —dijo Qasiir—. Nos estamos divirtiendo un poco, aunque a lo mejor no tanto como tú. ¡Mira el corte de pelo que llevas! ¿Estás bien? ¿Cómo están las niñas?

Una vez más, Clint Eastwood acudía al rescate.

—Qué joven tan encantador —dijo Jeebleh a Faahiye, que se había reunido con él.

Guardó el arma, sonriendo, y advirtió el sudor rancio que manchaba las sobaqueras de la camisa oscura de Faahiye. En el rostro de Jeebleh se dibujaba una expresión de alivio.

Esperó a que Qasiir y sus amigos salieran del coche antes de preguntar cómo los habían seguido hasta la casa. Qasiir y otro de los jóvenes estaban entretenidos desatando la sarta de latas del parachoques cuando aparecieron otros dos vehículos. Jeebleh imaginó que Faahiye y él ahora sí estaban en apuros: llegaba el cabecilla de la conspiración para poner fin a la insurgencia, no les permitirían marcharse con las niñas. Sintió que lo abandonaba toda esperanza, hasta que intervino Qasiir.

—No te preocupes. Sólo es el abuelo, que viene a cubrirnos.

En el primer coche viajaban Dajaal y un conductor. En el segundo vehículo, un carro de combate, había siete u ocho jóvenes con metralletas y lanzamisiles. Kaahin iba erguido al frente, junto al joven que manejaba el volante. Dajaal y Kaahin salieron de los respectivos vehículos y permanecieron donde estaban, listos para lidiar con cualquier problema que se presentase en la carretera.

En el guión de Jeebleh no había lugar para la lucha, sólo cabía una paz sin armas. Así pues, se acercó a Dajaal, le devolvió el revólver y en un susurro le dio las gracias. A continuación se sumió en la confusión, de acuerdo con el guión que había previsto y, sin prestar atención a los comentarios jocosos sobre su moderno corte de pelo, acompañó a Raasta y Makka a ambos lados del vehículo recalentado y, por último, montó él.

Avanzaron en caravana, el coche que llevaba a Jeebleh y las niñas salvaguardado entre el carro de combate, donde ahora viajaba Dajaal, y el Ford. Sólo cuando llegaron a El Refugio se dio cuenta Jeebleh de que Faahiye no los había acompañado.

Se preguntó por qué.

Sin embargo, ese hecho no impidió que se sintiera orgulloso de lo que juntos habían logrado, recuperar a las niñas sin necesidad de desencadenar un tiroteo. Todo se aclararía cuando Raasta, una vez saliera del trauma vivido, recobrarla la serenidad necesaria para contar su historia.

# Cuarta parte

Así descendimos por el lado de la derecha.

(Canto XVII)

**Dante, *Infierno***

La historia de cómo Dajaal y los demás habían seguido la pista de Jeebleh hasta la casa donde se había encontrado con las niñas resultó mucho menos complicada que relatar los acontecimientos que desembocaron en el cautiverio de las niñas. Después de la cena, cuando Makka dormía ya en El Refugio, Raasta demostró ser más fuerte de lo que nadie había imaginado. Tuvo la presencia de ánimo necesaria para hablar de sus terribles experiencias. A pesar de que no siempre seguía el hilo de lo que se decía, Seamus se quedó a escuchar, satisfecho con los resúmenes que le iban haciendo, pero lamentando que a raíz de aquel trauma Raasta hubiese olvidado construir una sola frase en inglés.

Su historia no coincidía con la versión que había circulado en un punto fundamental: las características del coche en que se las habían llevado. Raasta lo describió como un turismo negro, no más elegante que el sedán del tío Bile. En el interior había cuatro hombres con gafas de sol. Cuando la metieron con un empujón por la espalda, vio que Makka yacía en el suelo de la parte trasera, sin mover un solo músculo. El coche viajaba a una velocidad aterradora, precedido por un carro de combate destartado. Cuando Raasta opuso resistencia, un hombre musculoso la sujetó para impedir que gritara y le inyectó una solución traslúcida con una jeringuilla hipodérmica que le hizo perder el conocimiento.

Volvió en sí entrado el día, en una habitación oscura provista de tupidas cortinas. Habían cegado las ventanas con tablones y la única luz procedía de una bombilla desnuda que había en el pasillo. Había gente en la casa, alrededor de una docena de hombres y mujeres que se pasaban el día hablando, sentados en el suelo alfombrado de una habitación contigua, mascando *qaat* y viendo la televisión por satélite, a veces en árabe, a veces en lenguas que Raasta no acertó a identificar. Las niñas dormían en colchones tirados en el suelo enlosado y el frío les calaba los huesos, pero la comida no era mala.

De vez en cuando les permitían darse algún que otro gusto especial: frutas frescas traídas de otros lugares, como manzanas y grandes uvas blancas de una variedad que no crecía en aquella región; tomates *cherry*, porque a Raasta le encantaban; montones de dulces, que imploraba Makka; muñecos ninja, pues ambas echaban de menos los suyos. En cambio, sólo una vez les dieron una muda de ropa limpia y, además, fue en los primeros días de su cautiverio. Los caprichos coincidían con las visitas ocasionales del hombre gordo.

Nunca les mostró el rostro, pero Raasta llegó a la conclusión de que era el cabecilla del séquito que las visitaba. Pasaba con sus andares de pato por delante de su habitación, indefectiblemente rodeado de guardaespaldas. ¿Lo reconocería si lo

veía? No sería capaz de reconocerlo en una rueda de identificación, pero podría reconocer su voz, que, dijo Raasta, chorreaba de su boca como la grasa que no se digiere.

¿Qué había de su padre? ¿Cuándo lo vio por primera vez, dónde y con quién? No había visto a su padre hasta que lo llevaron a su presencia. Parecía desolado, sumamente frágil, los ojos inyectados en sangre como si hubiese llorado. Tenía bultos en la frente, probablemente causados por golpes. ¿Qué dijo Faahiye cuando se reencontraron? Sollozaba sin cesar, con la nariz goteante e incapaz de decir gran cosa, parecía desamparado. Pero en la segunda visita lloró menos. A Raasta le dio la impresión de que lo habían llevado hasta allí con los ojos vendados, porque del cuello le colgaba una mascarilla como las que el tío Bile utilizaba cuando atendía a los pacientes muy enfermos.

En un momento en que Shanta salió de la habitación, probablemente a llorar a sus anchas en el cuarto de baño, preguntó Jeebleh si Raasta podía contar algo más de la mujer que estaba en la planta de arriba. Raasta pareció desconcertada, no entendió la pregunta. Así que Jeebleh preguntó si sabía por qué su padre se había quedado en la casa. Ella suponía que no le permitían unirse a ellas, pero era todo lo que podía decir.

Cuando volvió su madre, Raasta la tomó de la mano y, tras desear a todos las buenas noches, la llevó como un progenitor llevaría a un niño, diciéndole: «Vamos a la cama. No te preocupes por nada, todo irá bien. Ya lo verás». Fue Raasta quien decidió que su madre y ella dormirían en la habitación de Bile.

Antes de darse las buenas noches, Seamus le pidió a Jeebleh que lo tuviera al tanto de cualquier novedad en relación con el asunto.

—Vamos a partir la crisma a toda esa chusma, por lo que le han hecho a nuestra Raasta —añadió.

Después Jeebleh le contó a Bile que a Dajaal se le había ocurrido encomendar a Qasiir la tarea de seguirle tras visitar la tumba de su madre y que Kaahin había organizado un equipo a bordo de un carro de combate. No estaba seguro de que Kaahin hubiera cambiado de bando definitivamente, pero por Dajaal sabía que estaba dispuesto a colaborar para deshacerse de la gentuza que operaba en el cártel de Caloosha y Af-Laawe.

No era que Jeebleh y Bile estuvieran de acuerdo o en desacuerdo sobre cómo ocuparse de Caloosha y Af-Laawe, pero aun así su conversación hizo aflorar la incompatibilidad de sus intenciones, pues ninguno de los dos fue capaz de articular sus diferencias y ambos temían enfrentar los aspectos más desagradables de sí mismos que aquella cuestión dejaba al descubierto. Jeebleh estaba nervioso, vivía minuto a minuto, al igual que sucediera después de que asesinaran a aquel joven en su habitación del hotel. Bile admitió que no sabía cómo enmendar un error que había traído a sus vidas tanto sufrimiento: matar a X o Y no ayudaría de manera



significativa, como tampoco solucionaría los problemas del país.

Cuando preguntó Jeebleh si había tenido noticias del técnico del laboratorio, Bile sólo le dijo que Jeebleh debería hacerse pruebas cuando volviera a Estados Unidos. Al insistirle, contestó con evasivas y se levantó, dispuesto a despedirse sin muchas ceremonias hasta el día siguiente.

—Deja todo en mis manos —dijo por último—. Sé lo que hay que hacer ahora.

Jeebleh no supo con certeza qué quiso decir Bile, si se refería a las pruebas del laboratorio o se refería a Caloosha, Af-Laawe y el cártel. Una hora después Jeebleh seguía despierto, tratando de dilucidar qué era cada cosa o quién había hecho qué, cuando Raasta entró en el salón. Al principio pensó que iba sonámbula, porque se frotó los ojos y murmuró confusamente que quería contarle su historia. Jeebleh le ofreció tomar chocolate caliente y fue a preparárselo. La niña se sentó en un rincón y, después de que Jeebleh volviera de prepararse un *espresso*, Raasta hizo ademán de hablar pero no dijo nada. Poco después, Bile, sumido también en el sopor de quien camina dormido, se unió a ellos y Raasta se levantó y salió de la habitación con el chocolate caliente, sin decir una sola palabra.

A solas, Bile y Jeebleh hablaron en voz queda, por no molestar a los demás ocupantes de la vivienda. Contra su costumbre, Bile estuvo muy locuaz, tal vez por lo avanzado de la hora o porque creía deber a Jeebleh una disculpa por la marcha intempestiva de Raasta.

—Hasta el fin de mis días —dijo—, recordaré siempre con total nitidez el día en que Raasta nació.

—¿Y eso por qué?

—Supe inmediatamente que era única —dijo Bile—. Percibía su singularidad siempre que la tocaba y, en los demás, siempre que la miraban. Hay algo especial en la dulzura del recuerdo cuando vuelvo a recordar la escena. Pienso en una hilera de hormigas que tienen que compartir unos granos de azúcar.

Bile explicó que durante un tiempo, después del nacimiento de Raasta, se propuso reunir toda la información posible de otros países y tuvo noticia de otros niños «especiales», nacidos en sociedades escindidas por conflictos internos. Calificados en periódicos, revistas y crónicas radiofónicas como «milagros», estos niños aparecían con intervalos acompasados en zonas donde las guerras intestinas estaban a la orden del día. Nacían de padres que nada sospechaban de sus dones, en lugares tan dispares como Senegal, Cachemira, Tanzania, Somalia, Bosnia, Colombia, Perú, Palestina o en las regiones montañosas de Uganda, cerca de donde linda con Ruanda y el Congo.

Bile parecía un padre que alaba orgulloso a su hijo. Jeebleh escuchó a Bile con atención mientras describía la excepcionalidad de Raasta y señalaba que, a diferencia de los demás, su sobrina tuvo unos comienzos «seculares», nada que guardara relación con el fervor religioso.

Pidió Jeebleh a su amigo que nombrara a otro de esos niños «milagrosos». Bile entrecerró los ojos hasta que tuvieron el tamaño de una hormiga y habló.

—Puedo nombrar a un niño con esas características, por supuesto. Un chico de Tanzania, Sherifu, que según se dice salió del vientre de su madre entonando un cántico, «No hay más dios que Alá».

—¿Una especie de nuevo mesías?

—Ciertos eruditos islámicos le han dado categoría angelical y lo han recibido con la pompa y ceremonia que merece un dignatario en varios países africanos, especialmente en Senegal, donde se reunieron multitudes para oírlo cantar el Corán. Tres jefes de Estado africanos le han recibido, nada menos que Gadafi en Libia, Kabila en el Congo e Idriss Deby en el Chad. También se entrevistó con el líder estadounidense de la Nación del Islam, Louis Farrakhan. Multitudes extáticas lo llevan a hombros en un trono bañado con pan de oro, cantando los nombres de Alá, a la par que él recita el Corán. Las mujeres se desvanecen y pierden el conocimiento, los hombres se pelean unos con otros por estar cerca de él.

—Ahora bien, ¿por qué necesitamos a un Sherifu o a una Raasta?

—Porque la gente está perdida y espera hallar el camino a Alá o a la paz de espíritu a través de un intermediario —dijo Bile—. De hecho, se ha dicho que Sherifu es un instrumento de la divinidad, porque podía recitar el Corán a la tierna edad de tres años. En Raasta ven un símbolo de la paz, por lo que representa para la gente de ahí abajo. Además, el hecho de que Sherifu se desenvuelva con fluidez en varias lenguas, a pesar de no haber ido a la escuela, se ve como algo milagroso, pues habla árabe, francés y un puñado de lenguas africanas de lugares donde nunca ha estado.

—¿Y qué hay de Raasta?

—Igual que en el caso de Sherifu —dijo Bile—, la versatilidad de Raasta es excepcional y capta las lenguas con una rapidez pasmosa. Más aún, crea eslabones entre las palabras y su significado, para luego formar con ellos cadenas a su antojo.

—Cuéntame más —dijo Jeebleh.

—Me acuerdo del día en que Seamus le preguntó cómo estaba y ella contestó que se sentía tan asustada como la hoja de un árbol que procura esconderse por temor a que alguien la arranque a su paso. Otro día, después de una de las riñas de sus padres, se comparó con un diente cariado desde la raíz, sin encía que lo sujetase.

Bile habló de otra ocasión en la que Raasta, que aún no había cumplido tres años, explicó por qué le había elegido a él como padre putativo. Lo hizo, dijo, «porque al tío y a mí nos une el hilo transparente de una tela de araña, visible tan sólo cuando los rayos del sol inciden a contraluz».

—En comparación con Sherifu, que recitaba versos cuando apenas era un niño de pañales, ¿qué era capaz de hacer Raasta a esa edad? —preguntó Jeebleh.

—Con dos años Raasta hablaba de cosas que había aprendido durante su etapa de gestación, cuando estaba en el útero materno, y también hablaba del modo en que se conectaba con el resto del mundo a través del leve latido de su pequeño corazón. Se

desarrolló con rapidez en el seno de la imaginación de su madre, decía, y cuando vino al mundo ya había madurado plenamente.

Jeebleh recordó a Bile hablando largo y tendido del día en que nació Raasta y de hasta qué punto se había complicado la situación desde el momento en que apareció y asistió el parto.

—¿Dirías que Raasta es consciente de sus cualidades especiales? —preguntó.

—Raasta recuerda la conducta impropia de su madre, alzando las manos al cielo en su desesperación. Recuerda haberle oído decir cosas terribles acerca de Faahiye y a sus padres discutiendo encarnizadamente, tanto en privado como en público. Dice que sus padres se comportan como si no tuvieran la menor idea de que cada nacimiento aúlla por necesidad propia y acarrea el peso de las historias de sus antecesores.

Jeebleh deseó haber visto entonces a aquella criatura, nacida con la cabeza cubierta de rizos negros como el azabache. Pensó en la vida que bullía en ella, en lo hermosa que era y en la serenidad que uno sentía al abrazarla. Imaginó su grito como el graznido de un cuervo alborotado.

—Y es dada a las preguntas retóricas, ¿verdad? —dijo.

—Quiere saber si un árbol completamente carcomido puede dar un fruto sano que merezca ser cogido.

—La gente habla de ella como «la Protegida». ¿Qué significa eso?

—No sé si de veras está protegida —dijo Bile—, pues lo cierto es que nunca la he visto ante un peligro inminente. Ahora bien, tampoco he visto nunca que sufriera daño. Sé que la gente cree que cerca de ella cualquiera está a salvo de los males de la guerra civil.

—¿Y que por eso es una criatura milagrosa?

—Ven en ella un símbolo de paz, así es.

Jeebleh se despertó tras un breve sueño con el suave correteo de unos piecitos de un lado a otro de la habitación. Estaba mucho más amodorrado de lo que necesario para sentirse bien y luchó por no dar importancia a su estado de extenuación o de sopor.

Mientras se frotaba torpemente los ojos y tomaba de pronto conciencia de que su corte de pelo seguía inacabado, deseó que su semblante reflejase de inmediato el placer que fue ver a Raasta de pie a su lado. Salió de la cama con dificultad y se disculpó: él habría preferido que no lo encontrara durmiendo o sumido en la fatiga. Vestida y dispuesta a encarar el nuevo día, la niña aguardaba con elegante compostura. Había nobleza en su porte, parecía preparada para ser testigo de un suceso de naturaleza extraordinaria.

Ahí estaba la clave: a pesar de su tierna edad, el rostro de Raasta era tan antiguo como las raíces de un baobab y aun así parecía joven y era un goce contemplarlo y adorarlo. Jeebleh se dio cuenta de que la chiquilla adoptaba la actitud con que se comportaba de cara al público y se dispuso a escuchar lo que había venido a decirle. Se aclaró la garganta y se tomó el tiempo de hacerse con el control de sí mismo antes de hablar.

—¿Cómo van las cosas del mundo esta mañana?

—Dajaal quiere hablar contigo —dijo y, viendo su desaliñado aspecto, sonrió tímidamente.

A la mención del nombre de Dajaal, varias preocupaciones latentes de los últimos días afloraron en la conciencia de Jeebleh. ¿Acaso la muerte, que acechaba de cerca todos sus movimientos, habría visitado a alguien? Y, en tal caso, ¿a quién?

—¿Dónde está? —preguntó.

Jeebleh alcanzó a ver cómo Raasta se retraía hacia su mundo privado, donde se comportaba como la niña que era. Pero salvo por esos deslices ocasionales, Jeebleh pensó que Raasta podía ofrecer las mejores clases de su arte a los actores más profesionales. Cumplía plenamente con el papel que se le había asignado. Permanecía inmóvil, cual una bailarina a la espera de que empiece su música.

—Ha dicho que debías encontrarte con él en el hospital —contestó— y, de allí, te llevará junto con el albañil al cementerio.

Jeebleh advirtió, por la modulación de la voz, que el mensaje tenía una segunda parte, más seria, y esperó, aliviado de que esta vez la niña no pareciera sumirse de nuevo en su universo interior infantil.

—¿Hay algo que todavía no me hayas dicho?

Se apartó ágilmente de él. Pareció temer que estallara en su interior lo que aún no

le había dicho. La mente errante de Jeebleh lo llevó hasta la infancia, a una leyenda popular árabe sobre un hombre que está a punto de morir asesinado. La víctima pide a su asesino que le prometa que, después de darle muerte, visitará su aldea y recitará a sus hijos huérfanos media estrofa de un poema que él mismo ha compuesto. Los hijos entienden el mensaje en clave de su padre y el asesino es apresado.

Raasta levantó la mirada, tal vez con la pregunta resonándole en la cabeza, como ocurre con los insultos. Habló al fin, con palabras cuidadosa y apropiadamente escogidas.

—Dajaal me pidió que te dijera que lo que tenía que hacerse está hecho.

A pesar de que Jeebleh entendió lo que significaban las palabras, no supo con exactitud qué se le había hecho a quién. No le cupo duda, sin embargo, de que Dajaal había llenado de contenido aquel brevísimo mensaje y que por esa razón los dos debían encontrarse y hablar antes de saber con alguna certeza lo que había sucedido. Aun así, estuvo seguro de una cosa: la noticia no era de las que se comparten con una chiquilla tan nerviosa como para desabrocharse las sandalias y hundir los dedos de un pie en el talón del otro. Solícito, preguntó a Raasta si estaba bien.

—Has traído un mensaje muy importante —dijo Jeebleh cuando la niña asintió, en un tono que dejaba entrever que estaba deseosa de encarar el resto del día—, te lo agradezco mucho.

—¿Quieres que te acompañe a la clínica, donde están el tío Bile y el tío Seamus y donde también debes encontrarte con Dajaal? —preguntó Raasta.

—Sí —dijo—, pero después de una ducha. En unos minutos me reuniré contigo.

Fiel a su palabra, se dio una ducha rápida y se las arregló también para afeitarse y arreglarse el pelo a medio cortar. Cuando salió del cuarto de baño, la niña lo miró y sonrió, aunque no dijo nada. Lo condujo hasta la clínica, sin hablar, escogiendo atajos, con la mano en la suya en todo momento.

Tomados aún de la mano, Jeebleh y Raasta entraron en el cubículo donde Bile pasaba consulta. Podrían haber sido enamorados dando un paseo. No se molestaron en tocar a la puerta y el pobre Bile se llevó un buen susto al verlos. Jeebleh se preguntó por qué le habría violentado tanto que lo vieran tomando unas pastillas, similares a las que había tomado la noche anterior. ¿Para qué eran aquellas tabletas? ¿Eran para sus depresiones o para alguna otra dolencia?

Bile miró a Jeebleh a los ojos, luego a Raasta, pero no dijo nada. Se tapó la boca con una mano y al cabo se la llevó al pecho, como si comprobara si tenía el corazón donde imaginaba y seguía funcionándole. Era evidente que se había quedado sin palabras. Suspirando y todavía atónito, se sentó con la cara lívida y el cuerpo como sin vida.

Raasta paseó la mirada de Bile a Jeebleh, perpleja, aunque tampoco ella logró expresar su confusión, porque nuevamente le faltaron las palabras. En su cara se leía

que era consciente de que había ocurrido algo terrible, pero no sabía qué. Parecía percibir asimismo que la inquietud, antes por parte de Jeebleh y ahora por parte de Bile, era distinta de la incomodidad que se advertía en sus padres cuando discutían. Ahora se trataba de un asunto mucho más serio, así que sería mejor no hacer comentarios inoportunos ni preguntas infantiles.

Bile le hizo una seña para que se acercara. La estudió a escasa distancia, como si la mirara con detenimiento por primera vez en años, y luego la abrazó con fuerza hasta casi hacerle daño. Jeebleh, sin querer quedarse al margen, se unió a ellos en el abrazo: Raasta al borde del llanto, Bile a punto de hablar pero sin poder articular palabra y Jeebleh en actitud indecisa.

Jeebleh se apartó un paso y, al preguntarse a qué podía deberse el disgusto de Bile, sus pensamientos derivaron hacia la culpabilidad. Se inclinó contra una pared, escuchando apesadumbrado las palabras que Bile murmuraba suavemente a Raasta, que sollozaba. Jeebleh advirtió la presencia de una cuarta persona en el cubículo, una niña. Sin pensarlo habló a la chiquilla enferma, que llevaba el pecho descubierto: se le marcaban las costillas, tenía la mandíbula prominente y en los ojos sin lavar llevaba la marca del sueño.

—¿Cuál es tu nombre, jovencita? —dijo.

Bile movía la cabeza de atrás hacia delante como lo haría un sufí en actitud de veneración. Raasta, que ya no lloraba, se secaba la cara con el dorso de la mano. Se percató de la niña enferma e hizo cuanto pudo por hacerla feliz: estrechó en su mano los huesudos dedos y los besó uno por uno. Continuó besándolos hasta traer una sonrisa a los labios de la cría y aquél fue un gesto alentador.

Poco a poco cambió el estado de ánimo dentro del cubículo y el espacio, con el tubo fluorescente y el generador zumbante, pareció hacerse más grande y luminoso. Jeebleh se maravilló al ver que una sonrisa aparecía en los labios de Bile. La mirada distante de su amigo lo preocupaba, pero ningún provecho sacaría planteándole demasiadas preguntas de golpe, porque tal vez se cerniera sobre él de nuevo aquel ánimo sombrío. Era posible que los años transcurridos en aislamiento, junto con la agitación reciente, empezaran a hacer mella en el equilibrio mental de Bile y una honda depresión estuviera descendiendo sobre él con la cautela de un búho en un poblado iluminado.

Incapaz de soportar la idea de ver a su amigo en ese estado, se dispuso a dejar el cubículo e ir en busca de Dajaal o Shanta, con la esperanza de que uno de los dos conociera la causa de la turbación de Bile. Cerró la puerta con la misma delicadeza que uno pondría al abandonar el cuarto de un niño enfermo y una imagen se le grabó en la mente: tres cabezas unidas en un abrazo, como las de tres potros que beben uno al lado del otro en el mismo abrevadero.

Raasta habló dulcemente al tío Bile mientras duró su delirio, le besó la frente

ofuscada por el dolor que trataba de colarse en él a toda costa, le habló como una madre hablaría a un niño que no quiere comer. Había hecho lo mismo otras veces, ayudándolo a superar los peores ataques de pánico, ayudándolo a que su infierno desembocara en la calma y a emerger de él con apenas recuerdos del trance por el que había pasado: Bile era capaz de hallar refugio en la amnesia. Con los ojos empañados, la mente envuelta en la bruma que él mismo fabricaba, el pensamiento acosado por la reacción tardía de quien sufre los efectos de la culpa.

—¡Mira lo que me han hecho hacer! —repetía una y otra vez.

Al cabo de un rato, Bile se había librado de sus demonios y sus manos recuperaron la firmeza propia de las manos de un médico. Raasta quería preguntarle por la niña enferma, quien trataba de ponerse en pie pero no podía mantenerse erguida, pues las rodillas le temblaban hasta que el peso las vencía. Bile pidió a Raasta que adivinara la edad de la chiquilla.

Antes de que tuviera tiempo para pensar, Makka se reunió con ellos. Agarró uno de los dedos de la niña enferma y se lo llevó a los labios, recostando la cabeza en el frágil pecho de la criatura, abrazándola por un solo lado. La niña enferma tomó el dedo de Raasta, no el de Makka, y clavó en ella unas pupilas que, lejos de ser oscuras, casi parecían claras.

—¿Cinco? —dedujo Raasta.

—No, cinco no —dijo Bile. Sonaba como de costumbre, cordial, simpático. Cuando menos su voz era normal, ya que no su postura: estaba inclinado hacia un lado, como una casa que va a desmoronarse.

Raasta observó de nuevo a la niña con una mirada nueva y de pronto vio la cara de una persona mucho mayor, sin musculatura, consumida. La piel flácida, arrugada, se le quedaría a uno en los dedos si tirase de ella. Y tenía la tripa hinchada. Raasta no recordaba cómo había nombrado su tío el problema de la niña, una palabreja que le sonó a nombre de helado italiano o de comida china para llevar. Y qué ojos tenía, grandes como cebollas sanas crecidas en tierra fértil, de esas que al cortarlas hacen llorar a mares. Los ojos de la niña eran la parte más activa de su cuerpo, se movían sin cesar, conscientes y atentos a los cambios que se produjeran a su alrededor. Al parecer, salvo por el de los ojos, cualquier movimiento corporal la dejaba exhausta y sin aliento.

Raasta, Bile y Makka permanecieron de pie en silencio, unidos en un corro. Raasta vio que los ojos de su tío se llenaban de lágrimas y eso minó su propia confianza: creía haber hecho frente a la desazón que lo carcomía, creía haber ayudado a vencerlo con sus palabras, liberándolo de sus cuitas. Estaba acostumbrada a que su madre saliera de una habitación atropelladamente para encerrarse en cuartos de baño o dormitorios a llorar a lágrima viva. Podría haber pensado que Bile se compadecía de la chiquilla enferma, una criatura sin futuro en la tierra del dolor colectivo, pero

supo que no era así.

La puerta del cubículo se abrió de repente. Era Seamus, pero no hizo la entrada encantadora de siempre sino que se quedó en el umbral, inmóvil. Raasta no entendía por qué miraba al tío Bile con el aire furibundo de un progenitor que fulmina con los ojos a un hijo que se comporta mal en público. ¿Era posible que simplemente estuviera estudiando la reacción de su tío? Parecía querer decir algo, pero se comportaba con cortesía, quizá a la espera del momento oportuno. Su expresión desbordaba tanta lástima que el rostro atraía como una luna llena.

Llegó Shanta, que pasó junto a Seamus al entrar en la consulta y trajo consigo un malestar mucho mayor del que antes había. Los silencios se alargaron como las sombras del crepúsculo y un rumor sordo se apoderó de la habitación. Raasta, deseando calmar la tensión, se acercó a abrazar a su madre.

—¡El tío no se encontraba bien! —las palabras de Shanta se diluyeron en un gemido.

Raasta observó a Bile, que ahora parecía estar perfectamente, y pensó para sí: ¿De qué demonios está hablando?

Se acercó a ella y le dio un abrazo más dulce, en el que metió sus penas igual que se mete el dobladillo de una falda demasiado larga. Habló a su madre, luego a Makka y luego a la niña enferma, sin excluir por ello al resto de los presentes. Hizo señas a todos para que se unieran en un abrazo, pero cuando buscó con la mirada al tío Bile y al tío Seamus, no los halló y no supo cuándo o dónde se habían ido. Inquieta, estrechó más cerca de sí a la chiquilla enferma, como si bajarán juntas por un tobogán, más y más rápido, hasta que pareció que el corazón les saldría por la boca. A Raasta le asustaban un poco los toboganes. Shanta rara vez daba voluntariamente abrazos en los que se abarcaran tantas emociones.

Raasta buscó entonces el modo de cerrar el paréntesis que había abierto su madre al mencionar que el tío no se encontraba bien.

—A mí me ha parecido que el tío Bile estaba bien —dijo—. Dime, ¿qué crees que le pasa?

—¡Es una larga historia, cielo mío! —dijo Shanta.

Raasta supo que no conseguiría oír esa historia, pero no importaba, pensó, porque en conjunto había vivido una vida maravillosa, en comparación con la de otros niños: ella se había divertido y había estado al cuidado de gente maravillosa, a la que adoraba. Sabía que pedir más sería codicia. Al fin y al cabo, nada bueno se sacaba de pedir cosas imposibles de alcanzar. No serviría de nada pedirle al tío Jeebleh que se quedara en Mogadiscio, pues tenía una familia en Nueva York y un trabajo al que volver. Aunque lo había visto por primera vez el día anterior, lo quería mucho por lo valiente que era.

Raasta sintió que tenía un público atento en su madre, Makka y la niña enferma, pues las tres esperaban ansiosamente a que hablara. Desde su vuelta a casa, sin embargo, había estado debatiéndose para encontrar su propia lengua: era curioso,



pero últimamente las palabras parecían esquivarla, como si las hubiera traicionado o abusado de ellas; no brincaban ya alegremente hasta su lengua, como antes, cuando hablaba sin esfuerzo y las manejaba a su antojo. Miró a su alrededor avergonzada y vio que Shanta la observaba con más detenimiento, preguntándose tal vez si las experiencias pasadas la habrían condenado al silencio.

Hizo falta mucho tiempo, mucha paciencia y muchas más preguntas para que madre e hija intercambiaran las palabras adecuadas y aclararan al fin lo que Raasta quería expresar.

—Nunca me sentaré en el regazo de ese hombre, jamás, ni le daré un abrazo ni un beso.

Y sí, sabía las cosas terribles que ese hombre había hecho al tío Bile y al tío Jeebleh hacía décadas, sabía que sus manos estaban manchadas de sangre. Tanta sangre que no volvería a tenerlas limpias nunca, aunque rezase cincuenta veces al día el resto de su vida.

El problema es que Raasta no podía convencerse de usar la palabra «odio» para describir lo que sentía. Sencillamente, su lengua era incapaz de articular la palabra, aunque por primera vez en su joven vida sintió que odiaba a alguien, a Caloosha, a quien no volvería a llamar «tío» nunca más, por lo malvado que había sido. Además, creía que tenía a su padre prisionero. Y estaba segura de que también él había ordenado su secuestro y de que amigos suyos habían hecho el trabajo. A pesar de que no le había visto la cara, sospechaba que había oído su voz.

—¡Eres demasiado joven para odiar! —se lamentó Shanta.

—Por lo que ha dicho el tío Bile —reflexionó Raasta, hablando con una fluidez desconocida hasta ese momento y no porque hubiera recuperado la capacidad de expresarse sino porque citaba a su tío favorito—, sé que hay demasiada gente luchando por asuntos que no son de gran importancia.

Durante apenas unos momentos, las palabras que atribuyó a su tío le procuraron tanta alegría como la que otro niño sentiría con un juguete nuevo. La cara se le iluminó al decir, con el lenguaje de su tío, que cada vez que los milicianos luchan y matan dan un nuevo impulso a la vieja contienda, que entonces adopta la forma de un nuevo conflicto. Y cuando aparece la posibilidad de la paz surge una nueva lucha, basada en un resquemor antiguo, al que algunos llaman justicia y otros, locura.

—¿Y sabes lo que el tío Bile dijo sobre la guerra civil? —le preguntó a Shanta.

—Dímelo.

—Que una guerra civil es una lucha incesante basada en agravios que cambian una y otra vez.

Jeebleh, al mirarse en el espejo mientras se afeitaba al día siguiente, vio que sus ojos eran buena prueba de que la muerte de Caloosha había afectado a todos los que formaban aquella familia, unida más allá de los lazos de sangre, lo reconocieran o no.

Sin embargo, ¿cómo se había dado muerte al monstruo? ¿Fue Dajaal? ¿Kaahin y sus socios o Qasiir y sus chicos habrían echado una mano? Jeebleh se sorprendió al leer, en un artículo de uno de los periodicuchos de Mogadiscio escrito por el corresponsal del norte de la ciudad, que Caloosha había muerto en el coito tras desplomarse encima de su joven esposa. Otros tabloides se sumaron al festín y el sensacionalismo de uno superaba el del anterior. Un periódico con sede en el sur de la ciudad, considerado más sobrio en sus análisis y menos vitriólico en sus afirmaciones, identificó a la esposa como una mujer joven a la que Caloosha había secuestrado hacía pocos años, después de asesinar a toda su familia. Según este artículo, la había utilizado como esclava sexual, encerrada bajo llave en un apartamento de la planta superior de la vivienda. La mujer pertenecía a la comunidad xamari y era por lo menos cuarenta años más joven que su captor. Otro periódico, que dijo basarse en fuentes directas, informó de que una mujer no identificada había mandado llamar a Bile a la casa para que tratara de reanimar a su hermano y que éste había acudido inmediatamente junto a otros dos médicos, pero había sido demasiado tarde, por lo que dictaminaron la muerte allí mismo, alrededor de las cinco de la madrugada. Aun otro de aquellos periódicos de poca monta publicó en primera plana el titular sensacionalista «¡La culpa la tiene el Viagra!». Tal vez el director se había permitido una broma, zafia y de mal gusto, a costa de un hombre muerto.

A Jeebleh le sorprendió que nadie pareció sentir lo más mínimo la muerte de un hombre conocido por muchos y con quien buen número de personas mantenía tratos. A lo peor había esperado que algunos de los favorecidos por Caloosha hablaran bien de él. Se preguntó si asistirían dolientes a su funeral o acaso lo enterrarían solo, sin más presencia que la de los sepultureros.

Al saber que Caloosha había muerto, Shanta reaccionó con una rabia desmedida y lo tachó de aguafiestas.

Maldiciendo, llevada por la insensatez de su furia, dejó que la lava de su ira se derramase, aunque se aseguró de que no adoptara la solidez de las pruebas concluyentes. Cuando empezó a serenarse, se quejó.

—Lo que me fastidia es que Caloosha no deje que Raasta y yo disfrutemos en paz de nuestra reunión.

Nada hacía suponer que Caloosha se hubiera suicidado o que deseara su propia muerte, pensó Jeebleh.

Shanta siguió despoticando sin hacer caso a nada más.

—No nos concederá el placer de disfrutar del regreso de Raasta, ni tampoco tenemos idea de qué o quién impide que Faahiye se reúna con nosotros. La perversa intención de Caloosha es que parezcamos malvados a ojos de todo el mundo.

—¿Y cómo lo logra, si puede saberse?

—Intento decir que incluso en el momento de su muerte se las da de listo —dijo Shanta, y añadió—: Míralo de este modo: el muy canalla está estropeando la celebración del *Alla-bari* en honor a tu madre de mañana por la tarde. ¿Qué va a decir la gente si hacemos una fiesta el día después de que lo entierren a él? Y por otra parte, ¿hemos decidido si vamos a ir a su entierro, como exige la tradición?

—¿Vas a ir tú? —preguntó Jeebleh.

—¿Iremos juntos?

El silencio les atenazó la garganta. Por si fueran pocas las complicaciones, había varias preguntas pendientes entre los dos sobre la mesa baja del salón de Bile: cuestiones aún no resueltas, ora por parte de Shanta, ora por parte de Jeebleh, como moscas pegadas a las caras sucias de los niños desnutridos que se dan un atracón para compensar el hambre atrasada. Una de esas preguntas era qué demonios hacía Bile tras la puerta cerrada de la habitación, a oscuras.

Dajaal apenas se había dejado ver después de la visita que presuntamente le había hecho a Caloosha en compañía de Bile. Jeebleh se encontró con él sólo una vez, antes de que desapareciese como por arte de magia. Y le planteó preguntas incómodas. Dajaal, sin abandonar su circunspección, relató el intercambio de palabras entre los dos medio hermanos. Al parecer, Caloosha había fanfarroneado y le había dicho a Bile que necesitaría más que balas para matarle, pues no era de los que mueren a manos de los demás. Alardeó de que había muchos otros como él a su alrededor y de que pronto cualquiera de ellos, de los que no eran fáciles de matar, ocuparía su lugar y las cosas seguirían igual que siempre. Acabó su declamación asegurándole a su medio hermano que la podredumbre se había instalado en el alma de la nación y que matándolo contribuiría bien poco a revertir el proceso.

Bile se había ido a la cama temprano, con la serenidad con que un hombre con alma de hierro se sume de pronto en un estado de ánimo sombrío. Jeebleh decidió no molestarlo, imaginando que no podría acompañarlo en el duelo sin dormir toda la noche. Más valía dejar a su amigo solo en su mundo privado de desesperación.

Sin embargo, Jeebleh no tenía la certeza de que Dajaal y él se hubieran puesto de acuerdo como conspiradores. Que Dajaal no hiciese alusiones detalladas a la presunta

visita y optase además por no divulgar buena parte de lo que había presenciado, salvo la conversación entre los hermanos, obedecía sobre todo a su pasado de militar, a que se hubiese formado según un código donde no se daban nombres e imperaba la ley del silencio. Esto le sirvió para su juego de manos final, fortaleciendo aún más la eficacia de la conspiración.

Bile estaba triste, sin duda, y aun así era un consuelo saber que no estaba solo en la habitación a oscuras. Raasta, al percibir la hondura de la desesperación de su tío, se había reservado su espacio de juego en un rincón de la habitación y había invitado a Makka a acompañarla.

¿Y dónde estaba Seamus? Pues en el cementerio, ayudando al albañil a quien Jeebleh había encargado que construyera el sepulcro de su madre, de una altura no mayor que un palmo, según exigía la tradición islámica. Seamus había ido allí con Qasiir y su pandilla de jóvenes armados, en un carro de combate prestado gracias a los buenos oficios de Kaahin. Seamus había pasado buena parte de la mañana en la vivienda, dibujando a sus mujeres: a juzgar por su aspecto, todas podrían haber tenido un papel como extras en *Ocho y medio* de Fellini, todas con bebés a los pechos singularmente abundantes y rasgos de Virgen. No volvería hasta que el albañil terminara la tumba. Seamus tenía que quedarse ahí, ofreciéndole toda la ayuda posible, porque el albañil era analfabeto y no podía trabajar a partir de los bocetos, que lo intimidaban sobremanera.

Jeebleh recordó ahora el comentario acerado que Seamus había hecho en respuesta a la rabia que Shanta sintió ante la muerte de su medio hermano. Caloosha había contraído demasiadas deudas, cuantiosas deudas de sangre, dijo Seamus, así que era natural que la gente se vengara de él ahora que estaba muerto. ¡Qué frase tan acertada! «Cuantiosas deudas de sangre». Jeebleh se preguntó quién habría reclamado el pago de esas cuantiosas deudas y con qué propósito. ¿Acaso esa misma persona o personas exigirían que se zanjaran otras deudas parecidas que pesaban sobre Af-Laawe? ¿Cuál sería su propia contribución a la campaña, su papel en el asunto del pago vencido en términos de sangre? ¿Ejercería de mero catalizador o pondría tal vez el conjunto de las deudas en movimiento?

Sonó su teléfono móvil: era Seamus, pidiéndole que fuera al cementerio enseguida para dar el visto bueno al boceto y la construcción de una parcela verde cercada, una suerte de jardín. Querían que viera lo que habían hecho. A la pregunta de cómo llegar allí, Seamus respondió, sin el menor titubeo, que mandaría a Qasiir y sus amigos a que lo recogieran en el carro de combate y lo escoltaran. Jeebleh no pudo evitar darse cuenta con pesar de en qué se estaba convirtiendo su mundo: ¡Seamus y él se codeaban con jóvenes armados y aceptaban viajar escoltados en carros de combate! Estaba a punto de compartir en voz alta sus preocupaciones cuando Seamus preguntó cómo estaba Bile. Jeebleh contestó que su amigo estaba en

la habitación, a oscuras, reposando en la cama, contemplando el techo.

—¿Está solo?

—Raasta y Makka están con él —tras una pausa, Jeebleh añadió—: Me preocupa que nuestro amigo esté disgustado, tan silencioso como un médico mientras extrae una bala del cráneo de un paciente. Y ahora él es su propio paciente.

Ambos coincidieron en que no debían dejar solo a un hombre en el estado anímico de Bile, por lo que Seamus sugirió que Qasiir diera un rodeo en el trayecto a la vivienda y llevara a Shanta consigo.

En el cementerio, Seamus, el albañil y dos peones estaban ya trabajando, mezclando la arena y el cemento y poniendo los rudimentarios cimientos de la estructura. Qasiir y su pandilla disfrutaban de la dulce sombra del árbol del mango, con el carro de combate aparcado cerca de allí. Tendieron una estera donde sentarse y mascar *qaat*. Seamus llevaba un gorro que de lejos parecía la alforja de un caballo, pero al verlo de cerca resultaba ser un birrete de tela como el que llevaría un granjero yoruba para trabajar el campo. Jeebleh y él charlaron mientras el albañil y sus ayudantes seguían en el tajo, entonando un cántico dedicado al trabajo y moviéndose con rapidez y tino. Jeebleh se sintió humillado ante la idea de hallarse en situación, por fin, de honrar la memoria de su madre con una losa blanca. Y era gracias a Seamus, al tuétano y pilar de su amistad.

—¿Para qué necesitabas ayuda, Seamus? —preguntó.

—Para empezar, me gustaría que cumplieras tú mismo con el cometido de colocar la lápida de mármol en el suelo, que lo hicieras con tus propias manos. Luego quiero saber si te parece bien que rematemos la estructura con una pequeña cúpula.

—¿Una cúpula?

—Una cúpula sostenida por columnas de falso mármol.

—Demasiado ostentoso —dijo Jeebleh.

—¿Tampoco crees que tu madre lo aprobaría?

—¡Ni la ortodoxia del Islam!

Jeebleh se sorprendió de que Seamus fuera tan versado en el conocimiento de los monumentos fúnebres en las tumbas musulmanas y que fuera también capaz de ofrecer una alternativa: una tumba abovedada que no fuera en modo alguno ostentosa. Jeebleh llevó a cabo la tarea de colocar la lápida de modo que mirase a la Mezquita Sagrada de la Ciudad Santa de La Meca.

Seamus pareció de repente atribulado y Jeebleh le preguntó qué ocurría.

—Uno, el albañil y yo no nos hemos puesto de acuerdo sobre la dirección exacta hacia donde encarar la lápida, aunque coincidimos en que debe apuntar a La Meca. Dos, quería que encajara en la estructura el hueco para una lámpara de aceite que deberá permanecer encendida siete días, a partir de mañana, y una cavidad en lo alto de la lápida, en la cual podríamos plantar flores. Pero no quiere oír hablar de nada de

eso, porque nunca ha visto un hueco o una cavidad en una lápida, salvo en las tumbas de los santos.

—Entonces, ¿dice acaso que mi madre no es una santa?

—No con tantas palabras, pero eso es lo que dice.

En medio de un silencio incómodo, Jeebleh paseó la mirada de Seamus al albañil, un tipo ordinario y que a todas luces asignaba la santidad según un peculiar criterio. Sin embargo, eso a Jeebleh no le importó. Conmovido, se volvió a Seamus.

—¿Tú eres el genuino McCoy, verdad?

—No tan genuino como quisiera para convencer a un albañil de lo que se permite o no en el Islam, la religión en la que nació, pero que comprende poco, menos aún que yo. Es más, le he caído mal al contarle que, aunque nací irlandés y en el seno de la fe cristiana, era agnóstico. Nos comunicamos en un italiano chapurreado, tan precario que a duras penas le alcanzaría para pedir la comida en un restaurante de Turín.

—Me pregunto si sabe algo de Geronimo Veroneo.

—Recuérdame quién era.

—El veneciano que, según algunos, diseñó el Taj Mahal.

—Pero tu madre es más respetable que la emperatriz en cuya memoria se construyó —insistió Seamus.

Jeebleh dio instrucciones al albañil en somalí para que hiciera un hueco y una cavidad en la lápida, tal como se indicaba en el boceto de Seamus. Tal vez no fue el idioma sino la emoción que advirtió en su voz, o el mero hecho de que Jeebleh fuera el hijo de la difunta, pero el hombre transigió y se puso manos a la obra. Alcanzando cotas más altas de embeleso, Jeebleh estrechó a Seamus en un abrazo que lo decía todo. El albañil y sus peones los miraron horrorizados. Qasiir y sus muchachos, en cambio, primero abuchearon y luego aplaudieron la acción de Jeebleh.

Jeebleh liberó a su amigo, pero mantuvo las manos sobre sus hombros.

—Que me parta un rayo si no eres lo más valioso que me ha pasado —le dijo.

Frente a Jeebleh, al resplandor del atardecer, y en ese instante con el aspecto de un payaso sin maquillaje, Seamus le dijo:

—¡Permite que mis colegas y yo volvamos al asunto que nos ha traído aquí, por favor!

Jeebleh apartó la mirada, divertido, y su mirada topó con tres coches que circulaban lentamente en procesión. Uno de los vehículos era de los que suelen emplear los dignatarios con chófer, los otros eran sedanes corrientes. Se descubrió recitando una de sus frases favoritas de *Alicia en el País de las Maravillas* y revisándola en su cabeza para que sirviera a sus propios fines.

—¿Acaso es lo mismo decir que odio lo que veo que decir que veo lo que odio? —le preguntó a Seamus.

Seamus imaginó tener de pronto tantos ojos como un pavo real con dibujos en el objeto de su esquivo deseo, cuando miró y vio lo que también creía odiar: Caloosha

—no importaba que estuviera muerto o que fuera la última vez que Seamus lo viera —, seguido de su cortejo fúnebre.

En ese momento apareció un automóvil descacharrado a toda velocidad, anticipando la polvareda que lo seguía. Qasiir y sus amigos se movieron inquietos al verlo. Con un pensamiento oscuro nublándole el ceño, Qasiir se acercó a Jeebleh, preparado para recibir las instrucciones pertinentes. Sin embargo, ninguna había que darle.

—Por la manera en que el conductor machaca ese montón de chatarra —dijo Seamus—, apurándolo más allá de sus límites, uno pensaría que llega tarde a su propio funeral.

—Tampoco querría yo llegar demasiado pronto al mío —Jeebleh vio la necesidad de elaborar su comentario cuando Seamus lo miró con aire inquisitivo. Parafraseó para él el proverbio somalí que dice que la madre de un cobarde rara vez lamenta la temprana muerte de su hijo.

Jeebleh habló con susurros vehementes a Qasiir, sugiriéndole que fuera con algunos de sus chicos al lugar donde se daría sepultura a Caloosha y que un segundo grupo más pequeño, al mando del joven que era la mano derecha de Qasiir, se quedara allí. ¿Qué debía hacer Qasiir? Debía quedarse tan pegado al suelo y tan quieto como una placa de identificación donde cae su amo. Qasiir se marchó en el carro de combate, excitado como un perro que huele la cercanía de su presa.

—¿De verdad es esto lo que queremos? —dijo Seamus.

—¿Qué crees que me propongo?

—Que haya un tiroteo, ¿no?

Qasiir volvió poco después con unas nuevas gafas de espejo que le ocultaban los ojos, si bien él sí veía los ojos ajenos. Jeebleh se distrajo con su propio reflejo en las lentes y llegó a la conclusión de que había cambiado mucho en el poco tiempo que había pasado en su ciudad natal, pero tampoco se molestó en considerar la naturaleza de los cambios o si iban a ser permanentes. Adoptó su actitud más seria en el asunto que los ocupaba para pedirle amablemente a Qasiir que se quitara las gafas y preguntarle luego de dónde las había sacado.

Qasiir utilizó una mezcla de voces —una imitación del italiano, árabe, presuntamente aprendido de las películas egipcias, y dialecto xamari— para contestar. Había un tipo musculoso, dijo, que llevaba las gafas. Se comportaba como si fuera un hércules, un verdadero macho. Sólo para demostrarle que se equivocaba, Qasiir le había provocado a una pelea y le había arrancado las gafas de la cara, amenazándolo con matarlo si no se las daba. Preguntó Jeebleh quién era «el tipo».

—Tenía muchos músculos, pero no era fuerte.

Jeebleh recordó que un hombre que coincidía con esa descripción fue quien le había inyectado la solución líquida. Ante la insinuación de Jeebleh, Qasiir explicó

que no servía de nada llevar un arma de última generación si uno va a amilanarse en el último momento, ¿verdad?

—El tipo llevaba el arma para exhibirla y no merecía conservarla, así que se la quité. Para ayudarle, ¿me entiendes? Así que me he agenciado su pistolón y sus gafas de sol.

Jeebleh sintió que se adentraba en un territorio que rebasaba las fronteras de su experiencia. No sólo Qasiir le estaba llevando por donde quería, sino que además él, Jeebleh, era cada vez más dependiente del joven. Aun así no estaba más descolocado que un hombre que camina con el cordón del zapato desatado. ¿Qué grado de cambio se había operado en él por el hecho de haber vivido aquellas experiencias? ¿Significaba, y eso le pareció muy preocupante, que Caloosha le había vencido, arrastrándolo a hacer las cosas a su manera, burda y cruelmente? Jeebleh preguntó a Qasiir cuántos dolientes había alrededor de la tumba y si podía decirle quiénes eran.

—Cinco o seis, máximo.

—¿Contando al individuo de las gafas de sol?

—Y a dos militares.

—¿Quién más?

—Dos mujeres.

—¿Una de ellas era su esposa?

—Ve a verlo tú mismo —dijo Qasiir.

¡Entonces sabía que querría verlo con sus propios ojos!

—No es nada del otro mundo —dijo Qasiir tras una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que el gran Caloosha ya no es tan grande!

—¿Estaba Af-Laawe?

Probablemente Qasiir se comportaba con descaro o tal vez supiera más de lo que dejaba traslucir, porque dijo:

—¡Pues a ése van a enterrarlo también!

A Jeebleh podrían haberlo tumbado con una pluma de buitre, cuando de pronto advirtió que había varias de esas aves posadas en el árbol del mango, vigilando inquietas la explanada del cementerio.

—¡Vamos allá y veamos qué hay! —le dijo a Qasiir.

Jeebleh ocupó el lugar de honor en el carro de combate, junto al conductor, y actuó como si fuera el comandante de la unidad. Con la pesada ametralladora en lo alto del vehículo, formaban un comando móvil, veloz y letal. No temía a nadie.

El carro de combate tardó unos minutos en recorrer la distancia entre la tumba de su madre y el lugar exacto donde estaban enterrando a Caloosha. Resultó un espectáculo triste: dos individuos con aire militar y aspecto abatido, roñosos, vestidos con uniformes de camuflaje sucios, los ojos enrojecidos por la falta de sueño, mascando *qaat* a dos carrillos; dos mujeres, que parecían prostitutas a las que hubieran pagado para llorar al difunto, y el hombre musculoso que le había inyectado



la solución en el muslo. Jeebleh no cedió a la tentación de dar vía libre a Qasiir y sus amigos para que hicieran picadillo a aquel sujeto, aunque lo habrían hecho gustosamente si se lo hubiera pedido. Tampoco le preguntaría al matón a sueldo qué había sido de su amo, Af-Laawe: imaginó que habrían surgido rencillas entre ellos, como ocurre tarde o temprano entre ladrones. Por lo que a él se refería, tanto daba si Af-Laawe había muerto a manos de aquel hombre.

Por la parsimonia de los sepultureros, daba la sensación de que llevaran a cabo una tarea ingrata, como si supieran que sería un esfuerzo sin compensación. ¿Y dónde estaba el cadáver de Caloosha? Yacía allí cerca, amortajado en una sábana blanca, inmóvil, y la tierra recién removida acentuaba su lamentable estado. El cuerpo insepulto se le antojó a Jeebleh aislado, en la soledad de un hombre a quien ni siquiera el infierno se digna recibir.

A pesar de todo, los buenos modales empujaron a Jeebleh a decir unas palabras por el martirio de los muertos. Y no pasó mucho tiempo antes de que subiera de nuevo al carro de combate, listo para volver con Seamus y los demás trabajadores. Anticipó el momento en que el sepulcro estuviera terminado y visitara a Shanta para preparar la fiesta del *Alla-bari*. Quería acordar la compra de la vaca que sacrificarían al día siguiente con motivo del banquete.

Una vez concluido el sepulcro a satisfacción de Seamus y la suya propia, Jeebleh pidió quedarse solo allí para entrar en comunión con el alma intranquila de su madre. No era un hombre religioso, ni tampoco dado a rezar sus oraciones o a practicar el ayuno, pero deseaba apaciguar a aquel espíritu como mejor pudiera, consagrando la tumba con una plegaria. Se arrodilló y, tras el breve rezo, imaginó que dos ángeles de ojos azules llegaban ceremoniosamente a interrogar a su madre, justo después de que la hubieran vuelto a enterrar. Por desgracia, la anciana no supo responder con tino a los ángeles y estaban a punto de ordenar que el suelo se cerrase de nuevo, cuando la mujer recobró el ánimo a tiempo de recitar las respuestas apropiadas. Entonces la tumba se expandió, haciéndose setenta veces setenta pasos mayor en longitud y setenta veces setenta pasos mayor en anchura, y la luz de la tumba se encendió. Los ángeles le dieron el beneplácito a la anciana y hablaron.

—¡Duerme ya en paz, pues, con la bendición de Alá!

Jeebleh se reunió con los demás y el carro de combate los llevó de vuelta a la vivienda de Bile. Jeebleh se sintió más satisfecho consigo mismo y más relajado de lo que lo había estado en mucho tiempo. Shanta no estaba. En cambio, tuvo la grata sorpresa de encontrar a Faahiye en el salón. ¿Dónde estaban Raasta y Makka? En la habitación de Bile, dormidas, mientras que Bile seguía despierto en el cuarto, con la mirada fija en el techo.

Entretanto, Faahiye llevaba a cabo un ritual religioso. Se remangó, se lavó las manos varias veces, se echó el agua con la mano derecha a la boca y se aclaró la boca tres veces. Luego se introdujo el agua en las fosas nasales, para expulsarla rápidamente cerrándosela con el pulgar y el índice de la mano izquierda, resoplando. Tres veces se lavó la cara, luego el brazo y la mano derecha, después se frotó con la mano húmeda la coronilla. Insertó las yemas de los dedos índices en las orejas y dio vueltas, luego se pasó los pulgares por detrás de las orejas. Se lavó el cuello con el dorso de los dedos y finalmente se lavó los pies hasta los tobillos, haciendo presión en los espacios entre los dedos de los pies, uno a uno.

Jeebleh y Seamus observaron a Faahiye repitiendo el ritual de la ablución una y otra vez, sin olvidar recitar las tradiciones correspondientes a cada ocasión.

—Es como si hubiera alimentado su mente con la raíz de la locura y le hubiera cautivado la razón —susurró Seamus.

—¡Como si un poco de agua pudiera limpiar sus obras!

Jeebleh se marchó, con el propósito de visitar a Shanta y asegurarse de que los preparativos para el banquete del día siguiente estaban encaminados.

# Epílogo

Ven: ya Caín inclina el haz de espino  
en ambos hemisferios [...]  
La luna estaba anoche ya redonda.  
... Entretanto, seguimos.

(Canto XX)

**Dante, *Infierno***

Aquella noche todo el mundo parecía preocupado y ansioso, por razones que eran obvias y otras que no lo eran tanto.

Jeebleh repasó mentalmente todo lo sucedido, quizá para escoger los recuerdos que llevar consigo a Nueva York. ¿Sería por esa razón que había escondido la carta que los ancianos de su clan habían dejado para él? Pensaba enmarcarla y colgarla en la pared de su oficina. Seguía pasándose la mano por el muslo, donde el hombre musculoso le había puesto la inyección, y se preguntaba si el contagio de la preocupación que sufría acabaría matándole antes incluso de hacerse un análisis de sangre al volver a casa. Le inquietaba menos el corte que le hizo el barbero, que ya estaba sanando.

Llamó a Nueva York y relató a su esposa e hijas una versión expurgada de lo que había ocurrido. Pasó por encima al hablar de la muerte de Caloosha y su entierro, ni siquiera mencionó a Af-Laawe. Explicaría las cosas con más detalle a su regreso, una vez se sintiera a salvo. En cambio, se concentró en la conmemoración de su madre: la construcción del sepulcro, el segundo entierro simbólico de sus restos y el próximo banquete del *Alla-bari*. Le contó a su esposa que cambiaba la fecha de vuelta y que la tendría al corriente. Sintiendo culpable por no ofrecer una versión íntegra y veraz de las cosas, cargó las tintas al insistir en cuánto las había echado de menos y las ganas que tenía de volver al seno de su adorable familia.

Al fin Bile salió de su habitación, donde ahora la luz estaba encendida. Jeebleh interpretó la leve mueca que se dibujó en su cara como una sonrisa, si bien Bile permaneció en silencio. Parecía, no obstante, más alegre de lo que Jeebleh había esperado. Tal vez los antidepresivos, si eso era lo que se tomaba, le habían ayudado a salir a flote. El pobre Faahiye, por su parte, seguía ejecutando un ritual de su propia invención, insertando los dedos índices en las orejas y haciéndolos girar, como si tuviera los oídos rebosantes de cerumen. Optando por no revolver las aguas, pues sabía que nadie lo consentiría, Shanta se acercó a él y le habló solícitamente. Se advertía un núcleo impenetrable en la demencia de Faahiye, como acaso lo hubiera también en el corazón de Bile.

Fue Shanta quien rompió el silencio para decirles a Raasta y Makka que se irían temprano a casa, pues les aguardaba un día ajetreteado. Al marcharse, Faahiye se

recostó en Shanta en busca de apoyo; Makka se recostó en Raasta, como para reafirmar el gesto. Fue una compasiva lección de humildad.

¿Dónde estaba Seamus? Jeebleh no tenía ni idea, nadie sabía nada. Sin embargo, no le preocupó, convencido como estaba de que Seamus se hallaría entregado a una actividad digna de un amigo de confianza.

Cuando avanzada la noche volvió Seamus, callado y sin dar explicaciones, Jeebleh iba y venía de El Refugio, cedido ahora a varios imanes que cantaban el Corán, a la vivienda de Bile, donde sus amigos estaban instalados, sin hablar apenas uno con otro.

Los imanes recitaban las Sagradas Escrituras de principio a fin, cada uno los capítulos que les eran asignados. En un momento dado, Jeebleh escuchó al imán principal interpretando un versículo para provecho de sus colegas más jóvenes. El imán aludió a un comentario atribuido al profeta Mahoma acerca de la sedición. Y, acaso para arrojar más luz sobre la situación de Somalia, el docto erudito parafraseó al Profeta: «Malditos, con los corazones del mal en sus cuerpos, algunos de los “líderes” se desviarán inevitablemente de la senda virtuosa para perderse en la iniquidad».

Con la sensación de haberse instruido lo necesario, Jeebleh salió a la noche estrellada para ver de cerca la vaca que al día siguiente sería sacrificada. Compadecido, se quedó de pie frente a la novilla, como si pretendiera comunicarse con ella. Jeebleh volvió a pensar en su intento tardío de hacer las paces con su madre a través del acto de recuperarla. Deseó con todo su ser poder mandarle un mensaje y que se lo entregara el animal expiatorio frente al que estaba. Conteniendo la pena, incapaz de dotar de cuerpo su idea, regresó a la vivienda.

De camino a casa, pensó que la locura era un país que muchas de las personas que conocía en Mogadiscio habían visitado. Rezó para que ninguno de sus amigos ni él mismo emprendieran un camino de no retorno.

Halló el apartamento más silencioso que cuando se había marchado. La puerta de Seamus estaba abierta, pero él no estaba. La puerta del cuarto de Bile también estaba abierta, pero en cambio él estaba allí. Jeebleh se preguntó adónde habría ido Seamus, pero no dijo nada a Bile, pues no deseaba importunarlo. Luego se estiró en la cama, sin desvestirse, y pensó en las cosas que restaban por hacer. No, aún no estaba listo para abandonarse al sueño.

Poco después Jeebleh se levantó y permaneció de pie, tembloroso, tras dormir poco y mal, tan exhausto aún que las rodillas parecían a punto de ceder bajo su peso. Aún no despuntaba el alba y llevaba puesta la ropa del día anterior.

Era otro hombre. No es que hubiera alcanzado el séptimo cielo todavía, pero

apuntaba a ello, a la espera de la ocasión propicia. Había abierto un paréntesis con la decisión de visitar Mogadiscio, poco más que un antojo, con la idea de esquivar a la muerte a la vez que reivindicar la memoria de su madre, a la que tenía abandonada en una tumba anterior. Ahora parecía que el paréntesis se cerraba, si bien Jeebleh sentía que no cumpliría con su propósito si eso sucedía en ese momento. A fin de cuentas, no estaba preparado para vivir en la confusión de los pronombres, que era hacia donde se había visto abocado. Tenía que averiguar cuál de los pronombres llevaría su historia a un fin provechoso.

Era demasiado pronto para valorar los cambios que la visita había obrado en su carácter. Parecía lógico que el armazón de su personalidad siguiera intacto. Sin duda algo en él había cedido aquí y allá, del mismo modo que cede un tejido, pero lo esencial permanecía, fruncido en las esquinas, aunque tal vez se hubiera dado o estuviera a punto de estallar por las costuras, donde habría algún punto suelto. Era natural, más si se tenía en cuenta todo el tiempo que Jeebleh había vivido en aquel paréntesis.

Sus ojos ya no estaban lastrados por las bolsas del insomnio ni lo apremiaban los agobios del día anterior, cuando se había pasado el día yendo de un lado al otro entre la vivienda y El Refugio. Por descontado que a él le habría sido fácil matar, tan fácil como era morir a manos de otra persona en una ciudad donde la muerte era de todos conocida. Recordó la conversación que había mantenido con Seamus sobre el tema análogo de los entierros. Cómo Seamus se lamentaba de que en Mogadiscio a uno lo entierran rápido y cómo le irritaba la idea de que dieran sepultura a alguien sin hacer preguntas ni practicar autopsias, cómo le fastidiaba que nadie averiguase de qué había muerto una persona y que, a la mención de un nombre que a partir de ahora iría siempre vinculado a la muerte, la gente se refugiara en la frase «Es la voluntad de Alá», cual si fuera ése el sobrenombre de todo difunto. Probablemente Seamus querría que la gente conociera los hechos, supiera cómo había muerto Caloosha, a manos de quién y por qué. Puesto que no quería participar en el encubrimiento, Jeebleh pensó que era prudente marcharse antes de verse tentado a hablar de lo que le reconcomía por dentro.

Poco después de su llegada alguien le había dicho: «Nuestro pueblo es débil de corazón. Nuestro pueblo se compone de nómadas inquietos en busca de satisfacciones urbanas». Jeebleh haría bien en no meterse en el camino de los demás, «en cuanto la antorcha de la ambición, acompañada de la codicia, empieza a llamear en sus ojos». Bien pudo ser una enseñanza de Af-Laawe, aunque igualmente pudo venir de Caloosha. Que pudiera uno recibir sabiduría por boca de hombres malvados, sin importar el nombre por el que se les conocía o cuál fuera su principal objetivo en la vida, sorprendió a Jeebleh. Deseó haber sido rápido y contestar con una ocurrencia de su propia cosecha: Quien deja sus perros sueltos debe prepararse para alimentarlos cuando vuelvan hambrientos. Y para rematarlo habría añadido: ¡Toma tus cínicos comentarios y sazónalos con ellos la carbonara, como si fueran el mejor parmesano!

El muecín llamó a oración al alba y Jeebleh bajó al salón donde estaban los imanes. Los halló listos para hacer un merecido receso. El imán principal hizo entrega de las oraciones a Jeebleh, que era «el dueño del difunto por derecho». Recibió las bendiciones, con las palmas de la mano a modo de receptáculo, en el gesto de un devoto que se humilla ante una deidad. Entregó cestos llenos de dinero al imán principal, aliviado de que el estudioso hubiese olvidado que habían pactado que él se encargaría del viaje de regreso de cada uno de ellos. Cuando los imanes se fueron, Jeebleh volvió a la vivienda con el propósito expreso de dormir un poco. Y aunque seguía sin haber señales de Seamus, prefirió una vez más no preguntar a Bile si tenía noticias de su paradero. Bile estaba abstraído rezando, por lo que Jeebleh no quiso molestarlo. Por el contrario, se fue a dormir.

Cuando se despertó eran alrededor de las ocho de la mañana.

Y se sintió de luto. Estaba solo en el apartamento. Se tomó su tiempo para ducharse y afeitarse. Rememoró la tradición según la cual un doliente evita todo el tiempo posible cambiar su ropa, así que llevó las mismas prendas que había llevado el día anterior, salvo por unos calzoncillos limpios.

Cuando entró en El Refugio, supo que tendría que estar a las duras y a las maduras. Por el curso que habían tomado las cosas, su propia historia se hallaba empantanada en las historias de otros, cada una de ellas dotada de su propia complejidad dantesca. Su historia no era un modelo para representar u ocupar el lugar de las demás: de nada serviría separarla de las que la componían o basarse únicamente en ella en busca de edificación moral y política. Sólo al reunir los fragmentos superaría esa incomodidad y atesoraría el relato de su madre con deferencia, separándolo de los demás, concediéndole el honor que merecía.

Pensó Jeebleh hasta qué punto el país había quedado sepultado bajo los escombros de la ruina política y en cómo los somalíes amanecieron un día traicionados por los hombres religiosos y los ancianos de los clanes, confabulados con un conciliábulo de señores de la guerra para compartir los beneficios que pudieran extraer de las miserias de la gente corriente. Los ancianos de los clanes obtuvieron su recompensa en forma de regalos o dinero fruto de la corrupción; los ancianos religiosos, convirtiéndose en artistas de cabaré, timaron al resto de la población, mientras se forjaban un paraíso terrenal para su propio disfrute. Tal y como Bile lo había expresado, el dinero era el motor de la guerra civil de Somalia. No era sino lógico que el dinero proporcionara a los conciliábulos y el cártel una escalera de mentiras, la cual les permitía ascender sin sufrir daño alguno. Cualquier otra apreciación de la guerra civil era tan fútil como verter arena mojada a través de los intersticios de la historia.

Aunque quizá no sirviera de nada, Jeebleh mantenía una confianza pueril en que las cosas irían mejor a más gente en adelante, ahora que Raasta y Makka habían

vuelto a El Refugio y que Caloosha ya no estaba en escena. Esperaba que las cosas mejoraran más aún si Af-Laawe seguía los pasos de su mentor. ¡Vamos, deshacerse de Caloosha no había sido un acto de maldad! De tener elección, Jeebleh se opondría a todas las formas de la violencia, pero ¿qué puede hacerse cuando no existe otro modo de librar a la sociedad de indeseables? ¿Qué era preferible, alguien que tiene en cuenta la opinión de otros y defiende la paz o alguien que hace lo que puede, a pesar de los riesgos, para mejorar la vida de muchos otros? Jeebleh coincidía con la frase de Thomas Jefferson: «Un poco de rebelión de vez en cuando es buena cosa». E iría aún más lejos al decir, de nuevo de acuerdo con Jefferson: «El árbol de la libertad ha de ser abonado de vez en cuando con la sangre de los patriotas y los tiranos. Es su estiércol natural». Así pues, ¿qué prefería, ser una persona que asesina en pro de la justicia o ser una persona lastrada por la impotencia, incapaz de actuar? Antes prefería que lo mataran a pasar el rato jugueteando con los pulgares, esperando a que otros hicieran el trabajo. ¡Al diablo con la opinión de los demás, en especial los miembros de su clan, que no tenían derecho a erigirse en jueces de sus acciones! Jeebleh estaba totalmente a favor de la justicia, por cualquier medio posible.

Se encontraba ya a la entrada de El Refugio. Y había una fiesta muy animada, anunciada con pancartas donde aparecía el buen nombre de su madre, escrito con el trazo vigoroso de Seamus, verde sobre blanco, sobre magníficas telas, similares al tejido *subeeci-xariir* en el que los somalíes envuelven a los difuntos al darles sepultura.

Un cartel daba la bienvenida a todo el mundo a El Refugio, ¡el hogar de Raasta y Makka y, por tanto, un lugar de paz y armonía común! Otra pancarta anunciaba con orgullo que, al entrar al recinto de El Refugio, el visitante pasaría un día tranquilo entre personas que viven en apacible coexistencia con personas que no pertenecen al mismo clan. Y otro invitaba a visitar un lugar donde, aunque los residentes no estuvieran de acuerdo en todo, permanecían unidos sin sacar las armas o quedar unos encima de otros. Los ojos de Jeebleh se anegaron en lágrimas que terminaron corriéndole por las mejillas. Cuánto habría complacido a su madre o a Bile y a Shanta estar presentes. ¡Era un momento por el que verdaderamente merecía la pena vivir!

Adentrándose en el recinto, conversó con las mujeres que trabajaban en El Refugio. Alabaron a Seamus por los carteles y por repartir globos de colores entre los niños y elogiaron también a Bile por no asistir. Una mujer mencionó al medio hermano muerto, diciendo que supuso que Bile no asistiría a una fiesta en honor a la madre de un amigo justo después de que hubieran enterrado a su propio hermano. Otras hablaron de Faahiye, por haberlo visto con Shanta tomados de la mano y, tras la pareja, con los brazos entrelazados, Raasta y Makka. Una mujer a la que Jeebleh no conocía le susurró que la viuda de Caloosha estaba en algún lugar del recinto y sin velo. Al parecer charlaba amigablemente con Raasta o entretenía a Makka. Jeebleh,

que no tenía prisa por presentarse ante la viuda de Caloosha, siguió departiendo con algunas otras personas, que le dijeron lo encantados que estaban de que Raasta hubiese vuelto, qué buen aspecto tenía Faahiye o qué grato era ver a Shanta dichosa.

Jeebleh disfrutó viendo las puertas de los dormitorios decoradas con banderas de colores. Allí donde los niños jugaban en el patio, el cielo estalló en una colorida lluvia de confeti, que se le pegó a la piel. Jeebleh se permitió retozar bulliciosamente con los críos. Ayudó a una niña chica a hacer pompas de jabón e invitó a un chaval con cara de hambre a saciarse de carne, para alegría de su corazón, probablemente por primera vez en su vida. Una mezcla de gente que conversaba y parecía feliz: a Jeebleh le complació, por ser el anfitrión, haber contribuido a ello y se alegró de que su madre le hubiese brindado la excusa de su muerte.

Entonces, sin embargo, como si la oscuridad descendiera de repente, no pudo seguir avanzando. Jeebleh se proponía ir al lugar donde estaban Bile, Seamus, Shanta y Raasta, con la intención también de hablar con la viuda de Caloosha, pero se sintió perdido, incapaz de decidir qué camino tomar o sin querer hacerlo. Hasta que se le abrió una senda.

Dajaal estaba allí. Y tomó a Jeebleh del codo, como si lo empujase. Rogó a Jeebleh que lo acompañara, no dijo adónde.

Jeebleh recordó haber oído que Dajaal fue quien guio a Bile hasta el lugar donde Shanta estaba dando a luz. ¡Cuánto deseó hallar la presencia de ánimo para preguntarle a Dajaal si había ayudado a Bile a llevar a cabo la sangrienta proeza! En cambio, Jeebleh encontró refugio en los variopintos significados del silencio que mediaba entre ambos y, sin romperlo, siguió a Dajaal. Advirtió que lo conducían lejos de sus amigos. Caminando junto Dajaal y Kaahin, con Qasiir y su pandilla cerrando la marcha, escuchó sus murmullos cómplices. Uno u otro hablaron de que Af-Laawe había sentido el peligro y había huido de la ciudad y había sido visto en Nairobi, comprando un billete de avión a Francia. Jeebleh supo entonces que también él se marcharía pronto, sin que sus amigos lo supieran. Iría a Nairobi para descansar un par de días y, desde allí, llamaría a Bile y Seamus para informarles de su decisión de marcharse, aunque no les diría por qué. Luego reservaría un vuelo con destino a casa y, puesto que no quería tentar a la suerte, volvería a Nueva York antes de que el impulso lo llevase en otra dirección.

Hay quien detesta decir adiós, mientras que hay quien no soporta decir hasta la vista. Jeebleh se convenció de que amaba a sus amigos lo suficiente y que ellos también lo amaban. Supo que se visitarían unos a otros, que se acogerían mutuamente en sus hogares y en sus historias. Sus amigos y él eran eslabones que permanecerían unidos por las cadenas de las historias compartidas.

Entrada la noche, arropado en la cama y flanqueado por las dos niñas, Jeebleh escuchó a Raasta contar un cuento popular.



Un mono, al encontrar el trono vacío, agarra la corona, se pone el manto del rey y empieza a reinar. Un gato montés convoca a los demás animales, que acuden y se deshacen en alabanzas ante el nuevo rey. Salvo la zorra, que trama derrocar al impostor. A tal fin, recoge deliciosas frutas, por las que sabe que el mono sería capaz de matar o morir, y se las entrega al rey. Entusiasmado, el mono baja de un salto de su trono, brincando sin parar y, a fin de satisfacer su glotonería insaciable, entrega la pesada corona.

Divertida, la zorra preside la asamblea. Les dice a los demás animales que lucir el manto de un rey no convierte en monarca a un vasallo.

¡Y el mono perdió el trono!

Jeebleh abandonó Mogadiscio a la mañana siguiente, sin cambiarse de ropa, aunque introdujo otro pequeño cambio: se puso unos calzoncillos limpios y una camiseta interior limpia.

Bile, Seamus, Raasta y Shanta supieron de su marcha avanzado el día. Se fue antes de que la bruma que le nublabla la cabeza se disipase, por temor a distanciarse de sus amigos, a quienes debía la vida. Se fue tan pronto sintió el sol despuntando en el horizonte de su mente.

## Nota del autor

---

Ésta es una obra de ficción que se desarrolla sobre el trasfondo de hechos reales acaecidos en Mogadiscio. Los personajes y los incidentes en que se ven envueltos son fruto de mi imaginación y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para escribir *Eslabones* me beneficié de mis conversaciones con muchos habitantes de Mogadiscio, así como de haber leído cientos de documentos y numerosos libros y periódicos. Estoy agradecido a todas las personas con las que hablé y a los autores a los que leí. Ni que decir tiene que he cubierto todos los préstamos con piel de mi propia curtiduría.

Los epígrafes al comienzo del libro son de Michel Tournier, *El ogro*, de *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* y de William Blake, *Cantos de inocencia*.

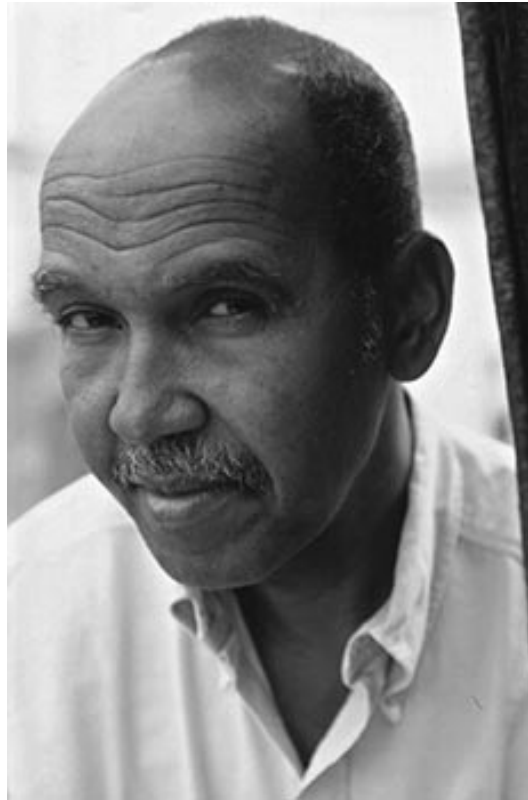
Los epígrafes que encabezan cada una de las partes están tomados del *Infierno* de Dante: en la primera parte, canto III, versos 1-18; canto X, versos 25-42; canto XXIII, verso 144; en la segunda parte, con leves modificaciones, canto XIV, versos 16-26, y canto XXIV, versos 88-93; en la tercera parte, canto XI, versos 37-54, y canto XXVIII, versos 1-6; en la parte cuarta, canto XVII, verso 31; en el epílogo, canto XX, versos 124-130<sup>[3]</sup>.

La obra teatral a la que se hace alusión en el capítulo 1 es *Der Hauptmann von Köpenick*, de Carl Zuckmayer. Las citas bíblicas del capítulo 8, «¡Líbrame de homicidios...!» y «El sol se tornará tinieblas...» son de los Salmos, 51:14, y Joel, 2:31. El comentario «Les dimos de comer, se hicieron fuertes», en el capítulo 25, se atribuye al comandante David Stockwell, del ejército de Estados Unidos, portavoz militar de la ONU, y se cita en Keith B. Richburg, *Out of America*. El comentario atribuido a Ósip Mandelstam en el capítulo 26 está tomado de *The Oxford Dictionary of Literary Quotations*, editado por Peter Kemp. Las dos citas de Thomas Jefferson en el epílogo están tomadas de sendas cartas a James Madison (30 de enero de 1787) y a W. S. Smith (13 de noviembre de 1787).

Los siguientes volúmenes me resultaron valiosísimos: *Sheekoxariirooyin Somaaliyeed*, una edición bilingüe, somalí-inglés, de algunos cuentos populares somalíes, edición de Axmad Cartan Xaange (Somali Academy of Sciences & Arts / Scandinavian Institute of African Studies, 1988); *The Somali Challenge*, edición de

Ahmed I. Samatar (Lynne Rienner, 1994); *Blood Money*, de Trisha Stratford (Penguin, Nueva Zelanda, 1996); *Dante's Inferno* de Mark Musa (Indiana University Press, 1995), y *Black Hawk Down*, de Mark Bowden (Atlantic Monthly Press, 1999).

Varios buenos amigos me han proporcionado una ayuda enorme, en particular Maxamad Aden Gulaid (alias Caanageel), Ahmed «Washington» Mohamoud, Lidwien Kapteijns, Tom Keenan, Miki Goral y David Knowles, de Ledig House, donde pasé tres semanas trabajando en un borrador inicial de la novela.



NURUDDIN FARAH (1945, Baidoa, Somalia), entonces bajo administración italiana.

Estudió en Chandigarh, India, así como en las universidades de Londres y Essex, y ha impartido clases en Alemania, Nigeria y Uganda. *From a Crooked Rib* (1970) ha sido reconocida como la primera novela moderna escrita por un hombre centrada en la opresión de las mujeres. A ella siguieron *A Naked Needle* (1976) y una serie de trilogías de ficción. *Variations on the Theme of an African Dictatorship* consta de *Sweet and Sour Milk* (1979), *Sardines* (1981) y *Close Sesame* (1983). A la segunda trilogía pertenecen *Maps* (1986), *Gifts* (1992) y *Secrets* (1998). Con *Eslabones* comienza su tercera y más ambiciosa trilogía, cuyo segundo título es *Nudos* (de próxima publicación en Siruela). *Yesterday, Tomorrow: Voices from the Somali Diaspora* constituye su crónica sobre Somalia. Entre sus muchos galardones figura el Premio Internacional Neustadt, quizá el premio literario internacional más prestigioso después del Nobel.

# Notas

[1] Se considera que en la antigua Partia empezó a utilizarse esta técnica de tiro con arco, que consistía en que el jinete que fingía retirarse se daba de pronto la vuelta y disparaba sobre el enemigo, mientras controlaba el caballo con las piernas. (*N. de los T.*) <<

[2] Siglas de la Operación de Naciones Unidas en Somalia, que la ONU desarrolló con fines humanitarios a partir de abril de 1992. (*N. de los T.*) <<

[3] Traducción de Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 1892 (2.<sup>a</sup> y definitiva edición), aunque también con leves modificaciones. (*N. de los T.*). <<